UN GIRO INESPERADO

¿Qué pasaría si Vaiana hubiera roto el corazón de Te Fiti?



Lo que hay más allá

KEALA KENDALL

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis

Créditos

Lo que hay más allá

UN GIRO INESPERADO

KEALA KENDALL

Traducción de Marta García Madera

LIBROS Disney

Para la gente de Vaiananuiākea, ʻi ka wā ma mua, i ka wā ma hope, «el futuro está en el pasado». (ʻŌlelo Noʻeau, n.º 6).

K. K.

Prólogo

Los mortales dicen que, al principio, solo había océano hasta que surgió la isla madre: Te Fiti, en cuyo corazón albergaba el mayor poder jamás conocido. Era capaz de crear la vida misma, y Te Fiti lo compartió con el mundo. Sin embargo, con el tiempo, algunos comenzaron a codiciar su corazón; creían que, si lograban hacerse con él, el gran poder de la creación les pertenecería.

Un día, el guerrero Maui cruzó el vasto océano para arrebatárselo. Era un embustero, un cambiaformas armado con un anzuelo mágico y un semidiós del viento y el mar. Cuando se apropió del corazón, dicen que Te Fiti comenzó a derrumbarse, dando lugar a una espantosa oscuridad. Al intentar escapar, Maui se topó con otro que también buscaba el corazón, Te Kā, un demonio de la tierra y el fuego. Según cuentan, después de que Maui fuera atacado desde el cielo por el ardiente ser, nunca se le volvió a ver y su anzuelo y el corazón de Te Fiti se perdieron en el mar. Claro que eso fue hace mil años y los descendientes de quienes vivían entonces ya llevan tiempo siendo ancestros. Ahora, ningún mortal vivo recuerda el verdadero comienzo.

Un mundo dividido: luz y oscuridad, océano y cielo, tierra y fuego, monstruos y mortales —Te Fiti y Te Kā—. Porque la vida y la muerte son una, al igual que el océano y las lágrimas de los mortales son

una; sin embargo, según las viejas leyendas, esta división es el verdadero comienzo.

Capítulo uno

El humo ascendía serpenteando hacia el cielo nocturno, ocultando las estrellas.

Vaiana apretó los puños, dejándose marcas con forma de media luna en las palmas, mientras observaba al semidiós Maui volar hacia la nube negra que cubría el océano y el cielo frente a ella. En las manos de este brillaba el corazón de Te Fiti, resplandeciente como una lágrima solitaria en medio de la oscuridad.

A Vaiana se le hizo un nudo en la garganta mientras seguía con la mirada el corazón cruzando el cielo. El miedo hizo que se le encogiesen las entrañas. Los relámpagos envolvían el humo, destellando como conchas de nácar. Tras el humo, se alzaba algo grande y oscilante: una silueta ardiente.

El humo se disipó cuando una avalancha de bolas de fuego atravesó la nube negra, directas hacia Maui y el corazón. Este batía sus alas contra el viento mientras se abría paso por el cielo, esquivando cada golpe. Vaiana se echó hacia delante, conteniendo la respiración.

Sabía que no debía dar por hecho que Maui y ella habían terminado su tarea, pero comenzó a dibujársele una sonrisa. «Ya está», pensó abriendo las manos. Maui ya casi había alcanzado a Te Fiti. Le devolvería el corazón y la diosa se encargaría de Te Kā. Así, su pueblo se salvaría de la maldición de este.

Era demasiado tarde cuando Vaiana vio al demonio acechando tras el humo. Su cuerpo brillaba débilmente, como una brasa en un fuego agonizante. Te Kā traspasó el humo soltando un grito que a Vaiana le recordó al de un tiburón al atrapar una presa: a Maui.

Te Kā atravesó el oscuro mar de humo con la mano y golpeó al semidiós en el aire. Vaiana ahogó un grito al ver que el golpe le había hecho soltar el anzuelo a Maui: sus alas desaparecieron.

Perdió su forma de halcón mientras caía por el cielo y su gruñido resonaba en el mar.

—¡Maui! —gritó Vaiana mientras el cambiaformas y el corazón se desplomaban. Sin pensarlo, soltó los amarres de la vela y notó la áspera cuerda que se deslizaba entre sus manos. Con un movimiento de muñeca, izó la vela de la canoa.

Sabía que a Maui no iba a gustarle que navegara hacia el denso humo para salvarlo. Antes de llegar a la árida casa de Te Fiti, le había preguntado a él qué papel debía cumplir ella en la batalla que se avecinaba.

—Cuando nos enfrentemos a Te Kā, ¿qué he de hacer yo? —le había dicho a Maui mientras frotaba con el pulgar la concha de abulón del medallón de su abuela, pensando en la espuma negra que había visto en el agua, arrastrada por la marea como ceniza, semejante a la mano oscura que había visto rodeando la isla antes de su partida.

La maldición de Te Kā.

Sin embargo, el semidiós no había advertido el miedo en su voz. Se había limitado a reír mirando sonriente las constelaciones que tenían sobre la cabeza: su propio grupo de estrellas.

—¿Nos? —Había dicho con un destello de júbilo en los ojos, rebosantes de una luz sobrenatural—. Soy yo quien se va a enfrentar a Te Kā.

No obstante, en esos momentos, ese mismo semidiós se precipitaba hacia el duro mar, y tanto el anzuelo como el corazón quedaban fuera de su alcance.

Ella sabía que Maui no quería su ayuda, pero tampoco iba a gustarle acabar muerto.

Mientras Vaiana preparaba la canoa, no perdía de vista el descenso del semidiós, que logró atrapar el corazón, pero seguía intentando alcanzar su anzuelo.

«Caza la driza, amarra los cabos», se recordó a sí misma mientras la sangre le corría por las venas a toda velocidad y le palpitaba en los oídos como un *pātē*. Las palabras eran las mismas que le había gritado Maui en Kakamora antes de enseñarle a navegar.

En aquel entonces, no había sabido qué cabo coger, pero tras un mes en el mar muchas cosas eran diferentes.

Y, en esos momentos, el remo ya había hecho callo y era como si de una extremidad más se tratase. Incluso notaba las olas rompiendo contra su canoa y el viento hinchando las velas como si fueran extensiones de su propio cuerpo.

Vaiana puso rumbo en dirección a Maui, al que vio recuperar su anzuelo. Unas plumas brotaron a su alrededor, envolviéndolo en un resplandor azul. Gracias a su anzuelo mágico, había recuperado su forma de halcón. Desplegó las alas, salvándose a sí mismo de las olas que tenía debajo, pero también al corazón.

Vitorioso, levantó el vuelo como una lanza disparada, evadiendo la ardiente mano de Te Kā, pero solo un momento, pues la criatura de lava golpeó al halcón con su mano oculta y, de nuevo, Maui perdió su forma en medio de una lluvia de plumas. Fue a parar al océano con un fuerte golpe y el corazón salió volando de su puño.

Vaiana soltó todo el aire de golpe y viró hacia Maui y el corazón. Tiró de los cabos de la canoa, pero la corriente no colaboró. Echó un

vistazo al mar: si bien las olas se elevaban, la marea se resistía. Parpadeó para quitarse las gotas de agua salada de los ojos y observó el agua que la rodeaba. ¿Por qué el océano le impedía avanzar?

Vaiana negó con la cabeza con el ceño fruncido. No había tiempo para dilucidar las enigmáticas intenciones del océano en esos momentos. El corazón se hundía bajo las olas, cayendo como una estrella engullido por la marea.

Tensó el cabo, atrapando el viento en su vela, y la canoa comenzó a desplazarse a toda velocidad sobre las agitadas olas mientras el agua salada le salpicaba los ojos, pero Vaiana no se atrevía a parpadear. Observaba a la aterradora criatura que se alzaba sobre ella: «un demonio de tierra y fuego». Así se referían a Te Kā las leyendas, aunque la ardiente figura le pareció menos monstruosa de lo esperado.

Te Kā tenía la cabeza ladeada y la estaba examinando como habría hecho un humano. El humo ribeteaba su centelleante mirada y su rostro, ondulando a modo de cabello oscuro. Sus ojos ardían sobre Vaiana, y ella sintió algo ancestral despertando en su interior.

Dio la vuelta apresuradamente, incapaz de soportar mirar a los ojos a Te Kā sin sentir que la abrasaba. Incluso en ese instante, prevalecía la visión de su fuego, su carne ardiente danzando sobre el mar en todas direcciones mientras ella trataba de hallar a Maui y el corazón entre las olas.

Por fin, Vaiana atisbó una franja azul en el agua. La luz se desvaneció y vio la aleta de un tiburón cruzando el océano. Maui llevaba el corazón entre sus numerosos dientes y la piedra brillaba tanto como las perlas que su madre recogía de las ostras en Motunui.

Se oyó el rugido de una llama crepitando en la noche. Vaiana dirigió la mirada a Te Kā, cuya mano estaba envuelta por una bola de fuego. El demonio le lanzó la llama a Maui bajo las olas. Vaiana se asomó y vio que el fuego se estrellaba contra el agua y se convertía en vapor sibilante.

Vaiana tragó saliva. Habría sido una estupidez zambullirse en busca de Maui, pues el oscuro mar resultaba impenetrable para sus ojos de mortal. Te Kā lanzó otra bola de fuego y, mientras ella seguía su recorrido con la vista, tuvo una idea. Vaiana no podía ver a Maui bajo las olas, pero el inmortal sí. El fuego de Te Kā podía conducirla hasta el semidiós y el corazón.

Aun así, Vaiana tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para dirigir su canoa hacia aquellas llamas y no pudo evitar estremecerse cuando una de las bolas de fuego explotó cerca de ella, chisporroteando en el aire.

El calor le abrasaba la piel conforme se acercaba, más que cualquier llama que hubiera sentido jamás. Imaginó a su padre viéndola en esos momentos y se preguntó si tenía razón: no debería haber ido más allá del arrecife de su isla.

«Si muero —pensó—, ¿quién se lo va a contar?». ¿Creerían sus padres que había llegado tan lejos? ¿Se quedaría su padre observando la costa de Motunui a la espera de que los restos de una canoa fueran arrastrados hasta la orilla de su isla, o la había llorado la noche de su partida, dándola por perdida en el mar, como a su mejor amigo?

«Tu padre no pudo salvarlo a él, pero espera poder salvarte a ti», pensó, oyendo la voz de su madre, lo que hizo flaquear su determinación, consciente de que, si ella moría, su padre quedaría devastado.

«No», pensó, enderezando la columna, pero el pavor que sentía la traicionó. Apenas sentía el remo en su mano y sus pensamientos eran como carroña, alimento fácil para el miedo que le encogía las entrañas.

¿Nunca colocaría una piedra en el altar de su familia? ¿Tejería su pueblo un *ʻie tōga* para su funeral mientras sus padres sostenían el tapiz que ella habría heredado en su ceremonia de nombramiento como jefa, oscureciendo con sus lágrimas las plumas rojas? Pensó en su sueño, en su pueblo reducido a cenizas, y sacudió la cabeza.

La vergüenza se apoderó de ella. No podía vacilar, era Vaiana de Motunui, elegida por el océano para salvar a su pueblo de la maldición, para devolverle el corazón a Te Fiti. Apretó con fuerza el remo y desplazó la canoa lejos de las llamas.

Por fin, vio el destello de la cola de un pececillo en la oscuridad del agua, con un resplandor verde alrededor de su cara: Maui. Al otro lado del agua, Te Kā se acercó y se asomó al océano, como si pretendiese atravesarlo. Sin embargo, cuando el gigante se apoyó sobre las rocas, la isla comenzó a derrumbarse a su alrededor, envolviendo su mano de fuego.

Un chillido agudo atravesó el aire al tiempo que el monstruo se retiraba.

De inmediato, Maui saltó a la canoa. En su boca de pez, el corazón de Te Fiti brillaba como un anzuelo. Vaiana, a punto de soltar un suspiro de alivio, se dejó caer de rodillas junto a Maui, que recuperó su forma, respirando con dificultad sobre la cubierta de madera de la canoa.

Vaiana pasó la vista del semidiós, que estaba agotado, al monstruo herido que se alzaba sobre ellos.

Te Kā se sostenía la mano cuyas llamas el agua había enfriado hasta convertir en roca volcánica. La criatura de lava torció el gesto

y el fuego le cubrió la mano al arrancarse la roca de los dedos en un arrebato de ira.

A Vaiana le iba la cabeza a mil por hora. Se puso en pie de un salto con el corazón desbocado. «Te Kā no puede meterse en el agua», pensó mirando con desesperación alrededor del monstruo. El atolón era pequeño, por lo que veía ambos extremos, aunque había una abertura y, en el lado más alejado, un pequeño saliente. Si Maui y ella lograban deslizarse velozmente por entre las rocas, Te Kā no podría seguirlos. Entonces, al fin alcanzarían a Te Fiti y le devolverían su corazón.

Con una sonrisa, Vaiana tiró de los cabos de su canoa para cambiar el rumbo.

Maui se levantó, sobrepasándola en altura.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscándote una forma mejor de llegar.

Maui echó la cabeza hacia atrás, sorprendido, y pasó la vista entre Te Kā y la estrecha abertura que tenían delante.

—No vamos a conseguirlo.

El rostro de Vaiana reflejaba su determinación.

—Sí que vamos a conseguirlo.

—Da la vuelta.

—¡No!

Maui alargó la mano hacia el remo, soltando el anzuelo.

—¡Vaiana, detente!

Vaiana agarró el remo y tiró de él con ambas manos, tratando de arrebatárselo al semidiós, cuando oyó el ancestral rugido de Te Kā.

La luz del fuego iluminaba su canoa. Navegaban directamente hacia la sombra del monstruo y ya no había tiempo para dar la vuelta.

Primero, Vaiana sintió el calor que le quemaba el cuerpo y, luego, vio a Te Kā levantando el puño. De cerca, erguido como estaba, el demonio era más alto que las montañas de Motunui. Descargó el puño desde el cielo.

Y el anzuelo de Maui yacía a los pies de Vaiana.

Ella no era ninguna guerrera y no le quedaba tiempo para protegerse del golpe ni para lanzarle el anzuelo a Maui. Al contrario, observó con horror al semidiós empujarla para apartarla del peligro. Cayó de la canoa sobre las turbulentas aguas justo cuando el ardiente puño la alcanzaba.

Lo último que vio Vaiana antes de que se le hundiera la cabeza bajo las olas fue al semidiós Maui levantando el brazo instintivamente para protegerse del golpe de Te Kā, y el corazón de Te Fiti brillando en su puño alzado.

Entonces, el mundo se volvió negro.

Capítulo dos

Vaiana se despertó sobresaltada, escupiendo agua de mar. Se puso de rodillas y tosió sobre la dura roca que tenía debajo.

En un primer momento, no fue capaz de recordar lo sucedido; solo la pelea fugazmente, una visión a medias, un sueño casi olvidado. Le ardían los ojos y se apartó el pelo que tenía enredado en la cara como una red.

—¿Maui? —preguntó con voz ronca debido al humo, pero lo único que oyó como respuesta fue el murmullo de las olas en el atolón.

Se incorporó. El aire estaba impregnado de azufre y sal. Se frotó los ojos y advirtió que el cielo estaba volviéndose gris con el nacimiento de la mañana, indistinguible del oscuro atolón en el que había acabado.

«La isla de Te Kā».

Debía de haberla arrastrado la marea hasta allí después de que Maui la tirase de la canoa. Pero ¿dónde estaba él?, ¿y dónde estaba Te Kā, el ser ardiente que se había alzado sobre ellos brillando como un segundo sol? No había rastro de su luz y abrasador calor.

Vaiana se puso en pie y la isla comenzó a darle vueltas. Tambaleándose, se llevó la mano al medallón de la abuela Tala y agarró la concha de abulón como si eso fuese a estabilizarla. No estaba segura de lo que esperaba ver: ¿a Te Kā de pie sobre ella, victorioso?, ¿a Te Fiti completa al fin?

La isla estaba oscura y cubierta de niebla. Vaiana frotó la concha que llevaba al cuello con su pulgar y avanzó con cuidado por las rocas.

«Así no es como se suponía que iba a ser salvar el mundo», pensó mientras se deslizaba por un peñasco con un mohín de dolor. Quería apoyar la cabeza en el regazo de su madre y dormir durante una docena de noches en su *fala*, pero antes tenía que encontrar a Maui.

—¡Maui! —gritó, y el nombre reverberó por todo el atolón.

Entonces, oyó un golpe sordo.

Al ver un fragmento de hueso blanco, un escalofrío de miedo le recorrió la espalda. El anzuelo del semidiós flotaba en la marea, golpeando la orilla donde el mar se encontraba con la costa volcánica.

Cogió el gigantesco anzuelo y pasó la mano por él. Al llegar al gancho, notó una vibración. Acarició los antiguos grabados y el cordel enrollado al mango, trenzado con cabello oscuro. Cuando Maui la había empujado, su anzuelo debía de haber caído al agua con ella.

Vaiana sintió que se le erizaba el vello de la nuca y un escalofrío le recorría los brazos.

Maui jamás se habría desprendido de su anzuelo.

—¡Maui! —gritó Vaiana, echándose el anzuelo a la espalda. Miró hacia el océano—. ¿Dónde estás?

Pero solo estaba la marea, que rompía contra la arena negra.

Apretó los dientes. ¿Acaso el océano no lo sabía? ¿Por qué no la ayudaba?

Haciendo acopio de fuerzas, comenzó a ascender por la empinada ladera del atolón. Cuando llegase a una zona más elevada, podría otear la isla para dar con Maui.

La niebla hacía que las rocas estuviesen húmedas y, mientras subía, se le resbalaban los dedos sobre ellas. Echó un vistazo a su espalda, pero la bruma era demasiado densa.

Cuando llegó a la cima de la colina, trató de recobrar el aliento por encima de la niebla que envolvía la isla. El atolón se extendía bajo ella como una media luna y las nubes se convertían en volutas con el viento. Allí era donde Te Kā llevaba siglos lanzando su maldición a través del mar hacia las islas, pero Vaiana solo vio una sierra vacía al mirar hacia atrás.

Se le dibujó una sonrisa mientras se secaba el sudor de los ojos. Lo habían conseguido: Te Kā había desaparecido; Maui debía de haberlo derrotado. Solo tenía que encontrarlo y, entonces, podría decirle a su pueblo que el mar del otro lado de su arrecife volvía a ser seguro.

Estaba a punto de bajar la colina cuando vio la vela.

Se desplomó parte del acantilado, revelando más peñascos de roca oscura y un suelo árido. Y, al otro lado de la isla, vio flotando la silueta de su canoa y a Maui de espaldas.

—¡Maui!

Vaiana bajó deslizándose por la parte lisa y echó a correr a través de la niebla en dirección al semidiós, pero Maui no se daba la vuelta. Sin el fuego de Te Kā, Maui y su canoa estaban envueltos en una profunda oscuridad y Vaiana no podía evitar sentir cada vez más inquietud. «¿Por qué no se gira?».

«Algo no va bien», le dijo su instinto mientras extendía la mano temblorosamente.

—¿Maui?

Tocó roca volcánica en lugar de carne.

La recorrió un escalofrío. Lo rodeó hasta tenerlo de frente y ahogó un grito, horrorizada. Los ojos del semidiós eran solo cuencas

negras, muy abiertas por la sorpresa; su cuerpo y sus tatuajes estaban bañados en roca fundida; una piedra porosa lo envolvía de la cabeza a los pies y llegaba hasta su canoa en olas negras como la tinta, y en su mano de piedra levantada se encontraba el corazón de Te Fiti calcinado.

—No —susurró Vaiana—. No, no puede ser.

Extendió la mano hacia el corazón, pero, cuando cogió la piedra carbonizada, sintió un dolor lacerante quemándole la piel que le irradiaba desde las yemas de los dedos hasta el hombro.

Vaiana soltó un silbido y dejó caer el corazón sobre la canoa. Se agarró la mano herida. Tenía las yemas de los dedos negras por haber tocado el corazón y no se le veían las venas; era como si hubiera metido la mano en hollín. Trató de limpiársela en la falda, pero la mancha no desapareció, sino que se extendió.

—¡Maui! —gritó llena de dolor. Pasó la vista de su palma chamuscada al semidiós pétreo. La oscuridad comenzó a envolverle el brazo hasta rodear su muñeca a modo de pulsera de hollín, y entonces se detuvo.

Vaiana se cogió la mano herida, esperando que estuviera caliente por la piedra calcinada, aunque solo estaba tibia.

—¿Qué está pasando? —susurró mordiéndose el labio para contener el dolor. Giró la cabeza hacia el océano, pero el mar no le dio respuesta alguna—. ¿Por qué me has traído aquí?

Se quedó mirando el corazón chamuscado de Te Fiti. ¿Habían fracasado? ¿Era aquella marca un castigo?

Comenzaron a resbalarle lágrimas por las mejillas. Vaiana no sabía cuánto tiempo llevaba allí arrodillada, con la muñeca palpitando de dolor. Observó la estatua en que se había convertido Maui, esperando que el océano le diera una señal, pero cada vez que cerraba los ojos veía el mismo sueño de siempre.

Su pueblo y su isla reducidos a cenizas con los ojos blancos por la maldición de Te Kā. Su abuela lo habría considerado una visión, una advertencia.

Y habría tenido razón.

No obstante, sin el corazón, Vaiana no tenía forma de impedir que esa visión se cumpliera.

Se imaginó mirando su hogar mientras la isla se oscurecía, con esa marca alrededor de su muñeca —emblema de su fracaso— y la cabeza gacha. Cerró los ojos, pero notó una extraña luz colándose en sus párpados.

Una mantarraya nadaba por el oscuro mar, despidiendo destellos de color azul iridiscente. Se dirigía hacia Vaiana; era la misma que la había guiado desde el arrecife hasta casa. Deslizaba las aletas con elegancia por el agua y a Vaiana le recordó a una bailarina, pero entonces se sumergió, privándola de su vista.

—Estás muy lejos del arrecife —murmuró una voz.

Junto a la estatua de Maui, se encontraba el espíritu de su abuela, con una sonrisa triste.

—¿Abuela?

Vio esa mirada pícara que le resultaba tan familiar en el espíritu, que arrugó sus cejas blancas y señaló con la cabeza la mantarraya que llevaba tatuada en la espalda.

—Supongo que elegí el tatuaje adecuado.

—¡Abuela! —gritó Vaiana, y corrió a los brazos del espíritu. La estrechó con fuerza mientras un extraño frío la invadía, recorriendo cada trozo de piel que entraba en contacto con el espíritu. Lo ignoró y hundió la cara en el cuello de su abuela, aspirando su familiar aroma a aceite de coco, que siempre se embadurnaba en la piel y se ponía en el pelo, junto con los hibiscos rojos que recogía—. Lo he

intentado, abuela —sollozó Vaiana—, pero el corazón está destrozado. No he podido hacerlo.

—No es culpa tuya —dijo la abuela Tala, acariciándole la mejilla—. No debí haberte hecho cargar con tal responsabilidad. Si quieres volver a casa, te acompaño.

Vaiana volvió a cerrar los ojos y vio su aldea, a sus padres. Quería volver a casa. Pero entonces recordó su visión de Motunui destruida por la maldición y soltó un profundo suspiro.

—¿Por qué dudas, Vaiana?

Miró a los ojos a la abuela Tala.

—¿Cómo iba a irme ahora? Todo ha empeorado: Maui no está, el corazón no está, y yo... —Vaiana bajó los ojos a la marca de su muñeca.

La abuela Tala pasó la vista del semidiós petrificado a la mancha de hollín de la muñeca de Vaiana y frunció el ceño con preocupación.

—Deja que lo vea.

Vaiana se secó las lágrimas y levantó el brazo, estremeciéndose. El dolor había cesado, pero la herida aún estaba sensible, pues era reciente.

—Ha aparecido al ir a coger el corazón de Te Fiti.

Nada más tocar la muñeca de Vaiana, la abuela retrocedió de un salto. Su mano despidió un destello negro, pero al instante el brillo que envolvía su espíritu volvió a ser azul. Se le tensó el rostro.

—Te han lanzado un conjuro, Vaiana.

—¿Se trata de la maldición?

La abuela Tala no respondió, sino que se quedó mirando el corazón calcinado de Te Fiti en el suelo. A diferencia de la piedra que le había entregado a Vaiana, ese corazón era oscuro y estaba

resquebrajado, por lo que más bien parecía una roca porosa que una gema brillante.

—¿Dónde está la diosa de fuego, Te Kā?

«¿Diosa?». Vaiana recordó al ser de fuego con el humo arremolinado en su rostro llameante como si fuese una melena azotada por el viento. Tragó saliva. ¿Por eso tenía tanto poder? Al cruzar la mirada con Te Kā, había sentido algo ancestral despertar dentro de ella.

—No... no está.

—¿Y Te Fiti?

—Tampoco —dijo con la voz cargada de vergüenza.

La abuela Tala asintió y se dispuso a coger el corazón calcinado de Te Fiti, pero dudó y retiró la mano.

—Coge el corazón.

—Pero me ha quemado.

Su abuela mostraba una expresión adusta pero decidida.

—Inténtalo otra vez, Vaiana.

Vaiana asintió con la cabeza, a pesar de los fuertes latidos de su corazón. Poco a poco, cerró los dedos de la mano herida en torno a la roca negra; curiosamente, esa vez no sintió dolor.

—¿Por qué...?

—Ya te ha marcado. Al igual que a Maui, Te Kā también te ha lanzado un conjuro.

—¿Como a Maui? —Vaiana pasó la mirada del semidiós petrificado a la mancha de su muñeca. ¿Acabaría así?—. ¿Cuánto tiempo me queda?

A la abuela Tala le brillaban los ojos como el agua de manantial mientras examinaba a Vaiana, con cuidado de no tocar de nuevo la marca de su muñeca.

—No lo sé, mi niña, no cuento con ese conocimiento. Es algo que ni yo ni los ancianos que me precedieron hemos visto jamás. Pero sé una cosa: no se puede razonar con Te Kā. No hace tratos, solo crece. A no ser que encuentres una forma de romper el conjuro, se extenderá hasta tus ojos, querida Vaiana, hasta el hogar de tu espíritu. Te consumirá hasta que no quede nada. Igual que a nuestra isla.

—No. —A Vaiana le ardía la garganta—. Tiene que haber algo que pueda hacer, alguna otra forma de salvar a Te Fiti, de evitar que esto le suceda a nuestro pueblo.

Durante un buen rato, la abuela Tala permaneció callada mirándose las manos, al parecer absorta en algún recuerdo lejano.

—Sí —dijo al fin rompiendo el silencio. Vaiana vio una mezcla de miedo y tristeza en sus ojos—. Creo que tal vez haya una manera. Deja el corazón de Te Fiti en el collar, Vaiana, y vámonos.

—¿Nos vamos? —replicó Vaiana—. ¿Cómo, si mi canoa se ha convertido en piedra?

La abuela Tala se puso de pie, dándole la espalda, y se le dibujó una sonrisa tímida al mirar a su nieta por encima del hombro. Su espíritu se volvió vaporoso y proyectó la sombra de una mantarraya sobre el agua.

—Como te he dicho, elegí el tatuaje adecuado.

Capítulo tres

La luz del día iluminó a Vaiana, que iba envuelta en la estela de su abuela, agarrada a sus aletas mientras avanzaban por el agua. Sin embargo, por primera vez en su vida, no había ninguna señal para ella en las olas.

Solo un silencio inquietante.

Desde que partieron de la isla de Te Kā, había esperado a que el océano le diera alguna señal de que la acompañaba: un tirón de pelo o una corriente que le hiciera cosquillas en los pies. Sin embargo, no había nada de aquello en las olas, solo gelidez.

La luz alcanzaba el agua y el espíritu de su abuela, pero parecía olvidarse de ella. Sentía mucho frío, le dolía el pecho y no paraba de recordar el momento en que Maui y ella habían discutido en la canoa.

«¡Vaiana, detente!».

¿Por qué no había hecho caso? Debería haberse detenido. Pero había confiado tanto en su plan, en cruzar el atolón de Te Kā, que no se le había ocurrido comprobar los movimientos de la diosa. No se había dado cuenta de lo cerca que la tenía de su canoa hasta que ya no había nada que hacer.

Y Maui...

Ya no estaba. A Vaiana se le encogió el corazón, provocándole un dolor agudo. «Es culpa mía».

Antes de que su abuela y ella se hubiesen marchado, Vaiana había dejado el anzuelo junto al semidiós de piedra, apoyando la mano sobre el desgastado hueso, liso como una roca pulida. El anzuelo lo habían tallado los propios dioses para el semidiós y Vaiana no había sido capaz de mirarlo sin sentir vergüenza. Era un espantoso recordatorio.

«Yo he hecho esto. —El eco de aquella idea resonó en su mente —. Les he fallado a todos».

De haber seguido el ejemplo del semidiós, ya habrían sanado a Te Fiti y ella ya habría regresado a casa para decirle a su familia que había detenido la maldición. Podría haber enseñado a su pueblo a navegar de nuevo. Por contra, había ayudado a Te Kā a convertir a Maui en piedra y a destrozar el corazón de Te Fiti, su única oportunidad de completar a la diosa, y ella misma estaba maldita.

Parpadeó, dejando que las salpicaduras del mar se llevasen sus lágrimas. En el agua, la vergüenza le recorría la espalda, invadiéndola como una fiebre, recordándole el dolor de la maldición en su muñeca, cómo se había apoderado de ella al coger el corazón destrozado.

«Me lo merezco», pensó Vaiana, resistiendo el impulso de tocar la marca que le atenazaba la muñeca. La isla de Te Kā quedaba a medio día de viaje a sus espaldas, pero, por mucho que el agua le hubiese arrugado los dedos, no había borrado la mancha de hollín de la maldición.

Ante ellas, el océano se extendía hasta un horizonte lejano. A Vaiana se le revolvió el estómago al mirarlo. Aquella línea difusa siempre la había atraído, despertando algo en su interior, un instinto más fuerte que cualquier marea a la que se hubiera enfrentado. Quería descubrir lugares de los que nadie había oído hablar todavía.

Sin embargo, en esos momentos la distancia parecía burlarse de ella.

Su pueblo no tenía tiempo que perder. Cada segundo que pasaba, la maldición crecía, y Vaiana sentía el conjuro bajo su piel, listo para extenderse. «No se puede razonar con Te Kā. No hace tratos, solo crece».

Su abuela creía que en alguna parte se hallaba una forma de salvar a Te Fiti, de evitar que la maldición afectase a su pueblo y de impedir que la suya propia se le extendiera. Sin embargo, Vaiana era incapaz de olvidar el miedo que había visto en los ojos de su abuela.

No sabía adónde la estaba llevando su abuela, pero no iba a resultar sencillo devolver el corazón de Te Fiti y contaba con menos aliados que en su partida. Maui había acabado convertido en piedra y el océano estaba tranquilo a su alrededor, una quietud nunca vista.

«Quizá el océano lo sepa —pensó Vaiana mientras la culpa y la vergüenza le cerraban la garganta. Se preguntó si la abuela Tala sentiría en sus aletas de mantarraya el angustioso torrente de emociones que le calentaba los dedos mientras se aferraba a ella—. Se equivocó de chica para salvar el mundo».

Le cayeron más lágrimas, que llegaron al mar. «Lo siento».

El océano no respondió. Se limitó a devorar sus lágrimas, alimentando al agua salada que rodeaba a su abuela y a ella.

La isla no era más que una mancha, oscurecida por el crepúsculo y la bruma que creaban las olas.

Era casi de noche cuando Vaiana y su abuela salieron del mar. En tierra, Tala respiró hondo y su vaporoso espíritu se concentró: regresó a su piel como si tomase aliento, solidificándose en el

cuerpo contra el que Vaiana se acurrucaba durante las tormentas de niña.

«¿Es eso *tuāʻoloa*?», recordó haberle preguntado una vez somnolienta a su abuela, escondiendo la cabeza mientras su *fale* se sacudía. «No, dulce Vaiana, solo es el viento del este», le había respondido Tala con una sonrisa mientras le trenzaba el pelo con sus arrugadas manos.

Vaiana sabía que el cuerpo de su abuela estaba en Motunui. Su padre y su madre habrían enterrado a Tala después de su marcha. Lo sabía. Sin embargo, no podía evitar apoyarse contra la anciana mientras subían por la arena y ofrecerle su brazo, buscando su piel caliente por el sol, como había hecho tantísimas veces.

Sin embargo, a diferencia de aquellas veces, al cogerle la muñeca a su abuela, notó un intenso frío. Así pues, la soltó y se le erizó el vello del brazo.

Tala se echó a reír al tiempo que le hacía un ademán a Vaiana para que se alejara.

—Te he traído hasta aquí atravesando el océano, ¿de verdad crees que necesito ayuda para subir por la playa? —Su espíritu se distendió con la brisa, ondulándose como olas contentas—. Ya no, Vaiana mía.

Su abuela coronó la arena tras ascender la pequeña duna más deprisa de lo que la había visto moverse cuando estaba viva.

Al verla alejarse, Vaiana bajó la cabeza hacia el océano y vio los dos pares de huellas que habían dejado en la arena. Se estremeció. Su abuela siempre había dicho que el mundo de los espíritus estaba a un paso, que para encontrarlo solo había que atravesar el banco de niebla que separaba como una cortina su mundo del de sus ancestros.

«Algunos espíritus se convierten en humo y abandonan nuestro mundo tan rápido como el viento», le había dicho a Vaiana en la playa, en su lugar secreto, donde el río de lava endurecida se encontraba con el mar. Su abuela había recogido arena y, luego, la había soplado hacia el mar, esparciendo los granos por el aire. «Pero algunos espíritus se quedan», había añadido abriendo la mano para mostrarle a Vaiana la arena pegada a sus dedos.

«¿Son malos?», había preguntado Vaiana, que en aquel entonces solo tenía diez años y pensaba que los fantasmas eran como las sombras proyectadas por la luz de las antorchas, que danzaban por todas partes, llenando su *fale* con su presencia.

«No todos», le había respondido su abuela acariciándole la mejilla.

En esos momentos, le resultaba sorprendente sentir lo ciertas que eran las palabras de su abuela en la tibieza de su propia palma, ver su espíritu mecerse al viento mientras la alcanzaba a la carrera, brillante como una constelación.

En la cima de la duna, Vaiana se situó junto a la abuela Tala y observó la isla. Un cauce seco recorría la bahía, dividiendo la playa en dos. Su lecho estaba cubierto de rocas resquebrajadas surcadas de sombras, las mismas que había visto en Motunui. Antes de su partida en busca de Maui, esos largos tentáculos negros como el hollín se habían alzado para agarrar su isla como si de una mano se tratara.

Ahí, había ganado la oscuridad, cerrándose alrededor de la isla como un puño.

Las sombras bañaban el territorio que tenían delante como una ola negra. Nacían en la playa, cubrían el lecho del río vacío como carbón y se adentraban en un páramo oscuro.

Desde el mar, la isla no era más que una mancha en el horizonte. Vaiana había pensado que se trataba de un efecto óptico causado

por la puesta de sol, de sombras proyectadas por las altas montañas que había visto desde las aguas poco profundas. Pero en esos momentos veía la horrible verdad.

La isla estaba muerta.

Delante, tenía troncos secos pudriéndose, rodeados de tierra cuarteada de un tono ceniciento. Los bancales estaban abandonados y sus muros de piedra se habían derrumbado, al no haber nadie atendiéndolos. Y, lo que era peor, la vegetación era gris y se desbordaba por las grietas de los muros, lo que le recordó a Vaiana a una herida supurante.

A una infección.

A Vaiana se le partió el corazón al ver las casas del otro lado de los campos, los hogares. Estaban inclinadas hacia un lado y unidas por hojas de pandanus muertas. De algunos de sus postes, colgaban tapices decorativos de tapa ajados por el tiempo. Las casas parecían abandonadas, solo que...

Había gente por todo el pueblo clavada en el sitio, tan quieta que Vaiana sintió un escalofrío de inquietud. Parecían tallas de madera, inmóviles y rígidas. Al igual que Maui, los habitantes de la aldea se habían convertido en roca volcánica.

Aquella isla era otra víctima de la maldición de Te Kā y la gente no había tenido tiempo de escapar.

—¿Qué estamos haciendo, abuela? —Le dolía hablar, incapaz de apartar la mirada de la devastación que tenía delante. En su aldea habían sufrido un incendio hacía unos años: una antorcha había caído y había incendiado una cabaña. Nadie había resultado herido, pero el fuego había dejado un caparazón carbonizado. Así creía que iba a ser la maldición de Te Kā, un fuego que acabaría con su isla, dejando solo un caparazón. Sin embargo, aquello era mucho peor—. ¿Por qué estamos aquí?

Quería salir corriendo, pero su abuela se limitaba a mirar fijamente el páramo. Curvó los labios hacia abajo, esbozando una sonrisa triste.

—Esta es la siguiente parada en tu viaje, Vaiana mía. Para sanar el corazón de Te Fiti, tienes que seguir caminando. —Señaló con la cabeza el pueblo asolado—. Allí encontrarás a una chica que necesita tu ayuda tanto como tú la suya.

Vaiana observó las formas oscuras que había a lo lejos. Sintió miedo recorriéndole la columna.

—¿Y ella sanará el corazón?

—Ah, no. Ella sola no. Con ella, descubrirás lo que lleva una diosa en el corazón y juntas devolveréis el corazón de Te Fiti. Ahora mismo, esa es la única manera de que la diosa regrese.

«¿Qué lleva una diosa en el corazón?». Vaiana se mordió el labio y agarró temblorosamente la concha que protegía el corazón destrozado de Te Fiti.

—¿Y tú, no vienes conmigo?

Su abuela le cogió la mano libre, haciendo que volviera a sentir su frialdad, como una corriente de aire pasando por una puerta abierta, y entrelazó los dedos con los suyos.

—No tengas miedo, Vaiana. Recuerda que no hay ningún lugar al que yo no pueda acompañarte, pero este viaje tienes que hacerlo tú. El océano te eligió para devolver el corazón y sé que puedes hacerlo, mi querida niña.

«El océano te eligió». Esas palabras resonaron en su interior, dejándola hueca por dentro.

«El océano se equivocó», quería decirle a su abuela, pero la sonrisa de esta se iba desvaneciendo al tiempo que su espíritu se volvía vaporoso, mezclándose de nuevo con el viento.

—No. —Anhelaba recuperar a su abuela, quería retener a Tala a su lado.

«Ayúdame a salvar a Te Fiti —quería suplicarle—. Asegúrate de que no le falle a nuestro pueblo. Otra vez».

Sin embargo, Vaiana sentía el espíritu de Tala esfumándose, escapando de entre sus dedos como el agua. Cuando volvió a apretarle la mano, solo cogió aire.

Su abuela había regresado al mundo de los espíritus.

Se estremeció. Estaba sola otra vez.

Cerró los ojos, tomándose un momento para concentrarse en el dolor de su pecho. De pequeña, apoyaba la mejilla en el hombro de su padre cuando él la llevaba a cuestas y le hacía cientos de preguntas hasta que se quedaba dormida, envuelta en sus fuertes brazos. Un día, cuando el sueño estaba a punto de vencerla, él le había hecho una pregunta: «¿Qué tipo de jefa serás?».

En aquel entonces, le llegaba por la rodilla, pero pasaba más tiempo colgada de su cuello que de pie. «Quiero ser como tú, papá», le había dicho.

En esos momentos, Vaiana exhaló, echando los hombros hacia atrás. Su padre no habría tenido miedo. Era la próxima jefa, no podía rendirse. Al fin y al cabo, había llegado hasta allí.

Miró el pueblo. Un leve temor latía en su pecho mientras una gran luna creciente asomaba entre las nubes, iluminando la oscura isla. Reprimió su miedo y siguió adelante.

El pueblo se alzaba a su alrededor silencioso como una tumba. Resbaló en la ceniza, levantando una nube gris, cuando vio a la primera vecina.

Una mujer se había quedado petrificada en medio de un paso, huyendo de su casa. A sus pies, yacía una cesta volcada, cuyas hojas de coco trenzadas se habían descompuesto hacía tiempo y

crujieron como juncos al pasar Vaiana. Delante de la mujer había un hombre agachado para ayudar a un niño a levantarse; ambos estaban envueltos en roca volcánica.

Vaiana sintió un escalofrío por los brazos, sensación que se intensificaba con cada paso que daba. Dondequiera que mirara, había lugareños convertidos en piedra con una expresión de terror en el rostro. Tragó saliva. ¿Qué habían visto?

Si no arreglaba el corazón, ese sería su futuro. El futuro de su isla.

¿Era así como los alcanzaría la maldición, sin que su pueblo tuviese tiempo de huir? ¿Un día normal se convertiría en una tragedia por culpa de Te Kā?

«No. —Vaiana se sacudió y se frotó los brazos—. Soy Vaiana de Motunui. Subiré a mi barco, cruzaré el mar y le devolveré el corazón a Te Fiti».

Mientras hacía el juramento, comenzó a latirle la muñeca, dolorida. El conjuro.

Durante la travesía con su abuela a la isla, había sentido como si el conjuro tuviera pulso, un latido propio. Incluso en esos momentos, notaba cómo le golpeaba la muñeca, como si un pájaro batiese las alas contra su piel.

Vaiana apretó el puño, dejándose marcas en forma de media luna en las palmas, hasta que el dolor remitió. «Soy Vaiana de Motunui...». Fue repitiendo esas palabras como un cántico mientras entraba en el corazón de la aldea. Ya solo tenía que encontrar a la chica que su abuela le había dicho que buscara.

Como fuese.

Recorrió los alrededores con la mirada. La rodeaban casas vacías con el techo de paja. A la luz de la luna, las personas no eran más que altas sombras irregulares con el rostro semejante a un peñasco oscuro.

«¿Quién iba a sobrevivir a esto?».

—¿Hola? —decía Vaiana asomándose a las casas, donde la esperaban más figuras de piedra en los rincones más recónditos. El corazón le latía con fuerza, golpeando contra sus costillas. Había familias enteras apiñadas; debían de haberse abrazado al advertir la llegada de la maldición—. ¿Hola?

Un golpe.

Vaiana se quedó quieta y se dio la vuelta lentamente.

Las cenizas flotaban como motas de polvo en el aire, levantadas por sus pies al moverse. Sus ojos fueron a parar a las estatuas que la rodeaban, pasando de un rostro a otro.

—¿Hay alguien ahí?

—¿Quién eres? —La voz era áspera, y a Vaiana se le encogió el estómago.

Se apresuró a mirar a su alrededor. Entrecerró los ojos, escudriñando las piedras porosas y las expresiones de horror, pero no vio a nadie. ¿Quién le estaba hablando? La voz era grave, aunque femenina.

—Soy Vaiana de Motunui.

Una larga pausa fue la respuesta.

—No conozco esa isla.

Algo afilado le pasó rozando el hombro hasta llegar a su cuello. Al ir a darse la vuelta, se dio cuenta de que era punzante.

Un arma.

Vaiana tragó saliva, sintiendo cómo se le clavaban unos dientes afilados.

Un movimiento en falso y quienquiera que estuviese en medio de la oscuridad la mataría.

Capítulo cuatro

—¿Por qué estás aquí? —preguntó la figura.

A Vaiana el corazón le latía con fuerza.

—Busco ayuda.

En la oscuridad, detrás de ella, la desconocida soltó una risa sarcástica.

—No hay ayuda. Mira a tu alrededor, Vaiana de Motunui. Nuestra isla ya no existe. —Las palabras sacudieron a Vaiana, provocándole una oleada de intenso dolor—. Si no tienes canoa, ¿cómo has encontrado nuestra isla? ¿Has naufragado?

—Me han traído aquí los ancestros, mi abuela. Estoy buscando a una chica.

Sin pensarlo, Vaiana se llevó la mano a la concha de abulón que llevaba al cuello para sacar el corazón roto, pero la desconocida le clavó el extremo del arma, una lanza, según descubrió, lo que hizo que se detuviera.

Sin embargo, la desconocida solo dirigió la punta de la lanza a su muñeca levantada, a la mancha en su piel, iluminada por la luz de la luna: el conjuro.

—*Auē*. —Soltó la desconocida bruscamente, y la lanza se retiró, golpeando las cenizas en la espalda de Vaiana—. Un dios te ha marcado.

—Sí. —Vaiana se arriesgó a darse la vuelta. La observaba una chica pálida con una piedra como colgante. Era delgada y atlética, vestía una falda andrajosa y una larga tira de tela envuelta en el pecho desde un costado y anudada al hombro contrario. Llevaba el cabello oscuro trenzado a la espalda, despejando sus profundos ojos, que reflejaban la noche como tinta, y tenía una boca carnosa que formaba una línea decidida.

Parecía ser de la misma edad que ella, pero tenía la piel apagada, de color cetrino, y los huesos marcados.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Vaiana.

—Noelani. —La chica observó a Vaiana con recelo, manteniendo la lanza cerca—. Pero todo el mundo me llama... —Se interrumpió. Las palabras se le atragantaron en la garganta hasta que su boca se aplanó con severidad—. Noe. Puedes llamarme Noe.

Sin embargo, Noe no le dio a Vaiana la oportunidad de responder. Señaló su muñeca con la mano que empuñaba la lanza.

—¿Por qué iba un dios a marcarte con la maldición de Te Kā?

La verdadera pregunta de Noe quedó flotando en el aire, tácita pero implícita: «¿Qué has hecho?».

Vaiana ardía de la vergüenza y volvió a coger su collar de conchas. Noe se tensó ante el movimiento y solo aflojó la lanza cuando abrió el medallón, revelando la piedra chamuscada.

—El corazón de Te Fiti —susurró Noe, acercándose—. Mi pueblo pasó años navegando en su busca. —Alargó la mano hacia el corazón destrozado de la diosa, pero la retiró antes de tocarlo. Se le endureció la mirada, con una expresión indescifrable—. Está quemado, por eso estás maldita: lo has destrozado. —Su rostro estaba tenso, enfadado—. ¿Por qué?

—¿Acaso crees que lo hice a propósito? —soltó Vaiana—. Intentaba devolver el corazón cuando Te Kā... —Su muñeca palpitó,

interrumpiendo sus palabras. Siseó entre dientes mientras el dolor del conjuro cedía hasta desaparecer tan repentinamente como había aparecido—. ¿Sabes qué?, no importa. Mi abuela me dijo que buscase aquí a una chica, que supongo que eres tú, y que juntas podríamos devolver el corazón de Te Fiti.

Una extraña expresión se dibujó en el rostro de Noe.

—¿Qué es lo que te dijo exactamente tu antepasada?

Vaiana suspiró.

—Dijo que, juntas, tendríamos que descubrir lo que yace en el corazón de una diosa.

—¿Y ya está?

Por un momento, Vaiana no supo qué más decir: «Siento que mi abuela no nos dibujase un mapa». Pero reprimió ese impulso. No necesitaba volver a mirar el pueblo para saber que esa chica era a quien su abuela le había dicho que buscara. «Nuestra isla ya no existe», le había dicho Noe, lo que significaba que ella era la única superviviente y también la única esperanza para su propio pueblo y para ella.

—Y ya está. ¿Puedes repararlo?

Noe se quedó mirando el corazón destrozado. Una arruga apareció entre sus cejas y soltó un largo suspiro.

—Quizá.

—Suena convincente.

—Mira a tu alrededor, Vaiana de Motunui —dijo Noe con tono cortante—. Tengo razones para no ser optimista. —Levantó su lanza y la dejó sobre sus delgados hombros. Una profunda tristeza se acumuló en su oscura mirada, abriéndose como un abismo—. Ese quizá tal vez no te tranquilice, pero es la mayor esperanza que he tenido en mucho tiempo, así que te ayudaré a devolver el corazón de Te Fiti, si tú me ayudas a mí a recuperar mi isla.

Una sonrisa empezó a asomar poco a poco en el rostro de Vaiana. Por primera vez desde que había despertado en la isla de Te Kā, estaba animada. Esa chica la había recibido con una lanza, pero había sido más fácil de convencer que Maui. Sin embargo, se le borró la sonrisa al pensar en el semidiós y en lo que ella misma había acabado provocando con su insistencia.

El pavor la atravesó.

—Entonces, ¿puedes arreglar esto?

Noe asintió.

—Eso creo. Hay una leyenda sobre la isla madre. Hace siglos, Te Fiti cruzó el océano y viajó a reinos lejanos. Nuestro mundo, el reino de los monstruos, el reino de los espíritus, el reino de la oscuridad..., ninguno quedó fuera de su alcance, y compartió con todos ellos su poder sobre la vida y la creación. —Noe se agachó y recogió cenizas —. Los ancianos dicen que, allá donde Te Fiti viajaba, lloraba, dejando así una pizca de su esencia. Nuestros ancianos las llamaban «lágrimas», una muestra del poder de la diosa, muy parecida a la maldición de Te Kā. Pues, cuando ella se marchaba, sus lágrimas se quedaban allí, ayudando a las islas a prosperar en su ausencia y asegurando que la tierra fructificase.

Noe dejó caer las cenizas al suelo.

—Hasta que se descubrió que las lágrimas otorgaban el poder de la diosa a quien las poseyera. Durante años, tanto personas como monstruos comenzaron a buscarlas, deseando aprovechar el poder de Te Fiti en beneficio propio. Eso hizo que Te Fiti regresara a su isla, donde permaneció hasta que le robaron el corazón.

—¿Crees que las lágrimas de Te Fiti curarían su corazón? —preguntó Vaiana.

Noe asintió.

—Si buscamos lo que yace en el corazón de una diosa, tiene sentido que sea su poder, y las lágrimas contienen una pizca de ese poder.

Sin duda, sonaba prometedor.

—¿Dónde encontraremos las lágrimas?

A Noe se le oscureció la mirada.

—Por lo que yo sé, solo quedan tres lágrimas de Te Fiti, dispersas en Lalotai. El único reino del que se mantuvieron alejados los cazadores humanos, por lo que los monstruos podían hacer acopio del poder de la diosa a sus anchas.

«Lalotai». La sonrisa de Vaiana se desvaneció. No quería volver al reino de los monstruos. Maui y ella habían escapado por los pelos la última vez con la ayuda del océano y este se había vuelto silencioso. ¿Y si al regresar a Lalotai se quedaba allí atrapada?

—¿Cómo sabes que las lágrimas están allí?

—Cuando supimos que la maldición venía a por nosotros, mi pueblo fue en busca de las lágrimas para salvar nuestra isla. Un grupo de navegantes y nuestros mejores guerreros partieron hacia Lalotai, pero... —Se le apagó la voz, aunque no hizo falta que terminara la frase.

Las consecuencias se veían a su alrededor. Su pueblo no las había encontrado, no a tiempo para detener todo aquello.

Vaiana sintió un escalofrío por la espalda.

—Lo siento. —No se imaginaba perdiendo su isla, el vacío que eso dejaría en su espíritu. Ni siquiera quería pensarlo. Aun así, cuando miró a Noe y a las estatuas de piedra volcánica que la rodeaban, la invadió la culpa y un dolor compartido.

Recordó su sueño en el que Motunui se convertía en una nube de cenizas. Esperaba que fuera una pesadilla, pero empezaba a temer que fuera una visión, como las que le había mencionado su abuela.

«Cuando seas jefa, tendrás visiones de tus ancestros y debes prestarles atención —solía advertirle—. Son advertencias».

Vaiana reprimió su inquietud. No iba a permitir que su visión se hiciera realidad. Su abuela había dicho que esa chica era la única esperanza de su isla, así que, si Noe decía que tenían que ir al reino de los monstruos...

Vaiana le tendió la mano.

—Salvaremos tu isla, Noe. Iremos juntas a Lalotai, sanaremos el corazón con las lágrimas de la diosa y conseguiremos que Te Fiti vuelva.

Noe pasó la vista de la mano extendida de Vaiana a su rostro y frunció el ceño, apretando con más fuerza la lanza que sostenía.

—La mayoría de los mortales se negarían a visitar el reino de los monstruos.

—Yo ya he estado en Lalotai. —Vaiana no pensaba reconocer que negarse era precisamente lo que había hecho la primera vez que había tenido que ir al reino de los monstruos.

—Entonces, ya sabes lo peligroso que es —dijo Noe, entregándole la lanza.

El arma pesaba mucho, tanto que la hizo encorvase. Tenía el filo recubierto de unos dientes enormes, casi del tamaño de su palma. Le recordó a cuando Maui se transformaba en tiburón, solo que esos dientes eran mucho más grandes. ¿Qué criatura tenía semejante dentadura?

Al tocar el borde de uno de los dientes, Vaiana no solo se pinchó el pulgar, sino que la piel del cuello se le puso de gallina. Se aclaró la garganta.

—Eh..., no creo que me vaya a hacer falta esto.

Noe estaba sujetándose otra lanza a la espalda y amarrándose una cesta al costado.

—¿Crees que los monstruos nos van a dar así como así las lágrimas de Te Fiti? —se burló la demacrada joven—. No sin luchar.

Vaiana vio a Noe colarse entre las hojas podridas de pandanus de una casa, donde cogió un puñado de huesos del suelo. Eran unos afilados fragmentos tallados en forma de cuchillitos, como los que usaban en su pueblo para abrir almejas y descamar pescado; le recordaron al anzuelo de Maui.

A Vaiana le brillaron los ojos al darse cuenta de algo.

—¿Tu pueblo se enfrentaba a los monstruos?

Noe le dirigió una mirada fría y, luego, bajó la vista a la lanza que esta tenía en las manos. De repente, Vaiana supo a quién pertenecían los dientes. Tragó saliva.

—Seguimos enfrentándonos a los monstruos —dijo la chica, pálida.

—¿No podemos coger las lágrimas y salir corriendo? —Vaiana odiaba que le temblara la voz, pero la última vez lo de correr había salido bastante bien.

A pesar de los dientes incrustados en la lanza que tenía en las manos, no se imaginaba deteniendo con ella al crustáceo gigante Tamatoa. Era más pequeña que los palillos de oro que debía de usar el monstruoso cangrejo para escarbarse la boca y sacar huesos humanos.

—Por supuesto que puedes salir corriendo, pero nuestro viaje nos llevará a lo más profundo del inframundo y allí no hay ningún lugar donde esconderse. —Noe le dio una cuerda fina, la misma con que se había sujetado la lanza a la espalda—. Toma esto. Aunque no quieras usar la lanza, es mejor que la tengas a mano.

A Vaiana se le formó un nudo en la garganta mientras miraba fijamente su mano maldita, con la que sostenía el arma. Intentó ocultar el miedo que notaba creciendo en su pecho al ver la marca.

—¿Sabes cuánto tiempo me queda?

Noe no la miró a los ojos.

—Quizá hasta la próxima luna llena.

—¿Quizá? —Vaiana se quedó inmóvil, mirando hacia el cielo. El halo de la luna creciente formaba una gruesa franja; ya estaba casi en cuarto creciente. Tenía poco más de una semana.

Nueve días con suerte.

La travesía desde Motunui le había llevado más. ¿Cómo iba a sanar el corazón de Te Fiti con menos tiempo que con el que contaba al principio?

La sonrisa de Noe era sombría.

—Mira a tu alrededor, Vaiana de Motunui. Un quizá es mucho mejor que esto.

Capítulo cinco

Juntas, las chicas se abrieron paso por la duna de arena, frente al mar.

Noe se detuvo justo donde se había desvanecido la abuela Tala, con su trenza ondeando como un espíritu en el viento. Las olas rompían contra la escarpada costa que tenían delante, salpicando la arena con agua salada. Sin embargo, lo que Noe observaba eran las estrellas, con un surco entre las cejas mientras iba levantando dedos para trazar su recorrido en el cielo.

Cuando la chica pálida miró hacia atrás, pareció atravesarla. Sus ojos se dirigían al extremo de la isla que tenían a su espalda y observaba el lejano horizonte con una expresión que le resultó tan familiar a Vaiana que se le cerró la garganta. Conocía ese profundo anhelo.

—¿Tienes canoa? —preguntó Vaiana.

—Sí —respondió Noe, asintiendo con la cabeza mientras contemplaba el mar—. Pero al océano le pasa algo. Mira.

El viento hizo estremecerse a Vaiana. El agua que rodeaba la isla ya no estaba igual desde que la abuela Tala y ella habían llegado. Al romper en la playa, las olas se tornaban de un color púrpura oscuro, como un moretón, y una negrura tan intensa que semejaba la noche se aproximaba desde la isla de Te Kā. La corriente era opaca, oscurecía el agua y se extendía como si fuese tinta de calamar.

Engullía la luz de la luna sobre la superficie, por lo que no se reflejaba nada, dejando tan solo profundidades turbias.

Vaiana no tenía ni idea de lo que estaba viendo, pero en lo más profundo sabía que, de alguna manera, ella era la causante. El océano llevaba en silencio desde que Te Kā atacó el corazón y chamuscó la gema verde. Vaiana temía conocer el motivo.

—¿Es eso la maldición?

—Sí, y es peor que antes. —La calma de Noe resultaba inquietante. Tenía los ojos clavados en el océano y observaba las olas con una mirada penetrante que le erizó el vello de la nuca a Vaiana. Le dirigió una expresión sombría—. Parece que no eres la única a la que se le acaba el tiempo. Le pasa también al océano.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vaiana con el corazón en un puño.

—Los ancianos decían que el océano era lo único que impedía que la maldición de Te Kā se propagase por las islas. —Noe negó con la cabeza—. Ahora que también lo ha alcanzado, no hay nada que pueda evitar que la maldición se siga extendiendo.

La mente de Vaiana iba a toda velocidad. ¿Por qué? ¿Qué había sucedido cuando Te Kā atacó el corazón?, ¿acaso quemarlo le había dado más poder a la diosa? Aunque, cuando se había despertado, esta había desaparecido.

Le vino a la cabeza una idea espantosa.

—Cuando el corazón quedó abrasado, Te Kā desapareció —le dijo a la otra chica.

—¿De su caldera?

Vaiana asintió.

—¿Se habrá ido?

Al no tener el corazón de Te Fiti para amenazarla, tal vez Te Kā se hubiese marchado de la isla, provocando más destrucción y

extendiendo su maldición aún más rápido.

Noe tardó un buen rato en responder. Se quedó en silencio mientras la oscuridad continuaba adueñándose del océano, extendiendo sus oscuros tentáculos. A Vaiana le recordó al instante en que Te Kā había alargado su mano volcánica hacia ella cuando estaba en la canoa con Maui.

«¡Vaiana, detente!».

Vaiana parpadeó para ahuyentar el recuerdo.

Por fin, Noe rompió el silencio.

—Los ancianos dicen que la figura de fuego apareció cuando Te Fiti se derrumbó, que Te Kā codiciaba el corazón de la otra diosa. Pero eso es lo que cuentan las leyendas. —Dirigió la mirada a Vaiana. Tenía unas largas pestañas y sus ojos como pepitas brillaban igual que los de un animal por la noche—. Tal vez Te Kā regresara a su reino después de que el corazón perdiera su poder.

El miedo le arañaba la espalda a Vaiana.

—¿Dónde está?

—Nadie lo sabe —respondió Noe, dándole la espalda a toda prisa al mar—. Vamos, tenemos que ir a Lalotai.

Vaiana suspiró. No le apetecía nada volver a hacer el largo viaje hasta el acantilado al que había subido con Maui; no tenían precisamente tiempo. Sin embargo, Noe iba en la dirección contraria.

—¿No está la entrada por allí? —preguntó Vaiana, señalando el mar.

—Sí. —Noe esbozó una sonrisa—. Y no.

—No seas tan enigmática. —Vaiana se apresuró a avanzar por la tierra cubierta de cenizas hasta alcanzar a Noe, que caminaba por la orilla del lecho seco del río que dividía su isla en dos, junto a las rocas agrietadas como si fuesen corales muertos—. He escalado las abruptas laderas que conducen a Lalotai.

—No me cabe duda. —Noe la miró de reojo—. Pero hay muchas entradas a Lalotai. Nuestros ancianos las llamaban «umbrales», un sitio por el que las almas acceden a otros reinos, y en nuestra isla hay uno. —Señaló las montañas. El cauce vacío serpenteaba hasta el otro lado de las colinas, conduciendo a una cueva que Vaiana al fin veía, sumida en la oscuridad—. Nos convertimos en cazadores de monstruos por necesidad, no por elección. Aquí siempre estamos en contacto con los demás reinos.

Vaiana tragó saliva, inquieta. En su aldea, la abuela Tala era la única que creía en las leyendas antiguas. Parecía que todos los niños de Motunui, al llegar a cierta edad, dejaban atrás los cuentos y las moralejas. Ella había sido la excepción y le resultaba extraña la naturalidad con que Noe hablaba de su isla y sus creencias, con qué facilidad mencionaba a dioses y monstruos aquella joven pálida.

Ante ellas, la cueva se abría profundamente sobre el lecho del río, empinado y árido, cubierto de guijarros. Una densa oscuridad las esperaba. Noe cogió una antorcha del suelo que estaba escondida entre un amasijo de vegetación putrefacta. Al igual que el resto de la isla, la madera de la antorcha estaba podrida. Sin embargo, Noe no dudó: frotó la antorcha contra la pared de la cueva y una chispa prendió las nueces de *kūkui* que llevaba fijadas, encendiéndose con el aceite. Era el mismo tipo de antorcha que utilizaba el pueblo de Vaiana.

«Nuestro pueblo era de viajeros. —Vaiana se mordió el carrillo—. Tal vez comerciaran con la isla de Noe».

Tal vez en su hogar hubiesen contado las mismas leyendas que en la aldea de Noe. Tal vez su pueblo también hubiera luchado contra los mismos monstruos antes de encontrar Motunui. «Tal vez podamos volver a contar esas leyendas». Sin su abuela, los

habitantes de su pueblo necesitarían una nueva líder espiritual que los guiara y les mostrara las antiguas costumbres.

Pensó en los kakamora y sus imponentes barcos: piratas que construían sus embarcaciones con restos de naufragios y saqueando islas. Se estremeció al imaginarlos llegando a Motunui, teniendo que defenderse de ellos.

—¿Atacaron muchos monstruos tu aldea?

—Al principio, no. De hecho, vivimos en paz durante mucho tiempo. Pero todo eso acabó al desaparecer Te Fiti, sentenciándonos —añadió Noe. Sus palabras eran cortantes y amargas, lo que confundió a Vaiana. ¿Por qué estaría enfadada con la diosa de la vida?

Noe se subió a una roca resquebrajada, trepando por ella como un lagarto. Fue a parar al lado opuesto entre una nube de cenizas, y Vaiana sintió un pequeño escalofrío.

—¿Qué pasó?

Noe tenía una expresión indescifrable.

—Te Fiti era la isla madre, por lo que su desaparición se dejó sentir en todos los reinos. Pero los otros dioses no hicieron nada cuando los monstruos emergieron de Lalotai. Nos abandonaron, así que tuvimos que defendernos solos de los monstruos que salieron a la superficie en busca del corazón de Te Fiti. —No era de extrañar que Noe fuese tan dura. Había pasado toda su vida luchando contra monstruos hasta que corrió una suerte aún peor: la maldición de Te Kā—. Supongo que se equivocaron de aguas en las que buscar, igual que nosotros. —Noe soltó un profundo suspiro—. ¿Cómo encontrasteis el corazón?

Vaiana se mordió el labio sintiéndose culpable.

—El océano trajo el corazón de Te Fiti a nuestra isla. La maldición había llegado y nuestra isla se estaba muriendo. Me eligió para

llevarle el corazón a Maui y cruzar el mar con él. —Observó la oscuridad frente a ella mientras la luz de la antorcha danzaba a su espalda. Se alegró de que la cueva estuviera envuelta en sombras y Noe no pudiera ver la vergüenza que le sonrojaba las mejillas—. Íbamos a devolverlo cuando nos atacó Te Kā y... nos derrotó.

«Por mi culpa. Porque el océano eligió mal».

La antorcha humeaba en la caverna. Mientras avanzaban en silencio sobre las rocas de la cueva, las sombras saltaban a su espalda, recordándole a Vaiana a los fantasmas de los cuentos que le contaba la abuela Tala.

Entonces, Noe se mofó.

—Conque Maui... —Rio con incredulidad—. ¿Le pediste ayuda al semidiós que robó el corazón? ¿Por qué iba a devolverlo?

—Lo convencí —dijo Vaiana, dolida por las palabras de Noe. «Y lo perdió todo»—. No podía enfrentarme sola a Te Kā.

«Ni siquiera sabía navegar».

Noe sonrió, pero sin rastro de simpatía.

—Pero el océano te eligió a ti. ¿Por qué no usaste el corazón para salvar tu isla?

Vaiana se quedó paralizada. El final de la cueva se alzaba en la oscuridad y el fuego de la antorcha titilaba en el techo. De repente, sintió claustrofobia.

—¿Qué quieres decir?

Noe soltó una carcajada.

—Has tenido la clave para salvar tu isla colgada del cuello todo este tiempo, Vaiana: el poder de Te Fiti, de la vida y la creación. La isla madre podía curar todas las heridas y cicatrices. Los ancianos dicen que su corazón era capaz incluso de revertir la muerte. —Desplazó la vista a Vaiana; los ojos le brillaban a la luz del fuego—. ¿Por qué no usaste el corazón para salvar a tu pueblo? Podrías haber

impedido que la maldición arrasara tu isla aprovechando el poder de la vida y la creación para ellos. —Dirigió una mirada significativa a la muñeca marcada de Vaiana, a su conjuro—. Podrías haberlos salvado a todos tú sola.

«Llevo mil años aquí atrapado, intentando conseguir el corazón como regalo para vosotros, los mortales, para que tengáis el poder de crear la vida misma», le había dicho Maui al conocerlo. Y Tamatoa había venerado la piedra nada más verla. «El poder de la creación», había dicho el cangrejo con los ojos centelleantes de codicia por el poder de Te Fiti.

Y, sin embargo, Vaiana no había dado media vuelta. No se le había ocurrido volver a Motunui para salvar su isla con el poder del corazón.

«¿Por qué no utilicé el corazón?».

Notó su propio corazón golpeándole las costillas. Imaginó a su abuela doblada de dolor mientras se le apagaba la luz de los ojos. ¿Podría haberla salvado?

—Pues... Es que... —Vaiana tragó saliva. Se le estaban ocurriendo una docena de explicaciones, pero sabía que ninguna satisfaría a la niña; la respuesta era demasiado simple—. No lo había pensado.

Su primera idea había sido curar a la diosa, devolver el mundo al estado en que lo habían conocido sus ancestros. La maldición de Te Kā les había impedido viajar al plagar el mar de monstruos. Ella había intentado que la vida volviera a ser como antes, un mundo seguro al otro lado de su arrecife.

«Tú también querías marcharte —susurró una voz maliciosa en su cabeza, y el conjuro palpitó en su muñeca—. No querías quedarte en Motunui».

¿Su deseo de abandonar la isla la había hecho desatender su responsabilidad para con su pueblo como futura jefa?

—Creo que el océano cometió un error al elegirme —acabó por reconocer Vaiana, cuyos ojos se llenaron de lágrimas que amenazaban con caer.

A la luz del fuego, la mirada de Noe brillaba como cuentas de ámbar mientras la observaba.

—No, Vaiana, tu único error fue pedirle ayuda a un semidiós. —Se dio la vuelta y se dirigió al fondo de la cueva con la antorcha, dejando a Vaiana a oscuras—. Yo cometí el mismo error cuando confié en los dioses pensando que nos salvarían. No hay silencio más grande que el que sigue a una plegaria, ese momento en el que crees que van a responder a tu llamada, pero no lo hacen. De todos modos, nuestros errores no son irreversibles. Podemos devolverle el corazón a Te Fiti y deshacer lo que se ha hecho.

Vaiana se protegió los ojos con la mano y siguió el rastro de luz de Noe. Lo primero que vio fueron las estatuas, que le provocaron una oleada de inquietud.

Incluso allí, en lo más profundo de la cueva, había gente del pueblo de Noe, de pie como estalagmitas en la oscuridad. Pero, a diferencia de las demás personas, esas víctimas de la maldición no mostraban temor y tenían los ojos abiertos a causa de la lava endurecida. En sus manos, llevaban tallos marchitos de lauti, cuyas hojas se habían podrido hacía mucho tiempo. Vaiana apretó los puños. Cuando llegó la maldición de Te Kā, aquel pueblo había pedido ayuda a los dioses.

Sin embargo, los dioses no habían respondido, y la cueva tampoco los había protegido de la ira de Te Kā.

Noe pasó junto a sus vecinos sin mirarlos mientras Vaiana la observaba avanzando decididamente en la oscuridad.

«¿Cómo sobreviviste?», quería preguntarle a la demacrada chica, pero esta ya había llegado al final de la gruta y la miraba

expectante.

—Ya estamos.

Había una canoa descansando sobre la arena de guijarros cubierta de cenizas, junto a Noe. El fuego que titilaba en la pared de la cueva prácticamente traspasaba la tela, descolorida por el paso de los años. La vela era fina y frágil y estaba raída por la brisa de la cueva.

Vaiana tocó la madera de la canoa. Era extraño. Parecía más antigua que las que había encontrado en la cueva de su isla. Debía de tener siglos y, sin embargo, el casco aún olía a salitre.

Alrededor de la canoa, había unas marcas recientes sobre la arena y las cenizas, rastros de donde debían de haber descansado otras embarcaciones. Pero ya no estaban.

«Un grupo de navegantes y nuestros mejores guerreros partieron hacia Lalotai», le había dicho Noe. Ninguno había regresado. Y allí estaba ella, siguiéndolos al reino de los monstruos.

Vaiana recorrió con la mirada el rastro en la arena. Habían quedado unas marcas en el suelo de la cueva que llegaban hasta el final del túnel pedregoso. Echó la cabeza atrás y contempló la enorme galería.

Las altas paredes blancas talladas se alzaban sobre Noe y ella, y sus aristas se perdían en el techo de la cueva, que desaparecía entre la niebla y una oscuridad tan profunda que la luz de la antorcha no alcanzaba.

A Vaiana se le erizó el vello de los brazos.

Aun en la penumbra, reconoció el brillo de las paredes, que parecían perlas. Relucían como los dientes que llevaba engastados su lanza, que era del mismo material que habían empleado los dioses para elaborar el anzuelo de Maui.

Esa entrada a Lalotai, el camino que Noe había recorrido con tanta confianza, estaba custodiada por una enorme puerta hecha de

huesos.

Capítulo seis

Vaiana se aferró al mástil de la canoa mientras Noe y ella se adentraban en Lalotai a bordo de la embarcación. La chica pálida se removía a su espalda, sujetando los cabos de la canoa y dirigiéndolos hacia la oscuridad que se extendía ante ellas.

A Vaiana le habría gustado gobernar, pero Noe la había mirado con frialdad tras la apertura de la enorme puerta del reino, por la que había soplado un viento antiguo que les enredó el cabello.

—No —se había limitado a decir Noe mientras empujaba la canoa con seguridad hacia la piscina del otro lado de la puerta, chirriante por la arena y unas cenizas que parecían grava, pero allí solo había agua oscura. No monstruos. Al menos, por el momento.

—Pero yo sé navegar —había insistido Vaiana.

—Esta canoa es mía. Si querías gobernar, haber traído la tuya —le había respondido Noe, mirándola con incredulidad mientras cogía los cabos de la canoa y soltaba la vela.

—Lo hice, pero acabó cubierta de lava.

Entonces, Noe había soltado los cabos de la embarcación y se había alejado decididamente de Vaiana con mirada recelosa.

—¿Te fuiste directa a la lava? ¿Y quieres que te deje gobernar? No, gracias. Prefiero ir en una canoa que en una roca.

En esos momentos, Vaiana iba sentada en la embarcación, mirando con enfado la antorcha que habían fijado al mástil, cuyas

llamas danzaban en medio de la oscuridad del reino, aunque no es que el fuego dejara ver mucho. El susurro del agua tras la canoa era lo único que percibía aparte del olor a humedad del túnel por el que pasaban.

A pesar de la densa oscuridad, Noe navegaba sin vacilar.

Vaiana sentía desconfianza en cada poro de la piel.

—Esto no se parece al Lalotai que vi con Maui. —Su grave voz reverberó, haciendo eco sobre el agua.

—Probablemente solo viste una pequeña parte. Nuestros ancianos cuentan que Lalotai, o el reino de abajo, es tan vasto y variado como el mundo de arriba.

Vaiana arrugó el entrecejo. No quería buscar las lágrimas en cada rincón del reino de los monstruos, no si era tan vasto como el océano que tenían encima. Sin embargo, Noe navegaba resueltamente hacia la oscuridad.

—¿Ya sabes adónde tenemos que ir? —insistió Vaiana.

Por primera vez, Noe se mostró indecisa. Una enigmática mirada asomó fugazmente a sus ojos, aunque Vaiana se preguntó si habría sido el reflejo del fuego jugando con las sombras del rostro de la chica.

—Sí. Los exploradores que enviamos dijeron que los monstruos tenían tres lágrimas de Te Fiti. —Señaló el túnel—. Solo tenemos que seguir este río.

—Entonces..., ¿ya has estado aquí?

Noe asintió.

—Un par de veces. Mi pueblo no dejaba aguas por explorar.

Vaiana sonrió, imaginándoselo: valientes exploradores surcando los océanos. Quería esa libertad para su pueblo. Estaba deseando mostrarle a su padre el mundo del otro lado de su arrecife cuando devolvieran el corazón para que volviese a amar el océano después

de la pérdida de su mejor amigo. Vería que no solo les esperaba la muerte más allá de su isla.

—¿Estamos lejos? —preguntó Vaiana mientras observaba el sinuoso túnel. Parecía cada vez más oscuro, si es que eso era posible, y oía el sutil goteo del agua que se desviaba del curso.

Vaiana miró a Noe. ¿Era su imaginación o sus ojos reflejaban preocupación?

—No está lejos, pero el camino está vigilado... y es difícil de navegar —reconoció Noe al fin.

Su canoa avanzaba lentamente por el río mientras el túnel se cerraba a su alrededor. Delante de ellas, el murmullo del agua era cada vez más fuerte.

—Va... le —dijo Vaiana separando la palabra en dos. Sintió un escalofrío—. ¿De cuánta vigilancia estamos hablando?

Noe no respondió, pero el murmullo del agua se estaba convirtiendo en un rugido que se acercaba a toda velocidad.

«No es buena señal».

—Nos dirigimos a una cascada..., una pequeña —explicó Noe, como si eso fuera a tranquilizarla. Amarró los cabos de la canoa y sacó una cuerda de su bolso y se la ofreció—. Átate al mástil.

—¿Y luego qué? —Vaiana hizo el nudo que Maui le había enseñado para atarse. Le ofreció el resto de la cuerda a Noe, pero esta la ignoró. Se le erizó el vello de la nuca, pues dudaba que la cascada fuera a lo que la otra chica se refería al decir que el camino era peligroso—. ¿Qué hay ahí abajo, Noe?

Noe se encogió de hombros, sin apartar la vista de la corriente de agua que se avecinaba.

—Un pulpo.

Vaiana soltó un suspiro de exasperación. Noe se mostraba reservada y eso no le gustaba.

—¿Un pulpo pequeño?

—No, uno grande. Un dios lo sacó del océano y... lo dejó aquí para proteger las puertas de Lalotai de los monstruos y los mortales.

Vaiana se estremeció. Se preguntó si la otra chica también debía de considerar a Tamatoa un simple cangrejo.

—¿Un *fe'e* enorme?

—¿Cómo va a ser si no? No es que los dioses sean pequeños —se burló la otra chica, sujetando su larga trenza sobre su cabeza sin dejar de mirar al frente—. Tenemos que pasar por delante de él para encontrar las lágrimas de Te Fiti.

—Un momento..., ¿no deberíamos trazar un plan? —gritó Vaiana, pero su voz quedó apagada por la cascada.

—He pasado junto a él una docena de veces.

—Acabas de decir que has estado aquí abajo un par de veces, ¡eso son dos veces! —A Vaiana se le pasó por la cabeza la idea de desatar el nudo que la ataba a la canoa de Noe y lanzarse a las oscuras aguas.

—Por eso precisamente no quería decírtelo —dijo Noe, apoyando una mano en el mástil de madera de la canoa, rozando los dedos de Vaiana. Tenía la piel helada en comparación con la de Vaiana, que estaba encendida por el pánico.

Una oleada de piel de gallina inundó a Vaiana cuando alcanzaron la cascada y comenzaron a descender…

Se precipitaron hacia las profundidades de Lalotai. La embarcación saltaba sobre el agua mientras descendían. Vaiana luchó contra el impulso de cerrar los ojos con fuerza, pues lo veía todo borroso alrededor. La vela de la canoa ondeaba al viento y la antorcha estuvo a punto de apagarse, proyectando unas sombras salvajes sobre el rostro de ambas.

Era peor que cuando había saltado tras Maui al reino de los monstruos; aquella caída había sido larga, pero suavizada por el océano. En esa, por el contrario, la cuerda que llevaba Vaiana a la cintura se tensó cuando llegaron al final de la cascada, le apretó el estómago y la dejó sin aliento al caer al agua.

Vaiana respiró hondo con la intención de calmar sus nervios. Se incorporó, se desató del mástil de la canoa y miró alrededor, la cueva a la que habían llegado. Hacía frío y el aire estaba cargado de salitre y humedad. Se lamió los labios, saboreando el agua salada que le resbalaba por la boca.

Estaban en una gruta marina con rocas afiladas que se abrían como dientes sobre las cabezas de Vaiana y Noe mientras las algas marinas se arremolinaban bajo la canoa.

«Parece una boca», pensó Vaiana con un nudo en el estómago. Delante de ellas había otro amplio túnel que giraba, perdiéndose en la distancia.

—No veo... —Vaiana cerró la boca. «No veo al *fe'e*», había estado a punto de decir cuando vio la figura que tomaba forma bajo ellas, removiendo las algas. Su contorno se oscureció, eclipsando la canoa con su volumen.

Un golpe. La criatura golpeó su embarcación, salpicando agua sobre la madera. El *fe'e* estaba debajo de ellas. A Vaiana le temblaban las piernas.

A su lado, Noe había sacado la lanza. Miraba por entre los listones de madera de la canoa, observando la corriente que tenían debajo. Otro golpe.

Tragando saliva, Vaiana echó mano a la lanza que llevaba a la espalda, pero Noe se puso un dedo en la boca, una advertencia que llegó demasiado tarde.

¡Crac!

Un tentáculo gigante, de un rojo oscuro como la carne, azotó la canoa. Era tan grueso como el torso de Vaiana y pesaba tanto que inclinó la embarcación, haciendo que le entrase agua.

El *fe'e* pegó las ventosas a la madera al tiempo que arrastraba el tentáculo por la embarcación, buscando alguna presa. Buscándolas a ellas. Vaiana retrocedió sigilosamente, esquivando el tentáculo, hasta que se topó con el vacío y notó algo viscoso enroscándose en su pierna procedente de la otra borda de la canoa.

Otro tentáculo.

Vaiana soltó un grito al verse arrastrada de la canoa. Al caer al agua, agarró con fuerza su lanza. A Noe no le dio tiempo a alcanzarla y su cabeza comenzó a hundirse bajo las olas de la gruta mientras otro tentáculo golpeaba la embarcación.

Directo hacia Noe.

—¡No! —Vaiana luchó contra el tentáculo que tiraba de ella, recordando otra lucha, otra inmersión en las olas.

«¡Vaiana, no!». Vio a Maui fugazmente delante de ella. Tenía los ojos negros y un puño levantado, atrapado para siempre en la roca volcánica.

Vaiana daba puñetazos al tentáculo que la inmovilizaba bajo el agua. No podía volver a fallar. Casi se ahoga cuando el agua le llenó de golpe la boca y la nariz y le irritó los ojos.

Bajo el agua, vio el descomunal tamaño del *fe'e*. El pulpo era tan grande como el gran *fale* en el que se reunía su pueblo. Sus monstruosas extremidades batían el agua formando remolinos y la llevaron hacia una corriente. En medio del agua turbia, el *fe'e* la observaba enfrentarse a él con sus ojos dorados.

Entonces, el monstruo se echó hacia atrás y lanzó a Vaiana un torrente de lodo y algas a la cara. La arena de la cueva se asentó, revelando el enorme pico del *fe'e*.

A Vaiana se le escaparon un montón de burbujas mientras seguía forcejeando, haciendo fuerza con la pierna. Sin embargo, el pulpo tensó el tentáculo, atrayéndola hacia su boca. La repentina corriente arrastró a Vaiana y a punto estuvo de soltar su lanza.

«Será mejor que la tengas a mano si quieres deshacerte de esa maldición», le había dicho Noe, y Vaiana se estremeció al tiempo que clavaba la lanza en el tentáculo que la tenía agarrada por la pierna.

Se oyó un rugido vibrar en el agua cuando el *fe'e* la soltó. Pataleando con todas sus fuerzas, Vaiana salió a la superficie, atravesó las olas y subió a la canoa tosiendo.

—¡Noe! —gritó, escupiendo agua salada sobre la madera—. ¡Noe!

Se puso en pie a trompicones y, a duras penas, se acercó a los cabos. Agarró el remo y alejó la embarcación del pulpo justo cuando otro tentáculo atravesaba el agua. Este chocó contra las olas, y la barca lo esquivó por poco. Vaiana dirigió la proa hacia la oscura gruta, balanceándose en el borde de la embarcación. Su peso hizo que media canoa se elevara.

Escudriñó la turbia cueva marina, pero no vio a Noe. «¿Dónde está?».

La gruta se sacudió y una de las estalactitas cayó al agua al tiempo que el *fe'e* emergía de las profundidades haciendo llover.

Las gotas apagaron la antorcha de la canoa, sumiendo a Vaiana en las sombras. Esta se mordió el labio al ver que el pulpo la rodeaba. Pasó los ojos del monstruo al techo de la gruta, que había quedado oscuro, y sonrió al tener una idea.

—¡Venga! —provocó al pulpo.

El *fe'e* la atacó con un tentáculo, pero Vaiana giró bruscamente la canoa y esquivó el golpe. La criatura se estrelló contra la pared, por

lo que cayeron estalactitas al agua y una roca afilada se le clavó en el costado.

Vaiana estuvo a punto de chillar de alegría. Estaba dando vueltas con la canoa cuando por fin vio a Noe. Se le había deshecho la trenza y su pelo flotaba en el agua a modo de cola, pero parecía ilesa. Estaba flotando frente al pulpo con su lanza a la espalda.

«Pero ¿qué está haciendo?». Vaiana tiró de los cabos de la canoa con todas sus fuerzas, tratando de alcanzar a la chica pálida, pero esta no se volvió.

Movía las manos frente al pulpo, elevándolas por encima de sus hombros, que estaban sumergidos. Eso le recordó a Vaiana la *siva* que se bailaba en su aldea, solo que había algo hipnótico en los ademanes de Noe.

Vaiana se acercó y, mientras observaba el vaivén de las manos de Noe, sintió que la tensión de su pecho cedía. El cansancio comenzó a oscurecerle la vista y se le cerraron los ojos. De repente, el *fe'e* cayó de espaldas al agua, lanzando una ola hacia ellas dos.

Vaiana parpadeó, deshaciéndose de la extraña pesadez que sentía. Tiró con fuerza el cabo que amarraba la vela y se agarró mientras la canoa surcaba la enorme ola y, luego, se asentaba al otro lado.

La canoa se mecía junto a Noe y la chica trató de subirse.

—Ha sido increíble —dijo Vaiana ofreciéndole la mano a Noe, que la rechazó con un gesto. Parecía aún más lívida si cabía—. Pensaba que el *fe'e* iba a comernos. ¿Estás bien? Te ha tirado de la canoa con el tentáculo.

Noe negó con la cabeza.

—Estoy bien. No me ha dado, me he sumergido.

—Ah. —El agua debía de haber ocultado la huida de Noe. Vaiana se mordió el labio y se cruzó de brazos mientras la chica pálida subía

a la canoa—. ¿Qué ha sido eso? ¿Cómo has detenido al *fe'e*?

—He dormido al custodio de la cascada invocando a su espíritu. —Noe escurrió su trenza mojada sobre la canoa y se irguió frente a Vaiana. Arrugó la nariz—. ¿Por qué te sorprende tanto, Vaiana? ¿Acaso en tu isla no os comunicáis con los espíritus, con vuestros ancestros?

Vaiana rio contenidamente. Pensó en los ancestros que había visto en la gruta escondidos con las canoas y en su pasado como navegantes. ¿Era otra habilidad que su pueblo había perdido por culpa de la maldición? ¿Se hallaba ese saber tras un muro en algún lugar de Motunui?

—Eh..., no, nunca había visto nada igual. Me ha parecido... magia. ¿Cómo lo has hecho?

—Me lo enseñaron los ancianos. No me prepararon solo para ser navegante. Soy lo que en mi pueblo llaman «viajera de sueños». —Esbozó una leve sonrisa, sorprendiendo a Vaiana con su repentina ternura—. Cuando era niña, mi espíritu vagaba fuera de mi cuerpo mientras dormía. Pensaba que solo estaba soñando despierta, imaginando aventuras fantásticas, hasta que alguien del pueblo vio mi espíritu errante y se lo contó a los ancianos.

—¿Te metiste en un lío?

—Claro que no. En nuestra isla, no era nada raro tener dones como el mío. Algunos de nuestros ancianos veían el futuro, quienes nos advirtieron de la llegada de la maldición, y me enseñaron a comunicarme con el mundo espiritual y a controlar mi espíritu. Así, cuando navegábamos, podía explorar el océano en mis sueños y localizar islas cercanas. —Sus oscuros ojos se iluminaron, absorta como estaba en sus recuerdos—. Me encantaba ser la primera en tocar la arena, contarles a todos lo que había visto al despertar. —Se quedó mirando el agua que las rodeaba—. Sentía una conexión con

el océano, como si fuese parte de él, y me dejaba llevar, notando cómo me empujaban las corrientes hasta cada isla. Era como si otro latido me impulsase.

«Era».

Vaiana frunció el ceño. ¿Por qué Noe hablaba de ello como si ya no sintiera esa conexión?

—¿Ya no sientes lo mismo?

A Noe se le tensó el rostro.

—No. —La trenza de la joven se meneó a su espalda cuando se volvió hacia los cabos de la canoa, poniendo fin a la discusión. Estaba cogiendo la cuerda cuando alzó la vista a Vaiana, arrepentida —. ¿Sabes?, lo has hecho muy bien antes, Vaiana. Siento lo que he dicho sobre tu forma de gobernar. Eres una buena navegante. —Desplazó los ojos a la concha que llevaba al cuello—. Quizá por eso el océano te haya elegido a ti.

Vaiana intentó sonreír, pero sus labios no se movieron.

—Gracias, Noe.

Noe señaló con la cabeza el túnel que tenían delante.

—Deberías descansar. La travesía será fácil hasta que lleguemos a la primera de las lágrimas de Te Fiti. —Frunció los labios, formando una fina línea—. Tal vez sea tu última oportunidad para dormir a pierna suelta. Yo me encargo de gobernar.

Vaiana asintió, entumecida. Gobernar no era la única tarea que creía que Noe podía manejar.

Al oír hablar sobre Noe y su pueblo, Vaiana no pudo evitar que la vergüenza la inundase como una marea, a punto de abrumarla. «Quizá por eso el océano te haya elegido a ti».

Eso no tenía sentido alguno.

Vaiana no sabía navegar cuando el océano le entregó el corazón. Ni siquiera Maui había entendido por qué el océano la había elegido.

La había llamado «la elegida» para burlarse de ella. «No sabes navegar». Entonces Vaiana había ignorado la fanfarronería y el insulto del semidiós.

En ese momento, en cambio, se sentía como una impostora, tumbada en la misma canoa que Noe.

La chica que sabía navegar, enfrentarse a monstruos y apaciguar a los espíritus hasta dormirlos.

Vaiana apretó los puños. Se asomó por la borda de la canoa y dejó que sus nudillos se sumergieran en el agua salada.

—¿Por qué yo? —preguntó al mar, acariciándolo con los dedos—. ¿Por qué no Noe?

Esperó una respuesta hasta que se quedó dormida mientras las olas rompían contra su mano incluso en sus sueños.

No obstante, no hubo respuesta en el agua.

Capítulo siete

El océano estaba ondulado sobre ella en forma de ola y le salpicaba agua marina en el cabello.

—Has vuelto. —Vaiana se despertó con una sonrisa y se incorporó apoyándose en los codos. Agitó una mano sobre su cabeza, tratando de sumergir los dedos en aquella agua tan familiar—. ¿Dónde te habías metido?

Sin embargo, la ola retrocedió hacia el mar. Vaiana trató de ir tras el océano. Quedó colgada de la borda de la canoa intentando alcanzarlo.

—¡Espera!

El océano no regresó.

Las olas se agitaron y se fueron oscureciendo al tiempo que giraban bajo la embarcación. En las sombrías aguas, vio trozos de *fale* destruidos, cráneos y huesos, así como unos rastros de ceniza que se extendían hacia ella como si fuesen dedos desde remolinos de carbón.

Una mano carbonizada y putrefacta emergió del agua y agarró la palma y la muñeca extendidas de Vaiana.

Al bajar la vista, vio a su padre que la miraba fijamente por entre las olas. Le faltaba la mitad de la cara, devorada por la maldición, y solo le quedaba un ojo, completamente blanco. Su mano descompuesta la quemaba.

—Regresa, Vaiana.

Vaiana se despertó sobresaltada. Estaba tumbada bocarriba mirando al oscuro techo, resollando. Las sombras dibujaban medias lunas en las paredes de la gruta. Le dolía el brazo maldito; era el de la mano que su padre había agarrado en sueños.

«Regresa, Vaiana».

Vaiana miró hacia abajo, como si esperase ver su mano quemada, pero la maldición solo se había extendido, envolviéndole la muñeca con un brazalete de piedra negra que hacía ruido al tamborilear encima con los dedos, y la mancha ya le llegaba hasta la palma y el antebrazo, como si tuviese ceniza esparcida. *Auē*.

Se estaba quedando sin tiempo.

Respiró lenta y profundamente. Recordó dónde estaba mientras aspiraba el profundo aroma almizclado de Lalotai y el agua salada que bañaba la parte inferior de su embarcación. Estaban en una canoa navegando hacia la primera de las legendarias lágrimas de Te Fiti para devolver el corazón...

Pero la canoa no se movía.

Se dio la vuelta, sacudiendo el collar de su abuela. Primero, miró hacia los cabos, donde había visto a Noe de pie por última vez, pero estos estaban amarrados, y también la vela.

Y la chica había desaparecido.

—¿Noe? —dijo Vaiana. Se acercó a la borda de la canoa y miró fijamente la gruta en que se encontraba. La embarcación estaba atracada y unas gruesas algas se habían enganchado en la parte inferior, flotando en la playa por la suave marea. Noe debía de haber dirigido la canoa hasta aquella orilla rocosa y debía de haberse adentrado en tierra.

Una empinada colina se alzaba sobre ella, revelando una cueva que se iba ensanchando.

Vaiana tragó saliva. Unas antorchas brillaban frente a ella, proyectando unas sombras titilantes en medio de la oscuridad. ¿Se había adelantado Noe? «¿Me ha dejado aquí?».

Le rugió el estómago mientras se movía por la canoa. Se tambaleaba y notaba las extremidades pesadas. A pesar de haber dormido, todavía se sentía agotada. ¿Se debía a su pesadilla?, ¿al hambre?

Arrancó un puñado de algas que colgaban de la canoa y salió de un salto. Perdió el equilibrio al caer al agua mientras masticaba las algas saladas. No le saciaron el hambre, pero se esforzó por dar otro bocado y volvió a llamar a la otra chica.

—¿Noe? —Aunque dio vueltas, solo vio las sombras de la gruta y algo verde en su interior—. Noe...

—Shh —siseó la chica pálida, que apareció de repente a su lado. Se había movido tan sigilosamente que Vaiana no la había oído—. No hagas ruido. Hay un pueblo más adelante.

«¿Un pueblo? ¿En Lalotai?». Vaiana se agachó, siguiendo los delicados movimientos de la chica.

—Lo siento. No sabía dónde estabas.

Noe hizo un ademán, restándole importancia. Al observarla, Vaiana se fijó en que tenía algo de color en las mejillas y su piel estaba menos macilenta. Eso la animó, pues la alegraba ver que la otra chica había descansado.

—He ido a echar un vistazo.

—Si es un pueblo, ¿no deberíamos saludar? Quizá puedan ayudarnos.

Noe le lanzó una mirada significativa.

—No es un pueblo de humanos, Vaiana.

—Ah.

Vaiana no entendía muy bien por qué la sorprendía tanto. Al fin y al cabo, estaban en Lalotai, pero nunca había pensado que los monstruos pudieran agruparse igual que su gente. ¿Cómo sería un pueblo de monstruos? ¿Habría un jefe? Se disponía a hacerle más preguntas a Noe cuando notó un chirrido en sus talones, provocándole un escalofrío.

«Garras sobre piedra». Muchas.

—Eh... —Vaiana intentó ignorar el chirrido de las garras, que retumbaba con fuerza desde la cima de la colina—. Si esto es un pueblo de monstruos, ¿por qué nos hemos parado?

Noe sonrió amargamente.

—Porque una de las lágrimas de Te Fiti está aquí.

Vaiana hizo un mohín. «Genial». Claro, las lágrimas de Te Fiti no iban a estar en un jardín, como flores esperando a que las recogiesen. No, una de ellas tenía que estar escondida en una cueva llena de monstruos en lo más profundo de Lalotai.

—Vamos a echar un vistazo más de cerca —dijo Noe, y empezó a subir por la empinada colina. Vaiana la siguió hasta que el terreno se niveló, dejando al descubierto una profunda hondonada. La atravesaban unos senderos de piedra que conducían a una aldea de imponentes *fale* que llegaban hasta donde alcanzaba la vista.

Noe no tuvo miedo de acercarse, pero a Vaiana se le revolvió el estómago. Cientos, no, miles de monstruos debían de estar esperando allí abajo. Muchos de ellos ya estaban rodeando la aldea, caminando sobre dos pies como los humanos. Y había más docenas en un espacio abierto dentro del extenso laberinto que formaba la aldea, entre los que se elevaba humo o vapor. A causa del viento, les llegó un delicioso aroma y a Vaiana volvió a rugirle el estómago al recordar una escena similar en su propia aldea.

Los monstruos parecían estar dándose un banquete.

Vaiana recorrió con la mirada las alfombras que decoraban el suelo y los cuencos de calabaza que había dispuestos hasta llegar a las casas abiertas que se elevaban por encima de la cabeza de los monstruos. En lugar de madera, unos gruesos pilares de piedra caliza sostenían el enorme *fale*. Estos estaban decorados con unos largos grabados ya difuminados que semejaban diseños de los tejidos de tapa, lo que trajo su atención.

Conchas, dientes y marcas de garras cubrían la piedra, extendiéndose hasta el techo abovedado de la gruta. Unas hojas de coco trenzadas protegían las viviendas y estaban sujetas a los pilares de cada casa con cañas. Algunos de los *fale* estaban incluso apilados unos sobre otros, como terrazas de cultivo, y se extendían erguidos ante las dos chicas a modo de dunas de arena. La aldea ocupaba toda la extensión de la gruta y los pilares de piedra caliza se perdían en las paredes lejanas, confundiéndose con las tinieblas.

En la oscuridad, la aldea debería haber quedado oculta por la penumbra de la profunda cueva, pero una inquietante luz iluminaba las partes superiores de los *fale*, proyectando sombras en toda la caverna. Tragando saliva, Vaiana echó la cabeza atrás.

Sobre la aldea, relucía una gema verde. Tallada como una lágrima, la gema despedía unos asombrosos rayos y remolinos de luz sobrenatural. Era igual que el corazón de Te Fiti antes de que Te Kā lo quemara: ambos eran terrestres, aunque pareciesen de otro mundo.

Una lágrima de Te Fiti.

«Está aquí».

La lágrima de Te Fiti se hallaba sobre un pedestal de piedra negra, cubierto de flores frescas. Unos pilares oscuros la rodeaban, evitando que su luz llegase a las estalactitas gracias a un techo de paja rebosante de flores de tiaré en forma de estrella. Alrededor del

pedestal, había antorchas carmesí y hojas exuberantes que se extendían por una empinada escalera repleta de pétalos y enredaderas que conducía hasta el suelo de la cueva.

Vaiana sonrió; nadie parecía estar vigilando la lágrima. Solo una pared de piedra rodeaba las escaleras que llegaban hasta la lágrima y se elevaban por encima del *fale* más cercano a esta. Hinchió el pecho. La maldición de su brazo le pareció más débil que al despertarse poco antes. Pero entonces calculó la distancia a la que se encontraban de la brillante lágrima y la gran cantidad de monstruos que las separaba de ella.

Tendrían que atravesar la aldea para llegar al pedestal de la lágrima, que estaba en el centro.

Vaiana tragó saliva, ansiosa. Algunas de las casas parecían lo bastante grandes como para que cupiese Tamatoa y un par de sus fornidos amigos.

—¿Cuál es el plan?

Noe le echó una breve mirada.

—Luchamos.

—Muy graciosa.

—Lo digo en serio.

—Bueno, no vamos a abrirnos paso luchando por una aldea entera de monstruos —dijo Vaiana, sacudiendo la cabeza. Casi no había sobrevivido a un pulpo gigante. No pensaba tentar a la suerte enfrentándose a quienes suponía que eran primos lejanos—. ¿No puedes usar ese...? —Tamborileó con los dedos en el aire como si estuviese haciéndole cosquillas a alguien, pero Noe se limitó a mirarla fijamente sin expresión alguna. Vaiana suspiró—. ¿Ese truco para espíritus?

—¿Truco para espíritus? —repitió Noe con sequedad—. ¿Te refieres a las enseñanzas sagradas de mi pueblo?

Vaiana esbozó una sonrisa a modo de disculpa.

—Sí, eso.

—No, no puedo. No soy tan fuerte como para dormir a todo un pueblo. —Noe bajó la mirada al suelo, evitando cruzarla con la suya. ¿Era la vergüenza lo que la hacía mantener los ojos clavados en la piedra? Vaiana se lo estuvo preguntando hasta que la vio exhalar con fuerza y se fijó en su expresión. Sus ojos oscuros reflejaban cautela, miedo. A Vaiana se le encogió el estómago. Noe tenía miedo, pero ¿de qué?

—¿Y? —Vaiana le dio un empujoncito, a pesar del miedo que ella misma empezaba a sentir en el estómago, pero la chica pálida permaneció en silencio—. ¿Hay algo que no me hayas dicho, Noe?

—Supongo que deberías saberlo... —dijo Noe despacio, como si estuviera sopesando sus palabras—. Aunque pudiera dormir a todos sus espíritus, no lo haría, al menos no estando en lo más profundo de Lalotai. Verás, hay monstruos que esperan a que se abra la frontera entre los reinos, y no me gustaría nada que se fijasen en nosotras, Vaiana. —Apretó los puños—. No quiero llamar la atención de ciertos seres que viven aquí abajo, y tú tampoco deberías hacerlo.

—¿Como cuáles?

—Confía en mí. —A Noe le cambió la cara—. No quieres saberlo.

A Vaiana se le hizo un nudo en la garganta.

—Vale, no podemos dormir a los monstruos, pero tampoco podemos abrirnos paso a la fuerza por toda la aldea. Por muy guerrera que tú seas, yo no lo soy —añadió, tratando de ignorar la vergüenza que le provocaban esas palabras.

«Si hubiera sido Noe la elegida para devolverle el corazón a Te Fiti, no tendría que protegerme. —Vaiana apretó los dientes—. Ni

siquiera estaría aquí. Habría conseguido devolver el corazón ella sola».

—Puedo enfrentarme a ellos mientras tú te cuelas. —Noe cogió la lanza que llevaba a la espalda y sus dientes centellearon a la luz verde de la lágrima.

A Vaiana le dio un vuelco el corazón al ver el filo de la lanza e imaginar los dientes que llevaba incrustados teñidos de rojo con la sangre de los monstruos. «No podemos matarlos», era lo que quería decir, pero sabía que esas palabras no iban a impedir que Noe salpicara de sangre las enredaderas y los pilares de piedra de la aldea.

—¿No podemos colarnos las dos? Quizá estén distraídos con su banquete —propuso Vaiana.

—Sí, hasta que nos huelan... Entonces, el banquete se lo darán con nosotras.

Vaiana volvió a mirar la aldea, los monstruos que la invadían. No había dos iguales. Algunos tenían unos pinchos finos por toda la espalda que les llegaban hasta su larga cola, mientras que otros tenían patas parecidas a corales...

A Vaiana se le dibujó una sonrisa.

—Tengo una idea.

Bajó por la colina hasta llegar a la canoa y se metió en el agua.

Noe no la siguió.

—¿Qué estás haciendo?

Vaiana comenzó a recoger las algas del río y se las fue enrollando en los brazos a modo de cuerda. Estas no tardaron en envolverle el pecho y los hombros, acumulándose en sus manos. El salitre le inundó la nariz.

—Toma.

Noe entornó los ojos.

—¿Por qué me das algas?

—Vamos a colarnos. —Vaiana sonrió levantando las algas—. Y este va a ser nuestro disfraz.

Capítulo ocho

Una ciudad de monstruos esperaba abajo, y Vaiana fue descendiendo hacia allí paso a paso.

Las algas rebotaban con cada pisada, metiéndosele en los ojos y dejándole la cara y la piel desnuda llenas de fango. Noe no se había mostrado muy convencida del plan y, mientras se había dedicado a cubrirla con las algas, poniéndoselas alrededor del cuello como si fueran un collar de dientes de jabalí, le había lanzado miradas de obstinación.

—Guarda la lanza —le había dicho a Noe, pero la chica se había limitado a negar con la cabeza, salpicando a Vaiana con gotas de agua.

—Si tu plan sale mal, te alegrarás de que lleve un arma.

Vaiana había puesto los ojos en blanco y había envuelto con algas también la lanza.

En esos momentos, las chicas se adentraban en la aldea de los monstruos disfrazadas ellas mismas de monstruos de algas, desprendiendo un intenso aroma a mar. La colina de la cueva se había ido inclinando hasta convertirse en una roca plana y el suelo estaba liso a causa de llevar siglos soportando pisadas de bestias.

Unas gruesas enredaderas de *fue selelā* cubrían el suelo de la cueva y la aldea de los monstruos se alzaba a su alrededor, imponente como montañas. Las plantas trepadoras estrangulaban

los pilares de piedra caliza y de ellas habían brotado unas flores blancas que semejaban rayos de sol capturados a lo largo de la piedra. Su fragancia llenaba el aire y le dejó a Vaiana un regusto floral en la garganta.

Con los imponentes *fale* y la multitud de flores de la aldea, resultaba fácil olvidar que estaban en una cueva. Entre cada *fale*, había bancales rebosantes de *taros* frondosos, huertos exuberantes con plataneros, frutos enormes de *sasalapa* y cocos de un tono verde brillante, así como más plantas y alimentos de los que Vaiana podía nombrar. No se imaginaba tal abundancia de cultivos. Cualquiera de aquellos bancales habría podido alimentar a su pueblo durante un mes entero, y todavía les habría sobrado.

—Guau. ¿Ha hecho la lágrima crecer todo esto?

Noe asintió lúgubremente.

—Mientras nuestra gente no tiene para comer y nuestras islas mueren, los monstruos se dan un festín.

Más adelante, en el centro de la aldea, las bestias raspaban la piedra con sus extremidades y garras, emitiendo un chirrido con las uñas. Se veían sombras danzando y se oía el repiqueteo de unos tambores. Vaiana apretó los dientes al ver tomar forma la imagen del banquete.

Una docena de esteras tejidas con hojas de pandanus decoraban el suelo del pueblo. Delante de cada una había una hilera de hojas de lauti, las cuales se extendían como una llama verde bajo cuencos hechos de calabaza. A Vaiana se le encogió el estómago. Su curiosidad la empujaba a mirar, a tratar de ver lo que servían los monstruos, aunque, por otra parte, Tamatoa y el *fe'e* habían estado a punto de comérsela a ella, así que ya se lo imaginaba. Notaba el corazón latiendo con fuerza en sus oídos, al ritmo de los tambores, cada vez más fuerte.

Una multitud de monstruos retozaban a lo largo del camino, que se iba ensanchando; había lagartos con cuernos apoyados contra el *fale* sacando la lengua, un monstruo de coral caminaba a cuatro patas mientras sus duros tentáculos serpenteaban y una almeja gigante engullía con la boca bien abierta. Algunos comían volcando su cuenco de calabaza directamente en sus fauces con dientes de tiburón, mientras que otros graznaban con fuerza y batían sus alas al reír.

Vaiana no podía creer que Noe se hubiera ofrecido a enfrentarse a ellos. La horda parecía interminable: se prolongaba en una larga fila festiva llena de dientes, garras y escamas.

Al principio, nadie pareció advertir a las dos chicas con traje de algas que avanzaban lentamente.

Pero, entonces...

—Tenemos invitadas. —Uno de los monstruos apartó la vista del grupo y se acercó a ellas deslizándose gracias a su cola moteada. Al igual que Vaiana y Noe, iba erguido y su torso semejaba humano, pero ahí terminaban las similitudes. Tenía el cuerpo cubierto de escamas, cuatro brazos con garras que le nacían del tronco, como si fuera un lagarto, y un rostro puramente reptiliano. Sus ojos eran dos rendijas amarillas que se clavaron en ellas mientras olfateaba el aire con las fosas nasales dilatadas.

Al unísono, la horda dirigió la vista rápidamente hacia Vaiana y Noe.

—Hola —dijo Vaiana, sintiendo que se le doblaban las rodillas. ¿Era su imaginación o había muchos dientes en esa aldea?

—No os conocemos —dijo el monstruo escamoso, aproximándose más.

—Es que... —A Vaiana se le apagó la voz al advertir que Noe se tensaba a su lado. Tenía que calmar los ánimos enseguida o la chica

pasaría a la acción, olvidando sus planes de evasión—. Es la primera vez que venimos aquí. Hemos viajado desde muy lejos para asistir a vuestro banquete, pero podemos irnos...

El monstruo de las escamas resopló por la nariz y rodeó con la cola a Vaiana y Noe, acercándolas a él.

—¿Iros? ¿Por qué tendríais que iros?

—No queremos molestar. —Vaiana no soportaba que su voz sonase tan chillona y que sus palabras se volvieran vacilantes. Las escamas apretaron las algas que la protegían y el corazón estuvo a punto de salírsele del pecho. Si el monstruo las estrechaba más fuerte, notaría su suave piel bajo las algas.

Sin embargo, el monstruo escamoso retiró la cola con la misma velocidad con que las había rodeado.

—No molestáis. ¿Qué clase de anfitriones seríamos si rechazáramos a unas invitadas hambrientas?

Vaiana abrió la boca.

—¿Qué?

El monstruo ladeó la cabeza, observándola.

—No te sorprendas tanto. Tenemos comida de sobra y mucho espacio para dos criaturas como vosotras. Por favor, sentaos y comed.

Aquellas sibilantes palabras le pusieron la piel de gallina.

—Ah. Claro, nos sen-sentamos. Gracias.

Vaiana era muy consciente de que Noe la estaba atravesando con sus oscuros ojos mientras se arrodillaban en una estera, esperando a que les sirvieran.

—Un plan genial —murmuró Noe—. Ahora apestamos y estamos aquí atrapadas.

—Estamos en el pueblo y vivas, así que creo que mi plan está yendo muy bien —le susurró Vaiana.

—Claro..., si es que llegamos al postre.

—Bueno, no vamos a llegar si sigues mirando a todo el mundo así. Eres un monstruo de algas, deja de enseñar los colmillos y compórtate como tal. —Vaiana sacudió la cabeza, preguntándose si alguien habría dado alguna vez una advertencia más absurda. Salía humo de una cocina cercana y los monstruos iban y venían con fuentes hechas de calabaza. Estirando el cuello, Vaiana vio el brillo de la lágrima reflejado en las estalactitas: estaba justo al norte de donde se encontraban—. Mira, ahí está la lágrima. Si no llamamos la atención, podemos marcharnos disimuladamente... y cogerla.

Tal vez pudiesen levantarse e irse sin que nadie...

Dos monstruos se sentaron en la estera pesadamente, apretujando a las dos chicas entre ellos. A la izquierda de Vaiana, una enorme criatura con cabeza de tiburón y corpulento torso estuvo a punto de derribarla. Noe estaba a su derecha y le dio un golpe con su huesudo codo en el costado al tiempo que se encogía para alejarse del otro tiburón que se le puso al lado.

En un segundo, quedaron rodeadas.

Bajo las algas, Noe taladró a Vaiana con sus oscuros ojos: «¿Qué decías?».

—Hola —dijo el tiburón que se había sentado a la izquierda de Vaiana con una voz atronadora. Al verle los dientes, esta tragó saliva. Sus ojos eran como el carbón y los músculos se le hincharon, tensando su piel. Era el tiburón más grande que había visto nunca—. ¿Es que nunca habéis estado en una fiesta?, no podéis sentaros solas. Yo me llamo Nifo y él es Ma‘o.

—¿Tu nombre significa «tiburón»? —le preguntó Noe al monstruo de su derecha, y él se echó a reír, sacudiendo la aleta blanca que tenía en el lomo.

—¿Significa eso? —exclamó el monstruo tiburón de puntas blancas llamado Ma'o—. Es lo que gritaron algunos mortales hace años cuando llegué a su costa y me gustó cómo sonaba. Normal que me quedase el nombre.

Nifo acercó la cabeza a Vaiana, envolviéndola con su aliento. Esta creyó oler carne podrida en sus dientes.

—Lo siento. Ma'o ha golpeado demasiadas canoas, ya sabes lo que quiero decir. ¿De dónde sois?

Vaiana no podía dejar de mirar la hilera de dientes de Nifo mientras hablaba.

—De La-Lalotai.

—¿No somos todos de ahí? —A Nifo se le ensanchó la sonrisa y posó sus ojos negros en ella—. Oye, ¿por qué estás tan alterada? —Le cambió la cara—. Ay, no. ¿Acaso nos conocemos? ¿Te di un mordisco mientras perseguía a una presa?, es que me entra el gusanillo.

Vaiana nunca había pensado que un tiburón pudiera parecer arrepentido, pero la expresión de Nifo lo era genuinamente.

—No, no, es que no hemos ido a muchos banquetes. Este es el primero —mintió.

—Entonces, os vais a llevar una sorpresa —dijo Ma'o—. En Veidau se toma...

—Shh —lo interrumpió Nifo—. Deja que lo prueben ellas mismas. Ya viene la comida.

«Genial». A Vaiana no le gustó cómo sonaba eso y notó rígido a su lado el brazo oculto de Noe, con el que empuñaba la lanza.

Un monstruo con cuerpo de anguila se acercó a ellos. En su largo cuello curvo, llevaba una bandeja hecha de calabaza llena de cuencos. Vaiana tenía miedo de mirar en el interior de estos, así que cerró los ojos con fuerza cuando la anguila se inclinó hacia el suelo

para dejar que se deslizaran sobre las esteras que tenían delante. Fuera lo que fuera, se lo comería, eso se prometió. Lo haría por su pueblo, por Maui y por Te Fiti.

Le llegó un aroma dulzón. Un aroma familiar.

«¿Es banana?». Vaiana abrió los ojos y, en efecto, había unas bananas horneadas brillantes, bañadas en crema de coco. Los monstruos estaban sirviendo cuencos de *po'e* de banana.

—¿Y bien? —quiso saber Nifo.

A Vaiana se le hizo la boca agua mientras cogía el cuenco y se llevaba el *po'e* de banana a la boca por entre su disfraz.

—Está delicioso.

—Si cierro los ojos... —dijo Ma'o entre enormes bocados—, parece que sabe a carne de foca... ¡o de humano!

Nifo ya se había acabado el cuenco y la crema le brillaba en los dientes.

—Venga ya, Ma'o. Llevas siglos sin comer humanos, ya no te acuerdas del sabor. —A Vaiana se le aceleró el pulso—. Estaban mucho más duros. —Les sonrió a Noe y a ella—. Entonces, vuestra primera vez en Veidau, ¿eh? ¿Os ha traído aquí la maldición?

Vaiana abrió la boca para responder a Nifo cuando vio al monstruo escamoso mirándola: tenía sus ojos amarillos fijos en ella. ¿Se había acercado la criatura o era su imaginación la que la hacía creer que había estirado su cabeza reptiliana?

—¿La maldición? —repitió distraída, observando los ojos amarillos del monstruo apartarse de ellos. Volvió a mirar a Nifo.

Nifo soltó una risotada.

—¿En qué mundo vivís? La maldición que envenena las aguas y la tierra del mundo de arriba. No conozco a ningún monstruo que no se haya visto afectado por ella. —Bajó la vista a su cuenco de calabaza vacío—. Sin humanos que cazar y con más islas

desapareciendo, Veidau se ha convertido en un refugio. Pero la maldición se va extendiendo. Hemos sobrevivido gracias a la lágrima de Te Fiti.

—Ah. —Vaiana volvió a recorrer la aldea con la mirada. «Un refugio para monstruos». ¿Eso era aquel sitio?—. Entonces, ¿aquí todos coméis plantas? —Vaiana se removió incómoda bajo su atuendo de algas; quizá aquel disfraz hubiese sido un error.

—Es eso o morir de hambre —dijo Ma'o dándose una palmada en el estómago.

—Todos ayudamos en lo que podemos, claro. Así es como... —Nifo señaló al monstruo escamoso que había observado a Vaiana—... a Kala le gusta. Si ayudas, comes. Verás, todos tenemos el mismo objetivo aquí: mantener vivo nuestro pueblo. Así es como Veidau ha sobrevivido. —Alzó la vista al techo de la cueva—. A diferencia del mundo humano.

La tensión hizo que Noe pegase más el hombro al de Vaiana. Soltó un suspiro que sonó como un improperio, pero fue demasiado sutil para que Vaiana lo oyera.

Vaiana le dirigió una mirada de advertencia mientras se le ocurría algo gracias a las palabras de Nifo. Se puso de pie y tiró de Noe.

—Bueno, se supone que todos tienen que ayudar, así que nosotras también deberíamos hacerlo.

—Pero vosotras sois nuestras invitadas. Primero, tenéis que comer hasta hartaros.

A Vaiana le rugió el estómago al oír a Nifo. Aunque seguía teniendo hambre, habían ido allí en busca de la lágrima de Te Fiti y oír aquellas historias sobre Veidau, la aldea, había convertido su miedo en una pesada culpa.

Le gustaban Nifo y Ma'o y el pueblo había sido generoso con ellas a pesar de no conocerlas. Cuanto más oía a Nifo, más le preocupaba

lo que pasaría cuando la brillante lágrima de Te Fiti desapareciera de su pedestal.

—Estoy llena y me encantaría ayudar en la cocina —mintió Vaiana, volviéndose hacia el *fale* de cocina que había visto antes, aunque Ma'o interrumpió su retirada.

—Pero tu amiga no ha terminado.

Ma'o frunció el ceño mirando el cuenco lleno de Noe. Vaiana estuvo a punto de refunfuñar. De todas las veces que una podía mostrarse quisquillosa con la comida, ¿por qué Noe elegía ese momento? ¿Acaso su pueblo no comía en los banquetes?

—Ah, eh..., mi amiga...

—No puedo comer mientras otros están trabajando —terció Noe —. Y menos mis anfitriones.

Las palabras de la chica sonaron amenazadoras, pero los tiburones se limitaron a sonreír.

—Ay, qué algas tan maravillosas; es una pena que seáis las únicas que he conocido. A Veidau le vendrían bien más monstruos como vosotras —dijo Nifo con una enorme sonrisa—. Bueno, la comida está por ahí.

Señaló el *fale* hacia el que Vaiana pensaba dirigirse, donde había una cocina con una salida de humos; estaba revestida de piedra, coral y arena. Al entrar, vieron taro envuelto en hojas de banana cocinado con crema de coco en una calabaza partida. Su aroma despertó el apetito de Vaiana.

Las algas que había comido antes se iban marchitando en su estómago a medida que su determinación se iba debilitando. «Quizá deberíamos quedarnos», pensó soltando un suspiro nostálgico. Ninguno de los cocineros levantó la vista mientras atravesaban el *fale*. Al ver a Noe pasar junto a ella en dirección a la otra puerta de

la cabaña, se fijó en sus estrechos hombros y en las algas que colgaban de su delgado cuerpo. Necesitaba comer más.

Vaiana se mordió el labio mientras observaba a la otra chica saliendo del acogedor *fale*. «Quizá no confíe en los monstruos». Siguió a Noe mientras los deliciosos aromas del banquete y las animadas risas se desvanecían a su espalda.

«Quizá yo confío demasiado en ellos».

—No puedo creer que hayamos superado el primer plato —dijo Noe mientras avanzaba con paso firme hacia los destellos de la lágrima. Le lanzó una mirada incisiva a Vaiana; a su pesar, sus ojos reflejaban respeto—. Bien hecho. Parece que tu plan ha funcionado.

—Gracias —dijo Vaiana, sorprendida por el cumplido, pues no se imaginaba que Noe, con esa fachada de dura, fuera capaz de alabar a nadie. A decir verdad, lo que la había inspirado era su primer viaje a Lalotai con Maui. Él la había disfrazado de tesoro para que sirviera de cebo a Tamatoa y, así, recuperar su anzuelo. Sin embargo, en esos momentos, la idea de robar le atenazaba el pecho—. ¿Estás segura de que deberíamos llevarnos su lágrima?

—¿Su lágrima? Es la lágrima de Te Fiti y vamos a cogerla para curar su corazón. —Noe negó con la cabeza. Lejos del banquete, en el *fale* que se alzaba ante ellas, solo había un inquietante silencio. Era difícil no recordar la aldea de Noe y sus hileras de casas vacías, a todas aquellas familias y personas que habían sido víctimas de la maldición.

«¿Y si eso ocurre aquí?».

Noe comenzó a subir los empinados escalones del alto pedestal de la lágrima, al parecer ajena a los pensamientos que atormentaban a Vaiana, a la que lanzó una mirada de fastidio.

—Date prisa. ¿No quieres salvar a tu pueblo?

Vaiana se sintió indignada y subió los escalones corriendo.

—Claro que sí.

—Pues venga.

La ciudad de los monstruos se extendía a su alrededor, pues la lágrima de Te Fiti estaba situada justo en medio de la aldea. Vaiana sintió una punzada de arrepentimiento como un cuchillo.

—Pero ¿no los estamos sentenciando?

Noe entornó los ojos y los clavó en Vaiana.

—¿Cómo voy a saberlo? Además, ¿acaso importa? En este momento, el reino de los humanos está sentenciado y cada vez está más arrasado por la maldición, mientras que estos monstruos llevan siglos dándose festines. ¿Crees que ellos dudarían en salvarse?

Vaiana pensó en la sombría mirada del tiburón Nifo al mencionar a los humanos.

—No.

—Pues eso —murmuró Noe, que subió los últimos escalones hasta el pedestal, dándole la espalda—. Si quieres redimirte y salvar a tu pueblo esta vez, tienes que dejar de preocuparte por los demás, Vaiana.

«Esta vez». Las palabras de Noe la desgarraron, partiéndole el corazón. Vaiana subió los últimos escalones y trató de recuperar el aliento junto a Noe, cuyo rostro se veía despiadado bajo la intensa luz de la lágrima.

—Trato de salvarlo, pero...

—Entonces, haz lo que tienes que hacer, Vaiana. —Noe extendió la mano hacia la piedra brillante que tenían justo detrás—. Cógela. Por tu pueblo.

La lágrima de Te Fiti desprendía luz y calor, envolviéndolas con su tibieza. Encima de ellas, un charco de agua suspendido proyectaba unos destellos iridiscentes sobre el pedestal y el techo protector de la lágrima, rodeado de estalactitas.

Los rayos de sol se reflejaban en el suelo y en el rostro de Vaiana, atravesando el agua, el mundo de arriba. Esta se protegió los ojos del resplandor de la lágrima. A pesar de las palabras de Noe, la duda hizo que siguiese clavada en el sitio.

Noe tenía razón: estaba allí para salvar a sus seres queridos, su hogar... Sin embargo, no podía evitar sentir compasión por los monstruos.

Al estar más cerca, Vaiana veía estanques de agua fresca y bosques exuberantes, repletos de flores y frutos, en las aristas de la lágrima. Mostraban un mundo que desaparecería en el reino de arriba a menos que la robase.

«La maldición se va extendiendo», había dicho Nifo con la mirada baja, y la imagen del tiburón encorvado no hizo sino afianzar la resolución de Vaiana.

La maldición se extendía y solo el corazón podía detenerla. Reparando el corazón de la diosa y devolviéndoselo, Noe y ella salvarían a Te Fiti, a Maui y al mundo.

«Los salvaremos a todos», pensó Vaiana, y dio un paso hacia la brillante lágrima. Recordó la mirada de Te Kā, ardiente como el fuego, mientras cogía la cálida gema verde, pero la lágrima se desvaneció en su palma.

Y Vaiana cayó de rodillas.

Capítulo nueve

Sin tiempo que perder, Vaiana alzó la vista hacia la caverna de Veidau, hacia el fino charco de agua, que proyectaba destellos de luz sobre el suelo rugoso de la cueva. Los bordes del techo estaban cubiertos de sal, la cual se evaporaba del charco invertido.

Era un atisbo del mundo exterior.

Sin embargo, Veidau, la ciudad, había desaparecido. Solo unos peñascos oscuros de piedra caliza y sal ocupaban aquella profunda caverna donde antes Vaiana había visto la extensa aldea subterránea.

Sentía que se deslizaba sobre la piedra. Tras ella, olía a tiaré y puakenikeni, cuya fragancia se imponía al aire rancio de la caverna. Las notas de sasalapa, cítricos y musgo ahogaban el penetrante olor a moho y podredumbre de las rocas. Y una larga estela de escamas secas cubría el suelo.

«Estoy en una guarida», pensó Vaiana, incapaz de evitar las escamas que cubrían el suelo por mucho que moviese los pies.

Aunque no tocara la tierra que había debajo, sabía que era árida, salina tras siglos de erosión. Aunque...

«Tiene tanto potencial...». Perdió el hilo de la idea, que se desvaneció.

La voz no había sido la suya.

Vaiana intentó abrir la boca para hablar, pero no salió ningún sonido.

Flexionó las manos a los costados, aunque sus dedos no se cerraron, como ella pretendía. Lo que sucedió fue que se arrodilló, hundiendo sus dedos musgosos en el suelo.

«Esta no es mi mano», pensó Vaiana sobresaltada mirando con unos ojos que tampoco eran los suyos.

«¿Es esto... una visión?». Sí, parecía ser una visión de la propia Te Fiti.

Estaba viendo a través de los ojos de la diosa.

Notó un poder recorriéndola que brotaba de los dedos de musgo de la diosa y se vertía en la tierra. Le pareció que se le aceleraba la sangre, saliendo de una herida más rápido de lo que habría podido detener la hemorragia. Le escocieron los ojos cuando una única lágrima cayó a la tierra baldía, emitiendo un ligero resplandor.

Entonces, todo acabó.

Aquel suelo rocoso se convirtió en un campo de enredaderas y árboles jóvenes. Vaiana sentía sus raíces horadando profundamente la tierra mientras brotaban. La visión de Te Fiti le reveló todo lo que crecía en el nuevo terreno. De todos modos, no era lo único vivo en la cueva.

Te Fiti se puso de pie.

Aunque todo estaba en silencio, ella oía algo, como si unas escamas raspasen la roca. La diosa se volvió a toda velocidad y le cayó la trenza sobre los hombros, haciendo que se desprendiesen flores de su corona.

Un monstruo reptiliano se inclinó profundamente detrás de ella, con su larga cola recogida bajo su cuerpo.

«Kala», pensó Vaiana, al reconocer los ojos gachos de color dorado del monstruo.

—Está hecho —le dijo la diosa al reptil con voz cantarina, recordándole a Vaiana al silbido del viento entre los árboles de Motunui—. Mientras cuides este lugar y protejas la lágrima que brota del suelo, esta cueva prosperará.

Kala levantó la vista. Su rostro era joven y anguloso en la visión de Te Fiti, como si estuviera esculpido en piedra, y miraba a la diosa con reverencia.

—Siempre. *Vinaka vakalevu*, isla madre.

«Fue Te Fiti quien les dio a los monstruos su lágrima —comprendió Vaiana—. No la robaron del mundo humano».

Tenía muchísimas preguntas. Abrió la boca de nuevo, pero se le atascaron las palabras. Deseaba poder hablar con Te Fiti y preguntarle cómo sanar su corazón, cómo salvar a su pueblo y al océano antes de que se le acabara el tiempo.

Sin embargo, aquello no era más que una visión, un recuerdo de lo que ya había sucedido.

Te Fiti levantó la mano por encima del monstruo y apareció una guirnalda roja de *lehua* y *maile* en el cuello de Kala. Cuando el reptil se irguió para saludar a la diosa, el rostro de esta se reflejó en sus ojos dorados.

Unas enredaderas vestían a la bella diosa de verde, envolviéndole el pecho, donde resplandecía el corazón que palpitaba en su interior.

Entonces, Vaiana se vio invadida por el dolor. Le ardía la muñeca mientras observaba el corazón, inmaculado y brillante. Miró el brazo levantado de la diosa, pero no había nada quemándole la muñeca, no había fuego.

Era su propio dolor el que sentía en la visión. Su maldición.

Palpitaba, retorciéndole el antebrazo. Vio a la diosa bajar su brazo musgoso y comenzó a ver doble. Una visión fugaz de su muñeca morena le nubló la vista. Llevaba una especie de brazalete de piedra

negra que le envolvía todo el antebrazo en una cueva iluminada por antorchas.

Veidau. Vaiana se vio invadida por una oleada de tormento que estuvo a punto de hacerla caer.

Te Fiti estaba hablando con Kala, pero Vaiana no era capaz de entender sus palabras debido a su suplicio. Entonces, el calor remitió cuando una ola de frío envolvió repentinamente su otro brazo, helándole la sangre. Vaiana cogió aire para calmarse y vio su aliento empañando el espacio frente al rostro de la diosa.

—Despierta —le pidió una voz, y notó un viento que la atravesaba, una corriente helada.

Una mano fría la agarró del brazo y vio destellos de un pedestal vacío en Veidau, la ciudad de los monstruos, que nublaban su vista con estrellas invertidas.

—Despierta —le dijo la voz de nuevo, y notó que le apretaban el brazo y tiraban de ella para que se pusiera en pie, sacándola así de la visión.

Vaiana abrió los ojos de golpe. Estaba de pie frente al pedestal de la lágrima, vacío. Noe tiraba de su brazo izquierdo, entumecido por el frío, mientras se defendía con la lanza de una criatura alada: un murciélago gigante.

Las estaban atacando.

Vaiana se soltó de un tirón. No estaba segura de lo que había pasado, aunque notó en la palma de la mano una piedra lisa y supo que era la lágrima. Sin embargo, la visión se desvaneció mientras trataba de escapar de las garras del monstruo.

«Vi a través de los ojos de Te Fiti. —Pensaba a toda velocidad—. Yo era la diosa».

Vaiana se agachó al ver otro monstruo murciélago saltar hacia su cuello enseñando los dientes.

—¡Embustera! —chilló el murciélago, cuyo agudo grito rasgó los oídos de Vaiana, resonando en la enorme cueva subterránea—. ¡Ladrona!

Una horda de murciélagos gigantes salió disparada batiendo las alas por entre las estalactitas, presas del pánico. Noe utilizó su lanza para apartar a uno mientras otro se le echaba encima.

—¡Corre, Vaiana!

La indecisión hizo que Vaiana no se moviera. Te Fiti les había dado su lágrima a los monstruos y ella se la estaba robando.

—Pero...

—Me dabais mala espina vosotras dos —la interrumpió una voz sibilante. Kala, el monstruo reptiliano de su visión, avanzaba serpenteante por los empinados escalones del pedestal. Olfateó el aire—. Apestáis a muerte.

Vaiana cogió la lanza que llevaba a la espalda y se guardó la piedra en forma de lágrima en la cinturilla de la falda, enseguida notó su calor en la cadera. El viento silbaba alrededor de Noe mientras alejaba a los monstruos con la lanza. Vaiana tragó saliva; no tardarían en verse superadas si no escapaban.

Kala dio una vuelta a su alrededor, mirándola fijamente con sus perspicaces ojos amarillos. Se deslizaba sobre la cola y su largo torso se elevaba sobre Vaiana como si fuese el enorme tronco de un árbol.

—Aún puedes devolver lo que has robado, mortal.

Vaiana negó con la cabeza. Levantó su lanza para protegerse mientras seguían desprendiéndose algas de su cuerpo, dejando el suelo viscoso.

—No puedo.

Sin previo aviso, Kala se abalanzó sobre ella soltando un gruñido. Abrió la boca de par en par, dejando al descubierto varias hileras de

dientes afilados. Instintivamente, Vaiana adelantó la lanza, lo que hizo retroceder a Kala, manteniendo así a raya al enorme reptil.

A Kala se le dilataron las fosas nasales y sus estrechas pupilas aumentaron de tamaño al ver el filo de la lanza.

—¿Usarías los dientes de mi pueblo en mi contra? —El monstruo golpeó a Vaiana con la cola por detrás, haciendo que se le soltaran las restantes algas marinas. Esta se dobló por la mitad, resollando.

Se quedó sin aliento cuando Kala se enroscó alrededor de ella y se elevó sobre la cola.

—¿No os bastó con llevaros todas las lágrimas de la diosa a vuestro reino, mortales? Ahora habéis bajado aquí para robarnos el poder que ella nos dio. —Apretó la cola—. A pesar de que sabéis muy bien la destrucción que eso causaría.

—No sé de qué estás hablando —gritó Vaiana. Sujetaba la lanza con las manos sudorosas y, cada vez que detenía uno de los barridos de la cola de Kala, la madera se le escapaba un poco más—. Estamos intentando...

—Sé lo que has visto, mortal —la interrumpió Kala, acercándole las fauces. Posó sus ojos dorados en el brazalete de piedra que Vaiana llevaba en la muñeca, su maldición, y compuso una expresión enigmática—. Al coger la piedra, has visto que la isla madre nos la regaló a nosotros. Veo que no estás muy conforme con tu elección.

—No la he cogido para mí —replicó Vaiana, tratando de interponer la lanza entre Kala y ella. A su espalda, oía a Noe haciendo caer a los murciélagos de los escalones del pedestal y los furiosos chillidos de estos—. Tienes que creerme. La he cogido para sanar el corazón de Te Fiti. Vamos a salvar a todo el mundo.

—¡Mentirosa! —gritó Kala, enseñando los dientes. De su lomo, brotaron unas alas y comenzó a batirlas. La fuerza del aleteo hizo que Vaiana cayera al suelo.

Se apresuró a ponerse en pie, presa del terror. Kala era cambiaformas, igual que Maui.

Su abuela le había hablado de unas criaturas reptilianas que vivían en ríos bravos, aguas profundas y cuevas milenarias. Tala las llamaba «guardianas» y aseguraba que protegían esos lugares. Le había contado historias espeluznantes sobre los poderes de metamorfosis que tenían, así como sobre su instinto de proteger los lugares sagrados eternamente.

¿Era Kala el encargado de custodiar la lágrima? ¿Por eso Te Fiti se la había confiado al monstruo?

Vaiana retrocedió a duras penas al ver a Kala valerse de sus poderes de metamorfosis para lanzarse al pedestal gracias a unas fornidas patas traseras que acababan de salirle. Al caer junto a ella, volvía a tener una cola retorcida y acabó de transformarse nada más tocar el suelo. Kala sonrió, con la boca llena de unos enormes colmillos semejantes a los de jabalí.

Clavó los dientes en la muñeca de Vaiana, mordiendo la roca volcánica que le cubría el antebrazo. Ella trató de zafarse del guardián, pero él se mantuvo firme, y le barrió los tobillos con la cola y la derribó.

Vaiana apretó los dientes cuando golpeó la piedra con la espalda.

—¡No!

La cabeza de Kala se alargó, recuperando su aspecto reptiliano. Vaiana cerró los ojos con fuerza, esperando sentir los colmillos del monstruo, pero solo notó sus garras en la cintura, buscando la lágrima que había escondido. Al agarrar la lágrima, Kala le arañó el costado y, triunfante, se alejó de ella.

—Estoy diciendo la verdad —dijo Vaiana, llevándose la mano al collar de su abuela.

Kala la miró con recelo hasta que la concha de abulón se abrió y reveló el corazón chamuscado. Entonces, el monstruo se quedó paralizado, sosteniendo la lágrima.

—Tienes el corazón de la diosa.

—Sí, el océano me lo entregó. —Vaiana cogió su collar y se lo mostró a Kala temblorosamente—. Ya lo entiendes, ¿verdad? Necesito la lágrima para devolverle la vida. Te prometo que no vamos a quedárnosla. Vamos a usarla para salvar a todo el mundo.

—No, mortal, no lo creo. —Kala apretó sus afilados dientes—. No soy el único aquí que finge ser quien no es.

A Vaiana se le vidriaron los ojos al comprender las palabras de Kala.

—Es que...

Pero ¿qué iba a decir para convencer al guardián de que le entregase la lágrima de la diosa? Kala sabía que ella tenía el corazón, pero también que estaba en un aprieto.

La había calado.

«Si el océano es tan inteligente, ¿por qué no le llevó el corazón de vuelta a Te Fiti? Pero estoy seguro de que no se equivoca contigo», se había jactado Maui, aunque Vaiana había confiado en su instinto.

«Y mira adónde has llegado —pensó traicioneramente mientras Kala cerraba sus garras en torno a la lágrima—. No has podido pasar de Te Kā».

Sin embargo, cuando Vaiana abrió la boca, dispuesta a convencer a Kala, una extraña luz apareció en la mirada del guardián, tornando sus ojos dorados en plateados.

Un cántico agudo penetró en los oídos de Vaiana, procedente de detrás del enorme reptil, donde se hallaba Noe. Esta rodeó al aturdido guardián moviendo las manos en el aire mientras los ojos le

brillaban como escamas. Cuando cruzó la mirada con Vaiana, le señaló la lágrima que Kala tenía sobre la palma.

Vaiana se apresuró a coger la lágrima, notando en su mano su reconfortante calor, y se dirigió hacia los empinados escalones que conducían al pedestal, aunque se detuvo al ver que Noe no iba tras ella.

—¿Noe?

A espaldas de Vaiana, la luz atravesaba a la chica pálida y volvía su piel translúcida. Parecía cristalina, etérea.

Y blandía un cuchillo sobre el torso del guardián, que estaba petrificado.

—¡Espera! —gritó Vaiana corriendo para detener a Noe antes de que se lo clavara. Se golpeó con el cuchillo en la muñeca maldita y, al tocar la roca volcánica, la hoja de hueso chisporroteó—. ¿Qué haces? Podemos huir.

Noe dirigió sus ojos plateados a los de Vaiana y se le fueron oscureciendo hasta alcanzar su color castaño habitual al tiempo que cesaba su canto y detenía la mano que estaba moviendo.

—Eres una ingenua, Vaiana. En cuanto libere su espíritu, nos perseguirá cuando despierte y no parará hasta recuperar la lágrima.

—Es un guardián —dijo Vaiana, tratando de arrebatarle el cuchillo a Noe—. Solo protege la lágrima, es su trabajo.

Noe torció el gesto.

—Y devolver el corazón es el tuyo, Vaiana.

Vaiana titubeó. «Es que tú no has visto su rostro».

Cuando Kala había mirado el corazón chamuscado, lo había hecho con vacilación. El guardián también estaba dividido. Hasta que...

«No soy el único aquí que finge ser quien no es».

Vaiana apretó los dientes, tratando de olvidar las palabras del guardián.

—Tienes razón. Restaurar el corazón es mi deber. —Tenía el pulso acelerado mientras se alejaba de Noe—. Pero matar a un guardián no lo es. Tenemos una misión, Noe.

A Noe se le agrió la expresión.

—Vale, pero la próxima vez será mejor que corras cuando te lo diga.

Vaiana se limitó a asentir mientras ambas se dirigían hacia las empinadas escaleras del pedestal.

Corrieron entre las sombras de la ciudad, que proyectaban monstruos, aunque no hubiese ninguno a su alrededor. Les llegaba el eco de los gritos del banquete y, cuando los monstruos señalaron con conmoción el pedestal vacío, se desató el caos.

Vaiana bajó la barbilla, ignorando los gritos de alarma que se oían por todo el pueblo. Presas del pánico, Noe y ella corrieron hacia la colina que había a las afueras de la ciudad y se deslizaron por la grava hasta la embarcación.

Noe no perdió la sonrisa mientras saltaban a la canoa y remaban lejos de la costa rocosa de la aldea. Aquello puso de los nervios a Vaiana.

Se dio la vuelta, tratando de borrar de su mente la imagen de la otra chica con un cuchillo sobre el cuerpo indefenso de Kala.

«Noe solo ha hecho lo que tenía que hacer», se dijo.

Apretó la lágrima contra el pecho, sintiendo cómo latía al ritmo de su agitado corazón mientras continuaban alejándose de Veidau. Habían alcanzado la corriente oceánica del inframundo cuando les llegaron los primeros gritos de los monstruos.

Capítulo diez

—¡Tenemos que dar media vuelta! —chilló Vaiana.

Ya se habían alejado tanto que, cuando echó la vista atrás, el agua estaba tan oscura que no era capaz de distinguir dónde terminaba la corriente y dónde comenzaba la arena de la colina empinada.

No obstante, veía Veidau sobre la cresta de la colina y su fértil vegetación marchitándose. La vitalidad de la ciudad se desvanecía, volviéndose más gris cuanto más se alejaba la canoa.

—No —dijo Noe sin cambiar de rumbo—. Seguimos adelante.

Vaiana se lanzó sobre la otra chica y trató de arrebatarle el remo de las manos.

—Da la vuelta.

Noe la miró con tal dureza que Vaiana dio un paso atrás. La ira de la chica brillaba como el fuego.

—No.

Vaiana soltó un profundo suspiro. Quería estrangular a Noe. Ya había sospechado que sucedería algo semejante cuando esta le había restado importancia al hecho de llevarse la lágrima. Y, en esos momentos, se preguntaba si ella había sabido todo el tiempo lo que iba a ocurrir y le había dado igual.

—Da la vuelta —repitió Vaiana al advertir que los gritos se iban apagando.

Se dispuso a desplegar la vela, a soltar los cabos, a hacer cualquier cosa que impidiera su rápido avance, pero Noe no se lo permitió.

—Ni se te ocurra —le espetó mirándola con ira. Se cruzó de brazos —. Si quieres devolverles la lágrima, adelante. Vete nadando hasta allí.

Vaiana se crispó. Sintió una opresión en el pecho y el corazón comenzó a golpearle las costillas, como un tambor rabioso.

—Vale, mírame.

Noe torció el gesto.

—Claro y, después de devolver la lágrima, verás cómo queda tu pueblo reducido a cenizas y piedras. —Sacudió la cabeza, repugnada —. Aunque, si tienes suerte, te convertirás en piedra por tu maldición antes de que veas tu isla arrasada por la maldición del ser ardiente.

Vaiana se quedó paralizada y Noe la miró todavía más enfurecida.

—Muy bien. Mi pueblo quedará reducido a cenizas y piedras para siempre, pero al menos no será el único que tenga ese destino.

Apretó los puños a los costados. Quería lanzarse a la corriente subterránea y devolver la lágrima a la ciudad, pero...

Al ver la mirada angustiada de Vaiana, Noe asintió con compasión.

—Exacto. Ya hemos llegado hasta aquí. Si seguimos adelante, podremos devolver el corazón de la diosa y salvar las dos islas.

«Las salvaremos a todas», se prometió Vaiana, que sentía una profunda angustia en el pecho.

Su promesa no hizo que le resultase más fácil soportar los gritos de terror y las cosechas devastadas. En cambio, Noe no parecía tener ningún remordimiento, y mantuvo la mirada fija en el oscuro océano que tenían delante.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Vaiana observando su concentración absoluta, incapaz de dejar de sentir la desesperación que sentía. La elección que se estaba viendo obligada a tomar la superaba—. ¿Cómo puedes seguir adelante sin dudar? Nunca te cuestionas nada.

Noe no respondió de inmediato. Levantó la mano y, tras percibir el escaso viento del túnel, se dedicó a asegurar los cabos de la canoa antes de desatar la vela. Luego, le clavó a Vaiana aquella mirada severa suya, poniéndole la piel de gallina.

—Cuando lo has perdido todo, no puedes permitirte el lujo de dudar. —Sonrió con desgana y se sentó abrazándose las rodillas contra el pecho, lo que le recordó a Vaiana lo joven que era en realidad—. No sabes lo que supone ser la última que queda. No puedes mirar atrás, solo te queda seguir adelante. Y, si fracasas, no hay nadie más, nadie en quien confiar.

—Pero Noe... —Vaiana se arrodilló junto a la chica pálida, que tenía la cabeza echada hacia atrás y miraba fijamente al alto techo de la cueva, como si pudiera ver su isla a través de toda la roca, el agua y las capas de tierra de por medio—. Ahora puedes confiar en mí. Te dije que te ayudaría, a ti y a tu isla.

—No lo comprendes. —Noe escondió el rostro entre sus brazos cruzados.

—¿En serio? ¿Cómo crees que me sentía antes de conocerte? Rompí el corazón de Te Fiti y ahora estoy maldita. —Levantó su antebrazo cubierto de piedras—. Ahora solo quedamos nosotras dos y somos la única esperanza la una de la otra.

—Gracias. Muy alentador, Vaiana.

Vaiana se mordió el labio al advertir el sarcasmo de la chica.

—Lo que quiero decir es que estoy aquí para ayudarte, pero tenemos que colaborar. Venga, habla conmigo, Noe.

Sin embargo, la chica ni siquiera la miraba. Apretaba con fuerza su colgante, un disco liso de basalto, roca volcánica. Tenía agarrada la piedra negra como si le diese miedo perderla. Era evidente que aquel colgante significaba mucho para Noe. Quizá fuera una reliquia familiar, como la concha de la abuela Tala...

—Es una piedra vidente —suspiró Noe de repente, lanzándole una mirada incisiva—. Ya puedes dejar de observarla. —Ante la inexpresividad de Vaiana, suspiró con más fuerza—. Cuando la piedra se sumerge, proyecta un reflejo.

—Pero... es una roca.

En lugar de responderle, Noe se quitó la piedra vidente del cuello. Luego, se volvió hacia la borda de la canoa y sumergió con cuidado su falda en la corriente de Lalotai, recogiendo agua con la prenda hecha de corteza como si fuera una calabaza. Cuando volvió a arrodillarse, llevaba un charquito de agua en el regazo y la piedra de basalto en el centro.

—Mira —le pidió a Vaiana, inclinando la falda hacia ella.

Y, cuando Vaiana miró, vio reflejada su expresión de asombro. Titubeante, se pasó los dedos por la mejilla, observando el mismo movimiento repetirse en el agua.

—¿Es otra de las enseñanzas sagradas de tu aldea?

—No. —Vaiana advirtió el tono de incredulidad de Noe—. Es una roca. —Antes de que Vaiana pudiera protestar, Noe continuó—: Esto no es obra de dioses ni espíritus, Vaiana. Mi pueblo hizo estos colgantes de basalto para nuestros ancianos y este me lo dieron cuando me estaba preparando para convertirme en una viajera de sueños. Ahora es un recordatorio, para que nunca olvide el papel que cumplo en mi pueblo, todo lo que le debo.

El rostro de Noe se llenó de tristeza, lo que le recordó a Vaiana la forma en que ella debía de haber mirado a su abuela al ver

desvanecerse su espíritu. Había querido aferrarse a ella, mantener a Tala a su lado con su dolor. El recuerdo le dio una idea.

—Oye. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Ya lo estás haciendo, Vaiana.

—Qué curioso —dijo Vaiana, impasible, mientras Noe observaba las estalactitas que pasaban por encima de su cabeza como nubes—. ¿Puedes pedir ayuda a tus ancestros? —Si Noe podía dormir a los espíritus y sacar el suyo propio de su cuerpo, ¿por qué no iba a pedir ayuda a su isla? Quizá hablar con sus mayores podría ayudarla a superar su dolor, al igual que la abuela Tala la había ayudado a ella con el suyo—. Cuando mi abuela se fue al otro mundo, me dijo que siempre estaría conmigo. Quizá tu...

—No, Vaiana. —Noe tragó saliva y cerró los ojos—. No puedo invocarlos.

—Ah. —«¿Por qué no?», estuvo a punto de preguntar. Quería aliviar el dolor de Noe, pero sabía tan poco sobre los poderes de la otra chica como sobre el reino espiritual.

Sin embargo, Noe habló primero.

—Mi pueblo no está en el reino espiritual. Cuando la oscuridad de Te Kā engulle a alguien, no solo lo mata. —Tragó saliva—. Se traga su espíritu.

A Vaiana se le encogió el estómago al recordar la advertencia de la abuela Tala: «A no ser que descubras cómo acabar con esta maldición, se extenderá hasta tus ojos, querida Vaiana, el hogar de tu espíritu. Te consumirá hasta que no quede nada de ti».

—Mi pueblo no solo murió. Fue borrado del mapa —dijo Noe con voz ronca sin dejar de mirar el oscuro techo—. Como estrellas arrancadas de nuestro cielo, sacadas de nuestro mundo. No puedo llegar a ellos en la oscuridad del ser ardiente, y tampoco puedo

abandonarlos. Por eso tengo que devolver el corazón: es la única manera de que mi gente regrese.

La soledad que percibió en la voz de Noe desgarró a Vaiana.

—¿Cuánto tiempo hace que no están? —«¿Cuánto tiempo llevas sola?».

—Más noches de las que me atrevo a contar.

Vaiana sintió un escalofrío. Noe era como una canoa perdida en el mar sin vela ni remos, separada por completo de su pueblo. No se imaginaba un destino así.

Noe posó los ojos en Vaiana y a esta le pareció ver un brillo plateado en ellos, el mismo que al cantar, pero desapareció al momento.

—¿Entiendes ya por qué tengo que seguir adelante, Vaiana? ¿Por qué no puedo mirar atrás?

Vaiana se puso en pie, rebosante de determinación.

—Pero ya no estás sola, Noe. —Dirigió la vista a su maldición, que se le había extendido por el brazo—. Mi isla y yo nos estamos quedando sin tiempo, al igual que todo el océano, pero ahora tú y yo estamos juntas. Seguiremos adelante, confiando la una en la otra, y restauraremos el corazón.

—Mmm. —Por primera vez, Noe curvó los labios, componiendo lo que parecía ser una sonrisa—. ¿Lo dices en serio?

—Sí. —Vaiana se quitó el collar de su abuela—. Y, si yo no lo consigo, sé que puedo confiar en ti para acabarlo, Noe, para salvar el mundo.

«Es a ti a quien debería haber elegido el océano». Vaiana no lo dijo, pero las palabras quedaron flotando entre ellas.

Noe se levantó y le dedicó a Vaiana una gran sonrisa.

—Sin duda, pero tú lo conseguirás, Vaiana. No voy a dejar que pierdas tu espíritu por culpa de la maldición.

Vaiana asintió con vehemencia mientras miraba el collar que tenía en su mano maldita y la lágrima que sostenía en la otra.

—Ahora que tenemos una lágrima, ¿qué hacemos?

A Noe se le ensanchó la sonrisa.

—Vamos a averiguarlo.

Vaiana sacó el corazón destrozado del collar y lo apretó con su puño maldito; el hollín ya le cubría la piel desde la muñeca hasta la palma. Apretó la lágrima con la otra mano y notó su calor entre los dedos; parecía blanda, frágil, como si pudiera aplastarla con el pulgar y el índice sin esfuerzo. Miró a Noe, que observaba el brillo de la lágrima con un entusiasmo incontrolable.

Poco a poco, fue hundiendo la lágrima en el corazón. Esta se filtró como si fuese líquido en la piedra carbonizada, extendiéndose por ella. Vaiana contuvo la respiración mientras la luz de la lágrima se iba desvaneciendo, llevándose con ella parte de la oscuridad del contorno del corazón. Entonces, vio un destello verde musgo bajo la dañada superficie del corazón.

Vaiana suspiró decepcionada. Esperaba que una lágrima bastara para limpiar el corazón por completo y hacer regresar a la diosa.

«No hay tanta suerte».

—Supongo que tenemos que conseguir otra lágrima —dijo Vaiana, y miró a Noe a los ojos, esperando ver la misma decepción que ella sentía. Sin embargo, Noe sonreía de oreja a oreja. Una nueva luz iluminaba su piel y sus oscuros ojos, cuyos iris ardían como las brasas tras un incendio.

—No te preocupes, sé dónde hay otra lágrima.

Vaiana esbozó una sonrisa, imitando la de Noe.

—¿Está en un prado soleado lleno de flores de hibisco?

La sonrisa de Noe se convirtió en una carcajada de sorpresa.

—Ya te gustaría.

Vaiana ahogó un grito, fingiendo sorpresa.

—¿Te has reído? Que alguien llame a los ancianos. La historia se está escribiendo ante nuestros ojos y necesitamos a alguien que lo documente para las siguientes generaciones. Noelani, la viajera de sueños, se ha reído —anunció Vaiana, señalando con grandilocuencia a Noe, que puso cara de fastidió y, luego, la ignoró a propósito—. Contaré lo ocurrido a mi isla y se lo transmitiremos a nuestros descendientes para que todos conozcan la leyenda.

—Si sigues así, no se transmitirá nada a nadie.

Ya habían salido de la cueva de la aldea y estaban navegando por un túnel subterráneo más grande que se fue ensanchando hasta dar a un mar invertido que reemplazaba los riscos de Lalotai. Unos matorrales bioluminiscentes y flores neón cubrían las paredes y el agua, desprendiendo un brillo que envolvía a las dos chicas. Aquella espectacular vista conmovió a Vaiana.

Al mirar la vegetación que las rodeaba, seguía viendo las ramas cargadas de fruta y las enredaderas de Veidau tornándose grises, convertidas en una corteza quebradiza.

«Se quedarán sin comida si Te Fiti no regresa pronto».

«O la maldición los alcanzará». Vaiana se estremeció al pensar en una idea tan espantosa. No habían visto la mancha de la maldición allí abajo, pero Noe había dicho que se debía al control que los monstruos tenían sobre las lágrimas restantes de Te Fiti.

Lágrimas que, según ella, los monstruos habían robado.

Vaiana sintió una gran inquietud. No quería arruinar la complicidad que había surgido entre Noe y ella, pero...

—¿Por qué no me dijiste la verdad sobre las lágrimas?

Noe la miró atónita.

—¿Qué?

—Dijiste que los monstruos las habían robado, pero, al coger la lágrima, he visto a Te Fiti dándosela a ellos. Era un regalo.

Noe frunció el ceño.

—¿Tuviste una visión?, ¿de Te Fiti?

Vaiana asintió.

—Se la concedió a aquella cueva y el guardián le dio las gracias...

—¿Y qué? —la interrumpió Noe, evitando su mirada—. Las necesitamos y te prometo que Te Fiti no les regaló lágrimas a todos los monstruos que hay aquí. —Se le ensombreció la mirada mientras contemplaba el resplandeciente mar, iluminado por haces de algas brillantes bajo las olas.

Mostraba la misma expresión de temor que cuando le había preguntado por qué no podía usar su poder.

«No quiero llamar la atención de ciertos seres que viven aquí abajo», le había advertido entonces sin siquiera mirarla.

Vaiana deseó no haber dicho nada. Noe tensó los hombros y se borró todo rastro de alegría de su rostro.

—Has usado tu poder para detener a Kala... —dijo Vaiana, pero no terminó la frase, pues no quería expresar el miedo que sentía acechando en la oscuridad que cubría el mar y que le provocaba escalofríos en el cuello. ¿Qué podía haber ahí fuera que Noe temiera?—. Y dices que no podías hacer eso aquí.

—Tienes razón. —La expresión de Noe era sombría—. Espero que nadie más se haya dado cuenta de que se ha abierto el paso entre los reinos.

Vaiana asintió, pero la duda brillaba en los ojos de Noe.

No podía quitarse de la cabeza la sensación de que alguien se había dado cuenta y Noe no se lo estaba contando.

Capítulo once

Por los túneles del inframundo se filtraba agua y líquenes. Desde que Vaiana y Noe habían escapado de Veidau con la lágrima, llevaban horas —tal vez días— viajando por las tortuosas cavernas, siguiendo el sinuoso cauce del agua del inframundo. Vaiana se había ofrecido a gobernar la canoa para que Noe tuviese oportunidad de descansar, pero la chica pálida había rechazado la idea con un ademán, sin soltar los cabos.

—No estoy cansada —había dicho, agarrando las cuerdas con fuerza.

Vaiana había mirado con recelo a su acompañante.

Había recuperado algo de color, pero nada más. Desde que la conocía, tenía los ojos llenos de arrugas y la clavícula y las costillas se le marcaban demasiado, estaba casi esquelética.

—Llevas un día entero en pie, Noe.

Esta se había limitado a dedicarle una leve sonrisa.

—No importa. No voy a dormir, Vaiana. No puedo descansar sin... —Se había interrumpido, pero Vaiana sabía lo que había estado a punto de decir: «sin ellos».

Con Noe guiando la canoa, Vaiana se durmió profundamente y no tuvo sueños. Cuando despertó, se alegró del descanso..., al menos en un principio. Más tarde, al observar el liquen que goteaba de las

paredes de la caverna, no pudo evitar preguntarse qué habría sido de su isla en su ausencia.

¿Era algo malo que no hubiera soñado? ¿Su última pesadilla no había sido más que eso? ¿O una visión que le advertía sobre el futuro de su padre y de la isla? «¿Y si llego demasiado tarde?».

Por enésima vez, Vaiana resistió la tentación de comprobar cuánto se había extendido su propia maldición. En las cuevas del inframundo, no había forma de medir el paso del tiempo, salvo por el agotamiento que sentía y la roca negra que le cubría el brazo. En la oscuridad, su maldición se había convertido en lo único que le importaba. Sin embargo, cada vez que doblaba el brazo y notaba alzarse la roca volcánica con el movimiento, su temor crecía.

Su maldición no se había extendido desde que habían salido de Veidau, pero ya le llegaba desde la muñeca hasta el codo y manchaba su palma con lo que parecía ser hollín. Cada vez que se miraba el brazo, no sabía si las manchas habían empeorado, tornando su piel de un gris más intenso, o si se debía a la penumbra de la caverna. «¿Cuánto tiempo ha pasado?».

¿Un par de días?, ¿cuatro? Vaiana se estremeció. ¿Podría haber transcurrido ya la mitad del tiempo que le quedaba? ¿Qué iba a pasar con su isla?

Noe le había dicho que tenía hasta la siguiente luna llena. «Quizá», había dicho la chica dirigiéndole una mirada cortante con sus ojos de obsidiana. Algo más de una semana si tenía suerte.

Vaiana solo había dormido dos veces desde que Te Kā la marcó, pero trataba de vencer el cansancio cada instante que pasaba despierta y la maldición ya le cubría la mitad del brazo. En cuanto llegase a sus ojos... Se sacudió, esforzándose por borrar de su mente la inquietante imagen de los ojos vacíos de Maui.

Tal vez se hubiese sentido más tranquila de no estar navegando tan despacio, pero el camino estaba lleno de unas rocas afiladas con forma de esqueleto que sobresalían a su alrededor.

Se sintió agradecida de ver la luz que atravesaba la oscuridad del túnel cuando pasaron con la canoa por delante de las últimas rocas con forma de dientes de la serpenteante cueva.

—¿Ya hemos llegado?

—Casi —respondió Noe mientras las paredes del inframundo se iban ensanchando hasta llegar a un cañón que conocían bien.

Las claustrofóbicas cuevas que habían recorrido se desvanecieron a su espalda, dando paso a unos severos riscos y crestas que se elevaban sobre un acantilado cubierto de niebla, por el que pasaron las dos chicas en su canoa. Más adelante, vieron las imponentes paredes del inframundo, surcadas por peñascos grises y corales brillantes, los cuales se extendían como enredaderas hasta las mesetas de lo alto, cubiertas de neblina, y el oscuro mar que tapizaba el techo de Lalotai.

Aquella visión afectó a Vaiana.

En la playa de la isla de Noe, la maldición se había propagado por el océano como si fuese tinta, avanzando poco a poco por entre las olas. Y, en esos momentos, el mar estaba opaco, arremolinándose como una tormenta sobre su cabeza, y Vaiana no podía apartar la mirada.

La maldición de Te Kā había invadido las aguas.

«Es culpa mía».

Al recordarlo, Vaiana sintió que la culpa devastaba su estómago como una pesada piedra. Noe se situó junto a ella, mordiéndose el labio con nerviosismo.

—*Auē*.

Señaló a un punto, y Vaiana vio algo que parecía ser suciedad en las rocas que enmarcaban las turbias profundidades del océano en el cielo de Lalotai.

—¿Es eso la maldición?

Noe asintió.

—El océano une todos los reinos, pero también es una barrera entre nuestro reino y Lalotai que mantiene fuera de nuestro mundo a los monstruos. Ahora que la maldición lo ha alcanzado...

—La maldición se extenderá a este reino. —Vaiana tensó la mandíbula—. Entonces, tenemos que darnos prisa. ¿Está lejos la siguiente lágrima?

Noe desvió la mirada hacia la costa a la que se acercaban, la cual emergía como una criatura marina en medio de una densa bruma y olas rompiendo. La playa era pedregosa y había corales esparcidos por la arena entre los que crecían algas que se enredaban entre sus bordes afilados.

—Está por ahí arriba.

«¿Arriba?».

Conforme la canoa se iba abriendo paso entre la bruma, Vaiana se dio cuenta de que el cauce del cañón cada vez era más estrecho. El océano del inframundo convergía en la playa, y esculpía una larga y profunda ensenada entre los imponentes acantilados.

Chocaron contra la orilla, lo que hizo que Vaiana se golpeara las rodillas. Una ola las había arrastrado hasta dejarlas sobre la pedregosa arena. Ante ellas, las algas llenaban el serpenteante sendero que recorría una empinada colina y se perdían en su cumbre.

Dondequiera que se dirigieran, no podían ir con la canoa.

Vaiana sintió un escalofrío al pensarlo. Notaba algo diferente en el aire de aquel lugar. La bruma comenzó a envolverla, dejándole un

rastro húmedo; se le adhería como una incómoda segunda piel que semejaba escamas de pescado. Buscó los ojos de Noe para comprobar si ella sentía la misma inquietud, pero la vio saltar de la canoa, salpicando la poca agua que había debido a la marea baja.

«Te estás imaginando cosas», se dijo Vaiana, que iba tras ella. La gelidez del agua la dejó sin aliento. Y es que, lejos del sol, el océano del inframundo no era más que un abrazo frío que le empapaba las piernas.

Juntas, arrastraron la canoa hasta la arena. Entonces, Noe le pasó una calabaza con agua y la antorcha de la embarcación.

—Espero que volvamos pronto, pero... —Se encogió de hombros.

Vaiana miró alrededor. La playa conducía a una llanura sobre el extenso cañón de coral de Lalotai, lo que le recordó la primera vez que había estado en el reino de los monstruos con Maui.

«Ojalá no veamos a Tamatoa», pensó, incapaz de reprimir un escalofrío. La última vez que había estado allí, había logrado escapar del cangrejo a duras penas. Pero ya había escapado una vez, se dijo a sí misma, así que volvería a hacerlo...

«Entonces, te ayudó el océano —la interrumpió aquella insidiosa voz, minando su determinación, pulsante con la maldición que irradiaba por su brazo—, pero esta vez no lo hará».

Miró fijamente el oscuro mar que tenía encima. El océano no le había dado el menor signo de acompañarla. Tal vez estuviera preocupado por la maldición de Te Kā y tratara de salvarse de la oscuridad que contaminaba sus aguas, la cual se extendía cada vez más rápido. O...

«Tal vez el océano se haya dado cuenta de que se ha equivocado eligiéndome». Vaiana hizo un mohín. «Y ahora ha decidido cortar por lo sano».

Fijó la calabaza con agua con la cuerda que sujetaba su lanza a la espalda. El collar de su abuela se deslizó contra su clavícula mientras caminaban hacia las curvas de la colina. Pensó en el corazón de Te Fiti, aún quemado dentro de la concha de abulón.

—¿Crees que esta lágrima será la última que necesitaremos?

Vaiana vio que Noe tragaba saliva.

—No conozco todo aquello de lo que son capaces las lágrimas de Te Fiti, pero nuestros ancianos hablaban de su poder. Decían que habíamos tenido una lágrima en nuestra isla, que los exploradores habían encontrado una. La habían traído a nuestro hogar y la habían plantado, y así nuestra tierra se había vuelto fecunda, rebosante de fruta madura, manantiales de agua fresca y árboles que crecían más deprisa de lo que se podían talar.

Vaiana se hizo una imagen de la isla de Noe, devastada por la putrefacción y el deterioro. Si hubieran tenido una lágrima, la maldición no les habría afectado.

—¿Qué pasó con ella?

Habían llegado a la cima de la alta colina. La playa quedaba difuminada a sus pies y la canoa ya no alcanzaba a verse, mimetizada con la lejana arena. Solo entonces Noe respondió.

—Nació un bebé con un pie en el mundo de los espíritus. Los ancianos probaron todos los remedios que conocían, pero ninguno funcionó, así que, apoyados por el pueblo, decidieron utilizar la lágrima de nuestra isla.

Desde lo alto del acantilado, Noe contemplaba los arrecifes de coral del mar del inframundo. Vaiana se apresuró a ir junto a ella en el borde. Era imposible saber si estaban cerca del mismo acantilado en el que Maui y ella habían buscado el anzuelo.

—¿Funcionó? ¿La lágrima salvó al bebé?

Noe no la miró. Había dado la espalda al mar abierto para continuar subiendo por el acantilado, que conducía a un prado con algunos corales y algas brillantes.

—Sí.

Vaiana pensó en la pequeña gema verde que había sostenido y en su calor. La lágrima de Te Fiti le había parecido igual que tener rayos de sol en la mano. ¿De verdad podía rescatar a alguien al borde de la muerte? En su visión, la lágrima eliminaba la sal del suelo yermo de la cueva de Veidau y hacía florecer un vasto jardín que se extendía por toda la ciudad, pero el poder de la lágrima no era suficiente para sanar el corazón. Vaiana frunció el ceño.

—Si una lágrima puede salvar la vida de alguien, ¿por qué no reparó el corazón de Te Fiti?

—Es que las lágrimas son solo fragmentos del poder de Te Fiti, como partes de la diosa. Por eso pueden bendecir bosques y estanques, hacer madurar cosechas y acabar con la hambruna. Recuerda que las lágrimas son vestigios de una época en la que Te Fiti visitaba a su pueblo, curaba a los enfermos y moribundos y alimentaba a los hambrientos —dijo Noe, caminando entre los corales que se extendían por la llanura. Encima de ellas, el océano parecía más cercano que desde la playa; pendía sobre ambas como una luna baja—. Para sanar su corazón, el corazón de una diosa, es normal que haga falta más que una lágrima —añadió.

Vaiana se mordió el labio.

—Dices que hay tres lágrimas en Lalotai, y ya está. ¿Y si, aunque consigamos la siguiente, tampoco basta? —Vaiana no se imaginaba que Lalotai estuviera repleta de piedras mágicas capaces de devolver a la vida a las personas—. ¿Sabes dónde está la tercera?

—Sí, sé dónde está. —Noe apretó los labios formando una fina línea—. Solo espero que no la necesitemos.

Vaiana asintió, aunque la expresión sombría de Noe no ayudaba a aliviar su inquietud. Sentía una nueva preocupación despertando en lo más profundo de ella que se volvía más fuerte cada vez que pensaba en la oscura cueva de Veidau y su jardín marchito. ¿Y si su búsqueda no daba resultados? ¿Y si había causado todo ese daño para nada?

El miedo se apoderó de su pecho, atenazándola y amenazando con abrumarla, pero respiró hondo para calmarse.

Su abuela no la habría puesto en ese camino de haber sido imposible.

Iluminadas por la habitual bioluminiscencia del reino, los cañones grises de Lalotai se alzaban como murallas a su alrededor y descendían hacia una profunda oscuridad. Vaiana tragó saliva.

La niebla rodeaba las cornisas bajo ellas, ocultando los confines del reino a los ojos mortales de Vaiana, pero incluso donde la niebla era ligera la caída hacia Lalotai parecía interminable, un precipicio sin fondo.

—¿Qué hay ahí abajo? —se preguntó Vaiana.

—Nada.

Vaiana se asomó al borde, haciendo que cayesen piedras sueltas al abismo.

—Puedes reconocer que no lo sabes todo, Noe.

—Ja, ja —la imitó Noe girando sus oscuros ojos—. Me refería a la nada, Vaiana. Si ahora te resbalas y te caes, caerías para siempre. Aunque se te pudriese la piel, tus huesos seguirían cayendo, sin llegar nunca al final.

Vaiana se alejó apresuradamente del borde del precipicio.

—Gracias por hacerme imaginarlo. ¿Se puede saber por qué hay un agujero sin fondo en el reino de los monstruos?

—Tú, más que nadie, deberías saberlo. —Noe esbozó una sonrisa burlona—. Tu amigo semidiós sacó islas del fondo del mar con su anzuelo, ¿verdad? Pues tenía que sacarlas de algún sitio. Algunas procedían del fondo del océano, como cuenta la leyenda, pero otras... —Se acercó al borde de otro acantilado.

Vaiana sintió un nudo en el estómago mientras seguía a Noe tratando de no mirar hacia abajo. A diferencia de ella, la otra chica tenía una forma de saltar por la cornisa como si nada que le daba ganas de vomitar.

—¿Puedes tener algo de cuidado?

Noe se echó a reír a carcajadas cuando Vaiana la alcanzó sobre un vasto cañón.

—Ay, Vaiana, tienes que tener más estómago.

Delante de ellas, había dispuestas unas mesas grises y unos oteros imponentes a modo de sendero para cruzar el cañón. Cada agrupación rocosa era como una isla. Vaiana tragó saliva, recorriendo con la mirada las numerosas rocas e islotes que se interponían entre ellas y el frondoso bosque que había al otro lado del cañón.

—Mira qué vistas. —Noe soltó un silbido junto a Vaiana, estiró el cuello y siguió su mirada hacia el bosque, ensanchando la sonrisa—. Ajá, parece que has descubierto dónde está la siguiente lágrima de Te Fiti.

A Vaiana empezaron a sudarle las palmas de las manos. ¿Cómo podía Noe estar tan alegre? En ese momento, prefería a la chica de semblante serio, la que le había hecho creer que no sabía reír. Sin duda, sabía reírse, pero de ella.

—Eh..., ya veo.

—Fácil, ¿verdad? Solo tenemos que saltar. ¿Quieres ir delante?

Vaiana intentó no mirar hacia abajo, pero no lo consiguió. Ante ellas, se abría un precipicio, derecho al vacío. Se le secó la garganta y sintió un nudo en el estómago. Suspiró con fuerza entre los dientes.

—¿Has dicho que la tercera lágrima de Te Fiti está cerca?

Noe frunció el ceño.

—No te conviene ir en busca de ella, créeme. Está en un lugar mucho peor.

—Claro, peor que caer al vacío para siempre, vale. —Vaiana suspiró y recogió su larga melena en un moño, pues no podía permitirse que el pelo le impidiese ver. No podía distraerse si iba a hacer aquello.

—Voy yo primero —dijo Noe, y antes de que Vaiana pudiera detenerla, se lanzó al vacío desde el borde del acantilado.

Capítulo doce

Vaiana se quedó mirando el lugar por donde Noe había desaparecido con un nudo en la garganta hasta que la vio aterrizar en una roca suspendida a poca distancia.

—¡Vamos!

Vaiana suspiró lentamente. No parecía haber mucha distancia. Sin embargo, cuando miró hacia abajo, sintió un vahído. El abismo parecía fluctuar y deformarse, convirtiéndose en una caída pronunciada. «*Auē*».

Se le doblaron las rodillas al apartarse del borde. No quería seguir a Noe lanzándose al acantilado, pero su amiga no le dejaba otra opción, ¿verdad?

«Solo es un salto —se dijo comenzando a balancear los brazos—. Un salto que no puedes fallar». Un sudor frío le recorrió la piel al recordarlo. Se asomó al borde y pensó en cerrar los ojos, pero decidió no hacerlo.

Soltando una brusca exhalación, Vaiana saltó. Se le tensó todo el cuerpo al sobrevolar el espacio entre la cornisa y la roca suspendida. Sintió que su peso la empujaba hacia abajo, dirigiéndola al abismo, y se le hizo un nudo en el estómago. Entonces, aterrizó en la piedra de color hueso. Vaiana suspiró temblorosamente mientras recuperaba el equilibrio. «Fácil».

Cuando se atrevió a mirar al frente, estuvo a punto de soltar un gemido. Al menos una docena de rocas suspendidas las separaban de su destino; algunas eran tan grandes como atolones y estaban cubiertas de una densa vegetación y colinas abruptas. Vaiana calculó la distancia a simple vista y clavó las uñas en las palmas sudorosas. Muchos de los huecos entre ellas eran el doble de anchos que el que acababa de cruzar y algunas de las rocas medían la mitad que aquella en la que se encontraba.

«Nos va a llevar horas llegar al otro lado».

Vaiana trató de reprimir el miedo que le subía por la garganta, amenazando con ahogarla. Les iba a llevar horas cruzar si seguía titubeando. Así pues, sacudió la cabeza, desafiante, y echó a correr, impulsándose hacia la siguiente roca.

Al aterrizar, se resbaló en la arena y lanzó parte de ella al abismo. Poco a poco, le fue pillando el truco: correr, saltar, aterrizar. No dejó de saltar entre las rocas suspendidas, ganando confianza cuanto más ignoraba cómo se le revolvía el estómago cada vez que el suelo desaparecía.

Estaban a mitad de camino del cañón cuando por fin alcanzó a Noe; la encontró tumbada en el borde de un enorme atolón. Detrás de ella, había unos cuantos árboles inclinados hacia una suave colina. Balanceaba las piernas sobre el abismo mientras observaba a Vaiana, que resollaba.

—¿Por qué nos paramos? —A Vaiana le caía sudor por la frente y las piernas le temblaban, pues cada aterrizaje reverberaba en sus pies. Al detenerse, había empezado a sentir la tensión de su cuerpo, que le calaba hasta los huesos.

—Porque estás cansada —señaló Noe.

Vaiana puso cara de fastidio. Agradecía el descanso, pero no le gustaba ser la razón por la que se habían detenido.

—¿Y qué? Estamos a mitad de camino.

—Has tropezado en las últimas rocas. Solo tienes que fallar una vez —respondió Noe. Vaiana frunció los labios—. Además, por aquí hay plataneras. Podemos comer algo.

Vaiana miró al frente, pero la vegetación del atolón era demasiado densa. Cruzando el cañón, Noe había sido una sombra ágil, deslizándose por las rocas como una serpiente. Sin embargo, no la había visto explorar el terreno. Se tumbó bocarriba sobre la fría piedra del atolón.

—¿Ya has entrado ahí?

¿Cómo era posible que Noe no estuviera cansada?

Noe se puso de pie.

—No, pero no es la primera vez que vengo. —Vaiana intentó disimular su sorpresa, aunque evidentemente fracasó, pues Noe frunció el ceño—. ¿Por qué pones esa cara? Te dije que ya había estado en Lalotai. ¿Acaso dudabas de mi palabra?

—Pues es que estoy confundida, porque no entiendo por qué alguien iba a cruzar este abismo dos veces, Noe. —Exhausta, señaló alrededor—. No es precisamente un sitio famoso.

Noe puso los ojos en blanco, pero esbozó una sonrisilla.

—¿Famoso? Ten cuidado, que seguimos en el reino de los monstruos. Aquí abajo puede haber cualquier cosa.

Vaiana levantó la cabeza y observó burlonamente el sendero de rocas que habían atravesado, que llevaba desde el borde del cañón hasta el atolón en el que descansaban.

—Bueno, pues espero que no nos den un susto.

Esa vez, a Noe no le hizo gracia el sarcasmo de Vaiana. Se le borró la sonrisa y frunció los labios con severidad.

—No todas las criaturas se desplazan de forma tan obvia, Vaiana. Algunos de los habitantes de las profundidades de Lalotai solo

aparecen en la oscuridad.

«Genial. Estoy deseando conocerlos», pensó Vaiana, esforzándose por mantenerse en pie a pesar del cansancio.

Noe comenzó a abrirse paso entre los árboles apartando las ramas bajas con los hombros. Vaiana se adentró en la vegetación tras ella, pisándole los talones. Solo habían recorrido unos metros cuando Noe levantó con brusquedad la mano, haciendo que se detuvieran.

—Silencio.

Vaiana se quedó inmóvil. Noe tenía los ojos clavados en la hilera de árboles que se alzaban ante ellas. Echó un vistazo rápido a su alrededor: en el horizonte, asomaban hojas de platanera y, enfrente, una espesa capa de mantillo cubría el suelo, pero eso era todo.

Vaiana suspiró.

—Si es una broma...

—Shh. —Noe la hizo callar—. No estamos solas.

Vaiana la miró con recelo hasta que se oyó un crujido a lo lejos. Se le oprimió el pecho. Observó los árboles, se llevó poco a poco la mano a la lanza y se preparó para luchar.

Por el contrario, Noe se limitó a tirar de su falda e imitarla, agachándose.

—Quédate ahí. Mira.

Se oyó otro crujido y emanó un resplandor de la platanera, perfilando las siluetas de tres figuras.

«Fantasmas», pensó Vaiana, observando la brillante piel plateada del trío a través de las hojas cortadas de las plataneras, aunque esa palabra no era del todo precisa. No les veía bien los rasgos, que ondulaban como la luz de la luna sobre el agua, y el cuerpo se les mecía con la brisa. Frunció el ceño. Tenía la impresión de que, si soplaba un viento fuerte, se los llevaría lejos.

—¿Son espíritus?

Noe la miró.

—Algo así. Son hadas de luz de luna.

—¿Son peligrosas?

—Algunas sí. Hay hadas de la tormenta y del viento, que se aprovechan de los recién llegados, y hay hadas de piedra, que atraen a los mortales hacia sus altos acantilados. Esas intentan engañar a los humanos para que salten. Convencen a los mortales de que el borde del acantilado es una especie de trampolín, un camino que lleva a otro reino, como la cueva de nuestra isla. Pero no es así, solo quieren arrancarte la carne de los huesos. —Noe se sentó con una rodilla doblada y apoyó en ella la barbilla. Vaiana nunca había visto a la chica pálida tan relajada—. De todos modos, estas hadas de luz de luna son inofensivas. Ya las había visto, cuando era niña. Venían mucho por nuestra isla en época de cosecha y las veíamos andando por nuestros jardines con su luz. —Sonrió—. En nuestra isla, incluso hay una leyenda sobre un jefe que conoció a un hada de luz de luna y se casó con ella.

—¿En serio?

Noe asintió.

—Una tormenta destruyó su canoa. El jefe sobrevivió, pero se vio arrastrado mar adentro, impotente ante la fuerza de la tormenta. Cuando el temporal amainó, era una noche de luna llena y él se encontraba lejos de su isla. El jefe pensó que iba a morir, así que, antes de partir hacia el reino de los espíritus, le dio las gracias a la luna por ofrecerle una vista tan bella. Cuenta la leyenda que, entonces, una mujer hecha de luz de luna descendió del cielo y lo sacó del agua. Gracias a su magia, lo llevó en sus alas invisibles hasta su isla, donde se casaron.

Vaiana se inclinó, atraída por la leyenda, mientras las hadas de luz de luna recorrían el platanar con una gracia sobrehumana. Su luz se

colaba por entre los plataneros y desaparecía como el agua en la tierra recién horadada.

Vaiana las observaba hipnotizada. Embriagada por la profunda voz de Noe, recordó las noches que pasaba acurrucada junto a su abuela en su *fale* hasta que caía dormida por las historias que esta le contaba. Las hadas flotaban por encima del alto follaje del bosque en dirección al mar. Allí, su luz se desvaneció en las oscuras aguas que había suspendidas sobre su cabeza y la de Noe.

Vaiana se quedó mirando el lugar por donde habían desaparecido las hadas de luz de luna. El bosque se quedó en silencio, pero no se quitaba de la cabeza la etérea belleza de esos seres, que brillaban como la bruma del mar. Se imaginó al jefe humano y al hada de otro mundo viviendo juntos.

—¿Se quedó con él en la aldea?

—Eso es lo que dice la leyenda.

—¿Para siempre?

Noe se levantó, encogiéndose de hombros.

—La leyenda no lo aclara.

—¿Qué crees tú que pasó?

Las dos chicas atravesaron la escasa hierba de la isla, adentrándose en el platanar, ya a oscuras. Sin los duendes, las sombras parecían aún más intensas.

—No es más que una historia —dijo Noe secamente, y sacó su lanza para talar una de las plantas. Le dio a Vaiana el pesado racimo de plátanos para que lo sujetase mientras tallaba el tronco y quitaba las hojas—. ¿Por qué lo preguntas?

—No me imagino que alguien renuncie a volar —dijo Vaiana, pensando en cómo flotaban las hadas. Era una pena amarrar a esas criaturas iluminadas por la luna a una aldea humana, mantenerlas sujetas a la tierra.

Noe se echó la lanza a la espalda y tiró los restos de plátano al mantillo, permitiendo así que creciera otra planta.

—Las leyendas cuentan que los duendes de luz de luna son inmortales. Quizá ella regresara con su pueblo después de que él partiese al reino de los espíritus.

Noe condujo a Vaiana hasta una zona mullida en el platanar y dio una palmadita en el suelo junto a ella.

Las dos chicas se sentaron juntas y Vaiana frunció aún más el ceño.

—Pero ¿por qué no se quedó en el cielo con su pueblo? ¿Por qué se enamoró de un mortal?

Noe se sirvió de una navaja para cortar los plátanos y los dejó caer con cuidado en las manos de Vaiana. Durante unos instantes, se quedó en silencio y el único sonido fue el de su cuchillo de hueso al cortar.

—¿Sabes? —dijo por fin—, el tiempo no pasa igual para los mortales. Una vida mortal no es más que una gota en el océano en comparación con la vida de las hadas. ¿Qué es un año para alguien que ha superado los mil y aún le quedan otros mil por delante? —La pena se reflejó en sus ojos—. Aunque pienses que el tiempo que el hada pasó con su amado mortal fue una gran tragedia, un sacrificio triste y un final aún más triste. Pero ese tiempo probablemente fue un simple parpadeo en su existencia, un instante fugaz.

Vaiana había pelado uno de los plátanos que Noe le había dado; le dio un mordisco y lo masticó lentamente.

—Parece que lo has pensado mucho.

Noe negó con la cabeza y fue como si una sombra empañase la luz de sus ojos.

—Qué va, pero entiendo el dolor que supone sobrevivir a tus seres queridos. No quieres mil años para nada, no sin ellos.

Vaiana imaginó cómo sería regresar a su isla si llegaba demasiado tarde para detener la maldición y se le hizo un nudo en el estómago. El plátano se volvió amargo, como si tuviera ceniza. Aun así, en medio del silencio, brilló una luz en la periferia, atrayendo la atención de ambas.

Otra hada de luz de luna descendía del océano que formaba el techo de Lalotai. El cabello le caía sobre sus delicados hombros como una nube. No las miraba, pero su resplandor iluminaba tanto a Vaiana como a Noe, bañando el rostro de ambas en plata y haciéndolo brillar como una perla.

El hada revoloteaba por el aire entre las islas suspendidas. Se oyó una risa centelleante y Vaiana vio más hadas que emergían del océano. La luz de la luna les llegaba en forma de rayos, iluminando también al hada solitaria. En silencio, las dos chicas observaron a las hadas agruparse y explorar juntas los atolones y las rocas. Cruzaban la piedra y las grietas volando, semejando pequeñas motas de luz hasta que las perdían de vista.

Vaiana observó a Noe. Le brillaban los ojos por la añoranza. Sabía que estaba pensando en su isla y en reencontrarse con ellos.

Recordó a Maui. «Una vida mortal no es más que una gota en el océano en comparación con la vida de las hadas». Había pasado mil años en su cueva, allí varado después de robar el corazón de Te Fiti. Se estremeció al recordar las marcas en aquellas paredes de piedra. Había sobrevivido una docena de vidas mortales en la cueva. «Y ahora está petrificado por mi culpa».

—Oye —dijo Vaiana, dedicándole a Noe una sonrisa alentadora con la esperanza de calmar su propia inquietud—, no te preocupes, volverás a ver a tu gente. —Pensó en lo lejos que habían llegado y ensanchó la sonrisa—. Formamos un buen equipo.

Noe se quedó mirando a Vaiana largo rato y los ojos se le llenaron de ternura.

—Supongo que sí.

—¿Supones? —replicó Vaiana.

—Vale, somos un buen equipo. —Noe bajó la cabeza, avergonzada, pero luego suspiró y puso los ojos en blanco—. Y eres la primera amiga que tengo desde que me quedé sin isla.

Vaiana no supo qué responder, y tampoco creía que Noe fuera muy dada a los abrazos.

—Pues me alegro de que seamos amigas y creo que lo estamos haciendo muy bien.

—Tenemos solo una lágrima —dijo Noe, imperturbable.

—Sí, pero casi hemos llegado a la siguiente lágrima legendaria. —Vaiana sonrió—. Juntas, sanaremos a Te Fiti dentro de poco.

Noe se puso de pie y se sacudió la hierba y el mantillo de la falda con una mirada indescifrable.

—Tenemos que darnos prisa —dijo con tono apagado—. El hecho de que tu maldición lleve tiempo sin extenderse no quiere decir que estemos a salvo.

—¿No vas a comer? —preguntó Vaiana, mirando las pieles de plátano a sus pies, los restos del tentempié que había tomado para saciar su hambre.

—Después —dijo Noe con indiferencia, y se adentró en la vegetación mientras miraba a su alrededor con inquietud.

Vaiana tuvo la incómoda sensación de que su amiga esperaba que apareciera algo. Pensó en el miedo de Noe cuando se habían ido de Veidau, en su modo de observar las sombras. Esa misma tensión era la que se reflejaba en esos momentos en su rostro.

—Ya hemos descansado suficiente —dijo Noe.

Vaiana asintió con la cabeza, aunque se preguntaba si solo se trataba de eso. Noe esquivaba su mirada y no era la primera vez que se le ocurría que quizá hubiese algo que no le estaba contando. Cuando había adormecido el espíritu de Kala, ¿habría notado algún otro monstruo que se había abierto el paso entre los mundos? ¿Las estaban siguiendo? La otra chica ya había demostrado que era más que capaz de salvar a la diosa sin ella y de enfrentarse a los monstruos. Pero, si las estaban persiguiendo, ¿por qué no iba a advertirla?

Vaiana se mordió el labio. Tal vez estuviese pensando demasiado y lo único que sucedía era que Noe estaba impaciente. Al fin y al cabo, solo se habían detenido porque ella estaba agotada. Si no hubiera necesitado descansar, quizá ya habrían encontrado la siguiente lágrima de Te Fiti.

Noe comenzó a atravesar las hojas de las plataneras mientras Vaiana se quedaba rezagada contemplando el lugar por el que se habían marchado las hadas. En su viaje, había visto cosas increíbles, pero nunca olvidaría su brillo plateado ni lo identificada que se había sentido al oír las historias de Noe.

Vaiana echó una última mirada al platanar y, después, alcanzó a Noe, que caminaba a paso largo.

—Cuando hemos llegado aquí, no me he dado cuenta de lo especial que iba a ser, pero me alegro de que hayamos visto a las hadas, y también de que me hayas contado las leyendas de tu isla. En Motunui, también tenemos algunas, pero mi abuela y yo... — Vaiana pensó en su isla y en su padre tirando el corazón de Te Fiti al suelo tras haberle contado su plan para recuperar a la diosa. No la había creído. «No hay ningún corazón. Esto... esto es solo una piedra»—. Éramos las únicas que creíamos en las viejas historias y,

sin mi abuela, ahora solo quedo yo, así que gracias por compartir las leyendas de tu isla, Noe.

Noe se abrió paso entre las hojas del platanar sin mirar atrás, apartando las plantas a su paso.

—Solo es una historia, Vaiana.

—Puede que algún día digan eso de nosotras y de nuestro viaje. —Sonrió mientras salían del espeso bosque y emergían al otro lado del atolón. Esperaba ver a Noe darse la vuelta con una chispa de diversión en los ojos, pero la otra chica siguió caminando en silencio hacia el acantilado.

Esa parte del abismo era muy colorida, pues las islas estaban llenas de flores, cuya fragancia impregnaba el aire, atravesando la bruma y las nubes. De algunas rocas, caían cascadas, vertiendo agua al abismo que había bajo las islas suspendidas y unos bancos de niebla se arremolinaban alrededor de los atolones flotantes, entretejiéndose con las rocas que las separaban del otro lado.

Vaiana volvió la vista a Noe, que ya estaba saltando por las islas suspendidas un poco más adelante.

Iba trazando un camino serpenteante por entre las rocas, apresurándose a cruzar el abismo.

Vaiana arqueó las cejas. No había duda de que la estaba retrasando. Siguió con la mirada el recorrido de Noe y echó a correr, dejando que el viento impulsase sus saltos sobre los atolones suspendidos que la separaban de ella.

Observaba a Noe saltando, pero esta se alejaba cada vez más. Hacía que pareciese fácil, como si caminara por el vacío...

Vaiana resbaló.

De repente, la piedra sobre la que había aterrizado cedió y comenzó a inclinarse hacia un lado. Miró a su alrededor, presa del pánico. Estaba en un pedazo de tierra y la pequeña roca se inclinaba

cada vez más, balanceándose bajo su pie como una honda, incapaz de soportar su peso.

Vaiana gritó mientras se deslizaba por la roca con los pies en el aire.

«Has tropezado en las últimas rocas. Solo tienes que fallar una vez», le había advertido Noe.

Y estaba cayendo al abismo.

Capítulo trece

A Vaiana le dio un vuelco el estómago cuando salió despedida y su peso tiró de ella.

—¡No! —gritó Vaiana, agitando los brazos al tiempo que buscaba la roca más cercana, cualquier cosa a la que agarrarse. A su alrededor, el mundo pareció enlentecerse. Sintió un cosquilleo cuando rozó una roca con los dedos; arañó la arena y la piedra, pero fue incapaz de sujetarse a nada.

Hubiera jurado que había oído granos de arena repiqueteando contra la roca y, después, caer en un silencio ensordecedor, «una caída sin fin». El pánico la dejó sin aliento. El corazón le retumbaba en los oídos, compitiendo con el silbido del viento que soplaba sobre su cuerpo como un aliento frío. Entonces, notó un tirón de la cintura y que la sujetaban con fuerza.

Noe estaba inclinada sobre ella. Tenía el pecho pegado a una roca y los brazos extendidos. Con una mano la sujetaba por la cintura; le clavó los dedos con tal fuerza que le estaba dejando marcas en la piel a través de la falda de corteza.

Por un momento, Vaiana la miró atónita, resistiéndose a aceptar que estuviera allí. No entendía cómo había sido capaz de cruzar el abismo a tiempo para salvarla, y mucho menos para agarrarla, pero no podía detenerse a pensar en su buena suerte, pues estaba a punto de acabársele.

Vaiana sentía que la tela de su falda se le escapaba de entre los dedos a la otra chica. Estaba a punto de tirar el collar de abulón al atolón para asegurarse su integridad antes de que Noe se quedase sin fuerzas.

«Toma el corazón», le diría, y Noe salvaría el mundo sin ella.

Sobre ella, vio el rostro de Noe tenso por el esfuerzo. Tenía los ojos desorbitados y pasaba la vista de su cara a su brazo de piedra y al collar de su abuela con la gema verde destrozada, como si estuviera pensando lo mismo que ella.

Solo que tenía una mirada desafiante.

—¡Agárrate a algo! —gritó Noe, apartándose del borde.

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Cogió impulso con el brazo y aferró el saliente que Noe tenía debajo, impulsándose hacia arriba para sujetarse con ambas manos. Las dos niñas cayeron hacia atrás, aterrizando en el atolón arenoso con un fuerte golpe.

Noe se sentó con las rodillas flexionadas y los hombros aún temblando por el esfuerzo. Vaiana se quedó tendida de espaldas mientras un delirio febril la recorría. El viento le había enfriado la piel mientras estaba suspendida sobre el abismo. En esos momentos, el corazón le golpeaba contra las costillas y sentía un calor abrasador en las extremidades.

—*Auē* —suspiró Noe bruscamente, y se volvió con una mirada de incredulidad hacia Vaiana, que tuvo que contener la risa.

—La otra vez que cruzaste este abismo —jadeó Vaiana—, ¿fue tan divertido?

Una sonrisa asomó al rostro de Noe, pero casi al instante se vio reemplazada por un ceño fruncido.

—¿En qué estabas pensando? Tienes que tener cuidado. Llevas el destino de nuestro pueblo sobre tus hombros, Vaiana.

Vaiana se estremeció al recordar el rostro ardiente de Te Kā en su visión y le vino a la mente la última vez que había cometido una imprudencia semejante: al intentar atravesar a toda prisa el atolón de la diosa en canoa, lo había perdido todo.

Pensar en la abrasadora mirada de la diosa hizo que sintiese aún más vergüenza. Intentó hacer caso omiso, pues había sido precisamente su vergüenza lo que la había impulsado a correr por entre las rocas tratando de alcanzar a Noe y, por ello, había estado a punto de caer, con todas sus esperanzas, a un abismo.

Frunció el ceño, reprimiendo un escalofrío al pensar en lo cerca que había estado de morir, en la suerte que había tenido de que Noe la hubiera alcanzado. Observó las rocas y las islas suspendidas a espaldas de la otra chica y dijo:

—Lo siento. Intentaba seguir el mismo camino que tú, pero ibas muy deprisa.

Noe frunció los labios.

—Bueno, yo sé adónde voy. —La chica pálida se puso en pie, dándole la espalda a Vaiana.

Se dirigió al borde del atolón y se disponía a saltar cuando Vaiana le preguntó:

—Pero ¿cómo has conseguido llegar a tiempo? Estabas a mitad de camino.

Noe la miró por encima del hombro con una extraña expresión y Vaiana sintió crecer la desconfianza en su pecho al verla negar con la cabeza.

—Te equivocas, Vaiana. No estaba tan lejos.

—Pero...

—La próxima vez puedes limitarte a darme las gracias —bromeó Noe, poniendo cara de fastidio, y comenzó a saltar por las rocas

suspendidas, distanciándose demasiado de Vaiana como para que esta dijese nada más.

Vaiana la observó alejarse mordiéndose el labio. Quizá al verse embargada por el pánico hubiese exagerado la distancia entre ellas. Porque, si Noe hubiera estado a mitad de camino del abismo, no habría podido rescatarla a tiempo.

A no ser que la chica también fuera una cambiaformas, como Maui y Kala, y pudiera volar.

Vaiana meneó la cabeza. Con cuidado, saltó desde su refugio en el atolón y cruzó el abismo. Ya en marcha, vio que Noe observaba su avance con los ojos entornados.

La maldición de Vaiana latía al ritmo de su acelerado corazón y su creciente disgusto. Claro que Noe no era una cambiaformas, no tenía por qué. Era una guerrera, una experta navegante y una viajera de sueños capaz de comunicarse con los espíritus. Conocía todas las leyendas de su isla, e incluso Lalotai, como la palma de su mano.

Era mejor que ella.

«El océano debería haberla elegido a ella». A Vaiana le dio un vuelco el corazón y se sintió humillada, mientras el brazo maldito, un recordatorio de su fracaso, palpitaba dolorosamente.

Capítulo catorce

Desde el fondo del cañón, el bosque no era más que una hilera lejana de árboles que se alzaban como estatuas al borde del acantilado; un verde intenso que llegaba hasta la cresta, donde las aguas del mar iban a parar a un lago del mismo azul intenso que el océano que se extendía sobre él.

Sin embargo, el bosque estaba envuelto en sombras y una niebla sinuosa.

Juntas, Vaiana y Noe habían ido avanzando con dificultad durante lo que parecieron horas. Sin embargo, los árboles y la niebla cada vez se habían vuelto más densos, cerrándose más alrededor de las dos chicas cuanto más se adentraban, y el estado de ánimo de Noe parecía volverse cada vez más sombrío; estaba callada y distante, observando las sombras del bosque con tal rigidez que a Vaiana le dolía el cuello solo con mirarla.

—¿Estás segura de que aquí hay una lágrima? —preguntó Vaiana.

Noe la miró sorprendida al oír su voz, como si hubiera olvidado su presencia.

—Sí, pero es que... —Se calló, contemplando los altos árboles que las rodeaban, cuyas largas ramas colgaban a modo de cabello. Al subir por la pared del acantilado para salir del cañón, cambiando las islas suspendidas por tierra firme, Vaiana había visto unas raíces en

las crestas de alrededor que brotaban de la piedra como si fuesen hierbajos.

—¿Qué? —insistió Vaiana, aunque Noe no parecía dispuesta a hablar. La frustración de la chica iba acompañada de una mirada caída y una expresión indefinible.

—Creo que nos hemos perdido —reconoció al fin Noe—. O quizá estemos atrapadas.

—¿Qué quieres decir con atrapadas?

Noe apuntó con la lanza a un árbol que tenían detrás.

—Estoy segura de que hemos pasado cuatro veces por delante del mismo árbol. Tiene una marca bastante característica en el tronco. —Señaló las altas estalactitas de Lalotai con la lanza—. He estado siguiendo las piedras del techo y parece que no hemos avanzado, nada de nada.

—Ah, ¿regresamos?

—Puedes intentarlo.

Vaiana dio media vuelta y echó a correr, pasando junto a los árboles y sus ramas caídas. El sudor le perlaba la frente y le corría por la espalda, y la niebla volvía denso el aire que tenía enfrente. Vaiana agitó la mano, tratando de despejar la espesa nube blanca...

Y encontró a Noe al otro lado.

La chica pálida apretó los labios formando una fina línea, perpleja.

—¿Ves? Atrapadas.

Vaiana gimió.

—Pero ¿cómo es posible?

Noe no respondió. Se agachó y tocó la tierra y la hierba que había alrededor de los árboles. Cogió un puñado, dejando un agujero en el suelo, y dejó que se le escurriera por entre los dedos.

—No lo tengo claro.

Vaiana apretó la mandíbula. Tuvo que resistirse a echar a correr de nuevo por el bosque, pues le dolía la cabeza de intentar entender la situación.

—Ya habías estado aquí, ¿verdad?

Noe se levantó.

—Sí, pero no era así. —Agitó su lanza en el aire, atravesando la niebla condensada a su alrededor—. El bosque no era tan denso y esta niebla no estaba, sin duda.

Vaiana miró fijamente la niebla. Parecía aún más inquietante y se había vuelto más espesa, formando volutas blancas.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Vaiana se volvió hacia Noe, esperando encontrar el semblante tranquilo de la otra chica, pero en sus ojos solo vio incertidumbre.

«Genial. Muy tranquilizador», pensó Vaiana, y giró sobre sus talones para observar el bosque en el que se hallaban, aunque la niebla le impedía ver nada.

—¿Hay alguna leyenda?, ¿alguna historia sobre...?

—¿Una historia?

—Ya sabes a qué me refiero —replicó Vaiana—. Cuando los ancianos te formaron, ¿nunca mencionaron un bosque mítico donde la gente quedara atrapada?

Noe apoyó la cabeza contra el árbol de la marca y observó la niebla que llenaba los huecos entre las ramas y se extendía por el suelo con una mirada imperturbable.

—Bueno, tal vez hubiéramos tenido que pedir permiso para entrar aquí.

—¿Permiso? —repitió Vaiana, pensando en el *marae* de su aldea, el altar de piedra donde su pueblo se reunía para las ceremonias. Cuando era pequeña, su abuela le había explicado las normas para

entrar en el lugar sagrado. «Tienen que invitarte». Los ojos de Noe se oscurecieron y Vaiana sintió un nudo en el estómago.

—¿Sabías que teníamos que pedir permiso primero?

Noe rehuyó su mirada.

—Me formaron para cuando fuese anciana, así que claro que lo sabía. Se nota que hay una antigua presencia, probablemente te diste cuenta de ello nada más dejar la canoa, pero... —Noe frunció los labios y soltó un largo suspiro—. No tuve problemas para entrar en este bosque la última vez que estuve aquí, Vaiana, y tampoco pedí permiso entonces.

Vaiana había sentido una extraña sensación en la orilla, había percibido una presencia nada más bajar de la canoa y dejarla en la arena. ¿Era eso de lo que hablaba Noe? Sintió una oleada de ira.

—¿Por qué no? ¿Por qué no lo pedimos y ya está?

Noe le dirigió una mirada de abatimiento que a Vaiana le caló hondo a pesar de la ira que sentía.

—Porque hay que dar las gracias a los dioses. Hay que humillarse ante ellos cuando se pide entrar en un lugar sagrado como este. —Lo que fuera que vio en el rostro de Vaiana la hizo asentir—. Y sabes que no puedo hacerlo.

«Los dioses que no habían respondido a sus plegarias. Los mismos que habían abandonado a su pueblo a su suerte».

—Lo sé —dijo Vaiana. El bosque se alzaba imponente sobre ellas y la niebla envolvía los árboles, ocultando el camino a su alrededor, pero allí, en algún lugar, había una lágrima de Te Fiti, y no podían marcharse sin ella—. ¿Hay algo que podamos hacer para salir de aquí?

Noe torció la boca y empezó a caminar de un lado a otro por el bosque.

—Deberíamos ser capaces de encontrar una salida... —Se calló, pero su tono había dejado claro lo difícil que iba a resultar—. Solo necesito un momento para pensar, para recordar cómo.

Vaiana cerró los ojos con fuerza y echó la cabeza atrás, intentando rememorar las historias que le contaba su abuela, pero era como si se hubiese quedado en blanco y, cuanto más se esforzaba por recordar, más se le escapaban los detalles.

Sacudió la cabeza y abrió los ojos. Sobre ellas, ya comenzaban a asomar las estrellas en el océano invertido de Lalotai, cuyo fulgor no era más que un destello lejano entre las tenues olas. De todos modos, su luz no podía servirles de orientación, y menos con la maldición y el denso follaje del bosque.

Aun así, Vaiana imaginó su resplandor. Recordó haber observado las constelaciones en la canoa con Maui. Durante su primera lección de navegación, él le había dicho que orientarse consistía en ver hacia dónde se dirigía mentalmente, saber dónde estaba y dónde había estado.

Por las noches, pensaba en aquellas palabras mientras contemplaba el cielo, decorado por el anzuelo del semidiós. Se preguntaba cómo sería tener su vida grabada en las estrellas, ver su historia revelarse en el cielo nocturno.

Le parecía injusto que Maui no pudiera olvidar dónde había estado. Solo tenía que mirar hacia arriba para ver sus estrellas y recordar así quién era y lo que había hecho.

Vaiana contemplaba el océano tratando de imaginar esas estrellas lejanas. ¿Y si pudiera seguir el rastro de sus propias estrellas, su constelación, y encontrar así el camino, como Maui? Bajó la cabeza, atraída por la maldición que le oprimía el brazo.

Si pudiera ver su conjunto de estrellas, las arrancaría del cielo y las reordenaría para que contasen una historia distinta, otra

constelación para Noe y ella donde no hubiera desgracias ni islas condenadas a desaparecer.

«Ni tampoco maldiciones».

Vaiana suspiró. Su brazo renegrido parecía pesarle más al recordarlo. La roca volcánica que se extendía por él le había tirado del hombro mientras cruzaban las últimas islas suspendidas de Lalotai y entraban en el bosque nebuloso, y en esos momentos era un lastre en su costado. Si Noe no hubiera dicho nada, habrían seguido caminando, pasando junto al mismo árbol durante horas.

«¿Cuánto tiempo ha transcurrido?», se preguntó Vaiana, observando el océano en el techo de Lalotai con frustración. De todos modos, la luna no era más que una silueta acuosa.

Cuanto más tiempo permanecían allí, más frío sentía y no sabía si provenía de lo profundo del bosque o si se debía a la niebla que se condensaba sobre su piel como si le soplasen un aliento frío. Estremeciéndose, echó la cabeza hacia atrás para volver a mirar el océano. «Se llama navegar, princesa. No es solo izar velas y hacer nudos».

Cerró los ojos. El corazón le latía con fuerza, igual que las olas golpeaban las rocas de Motunui. En su sangre sentía las mareas, rápidas y agitadas. Respiró hondo para calmarse y se le enlenteció el pulso, como si el agua se retirase de la orilla. Notaba el contraste entre la relajación de su cuerpo y la maldición que irradiaba desde su muñeca, otro latido bajo su piel.

«Es saber dónde has estado». Vaiana visualizó la linde del bosque, donde Noe y ella habían comenzado a adentrarse en su enorme boca, y calculó la distancia que las separaba del lugar donde se encontraban en esos momentos. «Saber dónde estás», retumbó la voz de Maui, y Vaiana prestó atención a los árboles que tenía alrededor...

Pero solo oyó un silencio reverberante.

Vaiana arrugó el entrecejo. En toda su vida, nunca había estado en un lugar tan tranquilo. A diferencia de los árboles de Motunui, que se mecían con la brisa, allí el viento no silbaba al colarse por entre las hojas ni se oía el canto de los pájaros bajo el vasto follaje del bosque.

Poco a poco, Vaiana fue abriendo los ojos. Se retorció y dio una vuelta sobre sí misma mientras observaba la niebla y los árboles, pero no había vida entre las ramas y hojas más cercanas, ni tampoco animales o insectos. ¿Cómo era posible? Si la lágrima de Te Fiti estaba allí, ¿por qué ese bosque no era como Veidau, fértil y frondoso?

Vaiana evocó a Maui agarrado del mástil de la canoa con una mano mientras contemplaba el horizonte. «Es ver hacia dónde vas».

Algo no iba bien. El bosque parecía estar encerrándolas y Vaiana empezaba a creer que aquello no tenía relación alguna con que fuese un lugar sagrado. Darse cuenta de ello hizo que se le erizase la piel, latiendo al compás de su maldición.

Fijó la mirada en las cavidades de la piedra que Noe y ella tenían encima. Su sensación de que las estaban observando se intensificó, atrayendo su atención hacia una grieta del techo de Lalotai.

Entonces lo oyó: un batir de alas. Un pájaro blanco y negro salió volando con elegancia de la grieta en dirección al bosque. Sus enormes alas proyectaban sombras sobre las copas de los árboles. Era un ave marina, una fragata colosal. ¿Qué hacía allí abajo?

Vaiana siguió al pájaro, cuyas alas rozaban los árboles. Echó un vistazo a Noe, pero esta miraba hacia abajo y no vio la extraña trayectoria del ave. Cuando Vaiana volvió la vista al frente, el pájaro se había posado en una rama alta y parecía estar observándola.

La embargó la inquietud y notó la maldición latiendo en su brazo. ¿Por qué un ave marina iba a volar en círculos sobre un bosque? ¿Y por qué la miraba fijamente?

Cuando se encontró con los ojos del ave, se apresuró a retroceder al ver la sagacidad con que la miraba.

—Creo que ese pájaro nos está espiando.

—No, qué va.

—Ni siquiera lo has visto —replicó Vaiana con cierta irritación.

Noe levantó la cabeza desganadamente.

—¿Qué pájaro?

Vaiana lo señaló y el atafa salió volando desde su rama, desviando la mirada.

—Ese.

—Parece que ya se marcha.

Vaiana contuvo su frustración mientras observaba al pájaro volando en círculos sobre su cabeza. ¿Se lo había imaginado? Habría jurado que el ave la estaba mirando a propósito, clavándole sus ojos dorados.

«Quería llamar mi atención».

Tenía una extraña expresión pícara y Vaiana se estremeció al pensar en sus ojos, que le resultaban familiares. Noe había vuelto a pasearse por el bosque nebuloso mientras el atafa seguía dando vueltas sobre ellas, pero Vaiana no pudo dejar de mirarlo boquiabierta hasta que el pájaro se dirigió al horizonte y lo perdió de vista.

Había volado hacia la derecha, casi en línea recta desde donde se encontraban Noe y ella hacia la densa vegetación, envuelta en niebla.

«¿Quiere que lo sigamos?», pensó Vaiana, consciente de lo ridícula que era la idea. No obstante, su pueblo solía seguir a las

aves hasta tierra firme, trazando su trayectoria por el cielo para encontrar islas cercanas. ¿En qué se diferenciaba aquello?

Quizá el rumbo del pájaro las llevase fuera de aquel bosque envuelto en niebla.

—Creo que es por aquí —dijo Vaiana.

Noe la miró desconcertada.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues... —Vaiana se preguntó qué diría Noe si le contaba la verdad. «¿Recuerdas ese pájaro con pinta de listo?, pues creo que quiere que lo sigamos»—. Es una corazonada.

Noe se echó la lanza a la espalda encogiéndose de hombros y siguió a Vaiana hacia la derecha.

—Supongo que no pasa nada por seguir una corazonada. Si te equivocas, acabaremos volviendo aquí.

Vaiana se mordió el labio y se adentró en la niebla. Se estaba preparando para la vergüenza de haberse equivocado cuando tocó un recodo de árboles y... dio con un arco oculto. Sonrió.

—Hay un hueco.

Se apartó, dejando que Noe se asomara a la abertura que semejaba una cueva y atravesaba el espeso entramado de raíces, ramas y niebla del bosque.

—Vaya. —Noe alzó las cejas—. Bien hecho, Vaiana.

La sonrisa de Vaiana se ensanchó.

—¿Paso primero?

Noe soltó una risita.

—Claro.

Vaiana se agachó y cruzó el arco vencido de árboles y ramas en dirección al claustrofóbico pasadizo. Mientras avanzaba, las ramas afiladas le arañaban la piel y le golpeaban el brazo petrificado.

Durante unos instantes, el camino se cerró sobre ella, haciendo que tuviera que pegarse a la frondosa vegetación y podredumbre.

Entonces, alcanzó el final del túnel de árboles, donde ya brotaba la luz y se colaba el canto de los pájaros.

—Casi hemos llegado —le dijo a Noe con entusiasmo.

Los árboles comenzaron a clarear, separándose en oscuros grupos de raíces retorcidas y ramas enroscadas, marcando una gran diferencia con el verdor de la selva en la que se habían adentrado. La densa hilera de árboles había desaparecido y el suelo se había vuelto arenoso.

—Esto no es como debería —susurró Noe—. La otra vez que vine, este bosque era enorme y verde. Algo va mal.

Vaiana miró en derredor lentamente. Se oyó un zumbido procedente de entre los árboles y la densa niebla y un hedor enrarecieron el aire.

—Vaiana, hay algo...

—Muerto —la interrumpió Vaiana mientras miraba fijamente el claro que tenían delante.

Por fin, la niebla en la que se habían visto envueltas se había disipado, y dejaban ver las ramas de los árboles que rodeaban a las dos chicas y los huesos que cubrían el suelo a modo de hojas.

Las moscas se alejaron de los huesos, revelando un grotesco montón de cráneos.

«Es la colección de alguien», pensó Vaiana, sintiendo náuseas.

—Este sitio no es un lugar sagrado —dijo Noe, y sacó la lanza—. Es una tumba.

—No —dijo Vaiana con la mirada fija en el camino de huesos. Conducían a un montón de piedras apiladas unas sobre otras a modo de meseta gris, la cual se estaba moviendo, haciendo retumbar el suelo mientras estas se sacudían al despertar. Hasta

entonces, las extrañas piedras arqueadas habían quedado camufladas por los bancos de niebla del bosque, que comenzaban a disiparse, revelando así a un monstruo colosal que emergía de las entrañas de la tierra.

—Es una trampa.

En el centro del claro, las rocas apiladas se estaban elevando, dando forma a los anchos hombros del gigante que salía a la luz. Se enderezó y, golpeando el suelo con el puño, se separó de la tierra.

Parecía un hombre, de piel cenicienta, pero se alzaba por encima de ellas; era más alto que cualquier humano que Vaiana hubiera visto jamás.

—¿Escapamos? —preguntó Vaiana, dando un paso atrás. Si bien la lanza de Noe era larga y fina, con una hoja afilada que quedaba perfilada por la sombra, Vaiana sabía que sus dientes no podían cortar la piel del gigante, pues no fue carne lo que se tensó cuando este se puso en pie, sino piedra, la cual se ondulaba mientras se acercaba a ellas.

Noe negó con la cabeza. Su mano levantada quedaba desdibujada por la niebla que comenzaba a arremolinarse alrededor de sus pies.

—Mira.

Vaiana miró hacia donde señalaba Noe y se quedó paralizada. En el pecho del gigante, titilaba una luz verde que conocían bien.

—¿Es eso...?

Noe asintió con la cabeza mientras el gigante se acercaba, proyectando sobre ellas su descomunal sombra. Sus pesados pasos sacudían la tierra, haciendo entrechocar las rodillas de Vaiana.

Vaiana no entendía cómo era posible que el gigante llevase en el pecho la gema ensartada. Sintió su maldición irradiando por su brazo, palpitando al compás del destello de la lágrima, como la luz del sol sobre el océano.

Habían encontrado la segunda lágrima de Te Fiti y la tenía un monstruo clavada en su pecho, donde brillaba como si se tratase de su corazón.

Capítulo quince

Vaiana cada vez sentía más miedo y, cuando el gigante las miró a Noe y ella, fue presa del pánico. Las atravesó con los ojos, que brillaban como dos gemas incrustadas en su rugoso rostro.

—Ah, ya lo entiendo —dijo el gigante, y a Vaiana le dio un vuelco el corazón. Vale que aquel montón de rocas se mantuviera en pie y se moviera como un humano, pero le costaba aceptar que hablase. Su voz era áspera y sus palabras retumbaban como un desprendimiento de piedras—. Eran tus pies lo que sentí recorriendo mi piel.

—¿Tu piel? —chilló Vaiana.

El gigante esbozó una sonrisa y las gemas que tenía por ojos brillaron.

—Sí, mi piel, mortal, las rocas sobre las que has caminado y corrido tratando de escapar de mi bosque. Toda esta tierra es mi dominio. Dime: ¿por qué has venido al reino de los monstruos? —Vaiana abrió la boca, pero el gigante movió uno de sus dedos dentados—. Acércate.

—Eh... No pretendo ofender —dijo Vaiana, aclarándose la garganta—, pero preferiría no...

Se oyó un crujido reverberando por el bosque y Vaiana gritó al notar que el suelo se movía, agitándose como arena azotada por un vendaval. Sintió el pánico subiéndole por la garganta mientras el

terreno giraba en torno a sus pies como si fuera líquido, envolviéndole los tobillos... Entonces, se endureció, atrapándola.

Con un grito, Vaiana se vio arrastrada hacia el gigante por una ola pedregosa mientras un remolino de arena le revolvía el cabello. Lanzó una mirada de impotencia hacia atrás, esperando que Noe interviniera y tirase de ella.

—No... —Se le apagó la voz antes de decir el nombre completo de la chica. El claro estaba vacío, Noe no se veía por ninguna parte.

«¿Dónde está?». Vaiana comenzó a darle vueltas a la cabeza, colorada por la frustración. «¿Se ha ido sin mí?». Sin embargo, en cuanto estuvo a la distancia de una lanza del enorme monstruo, la tierra dejó de temblar y volvía a estar en el suelo.

Todos sus pensamientos sobre Noe se esfumaron.

—¿No? —repitió el gigante apoyando la cara sobre su rugosa mano—. Por favor. Mucho mejor, ahora podemos vernos bien y tener una conversación de verdad.

—¿Una conversación? —Vaiana parpadeó. ¿Lo había oído bien?

—Sí —suspiró el gigante, relajando la postura—. No es que tenga muchas visitas.

Vaiana se resistió a mirar los huesos que crujían bajo sus pies.

—Estaría bien que..., eh..., redecorases.

El gigante soltó una risa retumbante.

—Supongo que eso ayudaría, pero ninguno de los demás invitados ha llegado hasta esta parte de mis dominios.

—Por supuesto —dijo Vaiana, tragando saliva, pues no se fiaba de su tono amistoso. ¿Acaso podía malinterpretarse un claro lleno de esqueletos? Ocultó una mueca de asco cuando vio un cráneo humano que la miraba boquiabierto desde el suelo del bosque—. Bueno..., ¿de qué quieres hablar?

El gigante apretó la mandíbula.

—¿Tengo que repetirlo? Te he preguntado qué haces en el reino de los monstruos.

—Me he perdido —mintió Vaiana, pues no pensaba reconocer que había ido a quitarle la lágrima que le atravesaba el pecho—. ¿Es eso lo que querías saber?

Desde el centro del claro, Vaiana oía el murmullo del agua en un manantial o un lago cercano. Si hubiera tenido una canoa, tal vez podría haber huido.

En lugar de responderle, el gigante se inclinó hacia ella, mientras las gemas que tenía por ojos reflejaban la expresión aterrorizada de Vaiana, y le tocó el hombro con uno de sus enormes dedos de piedra, empujándola hacia un lado.

—Vaya, eres una mortal diminuta. ¿Es que tu especie se ha vuelto más pequeña en los últimos cien años?

Vaiana tragó saliva. ¿Y si alargaba la mano y cogía la lágrima? ¿Podría quitársela y huir o tendría que arrancársela del pecho raspando su piel de piedra con un cuchillo? La sangre le latía con fuerza mientras pensaba en el remolino de arena del gigante. Aunque consiguiera la lágrima, no tenía garantías de que fuese a llegar muy lejos con ella. A no ser que...

A no ser que lograse llegar hasta el agua que fluía allí cerca. Él era descomunal, así que tal vez se hundiese.

—¡Qué maleducados sois los mortales! —El gigante chasqueó la lengua, interrumpiendo su plan de fuga—. Te he hecho otra pregunta: ¿Has encogido o es que tu especie se ha vuelto más pequeña?

Vaiana no sabía qué responder.

—Tengo dieciséis años.

—Ah, eres como una mota de polvo, una niña enclenque. Quizá te llame así: enclenque. —El gigante se rio de su propia gracia, y

Vaiana se estremeció mientras contemplaba la lágrima.

—¿Te gusta mi adorno? ¿Por eso has venido aquí, enclenque? —Al levantar la vista, Vaiana vio que el gigante la observaba con atención —. No pongas esa cara, ya sabía que mentías. Notaba cómo te palpitaba el corazón a través de los pies, delatando tu engaño. Entonces, has venido a mi bosque para quitarme la lágrima de la diosa.

Vaiana no le vio el sentido a seguir ocultando la verdad.

—Sí.

—Por fin, algo de sinceridad. —El gigante asintió satisfecho—. Supongo que vosotros, los humanos, habéis encogido, pero en realidad no habéis cambiado, ¿verdad? Todos queréis lo mismo: arrebatarle el poder a la diosa.

—No, no estoy aquí por eso —le espetó Vaiana.

—Vaya. —El gigante ladeó la cabeza, súbitamente intrigado—. Otra verdad, ¡qué interesante! —Le rechinaron los dientes al abrir la boca, revelando una cavidad semejante a una cueva escarpada. Tomó aire y a Vaiana se le agitó el pelo hacia delante. A la chica le dio la sensación de que la estaba olfateando, oliéndola con su enorme boca. Entonces, el gigante suspiró y posó los ojos en la maldición de su brazo—. El ser ardiente te ha marcado. Es una pena.

—Un momento. —Vaiana no esperaba que el gigante dijera eso—. Entonces, ¿puedes ayudarme? —Tuvo que levantar la cabeza para mirar su enorme rostro. A su lado, era pequeña; se sentía como un renacuajo nadando junto a una ballena. De todos modos, se sintió aún más pequeña al pedirle ayuda, y más cuando vio cómo la juzgaba con sus ojos sobrenaturales.

—¿Ayudarte? —Ladeó la cabeza, pero su rostro de piedra no mostró compasión alguna—. No, no, enclenque, estás malinterpretando mis palabras. Tu suerte no me incumbe, solo

lamento el sabor que deja la maldición de Te Kā. Prefiero los huesos y la carne a las cenizas. —El gigante apretó los dientes con un crujido satisfactorio y Vaiana comenzó a retroceder.

—Sabes que no tienes por qué comerme —dijo Vaiana, levantándose, pues había tropezado con un hueso largo mientras intentaba poner distancia con el gigante, en cuyo rostro pétreo se dibujó cierta diversión—. ¡Tienes razón! Seguro que no tengo buen sabor, así que puedo irme...

—Me temo que no. —El gigante se echó a reír, y fue como un estrépito de piedras retumbando por el claro, como si hubiese habido un desprendimiento—. Verás, estoy hambriento y tú eres lo único comestible que ha pasado por mi bosque en años. —Se levantó y su cuerpo de piedra crujió, lanzando chispas—. Aunque me sorprende que hayas encontrado el camino a través de mi niebla tan deprisa. No se adentraba nadie de tu especie en mis dominios desde hace más de un siglo y recuerdo que aquellos humanos se postraron de rodillas en busca del perdón por su intromisión antes de darse cuenta de que ninguna divinidad iba a acudir a rescatarlos, que solo estaba yo.

La sonrisa del gigante se ensanchó mientras a Vaiana la invadía el miedo como si fuese un puño, haciendo que el corazón le latiera con fuerza. Recorrió el rostro pétreo del gigante con la mirada y estuvo a punto de ver los cuerpos que la rodeaban, toda aquella gente...

Se le encogió el pecho al pensar en las víctimas del gigante. Si nadie había podido escapar, ¿cómo iba a hacerlo ella? Giró la cabeza, buscando de nuevo a Noe en el claro, hasta que por fin la localizó.

Estaba medio escondida al otro lado del claro, rodeando al gigante. Llevaba la lanza a la espalda, pero tenía una honda en la mano y los ojos le brillaban con una mirada amenazadora.

¿Cómo había conseguido Noe burlarlo? ¿Había aprovechado que estaba distraído hablando con ella?

Vaiana apretó con fuerza su lanza, tratando de no mirar a Noe, con las manos sudorosas. Cuando escaparan, tenía unas cuantas preguntas que hacerle a la otra chica. Pero por el momento...

Tendrían suerte si sobrevivían.

—¿Sabes?, no muy lejos de aquí hay plátanos —dijo Vaiana, alejándose del gigante—. Te prometo que saben mejor que yo.

—Bueno, siento decirte que tú eres bastante aburrida. Esta es la primera charla que tengo en una década y no es que seas una gran compañía. —Sacudió la cabeza pesarosamente y el suelo tembló, haciendo que Vaiana volviera a tambalearse.

—Eh... —Vaiana vaciló y se quedó callada. Desvió la mirada hacia el gigante, que se había sentado, y luego de nuevo a Noe. Buscó sus ojos, pero ella estaba preparando su honda—. Lo siento.

El monstruo suspiró, rechazando su disculpa con un ademán.

—Ya es tarde para disculparse, enclenque. A estas alturas, solo cabe esperar que el plato principal sea mejor que la charla previa a la cena.

—Eh... —A Vaiana le temblaban las manos. Noe se había acercado sigilosamente al monstruo y él todavía no se había dado cuenta, pero ¿qué planeaba Noe? ¿De verdad que era solo una honda? ¿Qué iba a hacerle a semejante criatura, molestarla?

—Al final, supongo que no importa cómo has escapado de mi niebla. Al menos, ahora puedo agradecerte que hayas llegado hasta mí... —El gigante hizo rechinar los dientes, y el sonido atravesó el aire como estalactitas dentro de su cavernosa boca. A Vaiana se le heló la sangre al pensar en que la devorase, pues no sería lo que se dice una muerte dulce.

Esperaba con toda su alma que Noe tuviera un plan.

Capítulo dieciséis

La potente embestida del gigante fue la única advertencia que tuvo Vaiana. Sus pesados pasos hicieron que a la chica le temblasen las piernas y abrieron otra grieta bajo sus pies.

Vaiana rodó para esquivar la mano de arena que emergía del suelo tratando de agarrarla. Luego, se puso en pie y echó a correr, alejándose del gigante. La tierra se abría con grietas que la perseguían, intentando cogerla por los tobillos. Sin embargo, al ver el bosque, recordó el murmullo cercano del agua.

Se volvió hacia el monstruo, que cargaba contra ella, y enderezó los hombros, preparando su lanza. «Uno, dos...».

Cuando el gigante estaba a punto de echársele encima, una roca lo golpeó en la cabeza, rompiéndose en pedazos e interrumpiendo la cuenta de Vaiana. El ciclón de tierra que había comenzado a alzarse se aplacó, dejando surcos en el suelo, mientras el gigante se frotaba la cabeza con la mano, dolorido.

Al darse la vuelta, Vaiana vio que Noe bajaba su honda detrás del gigante.

Él sacudió la cabeza, lanzando pedazos de roca.

—¿Otra mortal? —Se volvió y miró en la dirección en que estaba Noe con los ojos entornados, pero no la vio.

«Ahora podemos vernos bien», le había dicho el gigante a Vaiana después de acercarla a él, con las gemas que tenía por ojos fijas en

su rostro. No tenía buena vista.

—Por ágil que sea tu amiga, va a necesitar algo más que piedrecitas para detenerme.

Poco a poco, las rocas que cubrían la cabeza del gigante se hundieron en su piel, absorbidas por su figura de piedra gris.

«Adiós al plan», pensó Vaiana con desánimo. Sin embargo, detrás del gigante, Noe estaba preparando otra piedra en su honda mientras miraba fijamente a Vaiana. Señaló con la barbilla al monstruo y articuló una sola palabra.

«Lágrima».

Y Vaiana la entendió.

Frunció el ceño al instante, pues no le gustaba ese plan, aunque no es que tuviesen muchas opciones. Asintió una vez a Noe y arremetió contra el monstruo con la lanza en alto.

El gigante abrió la boca soltando un rugido por la expectación, y Vaiana se dejó caer de rodillas, abrasándose la piel al deslizarse por la gravilla para pasar por debajo del monstruo.

Él trató de alcanzarla con sus garras y el suelo comenzó a resquebrajarse a espaldas de ella. Una grieta la perseguía, desgajando la tierra como si de otra garra se tratase.

Entonces, otra piedra fue a parar a la cabeza del gigante, distrayéndolo. La grieta dejó de perseguir a Vaiana y el monstruo se volvió poco a poco, moviendo pesadamente su cuerpo de piedra para volver a buscar a Noe.

Y Vaiana atacó.

Le clavó la lanza en el pecho y hundió sus afilados dientes en la cavidad que contenía la lágrima para hacer palanca.

—¡Espera! —gritó el gigante, alargando los brazos hacia Vaiana, pero cambió de dirección para tratar de sujetar la lágrima, que estaba saliendo de su pecho—. ¡No, para, enclenque! Somos ami...

—Se le quebró la voz cuando la lágrima se soltó y su tono se volvió agudo. Su enorme cuerpo se sacudió con fuerza y sus brazos de piedra empezaron a menguar ante los ojos de Vaiana.

«No es un gigante». Vaiana apretó los dientes y siguió tirando de la lágrima con más determinación si cabía.

Se oyó un estruendo cuando se desprendieron más piedras y salieron disparadas alrededor de Vaiana, que se agachó. Noe le lanzó otro proyectil al monstruo en la cabeza, sin tregua.

—¡Por favor! —chilló el gigante con una voz que ya no atronaba, sino que a Vaiana le recordó a los chillidos de Púa. La lágrima se sacudió, a punto de desprenderse—. No te voy a comer, te lo prometo.

«Venga», pensó, rezando para que la lágrima se soltara. Al igual que había ocurrido con la lágrima de Veidau, Vaiana vio extensos bosques brillando en sus facetas y flores brotando de los árboles cuyos capullos se abrían como bocas. La lágrima se movió, a punto de ceder. A Vaiana se le aceleró el corazón.

Entonces, rodeó con los dedos la gema en forma de lágrima y sintió una sacudida que estuvo a punto de hacerla caer.

«Ahora no», pensó empezando a ver doble. El mundo a su alrededor se enlenteció al tiempo que le llegaban imágenes fugaces de una isla vacía cubierta de lava solidificada. En su mente, vio sombras haciendo guardia en la isla destruida y reconoció la piedra negra que cubría la isla y a su gente: la maldición de Te Kā.

Apretó los dientes mientras la lágrima trataba de mostrarle un recuerdo de la diosa, otra visión. No, no podía permitirse sucumbir a la atracción de la lágrima. Y, sin embargo...

«Es culpa mía». Las palabras y la culpa de Te Fiti sacudieron a Vaiana y los ojos se le empañaron por la abrumadora pena de la

diosa. «Mi pueblo». Vaiana comenzó a verlo todo negro mientras en el pecho de Te Fiti ardía el fuego.

Vaiana trató de resistirse al espantoso dolor de la diosa. Se concentró en su mano, en sus dedos, que se habían vuelto fríos y aferraban la lágrima de Te Fiti en el claro del gigante. Entonces, sus manos se desdibujaron, confundiéndose con las extremidades cubiertas de musgo de Te Fiti, componiendo una danza familiar. Y, sin saber bien cómo, Vaiana supo con una asombrosa certeza que Te Fiti estaba ligando la tierra, los vientos, los bosques y las aguas dulces en su visión.

Estaba sanando la tierra, convocando a las hadas a la isla con su danza, que cubrieron el cielo nocturno de motas de luz. Resplandecían como estrellas, deslumbrando a Vaiana.

«Curad este lugar», les imploró la diosa a las hadas, y una piedra preciosa resbaló por su mejilla a modo de lágrima, vertiendo tanto su dolor como su poder sobre las cenizas que tenía bajo sus musgosos pies.

Entonces, la diosa cerró los ojos, haciendo que la visión cesara y devolviendo la vista a Vaiana. La isla devastada desapareció al tiempo que sus manos volvían a ser suyas.

Vaiana resollaba mientras el mundo a su alrededor volvía poco a poco a la normalidad. A sus oídos llegaron los alaridos del gigante, al tiempo que este comenzaba a moverse de nuevo, agitando los brazos violentamente por encima de ella.

No obstante, en la mano de Vaiana, palpitaba la lágrima de Te Fiti, quemándole la palma como si sujetase un puñado de rayos de sol. «Por fin». Vaiana apretó la lágrima con fuerza triunfalmente justo cuando el gigante la agarró del tobillo y la sacó de debajo de él.

—¡Ja! ¡Te pillé! —gritó el gigante mientras la levantaba por una pierna—. Eres muy astuta, enclenque, pero esto se acaba ahora

mis...

Sonriendo, Vaiana levantó el brazo, mostrándole la lágrima que le había arrancado del pecho.

—Estoy de acuerdo.

—¡No! —chilló el gigante, soltándola. Los hombros se le echaron hacia delante, hundiéndose en su amplio torso, y su cuerpo comenzó a erosionarse, haciendo que se le desprendieran piedras como si fuesen escamas, que cayeron al suelo del bosque. Y, ante los ojos de Vaiana, aquel ser colosal se fue encogiendo hasta convertirse en una piedrecita redonda.

—¿Eh? —Vaiana se agachó y tocó la piedra. Rodó como un coco cuando le dio un golpecito.

—¡Para! —exclamó la piedra con un chillido agudo, y Vaiana dio un salto atrás al ver que le brotaban brazos. Las gemas que tenía por ojos se abrieron de par en par, mirándola con ira—. ¡No puedes empujar a la gente así!

Era el gigante, solo que...

—¿Por qué ahora es tan pequeño?

—Es un hada de piedra —respondió Noe haciendo una mueca.

—¿A quién llamas pequeño, enclenque? —gritó al mismo tiempo el hada de piedra.

Vaiana pasó la vista de la lágrima que tenía en la mano al hada de piedra, rebosante de cólera.

—No sabía que la lágrima pudiera hacer eso. —Pensó en la visión que había tenido de Te Fiti y en cómo había llegado a existir la lágrima. Ella había asumido que los poderes de las lágrimas se reducían a curar enfermedades, rescatar gente y mejorar las cosechas: dar vida. Sin embargo, aquello...

Vaiana se volvió y observó los huesos esparcidos a su alrededor. En ese lugar, la lágrima de Te Fiti había provocado muchas muertes.

Arrugó el entrecejo. «¿Cómo ha sido capaz de hacer algo así el poder de la isla madre?».

—La lágrima no solo es abono, Vaiana. Es un fragmento del poder de Te Fiti, el poder de una diosa. —Noe recogió su honda, pasó junto a Vaiana y se agachó frente al hada—. Y él lo robó.

El hada de piedra se pegó el suelo del bosque, tratando de eludir la mirada asesina de Noe.

—¡Oye! Nadie la estaba usando.

—Las hadas tan pequeñas no suelen ser tan peligrosas. Se alimentan de lo que pueden: musgo, plantas e insectos, cualquier cosa más pequeña en realidad. Pero este ser era astuto, robó una lágrima de Te Fiti para él solo. —Las fosas nasales de Noe se dilataron—. Deberíamos matarlo.

De repente, la chica pálida sacó su lanza y la puso delante del hada de piedra con un rápido ademán.

—¡Espera! —gritó Vaiana mientras el duende de piedra chillaba sin mediar palabra.

Noe suspiró.

—Deja que lo adivine: ¿también quieres perdonarlo? Mira a tu alrededor, Vaiana, ha matado a cientos.

—Pero ahora es inofensivo —replicó Vaiana, desconcertada por las palabras de Noe. No quería salvar al hada de piedra, pero tampoco le gustaba que su compañera recurriera de ese modo a la violencia —. Dices que se alimenta de lo que puede. Sin la lágrima, no hará daño a nadie. Ahora tenemos la lágrima, así que deberíamos irnos.

Bajo la lanza de Noe, el hada de piedra asintió con vehemencia.

—Lo... lo siento —suplicó a Noe con sus ojos de gema muy abiertos—. Solo hice lo que pensé que haría cualquiera.

Vaiana frunció aún más el ceño.

—¿Convertirte en un gigante?

—¿Comer gente? —gruñó Noe.

—Bue-bueno, sí..., pero no —gimió el duende de piedra—. Quería el poder de Te Fiti para protegerme. —Se volvió hacia Vaiana—. Ya sabes lo difícil que es ser pequeño.

Noe sorprendió a Vaiana levantando su lanza y liberando al duende de piedra.

—Lárgate —gruñó, y el duende de piedra salió corriendo con un chillido.

Sus rechonchos brazos se replegaron en su cuerpo de piedra, recordándole a Vaiana a una tortuga que se mete en su caparazón, mientras giraba alrededor de ambas, alejándose dando vueltas como un coco asustado.

—¡Nunca me pillareis vivo! —chilló, y desapareció en el agua entre chapoteos.

—¿Has dejado que se fuera?

Vaiana intentó no parecer sorprendida mientras Noe guardaba la lanza.

—Es patético y débil. —Noe torció la boca—. Y me ha abollado la lanza. No ha merecido la pena. —Atravesó a Vaiana con sus ojos oscuros—. Pero tú... —Noe negó con la cabeza— ... tienes que dejar de ser tan buenaza, Vaiana. No puedes salvar a todo el mundo.

Vaiana esbozó una sonrisa forzada al tiempo que levantaba la lágrima de la diosa.

—Pero ¿no es eso lo que pretendemos, salvar el mundo?

Noe se limitó a fruncir el ceño.

—Estamos intentando devolverle el corazón a Te Fiti.

—¿No es lo mismo?

—No exactamente. Tú piensas que devolverle el corazón a Te Fiti salvará el mundo, pero ni siquiera cuando la isla madre estaba salvaba a todo el mundo. Hay una razón por la que tanto los

monstruos como los humanos recurrían a sus lágrimas y es que, cuando los mortales le rezaban, ella empezó a desentenderse.

Vaiana no entendía la rabia de Noe. Te Fiti llevaba mil años desaparecida. Miró la lágrima por entre sus dedos entrelazados, recordando el dolor de la diosa en su visión.

«Es culpa mía —había pensado la diosa al mirar la isla devastada —. Mi pueblo».

—¿De verdad crees que la isla madre no nos ayudaría si pudiera?, ¿que nos abandonaría a nuestra suerte? —preguntó Vaiana.

—Sé que haría caso omiso a la devastación que ha causado Te Kā —respondió Noe sin dudar—. Igual que hizo con todo lo demás cuando estaba aquí. —Ante la mirada horrorizada de Vaiana, Noe resopló—. ¿Qué? ¿Acaso puedes asegurar que nos prestaría su ayuda? —Vaiana abrió la boca, pero la cerró, y Noe sonrió amargamente—. Estás confiando en la buena voluntad de una diosa, en su caridad. ¿Qué te hace estar tan segura de que no ha cambiado en los últimos mil años sin su corazón? Al fin y al cabo, Maui se lo robó. ¿Y si está enfadada? ¿Qué pasará entonces, Vaiana?

Vaiana bajó la vista hacia los huesos que las rodeaban. Una lágrima, un fragmento de su poder, había causado aquello.

—No lo sé —dijo, cogiendo con fuerza el collar—, pero tenemos la lágrima. Deberíamos sanar el corazón y devolvérselo.

—Lo que tú digas. —Noe apretó los labios y Vaiana se encogió por dentro al ver la ira que reflejaban sus ojos—. Tú eres la elegida.

—Ay, Noelani, ¿es esa forma de hablar a tus amigos? —rugió una voz grave desde el bosque, que enseguida se tornó en una risa—. Supongo que no debería sorprenderme que hayas perdido práctica, porque llevas sola muchos años.

Al oír la voz, Noe palideció. Se dio la vuelta, mirando la oscuridad frenéticamente, y sacó la lanza. El miedo que Vaiana había visto en

el rostro de la chica pálida a lo largo de su viaje se hizo evidente.

—¿Quién es, Noe? —preguntó Vaiana, volviéndose y buscando entre los árboles retorcidos y nudosos que las rodeaban. Tragó saliva. La voz parecía provenir de todas partes, pero no vio nada entre las sombras.

—¿Dónde estás? —susurró Noe, agarrando con tal fuerza la lanza que los nudillos se le pusieron blancos.

Otra risa retumbó a su alrededor, traspasando las oscuras sombras del bosque.

—¿De verdad tienes que preguntarlo después de tantos años? ¿Dónde estoy siempre?

Vaiana percibió una sonrisa amarga en sus palabras.

—Justo detrás de ti.

Capítulo diecisiete

Vaiana y Noe se alejaron de los árboles que se erigían a sus espaldas. La voz se rio, tan profunda y antigua como una tormenta marina.

—Vais a tener que ir más deprisa.

La voz puso de los nervios a Vaiana. Giró en círculo, pero solo vio huesos y árboles agonizantes en la oscuridad. No obstante, la risa parecía surgir de cada esquina y zona sin luz. «Algunos de los habitantes de las profundidades de Lalotai solo aparecen en la oscuridad», le había advertido Noe con una sonrisa que se había desvanecido hasta tornarse una línea sombría.

—Noelani de la isla muerta y Vaiana de Motunui —cantaban las sombras a su alrededor—. Menuda pareja. Mirad lo lejos que habéis llegado... —se burló la voz—. Hasta la oscuridad.

«¿Cómo sabe mi nombre?». Vaiana se volvió y miró la oscuridad con los ojos entornados, pero no había ningún monstruo ni criatura, solo esa extraña voz acercándose, como la mano cariñosa de su madre, acariciándole la mejilla con su potente rugido.

—¿Dónde estás? —preguntó Noe con voz trémula.

—Aquí —respondió la oscuridad frente a ellas, y Noe se sobresaltó al oír el crujido de una rama en las sombras—. Y aquí —dijo la voz desde fuera del campo de visión de Vaiana, que se estremeció al ver

lo rápido que se había movido—. Llevo siguiéndote la pista desde Veidau, Noelani.

Vaiana cogió la lanza con su mano maldita. Entonces, ese era el tipo de monstruo que esperaba a que se abriera el paso entre los reinos, tal y como Noe le había advertido.

—Deja de jugar con nosotras —le pidió Vaiana con un tono tan cortante como los dientes que llevaba incrustados su lanza.

—¿O qué? —la provocó la oscuridad—. ¿Me vas a convertir en piedra como a tu amigo el semidiós? ¿Me vas a abandonar, como a tu isla? Parece que tus amigos y tu familia son los que corren mayor peligro por tu culpa, Vaiana. Tú y tus fracasos. Una cualidad poco común que Noelani y tú compartís.

Vaiana se quedó paralizada. Lo que fuera que las acechaba en la oscuridad no podía saber eso. Solo les había contado a su abuela y a Noe lo que había pasado, y no había nadie más en el atolón de Te Kā el día de su marcha.

—¿Cómo lo sabes?

—Trato con espíritus, secretos y sombras; mis conocimientos no tienen límite. Pero hay mucho que tú no sabes, Vaiana.

La ira de Vaiana explotó.

—Entonces, ¿por qué no te dejas ver?

—Si así lo deseas. —La oscuridad se concentró en una sola sombra, cubriendo el bosque frente a las dos chicas—. La mayoría de los mortales prefieren mi oscuridad a mi forma real.

La sombra se extendió con otra risa crepitante, formando una figura alargada con unas extremidades retorcidas que recorrían su monstruoso cuerpo. Más de una docena de brazos y piernas salían del torso del monstruo, hasta llegar a una boca dividida a lo largo con multitud de dientes. En torno a su boca, que no dejaba de

salivar, tenía unas tenazas que enmarcaban sus afilados dientes irregulares y también antenas enroscadas.

«Un ciempiés», pensó Vaiana retrocediendo al ver las patas y antenas retorcidas del monstruo. Aquella imagen la dejó sin aire. Un solo mordisco, solo hacía falta eso, y se la comería entera; no era más que una semilla para aquella criatura.

—Ya te he dicho que no te iba a gustar lo que ibas a ver. Y mírate: estás temblando —dijo el monstruo con una voz grave de hombre, chasqueando los dientes. Su aliento rozó las orejas de Vaiana, alcanzando el bosque, un aire rancio que olía a descomposición y putrefacción, como a pescado dejado demasiado tiempo al sol—. ¿Sabes?, para ser la elegida del océano, bueno..., me esperaba que fueses algo más osada.

—¿Por qué estás aquí? —Vaiana intentó calmar los latidos de su corazón. Apretó con fuerza la lágrima de Te Fiti, dejando que el calor de la gema la tranquilizase al tiempo que la ocultaba—. ¿Qué quieres?

Viendo los enormes dientes del monstruo y oliendo su pestilente aliento, Vaiana se hizo una idea de lo que quería. De todos modos, el ciempiés podría haberlas devorado ya y, en cambio, había estado jugando con ellas en las sombras. «¿Por qué?».

—¿Qué más da? Este no es un monstruo con el que se pueda razonar, Vaiana —susurró Noe con fiereza.

—Estoy aquí por Noelani, la viajera de sueños —dijo el monstruo al mismo tiempo con tono meloso—. Y solo por ella. Tú puedes coger el corazón de la diosa y la lágrima, y seguir con lo tuyo.

Al ver la expresión de Vaiana, el ciempiés arrastró su enorme cuerpo más cerca.

—Sí, sé lo que buscas aquí abajo, Vaiana de Motunui, y sé el precio que tendrás que pagar por sanar el corazón de la diosa, un

precio mucho más alto que estas lágrimas.

—¿Qué precio? —Vaiana odiaba que le temblara la voz.

El ciempiés se encogió de hombros.

—Eso es algo que tienes que descubrir tú. Cada uno tiene su papel. Pero, si no te das prisa, la marca de la diosa te quemará entera. Y, al contrario que tu amiga aquí presente, no tengo ningún deseo de interferir en tus planes de devolverle el corazón a la diosa.

¿Interferir? ¿De qué estaba hablando el monstruo ciempiés? Noe la había guiado por Lalotai, la había ayudado a encontrar las lágrimas. No las habría encontrado sin su ayuda.

—Está mintiendo, Vaiana —dijo Noe con mirada suplicante—. Y no es una criatura contra la que pueda luchar sola. No te vayas.

—Eso me ha hecho daño, Noelani —dijo el monstruo apartándose dramáticamente como si de verdad fuese así. Al hacerlo, Vaiana se atrevió a mirar hacia el agua, por donde había desaparecido el hada de piedra. Quizá ellas también pudiesen huir—. ¿Es esa forma de saludar a un viejo amigo?

—Tú no eres mi amigo —le espetó la chica mientras se alejaba del ondulante cuerpo del ciempiés.

—¿Ah, no? Te conozco desde hace más tiempo que nadie, vivos y muertos. —Inclinó la cabeza—. Y te conozco mejor que ella, porque no has cambiado nada, Noelaaaani —cantó, erizándole el vello de la nuca a Vaiana.

—No me llames así. —Noe blandió su lanza frente a la criatura—. Tú no me conoces.

Al ciempiés se le elevaron las tenazas, y Vaiana tuvo la extraña sensación de que sonreía.

—Solo tu familia te llama así, lo sé, pero ¿cuánto tiempo ha pasado desde que alguien pronunció tu nombre, muchacha, tu verdadero nombre? Porque yo sí que te conozco. Eres una chica

perdida y cansada, una chica sin hogar y sin gente con la que volver... Y, lo que es más importante, sé lo que eres, Noelani de la isla muerta —dijo con voz ronca el monstruo ciempiés, y abrió su boca llena de babas de par en par, enseñando todos sus dientes—. Y puedo llevarte con tu gente, viajera de sueños, puedo despertarte.

—¿Qué quiere decir, Noe?

Noe no respondió, pero estaba lívida y temblaba, agitando la lanza.

—Mientes.

—¿De verdad? —preguntó con aires de suficiencia—. ¿O es que tienes demasiado miedo a la oscuridad para compartir la suerte de tu pueblo? —Se deslizó hacia ella—. Sabes que te echan de menos...

—¡Deja de mentir! —gritó Noe, espantando a la criatura con su lanza, pero el ciempiés la esquivó sin problema correteando con sus numerosas patas por la hojarasca. Después, embistió con su largo cuerpo a la chica pálida, derribándola. El golpe rompió el cordón de la piedra vidente que llevaba al cuello, haciendo que el colgante de basalto cayera sobre la hierba. Antes de que Noe pudiera reaccionar, el ciempiés la agarró con todos sus brazos y piernas, y apretó su cuerpo con fuerza, mientras ella no dejaba de agitarse.

—No —jadeó Noe mientras se veía levantada en el aire.

—Mira lo cansada que estás —respondió el monstruo, rozando la piel de Noe con sus antenas—. Llevas mucho tiempo sin descansar, pero puedo ayudarte. —Las palabras del monstruo estaban cargadas de compasión fingida, lo que le provocó a Vaiana un espantoso escalofrío al verlo acercar sus tenazas al rostro de Noe.

Vaiana ya había oído lo suficiente a aquel monstruo. Se acercó con la lanza en alto.

—Déjala en paz.

—Ah... —suspiró el ciempiés con decepción apartando las tenazas de Noe. Giró su cuerpo, rotando sobre piernas y brazos, para mirar a Vaiana y posó los ojos en su brazo maldito—. ¿Es esto lo que eliges, entonces? No te queda mucho tiempo, ¿de verdad quieres pasarlo así?

—Si crees que voy a abandonar a mi amiga, tengo algo que decirte —replicó Vaiana, esperando parecer intimidante con la lanza en alto.

El monstruo se echó a reír.

—¿Es porque no estás a la altura de la tarea de devolver el corazón tú sola, Vaiana? Te han prometido un futuro, un camino, y yo te ofrezco mi clemencia. Es un regalo extraordinario y lo único que tienes que hacer es aceptarlo. ¿Estás segura de que quieres renunciar a mi clemencia por ella?

—¿Para qué la quieres? —«¿Qué vas a hacer con ella?», estuvo a punto de preguntarle, pero el ciempiés gigante miraba a Noe como si fuera comida, algo que Vaiana no entendía. Si quería comerse a Noe, ¿por qué estaba dispuesto a dejarla marchar a ella?

Le faltaba información.

El monstruo juntó los dientes, componiendo una sonrisa.

—Para ser la elegida, hay muchas cosas que no sabes —se jactó —. Porque hay muchas cosas que ella no te ha contado.

Vaiana se mantuvo inmóvil a pesar del miedo que la invadía.

—Eso no es una respuesta. Si no quieres impedir que traigamos de vuelta a la diosa, entonces déjanos en paz. Noe me está ayudando...

—¿Quiere ella ayudarte? —preguntó el ciempiés riendo de nuevo mientras su cuerpo se tornaba brumoso y se desvanecía en las sombras, desde donde su voz resonaba alrededor de las dos chicas —. Vaiana, piensa, ¿de verdad crees que eres la única viajera que la

ha encontrado? Una chica perdida, una chica sola..., es extraño que haya sobrevivido cuando nadie más lo ha hecho.

—Ella... —Vaiana se interrumpió y miró a Noe, que estaba suspendida en el aire, sostenida por unas manos sombrías, con la mirada baja.

Sin embargo, Noe nunca le había contado cómo había escapado de la maldición y a ella no le parecía la clase de cosa que se pregunta. El dolor de la chica había apagado cualquier destello de luz en sus ojos.

—Oh... —dijo el monstruo con voz ronca, acariciándole la mejilla a Vaiana con su fétido aliento, lo que hizo que se le revolviese el estómago—. Te juntas con una chica peligrosa, Vaiana, y no sabes cómo sobrevivió. —El monstruo chasqueó la lengua—. ¿Sabes siquiera cuánto tiempo lleva esperando en esa isla a que alguien tan inocente como tú la encuentre? ¿Quieres averiguarlo?

«Tan inocente como tú». Vaiana negó con la cabeza. ¿A qué jugaba el monstruo? Al fin y al cabo, ¿qué sabía él de Noe? Tal vez ella no le hubiera contado todo sobre su isla y cómo había sobrevivido, pero no pensaba abandonarla, y menos con aquella criatura con más dientes de los que cualquier monstruo debería tener.

Aquel ciempiés gigante las había encontrado porque Noe había adormecido el espíritu de Kala en Veidau y lo había hecho para salvarla a ella. Noe estaba metida en todo aquel lío por su culpa.

Le había dicho a Noe que podía contar con ella y no iba a faltar a su palabra.

—No sabes nada sobre Noe ni sobre mí —le espetó Vaiana, clavando la lanza en la sombra que tenía justo detrás, golpeando algo sólido.

Se oyó un grito ahogado reverberante, y la oscuridad se apartó de ella y de Noe, dejándola caer al suelo.

—¡Corre! —gritó Noe, poniéndose en pie y echando a correr bosque a través en dirección al rumor del agua.

—¿Puede meterse en el agua?

—Solo en la orilla —le dijo Noe, que corría delante de ella.

Entonces, el ciempiés salió de las sombras y se abalanzó sobre ellas. Se deslizaba con el torso sobre el suelo, la hierba y las piedras. Les iba pisando los talones.

Las dos chicas se separaron y cada una se fue por su lado. Vaiana serpenteó por entre los árboles, manteniéndose cerca del suelo. Más adelante, se mecía la alta hierba del bosque, invitándola a refugiarse en ella. Se metió entre las espesas zarzas, que le arañaban la piel, pero hizo un esfuerzo y avanzó a gatas por la vegetación. ¿Había logrado ocultarse del ciempiés a tiempo, o el monstruo iba tras Noe?

Vaiana siguió abriéndose paso entre la hierba y de repente encontró un colgante con un cordón roto que conocía: la piedra vidente de Noe. Se apresuró a guardárselo en la falda. Entonces, oyó algo que reptaba entre la hierba.

Detrás de ella.

Sin pensarlo, salió corriendo de entre las zarzas, logró ponerse en pie y se ocultó tras un tronco nudoso. El corazón le martilleaba en el pecho.

—Vaiana, Vaiana —la llamó una voz familiar. Se quedó paralizada, pues era la voz de su padre. Se asomó por un lado del árbol. No podía ser, pero...

Vaiana vio al monstruo ciempiés acechando entre las sombras, buscándolas entre los árboles.

—¿Dónde estás, renacuaja mía? —dijo la voz de su madre emergiendo de la grotesca boca de la criatura.

A Vaiana se le aceleró el corazón, embargada por la nostalgia. Le vinieron a la mente los delicados movimientos de su madre. ¿Cómo conocía sus voces? ¿Qué clase de monstruo podía imitar las voces de sus padres y mezclarse con la oscuridad? «Trato con espíritus, secretos y sombras».

La criatura avanzaba pegada al suelo y sus brillantes ojos pasaban de ser negros a plateados. «No es solo un ciempiés gigante». Eso estaba claro.

Vaiana contuvo la respiración, ocultándose entre los árboles, mientras el oscuro monstruo atravesaba el bosque. Después, poco a poco, se acercó sigilosamente al rumor del agua. Frente a ella, el mar subterráneo bañaba la orilla. Ya casi había llegado. Al dar otro paso, oyó al monstruo ciempiés que aspiraba aire entre los dientes y...

Un repiqueteo y se estrelló contra ella un torso lleno de patas y brazos, derribándola con su inmenso peso y haciendo que la lágrima de Te Fiti se le escapara de las manos.

—¡No!

—Vaya, vaya, vaya —dijo él, enroscándose alrededor de Vaiana.

Vaiana se puso en pie como pudo y trató de alcanzar la lágrima, pero el monstruo ciempiés se lo impidió, ocultándola bajo su cuerpo al deslizarse. Las tenazas se le movieron nerviosamente al encorvarse hacia ella.

—No suelo cazar mortales, pero supongo que haré una excepción contigo.

—Sí, claro. Estoy segura de que solo ibas a tener una agradable cena con Noe y a poneros al día como amigos que sois. —Vaiana consiguió liberarse tras mucho retorcerse y le clavó la lanza a la criatura, haciendo que retrocediera. Luego, se lanzó a buscar la lágrima entre la hierba, palpando desesperadamente el suelo del

bosque en busca de la piedra brillante. Noe y ella habían recorrido un largo camino. No podía marcharse sin ella, pero...

Vaiana se levantó temblando, con los ojos muy abiertos. La lágrima de la diosa no estaba entre la hierba seca del bosque. «No».

—No te he mentido, Vaiana. —El monstruo ciempiés se abalanzó sobre ella, rechinando los dientes, y Vaiana alzó la lanza por encima de su cabeza para protegerse de sus tenazas—. Conozco a Noelani desde hace años, y también la he cazado. Crees que la conoces, pero no es como tú.

—¿Porque es una viajera de sueños?

—Es más que eso. —Vaiana se alejó dando tumbos mientras el ciempiés se erguía sobre sus patas, dejando caer saliva sobre el suelo del bosque—. Me sorprende que hayas llegado tan lejos —susurró de modo escalofriante. Su cuerpo siseaba al deslizarse por el suelo y consiguió clavarle una de sus ganchudas garras a Vaiana—. Casi ninguno de sus acompañantes lo consigue.

Vaiana gruñó, ignorando el dolor, y golpeó al ciempiés con su arma con tal fuerza que le vibraron los brazos.

—¿De qué estás hablando?

Tras esquivar otro golpe de la cola del ciempiés, se tiró a un lado para alejarse de su boca al verlo abalanzarse sobre ella. El entrechocar de los dientes del monstruo le atravesó los oídos.

—¿Dónde está tu amiga ahora, Vaiana? —El monstruo ciempiés se había encogido y estaba enrollado sobre su torso. Señaló el agua con la cabeza—. Estabas dispuesta a salvarla, pero mira.

Vaiana esperaba que no fuera una trampa. Se arriesgó a echar un vistazo y giró la cabeza hacia la playa, pero en aquella costa pedregosa no había nadie.

El monstruo tenía razón: Noe había huido. Era ella la que la había abandonado, dejándola con el ciempiés gigante, que claramente no

era un monstruo cualquiera.

Se le aceleró el corazón mientras miraba fijamente la orilla. El agua la llamaba y sus piernas se tensaron, listas para correr. ¿Podría hacerlo? ¿La dejaría escapar, ya que Noe se había ido? No dejaba de darle vueltas a la cabeza.

—Te lo he avisado —rio el ciempiés, y las sombras del inframundo se hicieron eco de sus palabras, arrebatándole a Vaiana toda pizca de calor—. Noelani es una superviviente de una isla muerta. Es peligroso acompañarla.

Vaiana miró de nuevo con impotencia el lugar donde había caído la lágrima sobre la hierba, pero no vio ningún brillo que revelase el poder de la diosa.

Apretó los dientes. Él debía de habérsela quedado y, sin Noe, no tenía forma de recuperarla. Estaba sola.

El monstruo chasqueó las tenazas mirándola maliciosamente, y Vaiana cargó contra él. Con un grito de frustración, le clavó la lanza, que se partió en su costado mientras él soltaba un grito de dolor, tratando de alcanzar el arma.

Y Vaiana aprovechó la oportunidad.

Tiró los restos de su lanza y echó a correr al agua, donde se zambulló. El frío la envolvió de golpe y nadó con fuerza y rapidez, esperando oír al ciempiés lanzarse detrás de ella en cualquier momento. Solo se detuvo cuando comenzó a mecerse con el vaivén de las olas.

En la orilla, el ciempiés se la quedó mirando mientras las sombras se retorcían a su alrededor. ¿La perseguiría? ¿Podría hacerlo? Noe había dicho que no podía pasar de la orilla, pero, si eso era cierto, ¿dónde estaba ella? «¿Cómo ha podido dejarme aquí?».

Cuando el monstruo levantó una de sus garras, a Vaiana se le heló la sangre. Le mostró la lágrima de la diosa como si fuese a brindar.

—No te preocupes, tu amiga sabe dónde encontrarme. Si no te ha abandonado por completo, seguro que volvemos a vernos muy pronto, Vaiana. —Clavó los ojos en su brazo maldito y la roca volcánica se elevó, abrasándole la piel, y se le extendió hasta el codo —. O quizá no, de ti depende.

Entonces, las sombras que rodeaban al monstruo se cerraron, envolviéndolo como si de humo se tratase, y cuando el aire se despejó había desaparecido.

Sola, Vaiana flotaba en el agua, con el brazo ardiendo por el peso de su maldición. «¿Qué he hecho?».

Capítulo dieciocho

Vaiana dejó que la corriente del río subterráneo la alejara del bosque hasta una gran gruta de coral.

Flotaba con la marea, tratando de recuperar la calma en aquellas olas tan familiares.

El agua siempre había sido el único lugar donde podía desconectar y relajarse en su isla, pues la rodeaba protectoramente, y una vez más se convirtió en su refugio.

Aunque el monstruo había desaparecido en la oscuridad, Vaiana no se atrevía a nadar hasta la orilla. «Tal vez me esté observando desde los rincones oscuros de Lalotai, esperando a que baje la guardia». Se le encogió el estómago al pensarlo.

Cada vez que miraba hacia la orilla, la invadía el pánico y sentía que se ahogaba. No se fiaba de sus propios ojos. ¿Y si él la había seguido y la vigilaba desde río abajo, en la linde del bosque? ¿Qué más se ocultaba en la oscura ribera? ¿Habría más criaturas hechas de sombras, como el ciempiés, esperando para atacarla? ¿Acaso importaba?

Ya no tenía la lágrima y Noe había desaparecido.

Vaiana recordó la resplandeciente lágrima de la diosa en la garra del monstruo y quiso sumergirse hasta el fondo del río y llorar. ¿Qué debía hacer?

Su maldición se extendía, atormentándola con un dolor agudo, punzante como un corte reciente, y no tenía ni idea de adónde debía ir para no acabar dando de nuevo con aquel monstruo.

«¿Qué puedo decir, salvo que pronto estaremos todos muertos?», oyó cantar a Maui con tono monocorde, y recordó el rostro del semidiós, embargada por el miedo y la decepción. «Esta misión está maldita», le había dicho él, y la había reprendido por seguirlo al reino de los monstruos, diciéndole que era una niña pequeña sin nada que hacer en Lalotai. Si Maui supiera lo maldita que se había vuelto su misión... Vaiana tragó saliva. Quizá el semidiós tuviese razón sobre ella.

«¡Vaiana, detente!».

Apretó los ojos con fuerza, tratando de olvidar aquella horrible noche. «Lo siento, Maui».

Siguió a la deriva, observando las sombras de la ribera del río. En el agua, la luz bioluminiscente del reino no la alcanzaba, sino que brillaba fuera de su campo de visión. Los cañones de coral del inframundo se alzaban imponentes sobre ella y le parecieron más altos que antes. Cuanto más se alejaba, más intensa se volvía la oscuridad. ¿Sería capaz de subir por el escarpado acantilado y encontrar el camino hasta la superficie? ¿Debía volver a casa? ¿Lo conseguiría siquiera?

Se mantuvo a flote mientras pasaba brevemente por zonas donde penetraba la luz hasta que tocó fondo con los pies. Si solo estaba a salvo en aguas profundas, no tenía sentido quedarse allí. Aun así, tenía miedo. Observó la ribera del río. ¿La había localizado el monstruo? ¿La había seguido?

Salió del río tambaleándose, observando la orilla que acababa de descubrir, aunque el cansancio le nublaba la vista. Delante, vio un camino que bordeaba una zanja y se adentraba en la oscuridad.

Aminoró el paso. La ribera estaba llena de columnas de basalto y de piedras erosionadas por la sal y había unas setas blanquecinas que despedían una luz verde fantasmal, iluminando la playa, que de otro modo estaba envuelta en la penumbra.

Vaiana se detuvo frente a las rocas y se dejó caer al suelo de rodillas, resollando. La roca volcánica le llegaba hasta la muñeca, envolviéndole la palma y el codo con sus fauces negras, confundiéndose con la arena. La herida de su otro brazo había dejado de sangrar hacía mucho tiempo y ya solo quedaba una fina línea de piel desgarrada.

El tiempo transcurría lentamente y Vaiana seguía concentrada en las sombras que la rodeaban, atenta a cualquier movimiento. Pero estaba exhausta y tenía náuseas, por lo que se inclinó hacia delante y descansó la cabeza en la arena; los granos le raspaban la frente. Dejó que se le cerraran los párpados mientras trataba de tranquilizarse. «¿Qué haría Maui? ¿Qué haría la abuela?».

Se tumbó en la arena, rendida, y cayó en un sueño profundo en el que se vio en la isla arrasada de su visión. Hacía frío y la ceniza se le metía entre los dedos de los pies. Estaba sola, de pie en la tierra baldía junto a una multitud de víctimas de Te Kā cuyo rostro reflejaba un pavor perpetuo.

Vaiana evitó mirar sus cuencas oculares, carbonizadas y vacías, a través de las cuales deberían haberla mirado los espíritus. Se estremeció, temiendo encontrar a su familia entre las víctimas.

Entonces, una oleada de exuberancia recorrió la isla, llevándose la ceniza y cubriendo las estatuas de roca volcánica con musgo. Sin embargo, vio la hierba secarse hasta convertirse de nuevo en suelo árido, volviendo a ser el mismo paisaje desolado de antes.

—¿Lo ves ahora? —le dijo una voz cantarina, silbando por entre los árboles como si de un fuerte viento se tratase.

Vaiana se dio la vuelta.

En el sueño, Te Fiti la observaba con expectación. No era la imponente isla madre de las historias de su abuela, sino una mujer verdosa con flores en la trenza, que enmarcaba su rostro a modo de corona, y tenía la piel cubierta de enredaderas y musgo. A Vaiana le chocó verla allí, rodeada de colinas grises resquebrajadas.

Sin embargo, en el centro de su pecho, donde ella había sentido una vez el corazón de la diosa latiendo con fuerza, había una espiral renegrida, una cavidad vacía. Vaiana se llevó la mano al collar que llevaba al cuello.

—¿Te Fiti?

La diosa la miró con sus brillantes ojos verdes, recordándole a Vaiana las lágrimas hechas de gemas que había cogido con su propia mano, y vio la confusión reflejada en las múltiples facetas de aquellos radiantes ojos.

—¿Cómo dices?

—La isla madre.

La diosa parpadeó y, cuando volvió a abrir los ojos, eran dos pozos oscuros. Vaiana retrocedió de un salto.

—¿Te Fiti?

La mujer se acercó arrastrando los pies, y Vaiana fijó la mirada en el vacío de su pecho, observando con horror cómo se extendía la cavidad negra, enconándose como una herida.

—Espera —dijo Vaiana, abriendo el medallón de su abuela para sacar el corazón de Te Fiti. Sin embargo, este se convirtió en polvo al tocarlo y lo que quedaba de él se le escurrió por entre los dedos y cayó sobre el suelo árido, donde se mezcló con las cenizas que tenía bajo los pies del mismo modo que las lágrimas se mezclan con el agua salada del mar.

—No —susurró Vaiana, alejándose a trompicones de la diosa, que trataba de acercarse a ella, pero cayó sobre las cenizas que había a su espalda—. ¿Es esto real? ¿Es una visión?

Te Fiti se limitó a sonreír mientras sus enredaderas y su piel verde se pudrían, convirtiéndose también en cenizas. La diosa se derrumbó en una nube gris que alcanzó a Vaiana y le impidió ver, esparciendo carbonilla por su melena azabache como si fuese espuma marina.

—¿Lo ves ahora? —Una voz espantosa desgarró a Vaiana, semejante al crepitar del fuego y al entrechocar de las rocas, despertándola en la oscura playa del inframundo.

Tenía el pelo empapado en sudor y el brazo maldito le ardía, e incluso parecía brillar, como si bajo la roca volcánica hubiese fuego. La luz se desvaneció cuando Vaiana se puso de rodillas y cerró el puño.

Comprobó que seguía llevando el collar y vio el corazón apagado de Te Fiti dentro de la concha de abulón. Soltó un profundo suspiro temblorosamente, deseosa de olvidar aquel sueño.

¿Era la voz de la diosa la que había oído en su mente? ¿O solo un fragmento del recuerdo que había visto al coger la lágrima de Te Fiti? De todos modos, si solo había sido un sueño, ¿por qué le había brillado el brazo?

Se mordió el labio, absorta. No quería pensar en la imagen de Te Fiti convirtiéndose en cenizas..., ni en lo que eso significaría. «Aún tengo tiempo», se dijo Vaiana, poniéndose en pie. Ojalá su sueño le hubiera dado alguna pista sobre adónde dirigirse.

Volvió los ojos hacia la garganta que tenía a la espalda y, luego, de nuevo al agua.

—Estás ahí.

Vaiana dio un respingo al oír aquella voz grave, esperando encontrarse al ciempiés con su largo cuerpo encogido, acechándola.

Pero era Noe. Tenía la mirada caída y los ojos surcados de arrugas. Cuando emergió de la oscuridad, estaba lívida. Su piel parecía brillar en la penumbra de la garganta y sus huesos eran como piedras afiladas.

—¿Noe? —Vaiana no podía creer lo que veía. ¿Cómo la había encontrado? No tenía ninguna herida y, aunque se alegraba de que hubiera escapado ilesa, se vio embargada por la ira, que emergió como una ola traicionera—. ¿Qué quieres decir con «estás ahí»? Te largaste.

Noe se detuvo con una expresión indescifrable, pero duró demasiado poco para que Vaiana pudiera interpretarla.

—Lo... lo sé —murmuró Noe, cuyos ojos aún reflejaban pánico—. Tenía miedo, Vaiana. Tú no lo conoces como yo.

—¿Adónde te has ido? ¿Cómo me has encontrado?

Noe se encogió de hombros y señaló el río que tenían detrás.

—Seguí nuestro plan, seguí el curso del agua, como tú. ¿Qué ha pasado?

—Pues todo ha ido genial —le espetó Vaiana, frotándose los ojos, que le escocían, mientras la ira iba dando paso al dolor con más rapidez de lo que le hubiera gustado—. Te largaste y se llevó la lágrima.

Noe tensó la boca. Se acercó a ella con pasos pesados y se dejó caer en la arena de la playa a su lado.

—Eso significa que ahora tiene dos.

Vaiana se volvió de mala gana hacia la otra chica, con la esperanza de haberla oído mal.

—¿Cómo que dos?

Noe tenía el cuello rígido.

—Me preguntaste si sabía cómo encontrar otra lágrima, y lo sé, el problema es que la tiene ese ciempiés gigante. Así es como conocí a

Kanapi —dijo Noe, soltando un largo suspiro—. Tiene la lágrima de la diosa en su guarida.

Genial. Por fin, las amenazas del monstruo tenían sentido. No era de extrañar que Kanapi dijera que las esperaba.

—Ha dicho que sois amigos —dijo Vaiana, intentando restarle importancia, aunque recordó cómo el monstruo había mirado a Noe con malicia. «Conozco a Noelani desde hace años, y también la he cazado», había dicho con un tono espeluznante, provocándole un escalofrío en la espalda.

—Claro... ¿A ti te pareció muy amistoso? —preguntó Noe.

Vaiana negó con la cabeza.

—No, pero no me has contado que ya habías intentado recuperar las lágrimas antes. ¿Por qué?

Noe frunció el ceño y se removió en la arena, incómoda.

—Como es evidente, no salió bien. No me pareció oportuno contarte que había fracasado.

—¿Qué pasó?

Noe contempló el agua en silencio y, al fin, dijo:

—Sabíamos que las lágrimas estaban en algún lugar de Lalotai. —Sus palabras destilaban cierta vacilación—. Así que envié mi espíritu a buscarlas. Al final, encontré una lágrima en Veidau, otra en el bosque entre las islas suspendidas y otra más en la guarida de Kanapi. —Se le oscureció la mirada—. Ir allí fue un error, pero yo era atrevida, arrogante y terca. Nunca antes me había topado con una criatura así, un monstruo que pudiera detenerme. Pero cuando él me encontró... —Noe negó con la cabeza—. No entendí lo que era y traté de adormecer su espíritu. Así fue como descubrí que no tenía.

—¿Qué quieres decir? —Vaiana recordó al enorme monstruo ciempiés y su capacidad para transformarse en una niebla oscura, en la mismísima oscuridad—. ¿Qué es?

Noe cerró los ojos.

—Es un monstruo que caza en las fronteras entre los reinos, buscando puertas por las que colarse. Cuando intenté invocar su espíritu, lo único que vi fue una boca abierta esperando hincarle el diente a algo. —Abrió los ojos y dio un respingo—. Tenemos muchos nombres para criaturas como él, pero el más adecuado quizá sea «cazaespíritus». Entonces, escapé por poco y ahora me persigue.

«¿Un cazaespíritus?». Vaiana nunca había oído hablar de una criatura así, pero, teniendo en cuenta la boca rasgada de Kanapi y sus enormes dientes, solo podía imaginar el miedo que Noe había sentido al verlo por primera vez. A ella no era una imagen que le fuera a resultar sencilla de olvidar.

—¿Por qué?, ¿porque eres una viajera de sueños?

Noe apretó los puños con fuerza.

—Los viajeros de sueños pueden sacar su espíritu del cuerpo, y eso es lo que persiguen los cazaespíritus. Acechan en las fronteras entre los reinos en busca de espíritus, su comida favorita. —Posó los ojos en Vaiana—. Por eso no encontrarás muchos espíritus en Lalotai: no llegan muy lejos.

«No suelo cazar mortales, pero supongo que haré una excepción contigo».

Vaiana pensó en su abuela y se estremeció. Por primera vez, se alegró de que Tala no la hubiera acompañado. No quería imaginarla colgando sobre la boca del ciempiés gigante, ni cerca de él en absoluto.

—¿Por eso se ha ofrecido a dejarme marchar?

Noe soltó un suspiro exagerado, una risa incrédula.

—Pero ¿es que te lo has creído? Vaiana, Kanapi te estaba mintiendo. Solo quería acabar conmigo primero, porque sabe que yo soy una amenaza. —Noe se recostó y se cruzó de brazos—. Créeme,

no puedes fiarte de nada de lo que dice; le encanta jugar con su comida.

Vaiana sintió un escalofrío al recordar las provocaciones de Kanapi y cómo se había burlado de Noe y metido el dedo en todas sus heridas, dejándola devastada.

—Vale, recuérdame que no aparezca en el menú —dijo Vaiana, y Noe resopló.

—Igual no nos queda otra ahora que tiene dos lágrimas de Te Fiti.

Vaiana miró la garganta que tenían detrás y recorrió con los ojos las altas paredes del inframundo. La cumbre estaba envuelta en sombras, así que resultaba imposible ver si algo acechaba allí.

Resultaba obvio que Kanapi era un depredador. Las había seguido por todo el inframundo desde Veidau y por el océano de Lalotai.

—Ha dicho que nos estaría esperando —dijo Vaiana a Noe con un nudo en la garganta—, que tú sabías dónde encontrarlo.

—Debe de haberse llevado la otra lágrima a su guarida, para su colección. —Noe sonrió con amargura—. Sabe que las estamos buscando, así que lo más probable es que nos esté esperando allí.

Vaiana no estaba segura de que el cazaespíritus fuera a limitarse a esperarlas. ¿Y si las estaba espiando desde los altos acantilados con la esperanza de sorprenderlas? Aunque no tenía ni idea de cómo enfrentarse a una criatura como él ni de cómo ganar sus juegos, no estaba dispuesta a bajar la guardia por el hecho de que un monstruo las hubiera invitado a Noe y a ella a su casa.

—¿Podemos detenerlo?

La sonrisa de Noe se esfumó. Se puso en pie, apartándose de ella.

—No lo sé, pero no tenemos mucho tiempo para averiguarlo. —Dirigió la vista al brazo de Vaiana: la roca volcánica se había convertido en una avalancha. La marca de Te Kā le había dejado un

rastro de hollín que le llegaba hasta el hombro. La maldición de la diosa no tardaría en apoderarse de su brazo entero.

—Te estás quedando sin tiempo, pero la buena noticia es que estamos cerca. Para encontrar las lágrimas, solo tenemos que descender.

Vaiana sintió cierta incomodidad al mirar adonde apuntaba Noe con el índice, que señalaba la garganta que tenían detrás.

No estaba lista para adentrarse en aquella profunda oscuridad, ni tampoco para dar por terminada la conversación, pues tenía más preguntas, pero Noe empezaba a impacientarse y movía los pies. De todos modos, no era eso lo único que la molestaba.

«Hay muchas cosas que no sabes, porque hay muchas cosas que ella no te ha contado». Al recordar la provocación de Kanapi, Vaiana no pudo ignorar lo ciertas que eran sus palabras. La otra chica le ocultaba cosas, pero ¿eran sus intenciones tan malas como las había pintado el cazaespíritus?

«¿Quiere ella ayudarte? Vaiana, piensa».

Vaiana frunció el ceño mirándose las manos. Noe la había ayudado, le había contado la leyenda sobre las lágrimas. Sin ella, no habría sabido dónde encontrarlas ni cómo sanar el corazón de la diosa.

¿Acaso Kanapi solo había intentado engañarla con la esperanza de distanciarlas? Ella nunca habría abandonado a su amiga para que la devorara el cazaespíritus, pero...

—Si sabías dónde estaban las lágrimas... —Vaiana vaciló al ver que Noe la miraba de reojo. Sabía que la pregunta iba a molestarla y ya veía cómo se encendían sus oscuros ojos como si estuviesen en llamas—. ¿Cómo es que no pudiste impedir que la maldición de Te Kā arrasara tu isla?

Noe dio un respingo.

—¿Acaso no es obvio, Vaiana? Encontré las lágrimas demasiado tarde.

—Entonces, ¿no estabas en tu isla cuando llegó la maldición? —¿Por eso Noe había sobrevivido a pesar de que su isla había sido devorada por el fuego?

El dolor deformó el rostro de Noe.

—¿De verdad solo por algo que dijo un monstruo necesitas oír la historia de cómo cayó mi isla presa de la maldición y por qué no pude detenerla? Mi isla, mi gente: todos han desaparecido, Vaiana, y soy yo quien les ha fallado. ¿Qué otra cosa importa?

—No creo que les hayas fallado, Noe, no te lo pregunto por eso. Me preocupo por ti. Solo intento ayudar.

Noe resopló.

—Por favor, ya vi cómo me miraste cuando nos conocimos, Vaiana, cuando te diste cuenta de lo que le había pasado a mi pueblo. Estabas aliviada por el hecho de que aún tuvieras una oportunidad, por no haberles fallado todavía a los tuyos, como yo había fallado a los míos —dijo con voz ronca—. Pero no volveré a fallarles.

—No lo has hecho —insistió Vaiana, tendiéndole la mano a modo de súplica, pero Noe se escabulló por debajo de su brazo, apartándose de ella.

—Sí, bueno, te equivocas —susurró la chica pálida, y a Vaiana se le partió el corazón al advertir el dolor en su voz—. Y, si no nos damos prisa, voy a perder mi única oportunidad de arreglar las cosas. —Sin mirar atrás, Noe siguió adelante pesadamente, descendiendo hacia la oscuridad de la garganta, cada vez más profunda.

A Vaiana no le resultaba sencillo presenciar la angustia de Noe. Sus palabras le habían calado hondo, provocándole otra oleada de

vergüenza. Verla llorar le llegó muy adentro y se sintió invadida por un intenso dolor.

Le hubiera gustado consolar a la chica pálida, pero no se atrevía a pedirle que volviera, así que la siguió, dejando que la guiara hacia las partes más oscuras de Lalotai. Sin embargo, ni siquiera mientras iba tras ella y observaba cómo su silueta se adentraba en la garganta, era capaz de ignorar la inquietud que se estaba apoderando de ella al sentir que Noe seguía sin contárselo todo. ¿Importaba eso?

«Es peligroso acompañarla». Le vinieron a la cabeza las burlas de Kanapi, así que Vaiana intentó ahuyentar su inquietud, pero las carcajadas del monstruo solo se intensificaron en su mente, amentando su desasosiego. «Me sorprende que hayas llegado tan lejos. Casi ninguno de sus acompañantes lo consigue».

El miedo le recorrió la columna, poniéndole el vello de punta. «¿De verdad crees que eres la única viajera que la ha encontrado?».

Vaiana no sabía qué secretos ocultaba Noe, pero era consciente de que no tenía más remedio que seguir confiando en ella, pues no podía encontrar el camino por sí misma —ni siquiera sabía dónde estaba la guarida de Kanapi—. Además, la otra chica era la más experimentada en enfrentamientos de las dos. Aun así, una idea minó la determinación que sentía.

Se estaban adentrando cada vez más en el inframundo, en un enorme abismo que las recibía, a Noe y a ella, como una tumba abierta, y la chica pálida ya se había ido una vez.

Si volvía a hacerlo...

Vaiana no pudo terminar el pensamiento. No le quedaba otra opción que confiar en su amiga.

Capítulo diecinueve

Vaiana siguió a Noe hasta las profundidades de Lalotai. La garganta se elevaba muy por encima de ellas. El océano que hacía las veces de techo del inframundo se había desvanecido en la oscuridad hacía mucho. En esos momentos, cada vez que Vaiana miraba hacia el cielo, le parecía una tapa oscura que las encerraba en el reino mientras se internaban en él.

Sentía que ya habían caminado más de una docena de brazas, adentrándose aún más en el inframundo del monstruo. El descenso había sido por una pendiente pronunciada, desierta; el camino estaba iluminado por las mismas setas blanquecinas que Vaiana había visto fuera de la garganta. Los hongos cubrían las altas paredes y formaban extrañas manchas fantasmales, creando pequeños claros de luz en la oscuridad de la garganta, que cada vez era más profunda.

—Sin duda, esto es otro mundo —dijo Vaiana con los brazos cruzados.

El frío le lamió la piel, robándole el calor de las venas. Incluso su aliento salía en forma de nubecitas que se quedaban flotando en el aire. Nunca había pasado tanto frío en su vida.

—Y solo has visto una pequeña parte —dijo Noe, observando las altas paredes en busca de peligro, donde se abrían grietas y cuevas junto a los hongos marinos de la garganta.

—¿Estamos cerca?

—Muy cerca —respondió la chica pálida. Su piel estaba bañada por un inquietante tono verde debido a los hongos luminosos que las rodeaban. Se mostraba más callada de lo habitual y mantenía las distancias desde la última conversación.

Vaiana se sentía tranquila ante el silencio de la otra chica, pues Noe debía sentirse incómoda por haberla abandonado. Aun así, le molestaba un poco que no hubiera intentado enmendar el daño que había causado entre ellas; ni siquiera lo había mencionado.

Noe aminoró el paso cuando la garganta comenzó a cerrarse sobre su cabeza, formando un arco de obsidiana que se abría hacia ellas como una boca.

—¿Ves esta piedra? Está hecha de lava solidificada y es antigua, lo que significa que estamos casi en el fondo.

—¿Del inframundo?

Noe asintió, y Vaiana se estremeció al pensar en lo antiguo que era ese camino.

—Kanapi es más antiguo que la mayoría de los monstruos; creo que fue una de las primeras criaturas en salir del reino de la oscuridad. Su guarida está donde se desdibuja la frontera entre Lalotai y el reino de la oscuridad.

Vaiana parpadeó. Viendo su mirada perdida, Noe suspiró.

—Debajo del reino de los monstruos se encuentra el reino de la oscuridad.

La otra chica ya había mencionado ese reino antes.

—¿Qué es exactamente?

—Nuestras leyendas cuentan que es un lugar antiguo y algunos de los ancianos creían que era solo otra parte del mundo subterráneo —respondió Noe.

—¿Algunos? ¿No estaban de acuerdo?

—En nuestra isla, ningún mortal que hubiese ido nunca al reino de la oscuridad había regresado —dijo Noe, y Vaiana se estremeció mientras la otra chica continuaba caminando como si nada, acercándose al reino del que acababa de reconocer que ningún mortal había regresado jamás.

—Ah, ¿entonces, esta frontera entre reinos es donde vive Kanapi? —preguntó Vaiana.

Al ver asentir a Noe, Vaiana suspiró.

—Claro, teniendo el océano y el inframundo para elegir, ¿quién no iba a quedarse junto al reino de la oscuridad?

—Supongo que Kanapi se alimenta de los fantasmas perdidos que escapan del reino de la oscuridad.

—Era irónico, Noe. —Vaiana miró a la otra chica. Recordó las historias de fantasmas que le contaba su abuela: «Algunos espíritus se convierten en humo y abandonan nuestro mundo tan rápido como el viento, pero otros se quedan». Se mordió el labio con disgusto—. Y saber que se come a sus vecinos no me hace sentir mejor con la idea de visitarlo.

Noe levantó sus huesudos hombros, y Vaiana dedujo lo que no había dicho por ese gesto de indiferencia: «¿Qué otra opción tenemos?».

El arco daba paso a una larga cueva sumida en la penumbra. Vaiana cruzó las fauces de la piedra. Bajo sus pies descalzos, se alzaban espirales de roca negra que relucían como obsidiana pulida y unas gruesas telarañas cubrían la cueva, perlando las extrañas antorchas que había fijadas a sus paredes.

Un olor acre invadió la nariz de Vaiana cuando las antorchas se encendieron solas. Se protegió los ojos, cegada por la repentina luz del fuego.

—¿Estás segura de que es por aquí? —preguntó.

—Ya casi hemos llegado.

Tragando saliva, Vaiana siguió a Noe al interior de la empinada cueva. Aunque se alegraba de haber salido de la siniestra garganta envuelta en sombras, la embargó la inquietud. El olor a azufre impregnaba el aire, tan pesado como en una tormenta, y devolvió a Vaiana al atolón de Te Kā y al hedor de la noche en que Maui y ella se enfrentaron a la diosa. El rugido ancestral del ser ardiente reverberó en su interior, haciendo que Vaiana mirara la cueva con otros ojos, solo que en esos momentos se dio cuenta de que no era tal cosa. «Es un tubo de lava».

Unos pilares de roca negra sostenían la tortuosa caverna por donde antaño había fluido la lava, erosionando la piedra y dejando a su paso un fuerte olor a azufre.

«¿Por qué habría un volcán aquí abajo?», pensó Vaiana, tapándose la nariz. Noe y ella avanzaban a tientas por el sinuoso suelo de piedra, sorteando el basalto derruido del túnel y resbalando por la pendiente de lava solidificada.

Una luz grisácea bañaba la parte de túnel que tenían delante, procedente de otra cueva. Noe encorvó los hombros al lado de Vaiana y sus pasos se volvieron más silenciosos, más cautelosos. Cuando las dos chicas se acercaban a la salida del tubo de lava, Vaiana exhaló bruscamente.

No estaba segura de lo que esperaba ver, pero desde luego no era el exuberante mundo verde brumoso que les daba la bienvenida.

Cuando salieron del tubo de lava, vieron que a su alrededor se extendía un valle tranquilo envuelto en neblina. La suave hierba les hacía cosquillas en los pies y llegaba hasta un estrecho río y una pequeña isla que había en el centro, donde Vaiana posó sus curiosos ojos.

En la angosta franja de tierra había una torre tambaleante de cadáveres en medio de los cascos podridos de una docena de canoas. Entre los restos, también había huesos de ballena, colmillos de monstruos y el caparazón agrietado de una enorme tortuga.

—Supongo que eso es...

—La guarida de Kanapi. —Noe asintió.

Vaiana hizo un mohín de disgusto. Cuando Noe le había hablado de la guarida de Kanapi, le había dado la impresión de que se trataba de un escondite subterráneo, una pequeña cueva en el suelo. Sin embargo, aquello no se parecía en nada a lo que había imaginado. El lugar parecía un atolón abandonado. ¿Cómo iban a encontrar las lágrimas allí dentro y salir sin que Kanapi se enterara?

—Espero que tengas un plan —susurró Vaiana.

Noe no respondió, por lo que Vaiana intentó ignorar el nudo que sentía en el estómago.

A medida que se acercaban, comenzaron a ver lapas gigantescas y gusanos comehuesos retorciéndose sobre el esqueleto del casco y trepando por la maraña de enredaderas y plantas que se entrelazaban con las ruinas del valle. Aunque el techo del inframundo seguía oscuro, una oscuridad impenetrable, el valle quedaba iluminado por una luz grisácea sobrenatural que emanaba del río.

Este resplandor procedente de una poza que formaba el río empalidecía la piel de las dos chicas.

—¿Es eso...?

Noe asintió.

—¿El reino de la oscuridad? Sí, se encuentra justo debajo de esa poza.

Vaiana tragó saliva con dificultad.

—¿Qué pasa si te caes?

—No lo sé, pero no lo recomendaría. Ningún mortal ha...

—... regresado nunca. Sí, ya lo has dicho —susurró Vaiana con una risa nerviosa. Al darse cuenta de que se estaba frotando los brazos con frenesí con la roca de su brazo maldito, se detuvo—. Entonces, ¿hay algo con lo que debamos tener cuidado? ¿Los dioses también metieron aquí un *fe'e* gigante para proteger este reino?

Teniendo en cuenta cómo se estaba desarrollando el viaje, a Vaiana no le habría sorprendido que hubiera dos *fe'e*.

Sin embargo, Noe parpadeó y la miró fijamente.

—No creo que los dioses esperaran que nadie intentara entrar en el reino de la oscuridad. Lo que quiere la mayoría es...

—¿Salir? —supuso Vaiana con tono inexpresivo, y Noe asintió—. ¿Hay alguna manera de cruzar el agua sin tener que meternos en ella?

—Hay un caminito de piedra. —Noe lo señaló—. Síguelo y llegarás a la guarida de Kanapi.

—¿Yo? ¿Qué ha pasado con nosotras? —preguntó Vaiana, volviéndose hacia Noe con cara de desconcierto—. No pienso entrar ahí sola.

—Confía en mí. Tú tienes la tarea más fácil. —La chica pálida tragó saliva y se vio el movimiento de su garganta—. Voy a hacer que Kanapi salga de su guarida mientras tú buscas las lágrimas.

—¿Cómo piensas hacerlo?

Noe cruzó la mirada con ella; los ojos le brillaban como si fuesen de plata bajo aquella luz grisácea.

—Voy a usar mi truco para espíritus, Vaiana. ¿Qué, si no?

—Eso es muy peligroso. ¿Y si te atrapa?

Noe pareció sorprendida por su tono de preocupación, pero su mirada se mantuvo firme.

—No va a atraparme. Mi isla depende de ello.

Vaiana se volvió hacia la isla de esqueletos. Parecía haber aumentado de tamaño desde la última vez que la había mirado, solo un momento antes, al saber que tendría que buscar ella sola.

—¿Y si las lágrimas no están ahí?

—No te preocupes, al menos habrá una, porque es su poder lo que mantiene de una pieza esa monstruosidad —respondió Noe, señalando las enredaderas y las plantas que envolvían los despojos del atolón—. Lo más difícil va a ser descubrir la manera de entrar, porque no es fácil seguir los huesos. Pero, una vez que estés dentro, tienes que bajar, no subir, y date prisa. ¿Lo has entendido?

—Hacia abajo, no hacia arriba. —Vaiana asintió—. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Todo el que pueda darte, pero, cuanto antes salgas de allí, mejor —dijo Noe, y para sorpresa de Vaiana se acercó a ella arrugando el entrecejo por lo que parecía ser preocupación—. Tú... ten cuidado, Vaiana, y no bajes más de lo necesario. En cuanto tengas las lágrimas de la diosa, corre hacia el conducto de lava. Yo te encontraré.

—¿Cómo? —preguntó Vaiana. Sabía que estaba ganando tiempo, pero el pánico le subía por la garganta y se sentía abrumada.

¿Por qué de repente aquello parecía una despedida?

Noe sonrió con ironía, pero eso no disminuyó la preocupación que brillaba en sus ojos.

—¿Hola? Mi truco para espíritus. Venga, vete. ¡Y date prisa!

Noe se dio la vuelta y echó a correr hacia uno de los picos cercanos de aquel valle gris. Vaiana tuvo que reprimir el desesperado impulso de pedirle que regresara.

Era hora de encontrar la última lágrima de Te Fiti y poner fin a su búsqueda. Vaiana suspiró, sintiendo el miedo palpitando junto a su

corazón, y puso rumbo a la isla de esqueletos y el reino de la oscuridad.

Era hora de curar el corazón de Te Fiti.

Capítulo veinte

El cazaespíritus cayó en la trampa.

Kanapi se lanzó de la colosal isla de esqueletos y atravesó el valle prácticamente deslizándose con su verdadera forma, las sombras, en la dirección que Noe había seguido como si fuese una nube de tormenta avanzando a toda velocidad. Cuando la criatura hecha de sombras se desvaneció en la cumbre de las montañas, le llegó el turno a Vaiana. Se levantó de la hierba y salió corriendo hacia la isla a toda velocidad, rumbo a la poza.

El reino de la oscuridad.

La entrada al otro reino se encontraba a la sombra de la enorme guarida de Kanapi. Sin embargo, cuanto más se acercaba Vaiana al agua, más difícil le resultaba distinguir la bruma del valle del reflejo gris del agua. La poza, turbia y opaca, brillaba como piedra fundida sobre el suelo.

«Es como la piedra vidente de Noe», pensó Vaiana al contemplar la superficie plana de la poza, que reflejaba el valle que la rodeaba en tono grisáceo. Entonces, oyó un murmullo y aminoró el paso.

—¿Hola?

¿Había alguien allí? Vaiana miró alrededor presa del pánico, pues quizá el cazaespíritus ya hubiese regresado. ¿Se habría dado cuenta de que se la habían jugado? ¿La habría visto? Sin embargo, no vio a nadie en el valle.

Arrugó el entrecejo. Juraría que había oído a alguien susurrándole, unas suaves palabras silbando en sus oídos como el viento. ¿Habría sido la corriente de la poza? Dirigió los ojos al agua con recelo, pero no había olas rompiendo en la frontera del reino, sino que el agua estaba en calma. «Extraño», pensó Vaiana, tragando saliva.

Quizá el ruido no fuera nada, pero Vaiana tenía la sensación de que los susurros provenían del reino que tenía a sus pies, del río que tenía que cruzar si quería encontrar las lágrimas.

—¿Por qué ninguna de estas lágrimas podía estar en una isla bonita y tranquila? —se dijo Vaiana mientras bordeaba el agua hasta que encontró el caminito de piedra que Noe había mencionado.

Unas enormes losas de roca volcánica interrumpían el agua de la poza, y unían la orilla del valle y la guarida de Kanapi. La mayoría de las piedras estaban deterioradas, por lo que había huecos brumosos que la separaban del otro lado.

El camino parecía bastante estable, si no se tenían en cuenta los enormes agujeros entre las piedras y lo porosas que parecían estas tras pasar mil años mojadas.

Vaiana se estremeció mientras contemplaba el agua grisácea, pensando en las voces que había oído surgir de sus profundidades. Estaba claro que aquella agua no era normal y, cuanto más tiempo la observaba, más siniestros le parecían los susurros que flotaban en la bruma que la envolvía.

¿Y si la agarraban al cruzar el río? ¿Y si la agarraba Kanapi? ¿Podría suceder algo así? Muy oportunamente, Noe había olvidado mencionar nada al respecto en su plan. Así pues, Vaiana tendría que confiar en que aquellas piedras antiguas no la dejaran caer al río, abandonándola a su suerte en el reino de «supongo que ahora estás atrapada aquí».

No quería saltar sobre las piedras deterioradas, pues le recordaban demasiado a aquella caída tan desafortunada que había sufrido, cuando había estado a punto de precipitarse al abismo, pero Noe y el océano entero contaban con ella.

Lentamente, extendió un dedo del pie hasta tocar la piedra más cercana. Al comprobar que nada siniestro surgía del agua, suspiró entre dientes y, con cautela, avanzó por el camino de piedras, agarrándose con los pies a los laterales. Estaba a punto de alcanzar el otro lado cuando algo húmedo le rozó la piel.

Se le erizó el vello. «Solo es agua».

Salvo que no había corriente alguna que agitara el río y ella estaba demasiado alta sobre la piedra volcánica para que el agua la tocara, lo que quería decir que la habían salpicado desde el reino de la oscuridad.

Y no quería descubrir qué había sido.

Saltó a la orilla, negándose a mirar atrás hasta que aterrizara en la hierba, cosa que hizo con un resoplido. Fue entonces cuando se dio la vuelta para asomarse, jadeando.

Casi se esperaba que saliera del agua una criatura de las sombras, como el cazaespíritus. Por suerte, en la poza no había más que unas ondas grises y ya se estaban desvaneciendo. Aun así, Vaiana sintió una opresión en el pecho.

Esperaba haber golpeado una piedra y causado sin querer las ondas. No obstante, en ese lado del valle, era imposible ignorar lo extraño que era aquel reino. Allí, las voces eran más fuertes, susurraban a su alrededor como hojas.

—Hija...

—Jefa...

—Elegida...

Las voces hablaban con voz ronca, haciendo que Vaiana se alejara del perturbador río.

—Fracaso...

Una horrorosa sensación la desgarró de pronto, aunque iba acompañada de un curioso magnetismo que amenazaba con arrastrarla de nuevo al río, hacia las voces. Era como si una mano tratase de engatusarla acariciando su vergüenza. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, consiguió echar a correr en dirección a la guarida de Kanapi, donde los susurros por fin se acallaron.

Vaiana sintió un escalofrío y se frotó los brazos para entrar en calor. Solo había visto una pequeña parte del reino de la oscuridad, la entrada, y prefería mantenerse alejada. Ya era el reino que menos le gustaba.

Delante de ella, la guarida de Kanapi estaba llena de huesos gigantes y pecios de canoas, que creaban un laberinto de escombros por el que tuvo que arrastrarse y trepar para llegar al centro de la isla de esqueletos, donde de la caja torácica de una ballena emergía el casco de un barco, semejando una herida mortal.

Cuando Vaiana llegó a la base del esqueleto, el caparazón de una tortuga se elevaba sobre ella como una colina. Obviamente, había visto tortugas en Motunui, solo que aquella debía de ser tan grande como la ballena que tenía al lado. Las dos criaturas estaban unidas por unas gruesas enredaderas y sus osamentas estaban cubiertas de densa vegetación, ocultando sus huesos como si de carne nueva se tratara. No obstante, el caparazón de la tortuga estaba afeado por unas grietas que revelaban la existencia de un laberinto alfombrado por hierba silvestre y flores.

Al asomarse a uno de los huecos del caparazón, Vaiana vio una escalera de hueso, con unos peldaños finos hechos de costillas, que recorría la torre de esqueletos, aunque no vio ninguna entrada.

Kanapi había emergido de su guarida como un fantasma saliendo de un cuerpo, sin necesidad de una puerta. Pero, a diferencia del cazaespíritus, Vaiana no podía atravesar las paredes como si fuese humo. Intentó agacharse para pasar por debajo de los enormes huesos de la guarida, pero el hueco era demasiado estrecho.

Vaiana se mordió el labio. El interior de la guarida de Kanapi parecía un laberinto, pero el exterior era igual de confuso. Tenía que encontrar otra forma de entrar antes de que se le acabara el tiempo.

Estaba buscando en la montaña volcánica cualquier señal de Noe o Kanapi cuando vio un conocido atafa surcando el cielo del valle. Parpadeó. ¿Era posible? ¿Era el mismo pájaro que había volado en círculos sobre Noe y ella cuando se habían perdido?

«No puede ser», pensó Vaiana mientras observaba al pájaro fragata descender en picado. Estaban a muchas brazas de distancia de aquel bosque y, sin embargo...

Vaiana se puso de puntillas. El atafa tenía el mismo vientre blanco que el que había visto antes y, en efecto, cuando se acercó al esqueleto, sus ojos despedían destellos dorados.

No cabía duda. Vaiana estaba segura de que era el mismo pájaro que la había guiado hasta la salida del bosque. ¿Querría ayudarla de nuevo?

Pensó en el espíritu de su abuela iluminando su camino a través del arrecife en forma de mantarraya gigante. ¿Sería Tala? ¿U otro de sus ancestros?

Vaiana se apresuró a ir tras la fragata al verla plegar sus alas negras y lanzarse a una zona cercana al caparazón de la tortuga, no muy lejos de ella. Su mente racional protestó cuando se puso a gatas y pasó por debajo de los huesos roídos y los trozos de canoa podridos que le cerraban el paso. Cuando alcanzó al pájaro, lo vio entrando en la guarida de esqueletos por un agujero en el suelo.

Vaiana estuvo a punto de chillar de alegría: estaba ayudándola.

Corrió tras el atafa, siguiendo su silueta hasta el esqueleto. El agujero era oscuro y conducía a una gran cueva. Aunque la entrada estaba cubierta de plantas, tapando la luz, Vaiana reconoció la caja torácica curvada que colgaba de lado, ocupando la sala principal de la guarida. Unos escalones finos hechos de costillas recorrían la guarida, perdiéndose en una profunda oscuridad. Eran las mismas escaleras que había visto desde fuera del caparazón de la tortuga. Sin embargo, el atafa había desaparecido.

Vaiana dio una vuelta completa y la guarida crujió suavemente. Había grietas en los huesos y la madera de la canoa que hacían las veces de paredes de la cueva, pero el enorme pájaro no estaba posado en ninguna de ellas. A menos que el atafa hubiera ido por las escaleras, se había esfumado.

Una oleada de decepción quemó la garganta de Vaiana ante la repentina partida del atafa. Por supuesto, si el pájaro fragata era un antepasado que había acudido en su ayuda, probablemente no era seguro para su espíritu permanecer en la guarida de Kanapi. Aun así, habría sido bueno contar con apoyo para buscar las lágrimas de la diosa en la guarida del cazaespíritus.

Con un suave suspiro, Vaiana se acercó a las escaleras, recordando que Noe le había dicho que bajase. Poco a poco, fue descendiendo por los peldaños de hueso hasta la guarida de Kanapi.

La siguiente cueva estaba llena de cachivaches mortales y figuritas de madera. Sin embargo, como Vaiana no vio el resplandor de la lágrima de la diosa, continuó bajando los escalones y entró apresuradamente en la siguiente cavidad, donde unos largos gusanos comehuesos se refugiaron en el esqueleto al verla sin dejar de masticar. «Puaj».

Vaiana se dio la vuelta y bajó corriendo las escaleras. No estaba segura de hasta dónde debía llegar. Noe le había advertido que no se adentrara más de lo necesario, pero no había visto ni rastro de las lágrimas en los primeros cinco pisos por los que había pasado.

Vaiana ya se había internado lo suficiente como para que las paredes hechas de esqueletos comenzaran a ceder por el espeso musgo y hierba, dejando entrar la tierra donde antes solo se colaba la luz grisácea del valle. La oscuridad era tan densa y absoluta que empezó a tropezar al bajar los peldaños de hueso.

¿Se había equivocado de camino? ¿Noe se había expresado mal? Estaba pensando si dar media vuelta cuando vio el revelador brillo de la lágrima de Te Fiti en el siguiente piso.

Vaiana estaba emocionada. Bajó corriendo las escaleras y estuvo a punto de caer de rodillas. Fue entonces cuando advirtió que solo una lágrima adornaba el esqueleto de la habitación. Alrededor de la piedra había unas largas ramas entrelazadas, amarrándola a la cueva.

Noe había dicho que una lágrima de Te Fiti mantenía unida la guarida de Kanapi, pero Vaiana no creía que fuera esa, pues las ramas que la envolvían eran verdes y parecían recién cortadas. Más bien, parecía la lágrima que él les había robado a ellas. Sonrió, pues eso quería decir que Kanapi había dejado allí ambas lágrimas al marcharse tras Noe.

Vaiana se llenó de esperanza mientras liberaba el poder de la diosa de aquel ramaje. Sintió una vibración familiar por el brazo y el calor de la lágrima envolvió su cuerpo, quitándole el frío. Se tomó unos instantes para disfrutar de la luz del sol que sostenía en la palma de la mano y, luego, acercó la lágrima a la concha que llevaba al cuello.

Vaiana lamentó que Noe no estuviera allí para presenciar cómo curaba el corazón de la diosa, pero no estaba dispuesta a arriesgarse a perder la lágrima de nuevo. Puso la lágrima de la diosa sobre el corazón y observó cómo se desvanecía su luz en la piedra verde quemada.

La capa abrasada que cubría el corazón se esfumó gracias a la luz de la lágrima. Vaiana contuvo la respiración, esperando el regreso del latido verde del corazón. Sin embargo, no sucedió.

Vaiana suspiró, decepcionada, mientras el tiempo pasaba en la cueva, de nuevo sumida en la oscuridad. El corazón de Te Fiti aún no se había recuperado, lo que significaba que tenía que seguir buscando la otra lágrima. No obstante, sin la lágrima iluminando el espacio, lo único que percibía era el desagradable hedor del moho.

Lentamente, Vaiana cerró la concha de abulón y se dio la vuelta. En la oscuridad, apenas distinguía los deslucidos peldaños de la escalera de la caja torácica. Los palpó, avanzando a tientas.

Vaiana siguió descendiendo hasta que vio otra luz verde centelleando entre los peldaños de hueso. Entonces, bajó por los estrechos escalones hasta la siguiente cavidad, donde se hallaba la última lágrima de Te Fiti, cuya brillante luz proyectaba unas sombras verdes acuosas que perfilaban su silueta.

«Lo conseguimos». Vaiana ahogó un grito al ver que se desenredaban las flores y las gruesas raíces que envolvían la lágrima, cuyo resplandor hacía que brotasen árboles allí donde alcanzaba.

Se protegió los ojos y se disponía a ir hacia la lágrima justo cuando notó un pálpito en el brazo: su maldición.

Se quedó inmóvil, apartándose instintivamente. Esperaba sentir un gran dolor atravesándola cuando la maldición de Te Kā le llegase al

hombro y le envolviera la clavícula. En cambio, se oyó un fuerte golpe en la roca volcánica.

Vaiana se quedó mirando la piedra que le cubría el brazo. ¿Era la maldición de Te Kā una respuesta a la última lágrima de Te Fiti? Al encontrar cada una de las lágrimas, la maldición había reaccionado, demandando su atención. Hasta ese momento, había pensado que se trataba de una extraña coincidencia, pero quizá fuese algo más. O...

Vaiana vaciló. Se alejó de la lágrima encajada en la guarida de Kanapi y regresó a la escalera. Los escalones de la caja torácica se habían ensanchado a medida que había ido descendiendo. Al mirar la oscuridad que tenía debajo, vio el extremo curvado de los huesos.

«No bajes más de lo necesario», le había dicho Noe. Sin embargo, Vaiana tenía la impresión de que la maldición de su brazo la estaba llevando a descender. ¿Por qué?

Cerró los ojos y se concentró en el pálpito de la maldición, dejando que la guiara por los últimos peldaños hasta lo más profundo de la guarida de Kanapi.

«No tardaré», se dijo Vaiana. Luego, regresaría, cogería la última lágrima de Te Fiti y se iría de allí. Sin embargo, al adentrarse en la oscuridad, sintió un nudo en el estómago. ¿Estaba perdiendo el tiempo? Su determinación se vio minada por la preocupación que sentía al darse la vuelta para enfrentarse a lo que fuera que hubiese en las tinieblas.

Entonces los vio: una multitud apiñada de cuerpos cuya silueta quedaba recortada por la luz de la lágrima cercana. Aquello le puso la piel de gallina. Sus cuencas oculares vacías estaban bañadas de verde por el poder de la diosa, pero la roca negra parecía tragarse incluso la luz de Te Fiti.

Vaiana se quedó contemplando la escena sin entender muy bien lo que estaba viendo. ¿Cómo iba a estar la maldición allí abajo? No había atravesado el océano hasta el reino de los monstruos hasta hacía poco, así que no podía haber llegado tan lejos.

Vaiana respiraba entrecortadamente, presa del pánico. «¿Qué ha pasado aquí?».

¿Era aquello obra de Te Kā?, ¿eran sus otras víctimas? Pero ¿por qué estaban todas en la guarida de Kanapi apiñadas de esa manera? ¿Se trataba de viajeros, como ella y Noe, que habían acudido en busca de la lágrima de la diosa con la esperanza de salvarse?

Vaiana se abrió paso entre las estatuas de piedra en busca de respuestas. Recorrió con la mirada los cuerpos mientras el horror la hacía apretar los puños. Estaban dispuestas a modo de trofeos, por lo que se preguntó si había sido Kanapi quien las colocó así: su colección de víctimas de la maldición. Pero ¿por qué?

Viendo tan de cerca la expresión de pavor que mostraban las estatuas, Vaiana no pudo ignorar los espantosos pensamientos que estaba teniendo. ¿Y si no habían desaparecido por completo? ¿Cobrarían vida, las estatuas? ¿La atacarían y le arrebatarían el corazón?

Si bien el rostro aterrorizado de todas ellas quedaba oculto por el torrente de roca volcánica, cuando Vaiana se fijó en la lanza que llevaban a la espalda, empezaron a temblarle las rodillas.

Aquel grueso mango que tenían era similar al del arma que Noe le había prestado y los dientes que llevaban incrustados sin duda eran de un tamaño monstruoso. El corazón le latía con fuerza contra el pecho. Dirigió la vista a las lanzas rotas que cubrían el suelo, partidas por la mitad. ¿Era posible que aquellas personas hubieran formado parte de la aldea de Noe?

Sin embargo, tan pronto como lo pensó, descartó la idea. Por lo que distinguía de sus rasgos bajo la lava endurecida, todas las víctimas afectadas vestían ropa muy diferente, ninguna parecía coincidir. Lo único similar eran las lanzas.

Por fin, lo entendió. «¿De verdad crees que eres la única viajera que la ha encontrado?». La burla de Kanapi se coló en la mente de Vaiana, haciendo que se detuviera. Recordó la mirada incómoda de Noe al preguntarle por qué no le había dicho que no era la primera vez que buscaba las lágrimas. «No me pareció oportuno contarte que había fracasado».

«Quizá —pensó Vaiana observando aquellos rostros— debería haberle preguntado a Noe cuántas veces había intentado dar con las lágrimas de Te Fiti».

Porque aquellas personas no eran del mismo pueblo ni de la misma isla, para nada, pero todas ellas se habían encontrado con Noe, que las había conducido hasta allí con el objetivo de llevarse las lágrimas.

«Igual que a mí», pensó Vaiana. Pero ¿por qué Noe no se lo había dicho? Sintió que se le erizaba el vello de la nuca y comenzó a temblar. Noe incluso le había advertido que no se adentrara más de lo necesario en la guarida del cazaespíritus. ¿Por qué? ¿Le ocultaba algo más?

Dirigió los ojos a la maldición del brazo. No estaba segura de por qué la había guiado hasta allí, pero era hora de irse. Se enfrentaría a Noe después de recuperar la última lágrima de Te Fiti y, así, conseguiría respuestas.

Se alejó de las víctimas de la maldición, dispuesta a subir los peldaños de hueso, cuando las palpitaciones de su brazo maldito se aceleraron hasta alcanzar el ritmo de su corazón, que rugía.

—¿Y ahora qué...?

Al darse la vuelta, se quedó paralizada.

Entre las víctimas de la maldición había una niña con el pelo tan oscuro que se confundía con las tinieblas de la cueva. La observaba con mirada pensativa y tenía los ojos enmarcados por unas pestañas gruesas y una melena negra rizada. Se parecía a... ella.

La única diferencia era que sus ojos ardían como la luz dorada del sol, lo que le recordó a Vaiana la mirada del atafa. El pájaro no se había ido, pero no era su antepasado, ni tampoco un pájaro. No, la criatura a la que Vaiana había seguido era un cambiaformas y temía saber de quién se trataba.

Una onda recorrió el rostro de su doble y su piel se desprendió, transformándose en escamas y revelando el rostro alargado y puntiagudo de Kala.

—Hola, mortal. ¿Me echabas de menos?

Capítulo veintiuno

Vaiana contuvo un grito y dio un traspiés tratando de apartarse del guardián en plena transformación. Por el cuerpo de Kala se extendieron escamas, sustituyendo a su doble por un ser de piel reptiliana. Cuando la larga cola de la criatura apareció a su espalda, Vaiana casi esperaba ver un rastro de escamas putrefactas revoloteando por el suelo.

—Hola, Kala —chilló Vaiana, sin saber muy bien adónde ir. Lo único que sabía era que tenía que alejarse lo máximo posible del monstruo, y rápido—. Esto..., me alegro de volver a verte. Supongo que nos has seguido —dijo riendo con nerviosismo, y el guardián esbozó una gran sonrisa asimétrica.

«Nos perseguirá cuando despierte», le había advertido Noe sobre Kala, y por lo visto su nueva amiga no había mentido sobre eso.

—Pareces sorprendida —dijo el guardián, reptando hacia ella—. Me has robado, y deberías saber que he matado a muchos por menos que eso.

Vaiana se estremeció y casi se cae cuando chocó con la pared del fondo de la guarida.

—Me imagino lo enfadado que estás. Lo entiendo, probablemente yo también estaría algo molesta. No sé si te acuerdas, pero no tuve otra elección.

Estaba a un palmo de la escalera de hueso. ¿Le daría tiempo a coger la última lágrima antes de que el guardián la alcanzara? Vaiana frunció los labios. No le gustaban las probabilidades que tenía. Por un lado, dudaba que pudiera subir las escaleras más rápido de lo que Kala era capaz de recorrer la misma distancia volando.

No, a menos que se le ocurriera un plan; estaba atrapada en las profundidades de la guarida de Kanapi con el guardián y esa vez no habría ningún rescate. Noe estaba lejos, distrayendo al cazaespíritus, así que estaba sola y le quedaba poco tiempo.

—Todos tenemos elección, mortal —dijo Kala, acercándose poco a poco. Detrás del guardián, Vaiana divisó una lanza rota medio clavada en el suelo no muy lejos. Quizá pudiese agarrar un trozo de mango—. Y tú elegiste a tu pueblo antes que al mío al robarnos.

«Dicho así, suena fatal», pensó Vaiana mientras rodeaba al guardián, claro que eso era precisamente lo que Noe le había dicho que hiciera, solo que...

—Te equivocas. No elegí ningún pueblo al coger tu lágrima. Lo hice para poder traer de vuelta a Te Fiti y salvarlos a todos —dijo Vaiana, recordando su visión de Kala y la devoción que se reflejaba en sus ojos dorados cuando miraba a Te Fiti. ¿Podría convencer al guardián de que lo que pretendía era sanar el corazón de la diosa? ¿La dejaría así libre? Valía la pena intentarlo. Vaiana se humedeció los labios—. Siento haber robado tu lágrima, de verdad, pero ya no la tengo —dijo tratando de acercarse poco a poco al trozo de mango de la lanza al tiempo que mantenía al enorme reptil a una distancia prudencial por si sus súplicas no surtían efecto—. Intentamos sanar el corazón, pero con una lágrima no bastaba. Por eso estoy aquí.

Kala la miró con una expresión incisiva que ella no supo descifrar.

—¿De verdad es eso lo que tu compañera y tú estáis haciendo?

—¿Por qué, si no, íbamos a coger las lágrimas? —preguntó Vaiana, ofendida al instante, pues no corría por el inframundo para hacer ejercicio.

—Se me ocurren unas cuantas razones —dijo Kala con los ojos brillantes—. Poder, vida eterna, crecimiento ilimitado. —Sonaba desconcertado—. Aunque las lágrimas no sean tan poderosas como el corazón de la diosa que llevabas, contienen vestigios de su poder, un poder por el que muchos de tu especie han matado y robado.

Vaiana negó con la cabeza. Si Kala buscaba un motivo oculto, iba a llevarse una decepción.

—Ya te lo he dicho. No cojo las lágrimas para mí.

Vaiana esperaba que Kala la despachara de nuevo, que el monstruo reptiliano apartara los ojos de ella como había hecho en Veidau. Sin embargo, el guardián recorrió con la mirada su rostro, se posó en su brazo de piedra y, luego, volvió a mostrarse expectante.

—Veo tu determinación, mortal, pero ¿qué hay de tu compañera?

—¿Noe?

—Sí, tu amiga —gruñó el reptil observándola con las fosas nasales dilatadas—. ¿La conoces bien? Seguro que apenas sabes nada de ella, ¿me equivoco? —Su sonrisa se ensanchó, dejando al descubierto todos sus dientes—. Ay..., tu rostro no oculta nada. La conoces desde hace poco y, durante ese tiempo, nunca la has visto comer ni dormir, ¿verdad?

—¿Cómo sabes...?

—Porque sé lo que es tu amiga y no es una simple viajera de sueños. Es un espíritu —respondió el guardián, dejando a Vaiana perpleja.

—¿Crees que Noe está muerta?

—No lo creo, lo sé —dijo Kala—. Llevo existiendo muchos milenios y he tenido mil vidas cuyo alcance solo puedes imaginar y nunca he

visto al mundo espiritual doblegarse ante una viajera de sueños como ella. Cuando os conocí a las dos, tuve mis sospechas, porque ambas apestabais a muerte. Sin embargo, solo después de que ella me poseyera comprendí lo que era: una viajera de sueños con un pie en el reino espiritual. Mira alrededor y verás lo que tu amiga ha hecho en nuestro reino.

«¿Mirar alrededor?». Vaiana se dio la vuelta y observó a todas las víctimas.

—No, esto es obra de Te Kā, es la maldición. Probablemente, Noe estaba tratando de ayudarlos, igual que me está ayudando a mí. Ella no es un espíritu. Estamos intentando recuperar las lágrimas juntas...

—¿En serio? —la interrumpió Kala—. ¿De verdad crees que todas estas personas tuvieron tan mala suerte? Dime una cosa, ¿qué sabes sobre los espíritus?

—No mucho —respondió ella, incómoda por lo ciertas que eran sus palabras. Cuando pensaba en los espíritus, solo le venía a la mente su abuela, su energía inagotable y cómo la había trasladado por el océano convertida en mantarraya. Había tenido visiones de sus ancestros, claro, pero su abuela era lo más cerca que había estado de entrar en contacto con el otro reino.

Recordaba haberse acercado a su abuela en la playa de la isla de Noe y lo fría que estaba, y también que aquel frío la había envuelto a ella como una ola que lo devoraba todo. ¿Debería contárselo a Kala? ¿Era la gelidez siquiera una característica de los espíritus o solo demostraba lo poco que sabía sobre ello?

Kala siseó.

—Estoy seguro de que a tu amiga le viene bien tu ignorancia, mortal. Hay muchos tipos de espíritus. Cuando mueres, tu espíritu se separa de tu cuerpo, abandonando el reino de la superficie y

uniéndose al mundo de los espíritus, donde puedes convertirte en un espíritu ancestral, un guía para tu pueblo. Sin embargo, algunos se niegan a marcharse. —La expresión de Kala se volvió sombría—. A estos espíritus errantes los llamamos «fantasmas».

»Estos espíritus, estos fantasmas, tienen asuntos pendientes con los vivos —continuó Kala—, pero lo que todos ellos tienen en común es su capacidad para apoderarse de tu cuerpo o del de cualquier otra criatura y encarnarlo como si fuese el suyo propio de nuevo. Algunos ancianos se comunican con sus ancestros de esta manera, invitando a sus espíritus a entrar en su cuerpo, albergándolos a cambio de su conocimiento. —Kala reptó por entre las estatuas con la cola enroscada—. Pero los espíritus siempre dejan marca cuando se apoderan de los vivos. La isla de tu amiga sucumbió a la maldición, ¿verdad?

—Sí, pero dijo que ella no estaba... —Vaiana cerró la boca. Noe no le había dicho que estaba fuera de la isla cuando la maldición había alcanzado su pueblo. «Cambió de tema»—. Entonces, si Noe murió a causa de la maldición, no tendría espíritu.

Se le partió el corazón al recordar el profundo dolor de Noe cuando le preguntó por qué no podía contactar con sus ancestros: «Mi pueblo no está en el reino espiritual».

La abuela de Vaiana y Noe habían sido claras: cuando la maldición de Te Kā acababa con alguien, también lo hacía con su espíritu.

—Bueno, veo que has aprendido algo en tu viaje después de todo. Tienes razón, pero tu amiga no es una chica normal, es una viajera de sueños. Supongo que su cuerpo fue alcanzado, pero su espíritu escapó mientras todas las vidas de su pueblo desaparecían del mapa, una por una. Por supuesto, su espíritu aún lleva la marca de la destrucción de su cuerpo, la maldición, y se cuela en el cuerpo de quienes posee.

Vaiana tuvo un escalofrío cuando por fin cayó en la cuenta.

—¿Crees que Noe poseyó a todas estas personas?

—Sí —dijo Kala sin vacilar.

—No, ella no haría eso.

—¿Estás segura? ¿Cómo explicas entonces las habilidades de tu amiga?

Vaiana abrió la boca para replicar, pero la cerró enseguida al darse cuenta de que no podía rebatir los argumentos de Kala. Todo lo que sabía sobre los viajeros de sueños se lo había contado Noe y no tenía ninguna garantía de que le hubiera dicho la verdad.

—¿Qué es exactamente un viajero de sueños?

—Un viajero de sueños es alguien cuyo espíritu puede liberarse mientras duerme y viajar. Seguro que has oído que la frontera entre tu mundo y el reino de los espíritus es muy fina, como una cortina de niebla. Los viajeros de sueños viajan de otro modo: pueden cruzar esa niebla y desplazarse fácilmente entre el reino de los espíritus y el tuyo. Su familiaridad con el otro mundo les permite pedir ayuda a los espíritus si la necesitan y comunicarse con el espíritu de quienes los rodean, aunque no siempre respondan.

»Lo que tu amiga es capaz de hacer... —Kala se interrumpió—. Digamos que lo más probable es que fuera una poderosa viajera de sueños y una anciana en su pueblo, eso cuando estaba viva, pero su poder para manipular el espíritu de todos los que la rodean, con independencia de lo que quieran estos, no es de nuestro mundo. Es un poder propio de un espíritu. Como espíritu que es, tu amiga puede expulsar a los vivos de su cuerpo y utilizar sus conocimientos como viajera de sueños para mandarlos a otro lado. Es lo que me hizo a mí.

Noe había dicho que había dormido al *fe'e*, una verdad a medias, algo que por fin veía.

—No es permanente, ¿verdad? —preguntó.

El espíritu de Kala había regresado de su viaje, pero el reptil tenía la mandíbula tan tensa que a Vaiana el corazón comenzó a latirle con fuerza.

—No debería, pero no todos los espíritus regresan a su cuerpo, y tu amiga sabe cómo mandarlos lejos de sus huesos. Además, un espíritu siempre deja marca. —Kala negó con la cabeza y levantó la cola: tenía una mancha oscura de ceniza en la parte inferior.

—E-esa es la maldición.

—Sí.

—Siento que te haya hecho eso. —Vaiana sintió náuseas al recordar que le había pedido a Noe que usara sus poderes en todo Veidau y se alegró de que la otra chica no fuese lo bastante poderosa—. ¿Desaparecerá la marca?

—Solo si interviene un dios —dijo Kala, mirando a Vaiana con sus ojos dorados—. Así que, como ves, tu misión ahora es la mía, mortal. Incluso aunque no me hubiera afectado, me habría visto obligado a seguirte, ya que el corazón de la diosa ahora contiene la lágrima sagrada que estoy encargado de proteger. Si me lo permites, te ayudaré.

Vaiana apretó los labios. No estaba en condiciones de rechazar su ayuda, pero Kala tenía motivos para traicionarla y quedarse con el corazón. ¿Y si todo aquello no era más que una elaborada estratagema para hacerle bajar la guardia?

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

Kala se encogió de hombros.

—Te he ayudado en lo que he podido. Habría revelado mi presencia antes, pero no podía arriesgarme a que tu amiga me descubriera. El reino de los monstruos no es un lugar seguro para un espíritu solo. He sobrevivido a un viaje espiritual, aunque no sé si

podré con otro. Y traté de advertirte sobre ella cuando nos conocimos.

«¿De verdad?». Vaiana pensó en su encontronazo en lo alto del pedestal de la lágrima e intentó recordar qué había dicho exactamente el guardián mientras apretaba sus afilados dientes. «No soy el único aquí que finge ser quien no es».

Sintió una amarga sensación. Había dado por sentado que Kala se refería a ella, dejando que su dolor y su vergüenza la cegaran ante el peligro sobre el que el guardián había intentado advertirla.

—Es que... —Vaiana negó con la cabeza. ¿Qué importaba lo que hubiera pensado? Bajó la mirada—. No entendí a lo que te referías. ¿Por qué no dijiste nada más?, algo como «Oye, tu amiga es un espíritu mentiroso».

Kala entornó los ojos.

—¿Me habrías creído?

—Lo dudo —reconoció Vaiana—. ¿Por eso nos ayudaste en el bosque en forma de atafa cuando nos perdimos? —Vaiana rio desganada—. Ya podrías habernos advertido sobre el gigante o el cazaespíritus que nos seguía.

Kala suspiró.

—No tenía claras tus intenciones, y tampoco confiaba en tu compañera después de lo que había averiguado. En ese momento, pensé que, si sucumbías a aquella hada de piedra, podría acabar con ella o quedarme con el corazón mientras se zampaba tus huesos.

—Cuando dices cosas así, me resulta difícil confiar en ti —dijo Vaiana mirando a Kala con incredulidad, aunque el monstruo reptil se limitó a sonreír.

—¿Acaso no es la sinceridad la mejor forma de generar confianza entre aliados? Podría haber mentido.

«Como Noe», pensó Vaiana, molesta.

—Está bien, Kala de Veidau. Si de verdad quieres ayudar a traer de vuelta a la diosa, podemos colaborar. —Extendió la mano hacia el reptil, que se la quedó mirando sin comprender. Suspiró—. Se supone que tienes que darme la mano para cerrar el trato.

—¿Por qué? Has visto a través de los ojos de la diosa y sabes en qué altar rindo culto: eso debería bastar.

Vaiana farfulló algo, incrédula.

—No lo sé, Kala. Creo que un apretón de manos es un buen paso para generar confianza entre aliados. —Ante la mirada severa del guardián, Vaiana negó con la cabeza—. Venga, es un símbolo que refuerza nuestro acuerdo y nuestra relación.

—Está bien —cedió Kala, tendiéndole una garra.

Respirando hondo, Vaiana agarró la escamosa pata de Kala, sintiendo las afiladas uñas del monstruo en su brazo desnudo. Luego se acercó a él, que la miraba con los ojos entornados, y acercó la frente a la suya.

—¿Tenemos que hacer esto?

Vaiana asintió con la cabeza, así que, Kala, aunque apretando los dientes, estiró el cuello hasta que rozó con las escamas la suave piel de Vaiana. Al sentirlo, a Vaiana le dio un vuelco el corazón. ¿Era su imaginación o el hocico del reptil parecía de repente más grande que antes y con más dientes? Aun así, cuando le llegó a la cara el aliento del guardián, Vaiana cerró los ojos, exhaló profundamente e intercambió con aquel guerrero ancestral el aire, su vida y su fuerza. Si iban a ser aliados, tenía que confiar en Kala...

—Qué tradición más rara, mortal —dijo el monstruo con voz ronca, interrumpiendo sus pensamientos. Cuando Vaiana abrió los ojos, Kala ya se había apartado de ella y retrocedía impulsándose con su gruesa cola—. No me extraña que las traiciones sean tan comunes entre los de tu especie.

A Vaiana se le encogió el estómago al recordarlo, al pensar en enfrentarse de nuevo a Noe. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué iba a decirle ella? Claro que en el fondo esperaba que Kala se equivocara. Quizá su amiga tuviera una explicación razonable para las víctimas de la maldición.

Vaiana echó un vistazo a la guarida, a las estatuas ocultas por la oscuridad, y frunció el ceño.

«Necesito oír la versión de Noe», pensó. Así es como su padre la habría instado a resolver una disputa en su aldea: «Tienes que escuchar a ambas partes, Vaiana».

Sin embargo, justo cuando se daba la vuelta para subir por los peldaños óseos y coger la última lágrima, tuvo un extraño presentimiento que le dijo que evitara a la otra chica a toda costa. Se mordió el carrillo, tratando de ahuyentarlo.

—Noe dijo que esta lágrima mantiene unida la guarida de Kanapi. Si la cogemos, ¿acabará este lugar destruido?

—Lo más probable.

Vaiana miró con recelo la escalera de hueso. No alcanzaba a ver el final de la caja torácica.

—Si este sitio se derrumba, ¿cómo vamos a salir?

Kala soltó un resoplido, aunque pareció una risa.

—Ahora tienes a un cambiaformas de tu lado, mortal.

Vaiana pensó en Maui y el dolor la atravesó como un cuchillo. Sus habilidades para cambiar de forma no lo habían salvado de Te Kā.

—Bueno, puedes empezar por llamarme por mi nombre. Soy Vaiana —dijo poniendo el primer pie en el peldaño. En ese mismo instante, sintió una leve presión en el hombro y unas escamas finas rozándole la parte superior del brazo. Un geco de ojos dorados se deslizaba por su piel: Kala. Se había transformado y sentía el

corazón del guardián latiendo contra ella como si fuesen las alas de un insecto.

—No me voy a acordar.

Parpadeó, sorprendida de que Kala pudiera hablar. Su voz no había cambiado y parecía grava saliendo del diminuto cuerpo del geco.

—¿Por qué no? Es un nombre fácil: Va-ia-na.

—Pff, hay demasiados mortales. ¿Sabes a cuántos de tu especie he conocido durante los miles...?»

—¿... y miles de años que llevas vivo? —lo interrumpió Vaiana—. Vamos, me lo imagino.

El geco miró a Vaiana con expresión severa, entornando sus ojos dorados.

—Te estás burlando de mí.

Ella sonrió tímidamente.

—Es una broma, Kala. Así es como sabes que nos estamos haciendo amigos.

El geco no respondió, así que Vaiana subió por la escalera y se detuvo frente a la última lágrima de Te Fiti. Sus rayos los alcanzaron, envolviéndolos con su luz. Después de que Kala murmurara en señal de aprobación, Vaiana dio un paso adelante y extendió una mano temblorosamente hacia la lágrima, pero vaciló, mirando al guardián.

—Cuando toco las lágrimas, tengo visiones de la diosa. Pude resistirme a la última, pero... —Recordó el sueño que había tenido y las imágenes fugaces de su última visión. Quizá Te Fiti tratase de mostrarle algo.

—Si pierdes el conocimiento, puedes estar segura de que te llevaré a un lugar seguro, mortal.

—Creo que te creería más si me llamases por mi nombre —le dijo muy seria al geco, que dio un saltito a modo de encogimiento de

hombros—. Vale, supongo que esta es nuestra primera prueba de confianza.

Esa vez, Vaiana no dudó. Agarró la lágrima y se preparó para la visión, que la invadió como una ola negra mientras oía un desprendimiento de rocas reverberando a su alrededor, siguiéndola a la oscuridad.

Capítulo veintidós

La visión era turbia. La noche se asomaba por entre las nubes negras, pero para la pequeña Vaiana era como si estuviera en la más absoluta oscuridad, ya que apenas veía nada. «¿Dónde estoy?».

Se encontraba en otra visión de Te Fiti, pero, a diferencia de las demás, había mucho humo arremolinándose violentamente a su alrededor. El viento le soplaba con fuerza en la cara y olía a quemado. «Fuego».

Algo estaba ardiendo.

A Vaiana le dio un vuelco el corazón. ¿Era otra isla afectada por la maldición? Un rayo lejano rompió la oscuridad, revelando un mar azotado por la tormenta y una isla de piedra negra. Cuando su luz se desvaneció, no quedaba nada que ver. Todo era tierra carbonizada y humo mezclándose hasta formar una mancha.

«¿Qué pretendes mostrarme?».

Al poco, Vaiana sintió que la diosa pisaba un suelo de piedra que no veía y notaba un extraño calor en las plantas de los pies, aunque no le causaba dolor.

«Algo va mal», pensó.

En las demás visiones que Te Fiti le había enviado, dondequiera que fuera, la diosa olía a flores y a hierba fresca, perfumando el aire con tiaré, miel de *lehua* y musgo. Sin embargo, en esa visión solo percibía un regusto a quemado, un olor a fuego persistente.

Cuando la diosa alcanzó la cima del escarpado terreno, el humo se disipó tras ella, dejando al descubierto el volcán sobre el que se hallaba. Una isla se extendía en todas direcciones, adentrándose en el mar como una sábana en blanco de tela de tapa renegrida. Las rocas volcánicas rojas humeaban allí donde el océano se encontraba con la orilla, endureciendo la lava y convirtiéndola en piedra porosa con cada embate.

Te Fiti estaba presenciando las repercusiones de una erupción volcánica. Aunque...

Vaiana y la diosa sintieron una descarga de energía que atravesó su cuerpo como un rayo.

No se trataba de las repercusiones.

El suelo se puso a temblar bajo los pies de la diosa mientras el volcán expulsaba más azufre. Comenzó a salir una columna de humo disparada hacia el cielo y a brotar lava, que quemaba el aire al caer como lluvia y, luego, se dirigía sinuosamente hacia el océano, cuyas olas la convertían en piedra y vapor.

Vaiana esperaba que Te Fiti se arrodillara en la tierra para verter su poder verde sobre las cenizas, pero la diosa se limitó a seguir adelante, bajando laboriosamente por la montaña junto con la corriente de lava. Poco a poco, la isla fue creciendo, y entonces Vaiana se dio cuenta de que sentía la lava brotando por los respiraderos.

Notaba aquella extraña sensación por todo el cuerpo y fue intensificándose a medida que tomaba conciencia de ella. ¿Por qué sentía que la lava brotaba de una herida invisible y fluía de sus venas como si fuera su propia sangre? Esta caía por la ladera del volcán, abrasándole la carne.

«Este poder no procede de la isla madre». El inquietante pensamiento la conmocionó, pero se resistió a creerlo. ¿Quién era

ella para decir qué formaba parte del poder de la diosa y qué no? Ella no era como Noe, a quien le habían enseñado múltiples leyendas; ella no conocía las tradiciones orales de su pueblo, salvo las que le había contado su abuela, y, sin embargo...

Conocía la historia de la creación que su abuela les contaba a todos los niños de Motunui, y también la leyenda de cómo había robado Maui el corazón de la diosa y lo que se había despertado al hacerlo: «Un demonio de tierra y fuego», la diosa ardiente, Te Kā. No debería haber sido posible, pero...

Vaiana no podía negar el poder que sentía en su interior, recorriendo sus venas como magma, el cual no tenía nada que ver con el poder que Te Fiti había infundido en el suelo de Veidau.

La visión disipó toda duda cuando la diosa posó los ojos en el humo que se concentraba tras ella, donde un rayo atravesó la neblina y alcanzó el volcán. En el fulgor de la tormenta, la oscura piedra de la isla había brillado con una inquietante luz ígnea.

Vaiana se quedó mirando la roca brillante sin comprender nada hasta que, en la visión, la diosa levantó la mano y la hincó en la tierra. Fue entonces cuando no pudo quitarse una idea de la cabeza: «Esa no es la mano de la isla madre».

En lugar de unos dedos musgosos, fue una mano de piedra candente lo que atravesó la roca volcánica, abriendo un pozo de fuego por el que rezumaba lava que se extendía sobre las rodillas de la diosa, envolviéndola en un agradable calor.

La oscura piedra reflejaba su luz, incendiando la isla con el fuego de Te Kā, y Vaiana vio su rostro inmortal observándola desde la superficie de la piedra. Lo entendió al instante.

No estaba viendo a través de los ojos de Te Fiti, sino una visión de Te Kā. Pero ¿por qué?

¿Por qué Te Fiti le habría mandado esa visión? ¿Por qué la lágrima de la isla madre conservaría un recuerdo del ser ardiente?

Un repentino dolor sacó a Vaiana de la visión y vio una imagen fugaz de la pared de una cueva. Su brazo maldito le ardía y notaba el calor incluso en la visión.

No quería pensar en Te Kā ni en lo que la maldición de la diosa le había hecho al océano, a Maui y a ella. Aun así, fueron los ojos de Te Kā los que recorrieron la isla, cuya mirada se iba suavizando a medida que pasaba el tiempo.

La carne le ardía con tal intensidad que derretía los oscuros minerales de la tierra, pero a Te Kā le bastó con una fuerte exhalación para enfriar las llamas que la consumían. Estas se desvanecieron, borrando de la isla todo rastro de fuego.

Sin el fuego, el humo se disipó, dejando al descubierto la tierra, una cicatriz negra sobre el océano. Entonces, la diosa se arrodilló y la invadió una fuerza que le resultaba familiar, la cual surgía de la tierra bajo sus pies. Vaiana oyó las últimas llamas crepitar en lo más profundo de Te Kā mientras la hierba, y no el fuego, se extendía por su piel volcánica, cubriéndola de musgo.

Todo rastro de Te Kā desapareció y, en su lugar, emergió Te Fiti, sofocando el humo acre con su intenso aroma floral.

«¿Qué es esto?». A Vaiana se le encogió el corazón.

—¿Lo ves ahora? —respondió una voz atronadora, haciendo que se le acelerase la sangre. La voz parecía surgir de su propia mente y su reverberación la llenó de miedo. ¿Quién le estaba hablando?

La pregunta resonó en la cabeza de Vaiana mientras brotaban pétalos sobre el musgo que cubría la piel de la diosa, vistiéndola como acostumbraba.

«No», pensó Vaiana, resistiéndose a la visión y a la influencia de la voz, pues sabía lo que estaba presenciando, lo que significaba,

aunque no quería aceptarlo.

En todas las historias que le había contado su abuela, la pérdida del corazón de la diosa había dado origen a una espantosa oscuridad tras el derrumbe de Te Fiti.

«Maui intentó escapar, pero tuvo que enfrentarse a otro que buscaba el corazón: Te Kā, un demonio de tierra y fuego».

¿Cómo iban a ser una misma cosa la isla madre y el ser ardiente? ¿Acaso las historias que transmitía su pueblo no eran ciertas?

Sin embargo, la prueba la tenía a sus pies, en el suelo, rebosante del poder verde de la diosa. Vaiana había sentido endurecerse el magma dentro del ser ardiente, la fuerza de un volcán cuya erupción daba lugar a flores y raíces robustas. Por mucho que le costase aceptarlo, Vaiana sentía los brotes verdes y la exuberante vida enraizando en la roca volcánica y dondequiera que Te Fiti mirase se convertía en un prado en un parpadeo. Cuando la isla acabó de transformarse, de los ojos de la diosa brotó una sola lágrima, que cayó al fértil suelo de la isla, desapareciendo en la tierra que se nutría de su poder.

Por fin, la visión comenzó a desvanecerse y la misma voz grave volvió a dirigirse a ella, atrayéndola:

—¿Lo ves ahora, Vaiana?

El brazo le palpitaba con un dolor insoportable. Abrió los ojos de golpe.

Estaba tumbada bocarriba, jadeando. El dolor se esfumó cuando las palabras de la diosa la invadieron: «¿Lo ves ahora, Vaiana?».

Se hallaba fuera de la guarida de Kanapi, protegida por el hueco del respiradero del volcán, medio oculto por las plantas y la neblina del valle.

Vaiana se las arregló para ponerse en pie y salió como pudo de allí, incapaz de mirar la roca porosa de la cueva sin recordar su

última visión.

—¿Qué has visto? —susurró una voz grave a su lado, y Vaiana pasó la vista rápidamente de su brazo maldito al guardián reptil, Kala—. ¿Qué te ha mostrado la diosa, mortal?

Vaiana vaciló, aunque ¿por qué no iba a contárselo a Kala?

—Era una visión de Te Kā, el ser ardiente, pero ella era...

Kala sonrió.

—Ah, ¿no sabías que las diosas eran las dos caras de la misma piedra?

—¿Tú sí?

—Yo estaba allí cuando Lalotai se separó del reino de la oscuridad, cuando en tu reino solo había océano y cielo. ¿Cómo no iba a saberlo?

Vaiana se estremeció al pensar en la longevidad de Kala y en todo lo que el guardián debía de haber visto. Harían falta siglos para saber todo lo que él sabía y alcanzar su sabiduría.

—¿Cómo puedes aceptarlo tan fácilmente? No entiendo que la isla madre y Te Kā sean una sola cosa. ¿Cómo puede la misma diosa ser responsable de la vida y de la maldición? ¿Cómo puede hacer esto? —Vaiana levantó el brazo, desanimada.

Kala frunció el ceño.

—No lo has entendido. No son lo mismo. Son dos caras de la misma piedra, ambas inmortales, pero cada diosa tiene su propio poder y su dominio. ¿A que no llamas al humo «fuego»? Te Fiti es responsable de la tierra, la naturaleza, el crecimiento y la vida, sí, pero Te Kā lo es de la lava, el volcán, el fuego y la maldición.

—Pero si son dos caras de la misma piedra... —Vaiana se interrumpió. Se le fue la cabeza a la caldera vacía y a la desaparición del ser ardiente. ¿Se debía al corazón destruido? ¿A que también era

su corazón?—. Si traemos de vuelta a Te Fiti, ¿no las estaremos trayendo de vuelta a ambas?

—Es un riesgo, pero ¿no somos todos más de una cosa? Ambas son diosas de la tierra. En tu isla, tenéis una estación para la siembra y otra para la cosecha. No puede haber una época sin la otra, al igual que no se puede conocer la luz sin conocer la oscuridad. La destrucción descontrolada solo lleva a más destrucción, al igual que el crecimiento descontrolado acaba siendo insostenible. Las cosas han de terminar para que comiencen otras; lo importante es mantener vivas las enseñanzas de los ancestros cuando una generación da paso a la siguiente.

Kala tenía la mirada perdida.

—Si no traes de vuelta tanto a Te Fiti como a Te Kā, la maldición continuará y no habrá ningún crecimiento. Y sin Te Kā, no habría nuevas islas, por lo que tu pueblo no se desplazaría en busca de otras tierras donde establecerse. Se estancaría.

Vaiana abrió el puño y la última lágrima resplandeció a la luz.

—¿Por qué iba a atacar Te Kā su propio corazón? ¿Por qué lo destruyó?

—No creo que la diosa supiera lo que estaba haciendo. Después de perder su corazón, la ira y el dolor la cegaron. Se vengó del mundo y olvidó su propósito y quién era. A veces, llevados por la furia, nos hacemos daño a nosotros mismos.

El rostro de Vaiana se crispó cuando una desagradable sensación se apoderó de ella. ¿De verdad debían traer de vuelta a Te Fiti si era capaz de tanta destrucción?

«Piensas que devolverle el corazón a Te Fiti salvará el mundo —recordó Vaiana que le había dicho Noe después de derrotar al hada de piedra—, pero ni siquiera cuando la isla madre estaba salvaba a

todo el mundo. Cuando los mortales le rezaban, ella empezó a desentenderse».

—¿Y si no nos ayuda? —dijo Vaiana, sin pensar—. ¿Y si decide castigarnos y deja que la maldición se extienda?

Kala parpadeó varias veces.

—Después de todo lo que has visto, ¿de verdad crees que haría eso?

Vaiana posó los ojos en la lágrima que palpitaba en su mano, haciéndola sentir un agradable calor en los dedos.

Siempre podía coger la lágrima y volver a su isla, donde podría plantarla y proteger así a su pueblo de la maldición cuando llegara. Podría salvar su isla sin traer de vuelta a la diosa, pero...

Ese no era su papel.

Vaiana abrió la concha de abulón que llevaba al cuello y el corazón de Te Fiti cayó en su palma extendida. Oyó que Kala se le acercaba mientras presionaba la lágrima contra el corazón y, antes de que pudiera cambiar de opinión, la luz desapareció en la piedra verde.

La luz de la lágrima borró las quemaduras de la superficie del corazón de Te Fiti, pero seguía habiendo unos rasguños oscuros en la piedra verde.

Les faltaba una lágrima.

—No —dijo Vaiana, apretando el corazón contra su pecho. ¿Cómo había podido pasar eso? Era la última lágrima de Lalotai y el corazón no se había curado—. ¿Qué vamos a hacer ahora? —Se volvió hacia Kala.

—Puede que haya una cuarta lágrima.

A Vaiana le dio un vuelco el corazón.

—¿Dónde?

Kala se frotó la barbilla con las garras y se quedó un rato pensando. Luego, se pasó su larga lengua por los labios.

—Al coger las lágrimas, has visto su origen, ¿verdad, mortal? Se crean cada vez que Te Fiti usa su poder. Piensa, ¿cuál fue el último lugar en el que lo utilizó?

—Su isla.

Kala asintió y le dedicó una sonrisa a Vaiana.

—Eso es. Podemos ir allí ahora mismo y rebuscar entre las cenizas de la caldera. Estoy seguro de que encontraremos una.

Aun así, Vaiana vaciló. Se abrió paso entre la vegetación que ocultaba el brumoso valle. Desde allí, se veían las ruinas de la enorme guarida de Kanapi, reducida a un montón de huesos y calaveras rotos, ya sin las enredaderas de la lágrima de Te Fiti que la mantenían en pie.

—¿Y Noe?

—¿Tu compañera? —gruñó Kala—. ¿Acaso importa? Estaremos mejor si el fantasma no nos encuentra.

—Pero... —«Fantasma». La palabra resonó en Vaiana, un horrible recordatorio de todo lo que había descubierto en la guarida de Kanapi. De todos modos, aunque fuese un fantasma, estaba preocupada por ella—. Se ha encargado de distraer a Kanapi para que yo pudiera encontrar las lágrimas. Ya debería haber dado con nosotros. ¿Y si no ha logrado escapar?

Sintió un nudo en la garganta al imaginar a Kanapi levantando a Noe en el aire y llevándola a su enorme boca. ¿Debía ir a buscarla?

«¿De qué va a servir?». Vaiana no sabía qué hacer ante un cazaespíritus, no sería capaz de defenderse. Buscó los ojos de Kala.

—¿Puedes encontrarla?

Kala apretó la mandíbula.

—No, mortal. Dame el corazón; puedo devolvérselo a la diosa mientras tú buscas a tu amiga.

La asaltó una punzada de duda y levantó la barbilla con tenacidad.

—No, se lo prometí a Noe y no puedo faltar a mi palabra. Además, el corazón es responsabilidad mía.

Kala la miró furioso.

—¿Sabes lo que es y aun así te preocupas por ella? Déjate de tonterías, estamos perdiendo el tiempo.

—Si está en peligro por distraer al cazaespíritus por nosotros, se lo debemos —dijo Vaiana, esperando resultar más convincente a Kala que a sí misma.

A decir verdad, no sabía qué pensar de Noe ni de la revelación de Kala sobre su naturaleza, pero sabía que dejarla sola ante el cazaespíritus estaba mal.

—Le prometí a Noe que ayudaría a su isla y ella se merece una oportunidad para explicarse, así que deberíamos dársela.

Los ojos de Kala se volvieron una rendija.

—De acuerdo, voy a buscar a la chica, pero no pienso quedarme más tiempo del necesario y, en cuanto regrese, nos vamos, elegida. —El guardián reptiliano la miró con dureza mientras se transformaba y le brotaban unas alas negras: se había convertido de nuevo en un gigantesco atafa—. Recuerda andarte con cuidado, mortal. Deberías reflexionar sobre la magnitud de tu compasión en mi ausencia. Tu amiga ha tenido siglos para sobreponerse a su dolor y, en cambio, lo que ha hecho ha sido atraer a docenas de humanos a una muerte segura por la mera esperanza de devolverle la vida a su isla. Por mucho que tu compasión no conozca límites, yo diría que la suya es muy escasa.

Kala no le dio a Vaiana la oportunidad de responder. Con una fuerte ráfaga, el guardián se elevó hacia el techo rocoso del valle y desapareció de su vista. Sin embargo, no podía olvidar sus palabras, que le pusieron la piel de gallina: «Tu amiga ha tenido siglos para sobreponerse a su dolor».

Vaiana se sentó y cruzó las piernas. Si Kala tenía razón, a pesar de que Noe aparentase dieciséis años, como ella, llevaba siglos rondando por el reino de los mortales convertida en fantasma. Sin embargo, el dolor que reflejaban sus ojos parecía reciente y brotaba de ellos como de un pozo sin fondo. Le recordaba a Te Kā y a la abrasadora ira que había visto en su mirada al enfrentarse a ella. Tanto el dolor como la ira de la diosa y de la otra chica eran profundos y sus pérdidas las habían cambiado. No obstante, si bien Kala creía que Te Fiti y Te Kā podían recuperarse, que sus heridas sanarían, tenía sus reservas respecto a Noe.

¿Acaso no sentía Noe remordimientos por lo que les había hecho a aquellas personas? ¿Sería capaz de dejarla allí y traer de vuelta a la diosa con Kala? «¿Nos dejará marchar, Noe?».

La idea hizo que Vaiana apretara los puños. Intentó ignorar su malestar, pero los secretos y lo huidiza que se mostraba Noe sembraban la duda en ella. Quizá el dolor de la otra chica la hubiese afectado para siempre. O quizá esa fuera su verdadera personalidad y hubiera estado fingiendo todo el tiempo.

—Estás aquí.

Vaiana dio un respingo. Como si hubiera invocado a la chica pálida con sus pensamientos, Noe se encorvó para salir del respiradero del volcán que tenía detrás.

—¿Noe? ¿Has escapado de Kanapi? —Por un momento, el alivio de Vaiana al ver a su amiga ilesa superó su miedo—. ¿Qué ha pasado?

Noe esbozó una pequeña sonrisa.

—Lo he distraído, como te he dicho. Ni siquiera me ha visto. ¿Has conseguido las lágrimas?

Vaiana asintió con la cabeza y se llevó la mano al collar de abulón, pero se detuvo. Estaba tan feliz de ver a Noe a salvo que se había olvidado de ser prudente.

—Nos hace falta otra lágrima más —dijo, bajando la mano—, pero...

Miró hacia el lugar por donde Kala se había marchado volando. La inquietud hizo que el sudor le empapara la espalda. Kala se había dirigido hacia el volcán del valle, pero Noe estaba en la cueva a sus espaldas. ¿Debía decirle a la chica que el guardián las estaba ayudando? Pero ¿qué pasaba con las acusaciones de Kala y la prueba que ella misma había visto con sus propios ojos bajo la guarida de Kanapi? Aunque quería plantarle cara a su amiga, la verdad era que se habría sentido más segura con el guardián a su lado.

—Pero ¿qué? ¿Qué pasa? —preguntó Noe, ladeando la cabeza mientras Vaiana la miraba fijamente—. ¿Vaiana?

Cuando había mirado a su abuela, había sabido que era un espíritu por su aura azul. Pero ¿qué apariencia tenía un fantasma que ocultaba su naturaleza?

Vaiana se mordió el labio mientras Noe le clavaba los ojos, tornándose aún más oscuros.

—¿Dónde está tu amiga mentirosa, Vaiana?

Capítulo veintitrés

Vaiana observó a Noe, con la mente dominada por el pánico.

—¿Cuánto llevas escuchando?

—Lo suficiente —respondió Noe con una extraña calma. Se apoyó en la entrada del respiradero. ¿Se estaba imaginando Vaiana la tensión en el rabillo de sus ojos? ¿El sentimiento de traición que abrasaba su oscura mirada?

—¿Cómo has conseguido pasar por delante de Kala sin que él te viera?

Noe soltó una risita.

—No hagas que parezca algo tan malvado. —Se impulsó con los codos para salir del respiradero y Vaiana no pudo evitar retroceder. La chica pálida apretó los labios con fuerza—. Vaya, pensaba que éramos amigas, Vaiana, pero ahora lo entiendo todo. ¿Ya no confías en mí por una historia que te ha contado un guardián, un monstruo que ya intentó matarte una vez? Supongo que te lo has creído. Bien hecho.

Arrugó la nariz con desagrado, pero Vaiana no se dejó intimidar.

Noe había dicho lo mismo al preguntarle a qué se refería Kanapi. El cazaespíritus le había insinuado que sabía cosas sobre la chica pálida, y ya estaba harta de que esta le ocultara secretos.

—Yo también pensaba que éramos amigas —le dijo Vaiana con un nudo en el estómago—. Hasta que vi a las víctimas en la guarida de

Kanapi. No has sido sincera sobre las lágrimas de Te Fiti, Noe. No es la primera vez que vas tras ellas y tampoco yo soy la primera en encontrarte. Eso es lo que Kanapi intentaba decirme. Te perseguía no porque seas una viajera de sueños, sino porque eres...

—¿Un fantasma? —terminó Noe por ella.

Vaiana sintió un sudor frío que le recorría la espalda. Asintió con la cabeza, tratando de no temblar.

—¿Es cierto? —Claro que lo era.

Noe, que nunca comía ni dormía, a quien el hada de piedra no había percibido, que, aunque desaparecía siempre, regresaba justo cuando la llamaba y que la había cogido a tiempo cuando había estado a punto de caer al abismo a pesar de hallarse a varias brazas de distancia.

En aquel entonces, Vaiana no había atado cabos con respecto a los extraños sucesos. Sin embargo, en esos momentos...

Noe se limitó a mirarla con los labios fruncidos. Entonces, entrecerró los ojos, cuyo brillo plateado se veía en medio de la penumbra.

—Vale —susurró la chica pálida, y Vaiana se fijó en que su pecho subía y bajaba, pero luego se detenía—. Al menos ya no tengo que fingir más. —Noe sonrió, y los contornos de su figura se difuminaron, convirtiéndose en volutas imprecisas—. ¿Y ahora qué, Vaiana?

—Quiero que me digas la verdad. Sobre todo.

Noe hizo un gesto de indiferencia y soltó una risa desganada.

—Bueno, eso me llevaría un tiempo, y a ti no te queda mucho, ¿no?

Miró fijamente el brazo maldito de Vaiana, pero esta no se inmutó.

—¿Por qué no me has dicho la verdad?

—¿Y qué iba a decir, «Hola, estoy muerta, seamos amigas»? —Noe apretó los labios—. No es fácil decirle a alguien que eres un fantasma.

—Podrías haberme dicho que eras un espíritu cuando escapamos de Kanapi, pero decidiste mentirme otra vez. —Vaiana negó con la cabeza, cada vez más disgustada—. ¿Cómo has logrado burlar a Kala?

Noe soltó un suspiro de cansancio.

—Los cazaespíritus no son los únicos que viajan a través de las sombras. Es como cazan porque es ahí donde se esconde su comida. ¿Son esas tus preguntas? —dijo esbozando una sonrisa condescendiente, que Vaiana ignoró.

—¿Cuánto tiempo llevas sola en tu isla?

—Usa la cabeza, Vaiana. ¿De verdad crees que la maldición de Te Kā perdonó a mi isla cuando Te Fiti se derrumbó? —Noe resopló por la nariz—. La cercanía de nuestra isla a la isla madre fue en su día una suerte, pero después de que ella desapareciera vimos la maldición extenderse por nuestras costas el mismo día que oímos el rugido de Te Kā. Sabíamos que devoraría nuestra isla poco a poco, que teníamos los días contados.

Vaiana dio un paso atrás, sorprendida, pues no se lo esperaba.

—Eso quiere decir que tienes...

—Más de mil años. Qué perspicaz. —La chica pálida la rodeó—. Siguiente pregunta.

Como Vaiana ya sabía qué buscar, era capaz de ver indicios de que estaba ante un espíritu si observaba con atención. Un ligero centelleo acompañaba los pasos de Noe, sus ojos plateados brillaban cuando les daba la luz y de ella le llegaba una brisa que le helaba la carne.

Kala aún no había regresado, por lo que Noe y ella estaban solas en medio de la penumbra del valle. Vaiana no tenía claro si presionar a la chica fantasmal sobre las víctimas que había visto en la guarida de Kanapi sin la presencia protectora del guardián, pues tenía miedo de lo que Noe había hecho y de lo que pudiera hacerle a ella. De todos modos, necesitaba saber la verdad.

—¿En serio poseíste a esas personas?, ¿a todas ellas? —Pensó en las risas que Noe y ella habían compartido en su viaje y en la brillante luz que había iluminado su rostro pálido. «Formamos buen equipo», le había dicho a la otra chica, que le había respondido: «Y tú eres la primera amiga que tengo desde que me quedé sin isla».

Vaiana se sonrojó, avergonzada. ¿Era todo mentira?

En las oscuras entrañas de la guarida del cazaespíritus había una docena de viajeros. Recordó la advertencia de Noe de que no se adentrara más de lo necesario. No quería que encontrara a las víctimas, quería ocultarle la verdad.

—Utilicé mis habilidades para salvar a mi pueblo —acabó respondiendo Noe, tras lo que pareció una eternidad—. Si hubiéramos encontrado una sola lágrima, los habría devuelto a la superficie y los habría curado, pero no lo conseguimos. Kanapi siempre me descubría y, cuando la maldición reclamaba los cuerpos, se los llevaba a su escondite, creando así una colección de mis fracasos.

—Pero ¿por qué no te fuiste con ellos? ¿Por qué los poseíste?

—Porque no todos los viajeros que encontré querían buscar las lágrimas de Te Fiti. —Noe apretó los dientes—. Y algunos de ellos sabían muy bien lo que yo era cuando llegaron a mi costa, así que no confiaron en mí.

—Me pregunto por qué —le espetó Vaiana. Entonces, se le ocurrió algo que la inquietó—. ¿Es eso lo que me habrías hecho a mí

también? Si no hubiera querido curar el corazón de Te Fiti, ¿me habrías poseído?

Hubo un largo silencio durante el cual el rostro de Noe fue indescifrable. Vaiana no estaba segura de que fuera a creerse la respuesta, pero aun así necesitaba oírla. Sin embargo, lo único que Noe dijo fue:

—A ti no puedo poseerte, Vaiana.

—Ajá —Vaiana entrecerró los ojos—. Supongo que no es porque hayas cambiado de opinión de repente, ¿verdad?

—No —reconoció Noe, y Vaiana se estremeció—. Cuando te conocí, un dios te había marcado, Te Kā te reclamaba. No puedo poseer tu cuerpo porque lo quiere ella.

Vaiana soltó un suspiro. Nunca pensó que se alegraría de estar maldita.

Entonces, le vino a la mente algo que había dicho Noe antes y le había llamado la atención.

—Esos viajeros, ¿cómo los encontraste?

—¿Cómo iba a encontrarlos? Mandé mi espíritu y atraje a los más cercanos. Al principio, muchos humanos navegaron hasta la caldera de Te Kā con la esperanza de encontrar el corazón de la diosa, pero no me resultó difícil cambiar su rumbo para llevarlos a mi isla.

A Vaiana le vinieron náuseas, aunque consiguió mantener el tono firme.

—Engañaste a esas personas, les robaste la vida. ¿Por qué?

Noe rio sarcásticamente.

—¿Qué iba a hacer, si no?, ¿buscar yo sola las lágrimas de Te Fiti? Créeme, lo intenté, pero Kanapi siempre me encontraba y me echaba de Lalotai. Entonces, ¿qué otra cosa podía haber hecho, Vaiana, esperar, rezar? Recé durante siglos, les supliqué a todos los dioses que conocía, rodeada de mi pueblo devastado, mirando a los

rostros de todos mis seres queridos a los que había fallado, y lo único que obtuve fue silencio. He dejado de rezar a los dioses para que me ayuden, ni tú ni yo los necesitamos. Podemos salvar nuestras islas nosotras mismas.

—¿Qué estás diciendo?

La chica fantasmal elevó los labios con gesto burlón.

—¿No es obvio? Tenías razón, formamos un buen equipo. Eso no tiene por qué cambiar. ¿Por qué no cogemos el corazón y lo usamos, tú y yo?

—¿Coger el corazón? —repitió Vaiana—. ¿Como hizo Maui?

Noe frunció los labios.

—A diferencia de él, yo no soy una semidiosa, Vaiana. No lo haría para vanagloriarme. ¿No te das cuenta? No necesitamos a Te Fiti ni a ninguno de los dioses. No tenemos que traerla de vuelta, si nosotras mismas poseemos el poder de la vida y la creación. Por fin podré salvar a todo el mundo yo sola.

Vaiana se llevó la mano al collar de su abuela. Se sentía atraída por las palabras de Noe, lo que avivaba su miedo. Si usaban el corazón, sin duda, protegería a ambos pueblos y podría dejar de temer por su isla. Podría navegar tranquilamente por el mar, sin miedo a los monstruos del otro lado del arrecife de su isla, pero...

Sabía que eso no estaba bien. No era el motivo por el que el océano le había entregado el corazón de Te Fiti, ni tampoco por lo que su abuela le había dicho que buscara a Noe.

Era su responsabilidad devolver el corazón por todos, no solo para salvar a su pueblo.

—No podemos hacer eso, Noe —dijo Vaiana, mirándola con tristeza—. No podemos quedarnos con el corazón. Así no vamos a recuperar a la diosa. No podemos actuar de ese modo.

Una nueva sensación de traición apagó la luz que había vuelto a la mirada de Noe, dejándola vacía. Apretó la mandíbula.

—¿Vas a decirme cuál es la forma correcta de actuar? ¿Tú? No me hagas reír. No conoces tu pasado ni tus leyendas y apenas sabes navegar. —Noe puso expresión burlona—. Y lo peor de todo es que eres demasiado débil para salvar a tu pueblo, incluso cuando se te dan todas las oportunidades. ¿Crees que el océano te dio el corazón para que lo devolvieras? ¿Por qué iba a hacer tal cosa? ¿Por qué iba a necesitarte a ti?

El viento se arremolinaba en torno a Noe a medida que su ira iba en aumento, levantando un ciclón que las envolvió a ambas. ¿Formaba parte de su poder o era simplemente lo que un espíritu podía hacer cuando se enfadaba? Vaiana no tenía ni idea.

Con los dientes apretados, extendió los brazos para protegerse del polvo y los escombros que volaban por todas partes, plantando con fuerza los pies en el suelo mientras la tormenta de Noe amenazaba con derribarla.

Lo cierto era que no sabía por qué el océano la había elegido. Maui pensaba que este quería que su pueblo volviera a navegar y que había recurrido a ella con la esperanza de que volviese a unir las islas. Pero ¿seguiría pensando lo mismo el semidiós? «Maui ya no está».

Y todo era culpa suya.

—No lo sé —susurró Vaiana, con el pecho lleno de vergüenza y angustia. Todo lo que Noe decía encajaba con lo que ella ya sospechaba: no era la elegida, el océano se había equivocado—. Pero...

Los ojos de Noe emitieron destellos plateados.

—Pero ¿qué, Vaiana?

—No puedes llevarte el corazón —dijo Vaiana, agarrando con fuerza el medallón de su abuela al recordar que tenía la piedra vidente de Noe. Sacó el cordón roto de la cinturilla de la falda y le mostró el colgante de basalto. «Es un recordatorio, para que nunca olvide el papel que cumplo en mi pueblo»—. Venga, Noe, te formaron para ser una anciana, una líder para tu pueblo. Ellos no querrían que hicieras esto. Ayúdame a recuperar a la diosa. Puedes cambiar tu destino ahora mismo, no dejes que una desgracia te diga quién eres.

De repente, el viento se calmó y comenzó a soplar suavemente alrededor de los tobillos de las dos chicas. Vaiana se preguntó si sus súplicas habían surtido efecto, si Noe entendía que no podían quedarse con el corazón.

Pero Noe bajó la mirada, apartándola del colgante de piedra que Vaiana sostenía.

—¿Qué sabes tú de mi pueblo? —dijo con un tono cortante—. Venga, dime. ¿Qué crees que pasará cuando regrese Te Fiti?, ¿crees que va a traer la paz?, ¿que va a acabar con la maldición que ella misma extendió? —Se le cayeron las lágrimas—. ¿Hará que vuelva mi pueblo, mi isla? Yo era su más fiel seguidora, Vaiana, y ella dejó que mi isla ardiera porque mi gente utilizó nuestra lágrima para salvarme, y eso hizo que se quedaran sin nada.

Vaiana no podía quitarse de la cabeza las palabras de Noe y afloró el recuerdo de cuando iban caminando juntas por el acantilado de Lalotai. «Nació un bebé con un pie en el mundo de los espíritus —le había contado Noe mientras contemplaban los corales de Lalotai y el mar del inframundo—. Los ancianos probaron todos los remedios que conocían, pero ninguno funcionó, así que, apoyados por el pueblo, decidieron utilizar la lágrima de nuestra isla».

—¿Aquel bebé eras tú? —preguntó Vaiana—. ¿El de la historia?

Noe levantó su larga trenza como respuesta y le enseñó el cuello a Vaiana, donde tenía una mancha en forma de lágrima.

—Nadie pensó que fuera a sobrevivir —dijo bajando la trenza—. Estaba a medio camino del mundo de los espíritus cuando los ancianos utilizaron la lágrima de la diosa para traerme de vuelta. Salvarme la vida la consumió entera y, aun así, no cambió nada, solo lo reforzó. Cuando nos enteramos de que se avecinaba la maldición, no pude devolver la lágrima a mi pueblo para salvarlo. Pero, como yo era una poderosa viajera de sueños, gracias a la esencia de Te Fiti podía enviar mi espíritu más lejos que cualquier otro anciano, así que fui a Lalotai yo sola para buscar las otras lágrimas de Te Fiti.

»Tenías razón: mi espíritu estaba fuera de mi cuerpo cuando llegó la maldición y arrasó con mi isla. Y no mentía cuando te dije que había encontrado las tres lágrimas en el reino de los monstruos. —Noe frunció el ceño—. No te imaginas lo emocionada que estaba por contárselo a todos, porque pensaba que había dado con nuestra salvación. No sabía que ya era demasiado tarde. —Su rostro estaba lleno de dolor—. Cuando regresé, estaba rodeada por los rostros de mi pueblo convertidos en piedra y mi cuerpo había sido consumido por el fuego. Mi espíritu solo sobrevivió porque yo no estaba allí.

—Lo siento, Noe —susurró Vaiana, y la chica fantasmal cerró los ojos. Recordó su sueño de Motunui destruido y sus padres desaparecidos. Aunque el sueño ya era horrible de por sí, Vaiana no se imaginaba lo que supondría encontrar sin vida los ojos de su madre, cubiertos de piedra—. Pero no podemos abandonar a su suerte a todos los demás para salvar solo tu isla, Noe. Nosotras podemos evitar que lo que te pasó vuelva a suceder. Solo tenemos que...

—No, Vaiana. Si no salvas a mi pueblo, no habrá ningún «nosotras» —dijo Noe sin inflexión alguna en la voz, con los ojos

brillantes. Su cuerpo se volvió vaporoso y luminoso súbitamente, expandiéndose en el viento como los demás espíritus que Vaiana había visto. Sin embargo, a diferencia de su abuela, con una forma perfecta y una tranquilizadora aura azul, Noe estaba cubierta por una mancha gris como si fuera ceniza, que envolvía sus miembros y su aura como una nube. Además, de sus brazos sobresalían unas venas negras—. Lo que haré en tal caso será quitarte el corazón de la diosa, elegida.

Vaiana dio un paso atrás, tratando de dejar espacio entre el fantasma cabreado y ella, pero tocó la pared con la espalda. No había escapatoria.

—No puedes quedarte el corazón, el océano me lo dio a mí.

—¿Y qué? No eres especial, Vaiana, es que no encontró a nadie más a quien dárselo.

Noe se abalanzó sobre ella, pero Vaiana se apartó de la pared. Tenía que encontrar a Kala; no estaba segura de si el guardián sería capaz de detener al fantasma, pero al menos serían dos contra uno.

Al intentar empujar a Noe para pasar, atravesó su cuerpo vaporoso, y se vio inundada por una oleada de frío que la empapó como un baño helado.

—¿Qué?

—¿Lo ves? —Noe soltó una carcajada al verla tropezar, pero fue una risa vacía, carente de vida—. ¿Cómo piensas detener a un fantasma? No sabes ni lo más esencial sobre los espíritus porque tu gente olvidó sus leyendas.

Vaiana echó a correr, pero algo intangible la agarró y tiró de ella, deteniéndola.

—¿Qué estás haciendo?

La chica fantasmal hacía ademanes en el aire mientras sus ojos brillaban como escamas plateadas.

—Siempre he tenido un pie en el mundo de los espíritus —advirtió Noe.

Vaiana reconoció el cántico que Noe susurraba y notó un nudo en el estómago. Quería adentrarse en el frondoso valle, pero sus manos y sus pies no la obedecían. No podía moverse.

—Has dicho que no podías poseerme.

—No necesito poseerte para mandar de viaje a tu espíritu.

—No puedes hacer esto. Por favor.

Noe tenía una expresión sombría.

—Debería haberlo hecho en cuanto pisaste mi isla, Vaiana de Motunui.

Vaiana sintió que algo se aflojaba en ella y se separaba de su estómago al tiempo que una oleada de frío invadía sus extremidades.

—Vaiana, Vaiana, Vaiana... —soplaba el viento a través de ella, llamándola por su nombre.

No, no era el viento. Era Noe separando su espíritu de su cuerpo. Lo sabía, pero...

El mundo se sacudió y se inclinó hacia ella cuando sus rodillas tocaron el suelo. Le temblaban las manos y de su estómago salía una luz azul que se extendía por la oscura cueva como si se hubiera desplegado una vela. Alargó la mano para atraparla —su espíritu—, pero falló. En su lugar, se oyó la piedra vidente de Noe caer contra el duro suelo y el disco de basalto se partió en dos.

«¡Vaiana, detente!».

—No... —murmuró Vaiana, desplomándose sobre la roca—. Por favor.

Se le cerraron los ojos. Sintió cómo se desvanecía la piedra que tenía debajo al tiempo que se le escapaba el aliento, dejando vacío su cuerpo.

Vaiana vio su cuerpo desde arriba, convertido en una simple cáscara, inmóvil en el suelo de la cueva.

—Al menos de esta manera puedo cumplir mi promesa —susurró Noe. Al volverse, Vaiana se encontró con la mirada decidida de la otra chica, que sostenía su espíritu en las manos—. Cuando la maldición consuma tu cuerpo, no podrá encontrar tu espíritu, por lo que no te devorará del todo. Te voy a enviar a un lugar seguro, a un sitio del que nadie escapa jamás. —Noe suavizó el gesto—. Lo siento, Vaiana. Ojalá hubieras podido ver las cosas desde mi perspectiva, pero...

«Deja que vuelva —intentó decir Vaiana, pero no le salían las palabras—. Puedes detener esto. Por favor».

Noe se mordió el labio.

—Tengo que salvarlos.

Entonces, soltó el espíritu de Vaiana, dejándolo caer lejos de su cuerpo.

Vaiana gritó en silencio mientras su espíritu atravesaba el suelo de la cueva y se hundía en una sinuosa oscuridad grisácea que la envolvió como un río.

Capítulo veinticuatro

El espíritu de Vaiana se hundió en la oscuridad. Intentó ascender, pero unas manos invisibles la agarraron por los hombros, los brazos y la cintura, y tiraron de ella. El agua se le metió en la boca mientras gritaba sin emitir sonido alguno y la fría corriente se la llevó, implacable.

«¿Y si no puedo alcanzar la superficie?», pensó Vaiana con una punzada de terror. Llevaba cayendo lo que le pareció una eternidad, hundiéndose de espaldas en una oscuridad acuosa.

Se le pasaron por la mente sus amigos y familiares. Vio a Maui sonriendo mientras aprendía un nuevo nudo, a su padre poniéndosela sobre los hombros con una mirada de orgullo y a su madre extendiendo los dedos para enseñarle a bailar con la misma gracia que ella...

«Les he fallado», pensó Vaiana en medio de la oscuridad mientras la vergüenza sumía su espíritu en las feroces profundidades. Su culpa y su miedo eran anzuelos que la alejaban cada vez más de Noe y de la superficie. Le faltaba el aire y la oscuridad que la rodeaba le hacía imposible ver nada.

El frío procedía de todas partes, congelando a Vaiana desde el interior.

Entonces, se liberó de la corriente.

Las extremidades se le agitaban en el aire y sus brazos giraban como aspas mientras caía en picado. Respiró hondo con ansia y un aire rancio invadió sus pulmones, cargado de moho, ceniza y musgo. Al arriesgarse a abrir los ojos, vio una cueva quemada justo antes de caer con fuerza al agua gris que tenía debajo y soltó un alarido.

El agua le cubrió la cabeza y tocó el suelo de la cueva, levantando arena y sedimentos al flotar hacia la superficie.

Jadeando, Vaiana se incorporó, sacudiéndose el agua y los residuos del pelo. Estaba en una poza dentro de una cueva. Y su brazo...

Lo sentía ligero: la roca volcánica que cubría su piel había desaparecido. Levantó su brazo maldito y dobló el codo, pero no notó el roce de ninguna piedra. Vaiana se mordió el labio, sin saber bien qué pensar. ¿Cómo podía haber desaparecido su maldición? ¿Dónde se encontraba?

Estaba demasiado oscuro para ver nada. Caían cenizas al agua y se alejaban de la orilla flotando, arremolinándose a su alrededor, y olía a leña.

—¿Hola? —Su voz resonó en la piedra, devolviéndole un susurro que semejaba el murmullo de las olas.

Apoyándose en una mano, salió del agua. Bajo sus pies, notaba una arena suave, cubierta por las cenizas de un fuego apagado hacía mucho. Levantó la vista y, tras dejar que sus ojos se adaptaran a las tinieblas de la cueva, vio ante ella el casco de una embarcación calcinado, semihundido en la arena y las cenizas. Más adelante, yacía una vela que había corrido la misma suerte, hecha jirones y llena de agujeros.

Vaiana dio un paso atrás al darse cuenta de lo que estaba viendo: los restos carbonizados de una docena de canoas.

Estaba en la cueva secreta de Motunui, la que estaba llena de las embarcaciones de sus ancestros de la que su abuela le había hablado.

«¿Cómo?».

Si Noe había sacado su espíritu de su cuerpo y lo había expulsado, ¿cómo iba a estar en Motunui? Miró a su espalda. ¿Y por qué su isla parecía diferente?

En la cueva reinaba una oscuridad absoluta donde tiempo atrás había habido una abertura que conducía al mar. Sin embargo, en esos momentos, una pared cerraba la salida, impidiendo que entrara la luz o el agua. Hasta la poza de la cueva era menos profunda, pues el nivel del agua había bajado y dejaba más arena al descubierto. Vaiana tragó saliva, nerviosa.

Si estaba en Motunui, tenía que encontrar a sus padres.

Avanzó a tientas en la oscuridad para escapar de la cueva. Las antorchas que otrora flanqueaban la entrada habían desaparecido y, cuando por fin alcanzó la luz grisácea que se colaba en la cueva, tenía las manos llenas de hollín de haber palpado las paredes.

«Debería haber quemado esos barcos hace mucho tiempo», había dicho su padre la última vez que lo vio. Vaiana se quedó mirando sus manos manchadas y torció el gesto por el olor a quemado. Su padre se había dirigido a la cueva con una antorcha tras encontrar el bastón de su abuela.

¿Habría cumplido su amenaza después de que ella se marchara?

Vaiana descendió por la colina cubierta de hierba. De niña, había recorrido toda la isla y conocía cada hoja, cada piedra y cada fruto como la palma de su mano. Sin embargo, de repente, sintió en lo más profundo que algo no marchaba como debía mientras dejaba que la colina guiara sus pasos hasta su aldea.

Por entre los árboles, se vislumbraban las siluetas de los *fales* agrupados, pero el bosque era más claro que antes y habían talado el cocotal que había visto crecer a lo largo de los años, por lo que solo quedaba un hoyo lleno de barro. Y también le resultó curioso que no se vieran pájaros volando en círculos ni movimiento alguno entre los *fales*, ni tampoco a ninguno de los habitantes de su pueblo, pero sí que se veía la luz de unas antorchas alrededor de las casas que proyectaban unas extrañas sombras en la arena.

Era Motunui y, a la vez, no lo era.

La aldea se hallaba entre colinas sombrías y árboles consumidos. Los *fales*, de tonos grises, estaban encajados en la cuenca del valle como piedras enterradas: el gran *fale*, el lugar donde se reunían todos para escuchar a su padre, el jefe; el *fale* donde se cocinaba, algo en lo que todos colaboraban, y el *marae*, el espacio sagrado al cuidado de su abuela, que se encargaba de mantener limpio de musgo el muro de piedra.

De todos modos, los *fales* se estaban deteriorando, y sus hojas, pudriéndose. Las colinas por las que se deslizaba de niña se habían vuelto yermas, las *naunau* que recogía para hacer medicinas estaban cubiertas de arena oscura y la tierra quedaba cubierta de rocas en lugar de los árboles a los que solía subir.

La maldición de Te Kā había llegado a Motunui, su isla. El corazón le latía con fuerza. Había llegado demasiado tarde.

Y, sin embargo...

Vaiana avanzó sigilosamente hacia el lejano resplandor de las antorchas. Si la maldición había alcanzado su aldea, ¿quién las había encendido? Tenían carne seca de la nuez *kukui* fijadas, pues las llamas se alimentaban de su aceite, por lo que alguien tenía que haber prendido esos fuegos hacía poco.

Vaiana atravesó las numerosas cabañas y entró en la amplia calle principal de su aldea. A lo lejos, los jardines escalonados se veían oscuros, pues sus plantas se habían vuelto tan grises como las casas que la rodeaban. Tragó saliva con dificultad. Todo en Motunui estaba teñido de un tono sombrío debido a la luz cenicienta del crepúsculo que cubría el cielo.

¿Dónde estaba todo el mundo? Motunui no solía estar tan tranquilo. ¿Dónde estaban los niños, los tíos, las tías? ¿Dónde estaban sus padres?

—¿Mamá? ¿Papá?

Iluminada por las antorchas de su aldea, Vaiana sabía que su piel debería estar caliente, pero notaba el frío de las llamas en la espalda mientras giraba lentamente en círculo observando su isla...

Se quedó paralizada al darse cuenta de dos cosas.

Una, a pesar de las llamas que la rodeaban, no tenía sombra. Y, dos, en la playa, se alzaba un imponente dique, cuyas piedras eran tan negras como la obsidiana y se elevaban hacia el cielo como una montaña.

Vaiana se dirigió a la playa y, al acercarse, tuvo que estirar el cuello para abarcar el muro. Incluso entonces se vio obligada a arrodillarse en la arena gris para ver el final. Nunca había visto tal cosa; a su pueblo le habría llevado años construir algo semejante.

—¡Seguid levantándolo! —Aquella voz que Vaiana había oído desde que estaba aprendiendo a gatear retumbó en la arena gris. «¿Papá?».

Su padre estaba en medio de las dunas de la playa con unas piedras blancas enormes bajo los brazos. Vaiana sintió un pinchazo en el corazón al dar un paso hacia él. Entonces vio su mandíbula demacrada y sus pómulos hundidos. Además, su cabello negro se había vuelto plateado. ¿Cómo? «No llevo fuera tanto tiempo».

Su padre parecía veinte años mayor que la última vez que lo había visto. «Imposible».

Sin embargo, cuanto más lo observaba Vaiana desde el otro lado de la playa, más convencida estaba. Era su padre y la isla, Motunui.

Cuando Noe había sacado su espíritu del cuerpo, la había arrojado a la oscuridad bajo Lalotai. Entonces, ¿qué era aquel lugar?, ¿en qué época estaba? ¿Era una visión del futuro de su isla... o de verdad llegaba veinte años tarde para salvar a su pueblo?

Observó que su padre le daba las pesadas piedras a un vecino del pueblo que ella conocía. Este subió por una alta escalera hasta la cima del muro y las colocó allí. Al instante, se extendió por ellas una intensa oscuridad, propagándose como...

La maldición.

Vaiana se sintió embargada por la inquietud al ver que las piedras manchadas se mezclaban con el resto del dique y tuvo una espantosa revelación.

Lentamente, Vaiana se alejó de su padre, de los vecinos y del enorme muro que habían levantado. Aunque se tropezaba por la arena, era incapaz de apartar la mirada. Recorrió con los ojos el perímetro del gigantesco dique, que bordeaba la playa y desaparecía de su vista. Aun así, Vaiana no tenía ninguna duda de que aquellas piedras negras rodeaban toda Motunui.

Después de que ella se marchara, su padre quemó las canoas y orquestó la construcción del muro.

Para detener la maldición. Para detener el océano.

«Tenemos una regla», solía decir su padre con los ojos como nubes de tormenta cada vez que contemplaba el vasto océano.

—No cruzar el arrecife —susurró Vaiana.

Después de que ella se marchara, su padre había hecho construir un muro parar cerrar el paso al océano, asegurándose de que nadie

pudiera volver a irse jamás.

Capítulo veinticinco

Vaiana huyó hacia las sombras del bosque de Motunui, esquivando a los lugareños.

No podía quitarse de la cabeza la dura mirada de su padre. Sentía como si el pecho se le estuviera hundiendo, aplastándole el corazón, y una incómoda certeza la persiguió hasta los oscuros bosques de la isla.

Su padre solo habría levantado aquel muro de haber creído que ella no iba a volver.

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, desdibujando el suelo del bosque, y Vaiana se las secó presionándose el rostro con las palmas.

«¿Qué se supone que he de hacer ahora?». ¿Cómo iba a mirar a la cara a su padre sabiendo que él pensaba que había muerto? Deseaba poder aliviar aquel dolor que sentía en lo más profundo de su ser y lanzarse a los brazos de él, pero estaba avergonzaba. «Todo esto es culpa mía».

No soportaba tanta humillación, tristeza y confusión. Ni siquiera sabía dónde estaba ni en qué momento, pero sabía quién era la única persona en la que podía confiar, cuya sonrisa comprensiva aliviaría la pena que la atormentaba y hacía rodar lágrimas por sus mejillas.

—Mamá —susurró Vaiana, esquivando los pocos árboles que poblaban el bosque en dirección a su *fale*. Sin embargo, cuando regresó a la aldea, nada estaba donde debía y una sensación de inquietud le recorrió la espalda.

El gran *fale* parecía... más pequeño y no había tantas casas como recordaba al otro lado de los árboles. ¿Qué había sido de las familias?

Al ver humo saliendo de un *fale* cercano, se asomó por una ventana abierta. Un pequeño grupo de gente sudaba bajo el calor sofocante de la cocina. Vaiana sintió nostalgia al verlos. El *fale* donde se cocinaba había sido el último lugar donde había estado antes de marcharse de la isla.

Recordó que su madre la había encontrado y la había mirado con los ojos muy abiertos, así como el miedo que había sentido al preguntarse si esta iba a avisar a su padre. Sin embargo, su madre se había arrodillado a su lado y había comenzado a recoger provisiones mientras las lágrimas le empañaban los ojos. Sabía muy bien lo que Vaiana iba a necesitar y la había ayudado.

Sin darse cuenta, Vaiana se llevó la mano a la mejilla, al punto exacto donde su madre la había acariciado antes de despedirse con un abrazo. «Te quiero*. Ia manuia le malaga*, Vaiana».

«Que tengas buen viaje». Vaiana se secó las lágrimas que acababan de escapársele. El *fale* estaba casi vacío; no había nada en los escalones y estantes de piedra donde se almacenaban calabazas llenas de comida. ¿Qué había pasado? Vaiana pasó la vista de las paredes desnudas a los habitantes del pueblo y las hojas que habían recogido. En silencio, cortaban unas plantas anchas de punta afilada y las echaban a una pila: *'ape*. Se estremeció al verlos meter el *'ape* bajo tierra para cocinarlo.

Su padre le había mostrado aquellas plantas tan frondosas del bosque al cumplir trece años. «Si alguna vez nos fallan las cosechas, esto es de lo que se alimentará nuestra isla —le había dicho frotando la brillante hoja entre sus dedos. Se habían quedado a la sombra mientras él cavaba la tierra alrededor de las raíces, dejando al descubierto el bulbo—. Pero, recuerda, nuestra gente no puede comerlo durante mucho tiempo».

«¿Por qué?».

«Aunque alimenta, también es malo para el estómago y causa enfermedades —le había advertido su padre, dándole una palmadita en el hombro, y después se alejó de las altas plantas de *ʻape*—. Es un alimento para tiempos de hambruna».

En aquel entonces, Vaiana había asentido. Creía que en su isla nunca habría escasez, por lo que estaba segura de que jamás tendría que alimentar a su pueblo con veneno para que sobreviviera.

A los trece años, no podía imaginar que algún día los cocos que cosechaban les darían cenizas en lugar de agua ni que sus trampas para peces no se llenarían. Sin embargo, Te Kā —Te Fiti— había reducido el océano a un montón de cenizas, incluida su isla.

En esos momentos, el humo del *ʻape* llenaba el *fale* que hacía las veces de cocina, humedeciendo la frente de los isleños.

«Tengo que encontrar a mi madre», pensó Vaiana mientras se alejaba a trompicones del *fale*. Se escondió entre las sombras de las casas del pueblo hasta que vio la suya y entró corriendo por la puerta abierta.

—¿Mamá?

Buscó desesperada por toda la casa, pero estaba vacía; solo había telarañas. Sus lágrimas caían sobre la piedra, aunque no estaba segura de cuándo había empezado a llorar de nuevo, e intentó ahuyentar su tristeza para pensar. ¿Dónde estaría su madre?

Se quedó mirando la intensa luz del fuego que iluminaba su aldea, atenazada por el miedo. Pensó en el rostro envejecido de su padre y en cómo destacaba sobre todos los demás vecinos. Siempre había sido un símbolo de fuerza para ella, pero en esos momentos mostraba una marcada dureza hasta entonces no vista.

¿Le habría pasado algo a su madre? A Vaiana se le encogió el corazón. ¿Explicaría eso que su padre, el jefe Tui, tuviese un semblante tan adusto y el pelo gris y desgreñado? Siempre había presumido de su espesa melena oscura, incluso se había reído cuando ella se quejaba de la suya porque se le soltaban las trenzas que se hacía y le había dicho que debía sentirse orgullosa.

«Nuestro cabello es un signo de nuestra fuerza —le había explicado, ayudándola a peinar sus rizos con un peine de madera de teca, cuyas largas púas estaban adornadas con elaborados grabados —. Recuerda, tu cabello te dará la fuerza que necesitarás para ser jefa algún día». Vaiana se había aferrado a aquellas palabras y a la seguridad que su padre le había transmitido.

En su casa, vio aquel mismo peine, desgastado por el uso; algunos de sus grabados se habían desvanecido con el tiempo. Mantuvo la mirada fija en él mientras el corazón le latía con fuerza, encogiéndose como un puño.

Estaba empeñada en encontrar a su madre. Ella la ayudaría, su madre sabría qué hacer.

Salió a toda prisa de casa y echó a correr por la calle en dirección a los demás *fales* abiertos en busca de su madre. Ya no le importaba que la vieran. La luz de las antorchas se reflejaba en su rostro y, luego, se desvanecía en una oscuridad absoluta mientras se dirigía al gran *fale*.

Al ver su enorme puerta arqueada, aminoró el paso. La última vez que había estado allí, habían dejado sobre una estera a su abuela, a

la que le costaba respirar. «Vete», le había susurrado Tala, pero ella había negado con la cabeza. «Ahora no, no puedo».

«Debes hacerlo. El océano te eligió».

Ignorando aquellas palabras que tanto le pesaban, obligó a sus pies a entrar en el *fale*, donde la arrolló como una ola el recuerdo de los últimos momentos de su abuela, que pareció intensificarse.

Se vio invadida por un hedor a enfermedad. Había más de una docena de esteras dispuestas en fila, ocupando toda la longitud del gran *fale*, el lugar de reunión de su pueblo. ¿Qué había pasado? ¿Cómo podía haber tantos vecinos enfermos? ¿Se debía a que habían comido *'ape*? A Vaiana se le encogió el estómago. O...

Vaiana trató de comprender lo que estaba viendo y no paró de girar la cabeza hasta que por fin vio a su madre, a la que reconoció por su postura, y es que siempre había sido la bailarina más elegante del pueblo. Le habían contado que había cautivado a su padre bailando y que él se había enamorado de ella en ese mismo instante.

Al verla allí agachada entre las esteras, Vaiana estuvo al borde del llanto. Al igual que su padre, Sina tenía mechones blancos en la trenza y, si bien sus manos eran igual de ágiles, en su rostro y su figura se notaba el paso del tiempo. Tenía la clavícula extendida hacia los vecinos enfermos, tensa como una cuerda.

Sin embargo, a pesar de su frágil estado, su madre y un pequeño grupo de gente no paraban de ayudar a los habitantes de la isla, que yacían en el suelo. Estaban agolpados alrededor de estos y les limpiaban el sudor de la frente con paños húmedos.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Vaiana sin poder evitarlo. Acercándose, se puso de puntillas para ver qué le había ocurrido a su pueblo. Solo cuando su madre se apartó de una de las esteras,

vio lo que le sucedía a la gente: una mancha negra cubría sus brazos y manos como si fuera ceniza.

La maldición.

Vaiana empezó a temblar, recorriendo el *fale* con la mirada. Aquellas personas no estaban ahí por haber comido *'ape*, sino por la maldición de Te Kā, a pesar del dique que había construido su padre.

Tenían las manos negras por culpa del ser ardiente y la mancha se les extendía por el torso y los brazos. ¿Acaso al subir por aquella pared negra se habían expuesto a la maldición de la diosa, quedando carbonizados? Vaiana se mordió el labio. ¿Importaba? Su pueblo se había visto afectado por la maldición de Te Kā y ella ya no tenía el corazón de Te Fiti.

«Es culpa mía». La vergüenza le atenazó la garganta. «Si hubiera escuchado a Maui, si hubiera ido con Noe y le hubiera dejado coger el corazón, si hubiera hecho lo que el océano me dijo...».

Vaiana no paraba de darle vueltas a la cabeza, con la respiración cada vez más acelerada. De pie en la entrada del *fale*, enmarcada por la luz de las antorchas, esperó a que su madre la viera. Pero ¿qué iba a decirle? ¿Debía siquiera molestarse en saludarla? ¿Debía arrodillarse y pedir perdón?

Cuando por fin su madre se dio la vuelta, Vaiana se sintió más animada, pero entonces vio las cenizas de su muñeca a modo de brazalete de hierba. Aunque la marca de Te Kā quedaba oculta por un vendaje apretado, sobresalía por los bordes.

—No, no... —susurró Vaiana, y dio tres pasos vacilantes hasta que por fin se encontró con la mirada de su madre—. Lo siento.

Su disculpa se le atragantó al ver que ella se daba la vuelta, con sus ojos tristes ya fijos en la siguiente víctima de la maldición. Vaiana intentó ignorar la angustia que le producía su mirada vacía.

—¿Mamá? —dijo alzando la voz lo suficiente para que se la oyera, pero sin molestar a quienes estaban en las esteras—. ¿Mamá? —Esa vez, no pudo mantener la voz firme.

Le bullía la sangre. Aquello tenía que ser un sueño, una visión errónea. Era incapaz de soportar el silencio que se extendía entre su madre y ella. ¿De verdad no podía verla, oírla?

Vaiana miró a los demás vecinos, pero ninguno se volvió, ninguno reaccionó en modo alguno. Corrió hacia su madre y la agarró del codo.

—¿Mamá?

Pero atravesó el aire, el rostro de su madre como si su mano fuese la de un fantasma.

—¿Qué es esto? —susurró Vaiana, dando un traspiés al retroceder. Observó cómo se sacudía aquel mundo gris, reajustándose a la ondulación que ella había dejado en el codo de su madre.

Tenía que tratarse de otra pesadilla.

Le subía un grito por la garganta, suplicando que lo liberase, justo cuando su padre apareció en la puerta del gran *fale*.

—¿Papá?

Él no respondió. Vaiana lo vio dirigirse directamente a su madre, que se dio la vuelta.

—¿Cómo están? —preguntó él en voz baja, y la familiaridad de su grave timbre afectó a Vaiana, haciéndola dudar. Quizá no fuera un sueño al fin y al cabo: era la voz de su padre.

—No mejoran —dijo su madre, tratando de agarrarle la mano—. Ninguna de las hierbas medicinales que hemos usado ha surtido efecto y la marca sube cada día más. Tal vez deberíamos considerar otra opción, otro camino...

—No, Sina —la interrumpió su padre, zafándose de ella—. No quiero ni oír hablar de ello, sabes que no podemos irnos. —La pena

se reflejaba en los rostros de ambos, pero a su padre se le iluminaron los ojos al centrarse en el dique que se alzaba fuera del gran *fale*, visible incluso desde allí. Entonces, su angustia pareció desvanecerse, dando paso a una determinación inquebrantable—. El muro nos mantiene a salvo —murmuró, y sus palabras le recorrieron la espalda a Vaiana, pues ya le había oído antes ese tono inseguro y supo lo que su padre quería decir en realidad.

No sabía si el muro surtiría efecto, pero había decidido creerlo así y se aferraba a esa creencia.

Su madre asintió distraídamente mientras se frotaba el vendaje que llevaba en su muñeca maltrecha y el jefe Tui suavizó el gesto.

—Sabes que es la única manera.

Vaiana no podía seguir escuchando. Salió corriendo de la cabaña a duras penas. ¿Qué le había hecho Noe?

Kala había dicho que la chica podía obligar a otros espíritus a emprender un viaje y mandarlos lejos de su cuerpo. Sin embargo, donde se encontraba no daba la impresión de ser una cueva remota en Lalotai. Era su isla.

Aun así, no podía tratarse de la verdadera Motunui. No llevaba fuera ni un mes, aquella no podía ser su isla, ni su futuro, eso le decía su cabeza, incapaz de afrontar la posibilidad de que lo fuera. Tenía que tratarse de un truco.

Vaiana huyó de la aldea, dejándose llevar por sus pies de vuelta a las montañas. Sus padres aparecieron en su visión: la mirada cansada de su madre y su muñeca maltrecha, la mandíbula tensa de su padre y su expresión abatida.

—No —susurró, apartando esas imágenes de su mente. Solo tenía que encontrar una forma de salir de ese lugar y volver a Lalotai y a su cuerpo, donde aún podía impedir que la maldición devorara el

océano y a su pueblo—. Aún tengo tiempo —se dijo, aferrándose a esa idea.

Corrió hacia la cima de la montaña, tropezándose por las prisas. Estaba a punto de llegar a la cueva donde se encontraban las canoas quemadas de sus ancestros cuando se detuvo de repente.

Se dio la vuelta y miró a su alrededor, pues notaba unos ojos clavados en su espalda, observándola. Por entre los árboles, se colaba una extraña luz, bañando el mundo que la rodeaba en tonos grisáceos y negruzcos.

—¿Quién hay ahí?

Vaiana se detuvo frente al acantilado y miró hacia abajo, a través de los árboles, hacia el vertiginoso precipicio. Por la ladera de la montaña, solo vio troncos y trozos de basalto caídos, pero no soplaba viento y el bosque también estaba inquietantemente en calma.

Ningún animal ni insecto correteaba por las rocas o los árboles, y ningún lagarto chirriaba entre las ramas. Se humedeció los labios, cada vez más inquieta. Aunque no veía a nadie, era incapaz de relajar la mandíbula.

«Alguien me está observando». Estaba segura de ello.

Vaiana dirigió la vista al mar, esperando ver el colorido horizonte del océano. Quizá fuera eso lo que había sentido. Sin embargo, incluso ahí el dique le impedía ver el agua. Apretó los labios; no podía oír su llamada.

Soltando lentamente el aire, Vaiana regresó al camino de basalto. En lugar de continuar en dirección a la cueva de sus ancestros, se desvió hacia la cima de la montaña. Allí arriba, los árboles y las rocas serían menos densos y podría ver quién la seguía.

¿Sería Noe?

Lo dudaba; lo más probable era que la chica fantasma ya se hubiese olvidado de ella, pues había visto en sus oscuros ojos lo traicionada que se había sentido tras rechazar su oferta de usar juntas el corazón de Te Fiti. Se habría quitado el corazón del cuello y habría partido hacia la caldera de Te Kā. Adiós a lo de ser su primera amiga en mil años.

A diferencia de ella, Noe conseguiría salvar su isla. Al darse cuenta de ello, Vaiana apretó los puños con rabia.

Cuando por fin llegó a la cima de la montaña, la hierba seca crujía bajo ella, clavándose en sus pies descalzos. Se detuvo ante el altar de piedra que había allí, cuyas viejas rocas se habían agrietado desde la última vez que las había visto y el musgo que cubría las más antiguas había muerto.

«Este es un lugar sagrado, el sitio de los jefes —le había dicho su padre con su grave voz, preñada de orgullo por ella y sus ancestros —. Llegará un momento en que subirás a esta cima y colocarás una piedra en esta montaña, como hice yo, como hizo mi padre, y su padre, y todos los jefes que ha habido. Y, ese día, cuando pongas tu piedra, harás crecer esta isla aún más».

Vaiana sintió un nudo en la garganta. «Lo siento, papá».

Nunca había tenido la oportunidad de hacer crecer su isla. Pensaba que enseñaría a su pueblo a navegar y que volverían a cruzar el gran océano. Cerró los ojos mientras la voz de su padre resonaba en su interior. «Tú eres el futuro de nuestro pueblo, Vaiana».

El recuerdo casi destroza a Vaiana. Ese lugar sagrado, el legado de sus ancestros, había caído en desgracia. «Ahora no», pensó, tragándose el dolor.

Se volvió hacia el camino de basalto que tenía detrás, esperando ver quién aparecería. Su vergüenza dio paso a la expectación, el

miedo y una cierta esperanza, por pequeña que fuese.

Y es que, si alguien la seguía, significaba que podía verla. Si daba la cara, tal vez obtendría algunas respuestas sobre dónde había enviado Noe su espíritu y cómo regresar a su cuerpo.

Observó el camino de la montaña en silencio: los árboles de la linde del bosque de Motunui se habían vuelto puntiagudos y desiguales. No tuvo que esperar mucho antes de que unos profundos ojos castaños la miraran fijamente por entre las hojas.

Vaiana le sostuvo la mirada. Había empezado a levantar las manos, con la intención de hacerle señas a la figura para que se acercara, cuando esta abrió los ojos de par en par.

En ellos, Vaiana vio sorpresa y, enseguida, miedo.

«Anda que eso no es sospechoso».

Vaiana se adelantó con las manos extendidas, como si se acercara a un jabalí. «No corras», pensó.

Sin embargo, cuando dio otro paso, la figura se metió en el bosque y huyó por entre los árboles grises.

Capítulo veintiséis

Vaiana persiguió a la figura mientras la hierba seca se le clavaba en los pies.

—¡Oye! ¡Vuelve! —Bajó corriendo por la ladera, apartando helechos y follaje, pero la figura esquivaba a toda velocidad las ramas bajas de las higueras y el follaje del bosque—. ¡Solo quiero hablar!

Sin embargo, la figura no se volvió. Trepó por las gruesas raíces, tratando de ocultarse entre las sombras de Motunui.

Vaiana apretó los dientes. ¿Quién se creía que era? Esa era su isla, no podía esconderse de ella ahí. Era la hija del jefe y conocía todos los caminos y senderos de Motunui.

Se adentró en la espesa vegetación del bosque y atravesó a toda velocidad una plantación de *'ape* ya recolectada, cuyas enormes hojas apartó con los hombros. Aunque ya no veía la figura, tampoco le preocupaba.

Pasos. Los oía a toda velocidad. Alguien se aproximaba.

Vaiana atravesó el bosque, abriéndose camino entre las hojas y las ramas con los brazos en cruz para protegerse la cara, y saltó delante del desconocido. Aterrizó en un montón de hojas cortadas, cerrándole el paso.

Un joven gritó con sorpresa y a Vaiana se le dibujó una sonrisa.

—Te pillé.

El joven se detuvo derrapando para no chocar con ella, levantando tierra. A Vaiana se le borró la sonrisa al ver que solo era un niño, otro isleño.

Era alto y delgado y llevaba el pelo recogido en un moño alto, lo que resaltaba su prominente nariz y sus cejas. A Vaiana le recordó a un halcón por sus rasgos. Él no la miraba a los ojos y tenía los hombros encorvados y los puños apretados a los lados con nerviosismo.

—¿Puedes verme?

—Sí —dijo Vaiana rodeándolo. Qué raro. Conocía a todos los habitantes del pueblo, pero él no le sonaba de nada, y eso que parecía tener su edad—. Y tú, ¿puedes verme a mí?

El chico asintió con la cabeza.

—¿Por qué me seguías?

Él frunció el ceño.

—Porque estabas rondando por ahí.

—No sabía que no podían verme.

—Sí, por eso parecías sospechosa —dijo el chico, mirándola con recelo—. Bueno, ¿quién eres? ¿Por qué estás aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo. —¿Quién se creía que era para interrogarla?—. Soy Vaiana de Motunui y esta es mi isla. Si alguien no tiene que estar aquí ese eres tú. No me suenas de nada.

—¿Vaiana? —El chico se sonrojó—. Eres la hija del jefe. Entonces, ¿por qué te escondías?

«No podía mirarlos a la cara». Vaiana se tragó la verdad mientras notaba una nueva oleada de culpa en el estómago, borrando de un plumazo su fanfarronería.

—Porque piensan que estoy muerta —respondió con voz apagada.

El chico enarcó una ceja.

—¿Lo estás?

—No —se apresuró a responder antes de que la duda se apoderara de ella, aunque lo cierto era que no lo sabía.

Noe la había sostenido entre sus manos y separado su espíritu de su cuerpo, desenrollando su luz como una cuerda...

Y luego lo había lanzado lejos.

—Eh... —El chico la miró con una sonrisa socarrona—. No pareces muy segura.

—La verdad es que no lo sé —confesó ella con el labio tembloroso —. ¿Estás muerto, tú?

La sonrisa del chico se desvaneció.

—Sí.

—Ah. —Vaiana sintió que un escalofrío le recorría la espalda; quizá ella también lo estuviese—. Lo siento.

—¿Por qué? No es culpa tuya. —El chico soltó una risa áspera que para nada encajaba con su juventud—. Es culpa mía.

Vaiana no supo qué responder. Veía la tristeza en los oscuros ojos del chico, profundos e insondables, a pesar del severo gesto de su boca. ¿Por eso no lo reconocía? Repasó mentalmente todos los nombres de los niños que habían muerto en su pueblo, pero no recordaba a ningún adolescente.

—¿Cómo te llamas?

—Afā.

—¿Por qué no te reconozco?

Afā se estremeció.

—Porque morí antes de que tú nacieras, Vaiana. Nunca nos hemos visto. Pero conocía a tu padre.

—¿De verdad?

—Sí, Tui y yo... —Se interrumpió y volvió la vista al dique, por lo que Vaiana supo con quién estaba hablando antes de que Afā añadiera—: Éramos mejores amigos cuando ocurrió el accidente.

«Su mejor amigo le suplicó que lo subiera a ese barco. Tu padre no pudo salvarlo», le había dicho su madre mientras le acariciaba la mejilla al contarle la historia sobre el amigo de su padre.

Afā.

—Te ahogaste. —Vaiana le daba vueltas a la historia. «Porque él era como tú, se sentía atraído por el océano», le había dicho su madre con los ojos brillantes por la preocupación y el miedo. «Cogió una canoa de la orilla, Vaiana. Al cruzar el arrecife, se encontró con un mar implacable con olas como montañas».

—¿Te lo contó él, eh? —dijo Afā, dirigiéndose a las montañas por las que había bajado corriendo.

Vaiana se mordió la lengua. «Me lo contó mi madre». Probablemente, le dolería saber que su padre nunca había hablado de él, que ni siquiera lo había mencionado.

—Entonces, ¿este es el mundo de los espíritus?

Habían entrado en un claro lleno de helechos y follaje marchito, cuyas hojas Vaiana apartó. Esperó aguantando la respiración hasta que Afā respondió en voz baja:

—No. —Antes de que Vaiana pudiera disfrutar de la buena noticia de que, en realidad, no estaba muerta, él añadió—: Hui del mundo de los espíritus cuando vi a nuestros ancestros esperándome. Aún no podía enfrentarme a ellos. Supongo que podría decirse que tú y yo nos parecemos en ese sentido. —En su rostro se reflejaba una vergüenza que ella conocía bien—. No sé muy bien qué es este sitio, pero lo encontré poco después de morir..., bueno, más bien fue este sitio el que me encontró a mí.

Giraba distraídamente una hoja suelta entre los dedos, pero sus afectuosos ojos castaños brillaban como el ámbar y evadían la mirada inquisitiva de Vaiana.

—¿Qué significa eso?

—Cuando salí del mundo espiritual, me vi en esta Motunui, arrastrado hasta aquí. Por eso llamo a este lugar Tai Matala.

«Corriente de resaca». Vaiana miró a su alrededor. Recordó cómo se había hundido en el suelo después de que Noe se llevara su espíritu y cómo había sentido que la agarraban unas manos invisibles, como si la empujaran hacia una ola oscura. Se estremeció, entendiendo muy bien por qué había elegido ese nombre.

—¿No hay nadie más aquí?

Afā negó con la cabeza, con la mirada baja y distante.

—Quiero decir que eres la primera persona real con la que hablo desde que se me hundió la cabeza bajo las olas. Los demás isleños son... sombras, supongo. No pueden vernos ni oírnos.

—¿Llevas aquí solo desde que moriste? —La cruda realidad de Afā le cayó a Vaiana como un jarro de agua fría. Afā había muerto cuando su padre y él eran adolescentes, y su padre ya era un anciano, por lo que habían pasado décadas—. ¿Todo este tiempo?

Afā se encogió de hombros y soltó la hoja que estaba girando.

—Sí. —Se le quebró la voz y comenzó a caminar por el sendero de la montaña, alterado por las preguntas.

—Es horrible —dijo Vaiana—. Lo siento, Afā. Pero tú eres un espíritu, ¿verdad?, ¿no puedes marcharte y ya está?

Habían llegado a la zona donde había unas rocas derrumbadas que dominaba Motunui. Afā posó los ojos con tristeza en el pueblo que se extendía a sus pies y en el dique que rodeaba la isla.

—No —respondió—. No puedo escapar de este lugar, no sé por qué. —Señaló la playa—. Cuando llegué por primera vez a Tai Matala, pensé que había conseguido regresar a mi cuerpo, que el mar me había arrastrado hasta la orilla, pero...

—¿Notaste que algo no iba bien?

Afā asintió.

—Incluso antes de localizar a Tui e intentar decirle que había regresado, sabía que la luz aquí era... diferente. —Levantó una mano y la movió hacia un lado, pero, hiciera lo que hiciera, no proyectaba sombra alguna.

Vaiana también levantó una mano, aunque ya sabía que ella tampoco tenía sombra. Alzó la vista. Sobre su cabeza, el cielo era una manta de nubes grises impenetrables que flotaban sobre ellos como espuma marina. «Una oscuridad perpetua».

Vaiana dio un respingo al tener una ocurrencia. ¿Habría enviado Noe a su espíritu al reino de la oscuridad? Aunque hubiese arrojado su espíritu bajo Lalotai, ¿de verdad le habría hecho eso después de todo lo que habían pasado juntas?

Por otra parte, la chica fantasma había dicho que la mandaba a un sitio del que ningún mortal había logrado escapar.

Vaiana cerró los ojos. Lentamente, dio un paso para alejarse del precipicio.

—¿Vaiana?

Afā la llamó, pero ella no se dio la vuelta. El chico apretó el paso, siguiéndola mientras ella corría hacia la cueva donde estaban escondidas las canoas de sus ancestros.

Tal vez hubiera pasado algo por alto. Tal vez las leyendas sobre el reino de las tinieblas no fuesen ciertas.

Vaiana dejó escapar una débil risa por lo absurdo que resultaba tener tal esperanza. Sabía que estaba siendo irracional, pero no sabía qué pensar. Era incapaz de aceptar que estuviera atrapada en el reino de la oscuridad y que esa Motunui, real o no, se convirtiese en el futuro de su isla.

Tenía que haber algo que pudiera hacer.

Sus pisadas resonaban sobre la hierba seca de la montaña, hierba que dio paso a tierra y arena cuando cruzó la gran boca de la cueva.

Cuando había salido de allí por primera vez, no se había fijado en las plantas muertas que rodeaban su entrada. Tiempo atrás, su abuela y ella habían estado envueltas por un manto de vegetación que alcanzaba lo más profundo de la caverna; en cambio, en esos momentos, esas mismas hojas y enredaderas estaban marchitas.

—Vaiana, ¿adónde vas? —preguntó Afā con preocupación. Su voz resonó por la cueva, haciendo que Vaiana sintiera un escalofrío por la espalda.

—Tengo que ver una cosa —respondió ella, tosiendo, pues con su carrera estaba levantando el polvo y las cenizas que cubrían el suelo de la cueva, formando una nube gris que los envolvió a ambos.

—Las canoas ya no están. ¡Tu padre las quemó!

Cuando los ojos de Vaiana se adaptaron a la oscuridad, distinguió los cascos carbonizados, cuyo olor a ceniza y rescoldos hizo que le picara la nariz. El dique que había construido su aldea brillaba y sus piedras malditas centelleaban en la cueva, reflejándose en las aguas superficiales de la poza.

Vaiana suspiró con desánimo al darse cuenta de lo que había esperado encontrar: un portal, un lugar para saltar, alguna forma de cruzar los reinos. Una salida. No obstante, fuera cual fuera el camino que la había llevado hasta allí...

No daba a ninguna parte.

Se dejó caer de rodillas, levantando cenizas por el fuerte impacto, que cayeron como una lluvia gris. Afā se sentó a su lado.

—No lo entiendo. ¿Cómo es posible que no haya modo de volver?

—Lo siento, Vaiana, no lo sé.

Se envolvió el cuerpo con los brazos, pegando las rodillas al pecho.

—No lo entiendes —susurró con los ojos empañados por las lágrimas, que le resbalaban por las mejillas. ¿Cuándo había

empezado a llorar de nuevo?—. No puedo quedarme atrapada aquí. El océano me necesita, nuestra isla me necesita. Se supone que he de salvar a Te Fiti.

Instintivamente, Vaiana se llevó la mano al collar de su abuela, pero solo rozó su clavícula desnuda, y sintió otra oleada de dolor.

—¿Sabes navegar? ¿Sabes orientarte? —Vio una chispa en los ojos color ámbar de Afā—. ¿Quién te enseñó?

—Maui —respondió ella, y con voz temblorosa añadió—: El semidiós del viento y el mar. Un héroe para... para todos.

Ese había sido el título que Maui se había empeñado en llevar, al fin y al cabo. Así era como debía ser recordado, pero ese pensamiento fue una puñalada.

«Ahora solo eres el tipo que robó el corazón de Te Fiti, quien maldijo al mundo. No eres el héroe de nadie».

Maui nunca había podido corregir ese error. Nunca había podido redimirse por ello.

—¿Como en las leyendas? Pff, me estás tomando el pelo, Vaiana, igual que habría hecho Tui —dijo, y el brillo de sus ojos se esfumó.

—No, estoy diciendo la verdad —respondió ella—. Tenía una misión, se suponía que debía devolver el corazón de Te Fiti y seguí la constelación de Maui, su anzuelo en el cielo. Cuando encontré su isla, le dije: Yo soy Vaiana de Motunui. Subirás a mi barco, cruzarás el mar y devolverás el corazón de Te Fiti. —Aunque las palabras salieron de sus labios, Vaiana no se reconocía. El mantra que hasta entonces le había dado fuerza y seguridad parecía burlarse de ella.

Aun así, la firmeza de su tono pareció convencer a Afā, que la miraba con las cejas levantadas.

—¿Qué pasó?

Ante la pregunta, Vaiana sintió la fría marea de su vergüenza envolviéndola y amenazando con arrastrarla. En parte, quería

sucumbir a ella, regodearse en el odio que sentía hacia sí misma.

Sin embargo, respiró hondo para calmarse y le contó a Afā toda la historia.

Capítulo veintisiete

En cuanto terminó, Vaiana se preparó para que Afā la juzgase. «Le has fallado a nuestro pueblo, le has fallado al océano, les has fallado a todos». Sin embargo, el chico se limitó a mirar fijamente el dique que tenían delante, con el rostro sumido en la sombra.

—¿Sabes?, cuando encontré a Tui —dijo al fin—, fue cuando acepté que estaba muerto y que estaba atrapado en una versión futura de nuestra isla, donde tu padre era el jefe, pero él... —Soltó un suspiro tembloroso—. Cuando vi a Tui, digamos que me di cuenta de lo que este lugar significaba para mí. —Posó la mirada en Vaiana —. Pero tú no deberías estar aquí.

Vaiana frunció los labios. ¿A qué se refería?

—¿Qué quieres decir? Estoy aquí, ¿no?

—Te enviaron aquí —aclaró—. Eso significa que tiene que haber una forma de que regreses.

—¿Cómo?

—Pues no lo sé. —Se le desencajó la cara—. En todos los años que llevo aquí, nunca he estado cerca de encontrar una manera de escapar, pero...

Vaiana hizo un mohín.

—No me estás haciendo sentir mejor, Afā. No me quedan años, sino días. Y, si no me voy pronto, mi cuerpo acabará consumido por

la maldición, y entonces no podré quitarle el corazón de Te Fiti a Noe ni hacer regresar a la diosa a tiempo para que ponga fin a todo esto.

Obviamente, Vaiana no tenía ni idea de cómo detener a un fantasma, pero si escapar del único reino del que nadie había escapado antes era el primer paso...

Afā soltó un bufido.

—Eres la primera persona con la que hablo en décadas, Vaiana, perdona si tengo que mejorar mis habilidades sociales. Lo que intento decir es que no lo sé todo sobre este lugar, solo que yo estoy muerto, que hui del mundo de los espíritus y que no tengo un cuerpo al que regresar. Pero tú no estás muerta: tienes un cuerpo, así que quizá puedas marcharte.

—¿Y tú qué?, ¿ni siquiera quieres intentarlo? —preguntó Vaiana.

—Dejé de intentarlo hace años —respondió él, rehuyendo su mirada—. No te preocupes por mí, Vaiana, he aceptado este destino.

Aun así, la desesperanza que destilaba Afā le partió el corazón. Era incapaz de imaginarse por lo que habría pasado el chico, solo y atrapado en una versión más oscura de su isla durante tanto tiempo.

De pronto, sintió la cabeza pesada, lo que le hizo pensar en las visiones de Te Fiti. En las penumbras de la cueva, vio ondularse la superficie de la poza, de donde emergió un susurro.

—¿Mortal?

Tanto ella como Afā se sobresaltaron al oír aquella voz ronca. Del agua ondulante, emanaba una suave luz grisácea. Con cautela, Vaiana se acercó, incrédula.

Una cosa era tener visiones al sostener una lágrima de Te Fiti y otra muy distinta ver reflejado en el agua cubierta de cenizas el rostro reptiliano de Kala. Aunque había reconocido su voz ancestral, Vaiana no se había atrevido a creer que de verdad se tratase del guardián hasta que Afā dijo:

—Oye, ¿eso no es un monstruo?

—¡Kala, eres tú! —El espíritu de Vaiana se elevó al mismo tiempo que Kala resoplaba por la nariz al oír a Afā.

—¿Monstruo?, qué nombre tan poco apropiado. Tengo miles de años, espíritu. Protegí las primeras semillas de tus bosques sagrados y vi a los de tu especie revolcarse en el barro —continuó el guardián, envolviéndolos a ambos con su voz, que reverberaba por las altas paredes de la cueva.

—Lo siento —murmuró Afā, frotándose la nuca.

Complacido, Kala sonrió y dirigió sus ojos rasgados a Vaiana.

—Veo que has atraído a otro espíritu. Este me gusta más, es respetuoso. Pero tenemos que darnos prisa, mortal. Dime adónde envió tu espíritu el fantasma e iré a buscarte. Luego, iremos juntos tras ella y recuperaremos el corazón de la diosa.

—¿No sabes dónde estamos? —preguntó Vaiana, mirando alrededor—. Entonces, ¿cómo es que estás hablando conmigo?

—El agua —dijo Kala, como si fuera lo más obvio del mundo, aunque, como Vaiana y Afā siguieron mirándolo, este suspiró—. Tú, más que nadie, deberías saber que el océano nos une. Esta es solo otra manera para él de conectar los reinos.

—Entonces, estás usando un charco de agua de mar para... —¿Para qué? Ni siquiera sabía cómo describir lo que Kala estaba haciendo—. ¿Hablar conmigo?

—Humanos... —refunfuñó el guardián—. Qué irrespetuosos sois con nuestras costumbres. No, es mucho más complejo que eso, mortal insensata, pero no importa. Cuando regresé, encontré tu cuerpo y supe lo que te había sucedido porque, neciamente, no hiciste caso a mis advertencias —siseó Kala, y Vaiana se preguntó si el guardián volvería a soltar otro «mortal insensata» para echar sal a la herida, aunque este se limitó a menear la cabeza—. Dime, antes

de que se nos acabe el tiempo, pues el agua solo puede conectarnos temporalmente. ¿A dónde envió tu espíritu el fantasma?

—Hablando de eso... —Vaiana rio con nerviosismo—. En primer lugar, tenías razón, debería haber confiado más en ti que en Noe. —«Vaya si me quedo corta»—. Ella..., eh..., envió mi espíritu al reino de la oscuridad, pero ese no es el peor lugar en el que estar, ¿verdad?

Por un instante, Vaiana sintió cierta esperanza aflorar en su pecho y Afā se irguió a su lado. A pesar de lo que el chico había dicho sobre aceptar su destino, en esos momentos el guardián tenía toda su atención. Quizá Noe estuviese en lo cierto sobre el reino de la oscuridad y ningún mortal hubiera regresado jamás, pero tal vez Kala, un monstruo, pudiera encontrar su espíritu y guiarlos a Afā y a ella fuera de aquel tenebroso reino, salvándolos.

No obstante, la esperanza de Vaiana se desvaneció cuando vio cómo se oscurecían los ojos del guardián hasta convertirse en dos pozos negros.

—Es una pena, mortal, pero no puedo ayudarte. Lo siento.

—¿Por qué no? —quiso saber Vaiana. Kala estaba deseando salvarla. ¿Era el reino de la oscuridad tan peligroso? ¿Incluso para un guardián?

—Estás en un lugar diferente a cualquier otro. Sin luz, nunca podrás ver lo que de verdad se esconde en la oscuridad, por lo que es un reino paradójico, lleno tanto de posibilidades como de la nada más absoluta —dijo Kala mientras su reflejo se ondulaba y la luz del estanque comenzaba a desvanecerse—. Un vacío que toma forma gracias a la oscuridad de aquellos que se hallan en él. Dondequiera que mires, mortal, verás tu propia oscuridad. ¿Qué es nuestra oscuridad sino nuestros miedos, vergüenza y culpa? Si entrara en

ese reino, solo hallaría reflejada mi propia oscuridad. Por mucho que lo intentara, nunca sería capaz de dar contigo.

Vaiana lo comprendió al mirar la cueva, las canoas quemadas. Pensó en el dique que rodeaba la isla, en sus padres demacrados y atormentados, y en su aldea venida a menos, consumida. Esa Motunui era un reflejo de sus peores temores, levantada a partir de su vergüenza y su culpa.

Kala miró a Vaiana y, luego, a Afā. Su reflejo se estaba desvaneciendo muy deprisa, sus colores se confundían ya con los tonos grises de la caverna. Aun así, ladeó la cabeza y frunció los labios con curiosidad.

—Es extraño que un espíritu y tú os hayáis encontrado en este reino. Quizá compartáis miedos y eso os haya llevado al mismo lugar, a la misma oscuridad.

Vaiana miró a Afā a los ojos al oír las palabras del guardián. «Hui del mundo de los espíritus cuando vi a nuestros ancestros esperándome. Aún no podía enfrentarme a ellos. Supongo que podría decirse que tú y yo nos parecemos en ese sentido», le había dicho Afā, con el rostro crispado por una vergüenza que ella conocía muy bien.

—Pero ahora os tenéis el uno al otro —continuó Kala—. Juntos, tal vez hallaréis la salida, porque tenéis que iros de este reino. El fantasma se dirige a la caldera de Te Kā y tiene pensado devolver la vida al corazón de Te Fiti. Cuando lo haga, no podremos detenerla. Tendrá el poder de una diosa.

—Pero... —Vaiana titubeó, recordando la cueva en la que había entrado con Noe para navegar hacia el reino de los monstruos, la entrada por la que había saltado con Maui. Eran umbrales, eso le había dicho Noe: «Un sitio por el que las almas acceden a otros

reinos». ¿Era eso lo que debían buscar Afā y ella?—. ¿Cómo salimos de aquí? ¿Hay algún umbral?, ¿una puerta?

—No todos los umbrales tienen el mismo aspecto ni son iguales —respondió el guardián.

—¿Qué significa eso? —exclamó Vaiana acercándose desesperada al reflejo de Kala, que se desvanecía lentamente. Ya solo se veían sus ojos, brillando sobre el agua apagada.

—Buena suerte, Vaiana.

Entonces, el rostro del guardián desapareció.

Capítulo veintiocho

Vaiana esperó hasta que dejaron atrás la cueva de sus ancestros y se dirigió a paso firme hacia uno de los riscos cubiertos de basalto de la montaña con la boca torcida por la frustración.

—Pues sí que ha sido de gran ayuda... —dijo—. Se podría pensar que, teniendo mil años, Kala sabría dar mejores consejos.

—No sé. —Afā se encogió de hombros—. Parece que tienes una forma de salir de aquí. ¿No es una buena noticia?

Lo era, pero aun así deseaba que Kala hubiera sabido decirles adónde ir. No tenían tiempo para buscar por toda Motunui, necesitaban encontrar un umbral de inmediato. Tenía que detener a Noe.

Sin embargo, algo que había dicho Afā la hizo entornar los ojos: «Tienes una forma de salir de aquí». ¿Acaso el chico no se fiaba del guardián?, ¿o no había entendido el enigmático mensaje de Kala?

Vaiana negó con la cabeza. Tenía la sensación de que el reptil y su abuela se habrían llevado bien. A ambos les gustaba dar consejos misteriosos y hacían preguntas cuando alguien acudía a ellos en busca de respuestas.

Sintió una enorme añoranza por su abuela en lo más profundo. Si quería volver a ver a Tala, tenía que escapar del reino de la oscuridad.

Tai Matala.

Vaiana observó su isla. Conocía cada roca y cada piedra. Sin embargo, se quedó en blanco al pensar dónde podría haber un umbral en Motunui. Apretó los dientes.

—¿Por dónde deberíamos empezar a buscar?

Afā, a su lado, se sorprendió.

—¿De verdad me lo estás preguntando a mí?

—Conoces esta isla tan bien como yo. —De hecho, a Vaiana no le habría sorprendido que, después de décadas atrapado allí, el chico conociese Motunui mejor que ella, sobre todo esa Motunui.

Afā miró hacia la isla y, luego, volvió a mirarla a ella.

—No necesitas mi ayuda, Vaiana.

—¿De qué estás hablando? A no ser que Kala nos envíe otro mensaje... —dijo Vaiana, moviendo los dedos en el aire—, tenemos que averiguarlo por nosotros mismos. ¿Alguna idea?

Afā se rio.

—Créeme, Vaiana, tú eres la experta en... —Afā la imitó, moviendo los dedos en el aire— ... esas cosas.

Vaiana resopló.

—Ya entiendo por qué tú y mi padre erais amigos. Él tampoco cree en esas cosas.

—¿En serio? Eso es nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Es el hijo de la tía Tala —dijo como si eso lo explicase todo—. ¿En qué piensas que creía? Yo daba por hecho que esas leyendas y esos mitos eran cuentos para niños, pero Tui no, él mamó esas historias.

Vaiana se lo quedó mirando. ¿Estaban hablando del mismo Tui, su padre?, ¿el jefe Tui?, ¿el mismo hombre que había lanzado el corazón de Te Fiti por una colina?

—Vaya. —¿La muerte de Afā había cambiado a su padre o había olvidado aquellos cuentos al convertirse en jefe? Vaiana recordó cómo se había reflejado la luz de las antorchas en los ojos de su padre, que brillaban como piedras. «Esto es solo una piedra».

Afā se pasó la mano por la nuca.

—De todos modos, haré lo que pueda para ayudarte, pero no voy a marcharme contigo.

—Claro que sí. ¿Es que no has oído a Kala? Ha dicho que podemos confiar el uno en el otro y que juntos tal vez lograremos escapar de aquí. A mí me parece que hay que trabajar en equipo.

Él levantó las manos.

—Sí, pero... este es mi sitio. Es lo que me merezco por lo que pasó.

«Lo que me merezco». Vaiana parpadeó, miró el mundo grisáceo que los rodeaba y, luego, volvió a mirar a Afā.

—¿Por qué piensas eso?

Él apretó los labios.

—Yo sentencié a nuestra isla. Si no hubiera muerto, Tui...

—Oye —lo interrumpió Vaiana, poniéndose delante de él—. No es culpa tuya. Fue un accidente. Nadie hizo nada malo.

—Fue culpa mía. Yo soy la razón por la que Motunui está así. Tu padre se siente responsable, pero fui yo quien se empeñó en subir a aquella canoa y eso fue lo que hizo que nuestra isla acabara como ha acabado. —Afā tragó saliva con dificultad—. Este lugar, Tai Matala, es un recordatorio de ello. Es mi castigo.

—¿Tu castigo? —repitió Vaiana—. Afā, tu accidente fue una...

—Una tragedia, claro —resopló Afā, mirando con ira el malecón—. ¿Sabes qué?, podemos no estar de acuerdo en los detalles, pero eso no cambia el hecho de que este es mi destino, y no parece que el

reino de la oscuridad sea el tuyo. Tú tienes una manera de salir de aquí, Vaiana, y una vida a la que volver.

Vaiana dejó caer los hombros. ¿Cómo podía hacerlo entrar en razón? Llevaba décadas cargando con la culpa y la vergüenza, y todo el tiempo atrapado en el reino de la oscuridad.

Pensó en Noe y en lo decidida que era. A pesar de sus mentiras, le había enseñado mucho y recordaba su determinación y su coraje. «Nuestros errores no son irreversibles», le había dicho la chica pálida mientras se dirigían al umbral de su isla.

Vaiana se apoyó en el árbol más cercano a él.

—¿No ves que el accidente no fue culpa tuya? Tanto mi padre como tú queríais ir en esa canoa. Si crees que este lugar es tu castigo, entonces, también es el mío. Si alguien sentenció a nuestra isla y merece estar aquí esa soy yo.

Al oír su confesión, Afā la miró con sus tempestuosos ojos.

—Tu situación es diferente, Vaiana.

—No lo creo. Noe tenía razón, tuve todas las oportunidades para salvar a nuestro pueblo. Podría haber usado el poder del corazón de Te Fiti para detener la maldición. En cambio, me marché de Motunui para explorar, para convertirme en navegante. No sabía lo que hacía cuando me marché de nuestra isla, pero me fui de todos modos, y sigo intentando averiguarlo sobre la marcha. —Sonrió con tristeza, bajando la vista a sus puños apretados—. ¿Qué pasaría si me dejase arrastrar por la culpa, si decidiera rendirme también? ¿Iba eso a serle de ayuda a nuestro pueblo, Afā? —Levantó la mirada hacia él —. No tenemos por qué dejar que nuestros errores nos definan.

Afā estuvo callado un buen rato.

—¿De verdad piensas eso?

—Ya me habría rendido a estas alturas, si no.

Él seguía sin parecer convencido y miraba fijamente sus manos entrelazadas como si fueran a revelarle la verdad.

—No sé si podré superar lo que me pasó, Vaiana. Ni las repercusiones que tuvo.

—No tienes por qué hacerlo, pero eso no tiene por qué definirte, ni tampoco determinar tu vida después de la muerte.

Afā se puso de rodillas.

—¿Y si intento marcharme y no lo consigo? —Sacudió la cabeza—. O, peor aún, ¿y si lo consigo y nuestros ancestros me rechazan?

—¿De verdad crees que harían tal cosa?

Como no respondió, Vaiana le dio un apretón en el hombro y una oleada de frío la invadió. Era el tacto de un espíritu. Afā la miró desolado.

—Tal vez —respondió.

Vaiana estaba desanimada. ¿Qué más podía decir para ayudarlo? Tenía que convencerlo, de intentarlo al menos.

Pensó en la desesperación que había sentido al enterarse de su maldición y del poco tiempo que le quedaba y se sorprendió al recordar a Noe. Esta la había mirado fijamente con sus ojos oscuros, con fiereza y determinación, no solo convencida, sino con esperanza. «Un quizá es mucho mejor que esto».

Vaiana sintió una marea de emociones. Incluso después de mil años, Noe mantenía la esperanza de salvarse a sí misma y a su pueblo.

Nunca se había rendido.

—Mira a tu alrededor, Afā de Motunui —dijo Vaiana gesticulando hacia el reino de la oscuridad. Sus siguientes palabras surgieron de un lugar inquebrantable que antes no había sido tan fuerte—: Un quizá es mucho mejor que esto.

Afā se la quedó mirando largo rato y, luego, bajó la vista.

—¿Sabes?, eso es algo que bien podría haber dicho Tui.

Vaiana sonrió.

—Qué curioso, me lo dijo una amiga. Además, no es que vaya a marcharme sin ti, así que, a no ser que quieras compañía eterna, será mejor que encontremos juntos el umbral. —Vaiana le tendió la mano al chico.

Afā soltó una risa de sorpresa, pero al instante pareció haber tomado una decisión.

—Digamos que no veo el momento de dejar de verlo todo gris. Me apunto —dijo cogiendo su mano, y Vaiana lo ayudó a ponerse en pie —. Bueno, ¿cómo es un umbral?

—Pues he visto dos. Uno estaba en lo alto de un acantilado y el otro al final de un túnel en una cueva, pero ninguno era lo que parecía. En cada uno de ellos había un portal a otro reino.

Se volvió hacia el mirador. «No todos los umbrales tienen el mismo aspecto ni son iguales», le había dicho Kala. ¿Qué había querido decir el guardián? Por supuesto, no todos los lugares de salto tenían el mismo aspecto, de eso ya se había dado cuenta con Noe. Tenía que haber algo más que el guardián había intentado decirle.

Vaiana dirigió la vista a la playa, a la arena renegrida justo al otro lado del dique.

—Ahí es donde despertaste, ¿verdad?, cuando llegaste aquí.

—No exactamente. Estaba en el agua y tuve que nadar hasta la orilla.

Vaiana se dio la vuelta y miró hacia la cueva que habían dejado atrás. Estaban bastante lejos. ¿Estarían relacionados los dos lugares o buscaba una relación que no existía? Salvo que...

«Tú, más que nadie, deberías saber que el océano nos une. Esta es solo otra manera para él de conectar los reinos».

El océano. Vaiana dio un respingo. Había emergido en el reino de la oscuridad en una poza de agua de mar, igual que Afā. La única agua de mar que quedaba en Motunui, por culpa del dique que había construido su padre.

—¿Cómo va a unirnos el océano si nos separamos de él? —murmuró Vaiana, mirando hacia abajo, al imponente dique. Incluso desde lo alto, era incapaz de ver lo que había al otro lado.

Su mente la transportó a otro muro altísimo que había visto. Era blanco, del color de las perlas. Noe lo había echado a un lado, mostrándole que no se trataba de un muro en absoluto.

Era el camino que habían seguido a Lalotai, un umbral custodiado por una enorme puerta compuesta íntegramente por huesos.

—Ya está —dijo Vaiana—. Tenemos que atravesar el muro marino.

—¿Qué?

—¿Recuerdas lo que ha dicho Kala? El océano une los reinos. Eso quiere decir que tenemos que cruzar el arrecife, pero antes tendremos que atravesar eso. —Vaiana señaló algo y Afā miró adónde apuntaba su dedo: el muro de piedra negra.

—¿Cómo? —preguntó Afā.

A Vaiana no se le escapó el temblor de su voz.

—Navegando, ¿cómo, si no? —Vaiana se quedó callada, pues no tenía claro si su plan estaba condenado al fracaso antes de intentarlo siquiera—. ¿Queda algún barco?

El rostro de Afā se ensombreció y Vaiana empezó a temblar, casi esperando que le dijera que no, lo que habría echado por tierra sus esperanzas. Lentamente, él buscó su mirada expectante.

—Creo que uno —respondió con los ojos tormentosos.

Juntos, Afā y Vaiana descendieron por la escarpada ladera de la montaña. Dejando atrás las rocas que dominaban la isla, bajaron por entre las hojas de palmera hasta una arboleda apartada y bordearon el brillante dique que había en la arena.

Afā aceleró el paso, esquivando los árboles.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Noe soltó una risita mentalmente cuando le vino a la memoria un recuerdo: «Ya lo estás haciendo». Dejando a un lado la voz fantasmal de la otra chica, asintió con la cabeza.

—¿El qué?

—Si querías ser navegante, ¿por qué no te marchaste antes?

Ella compuso un mohín de dolor.

—A decir verdad, todavía no estoy del todo convencida de que mi lugar no esté en nuestra isla.

—Pero el océano te eligió a ti.

—No parece haberle servido de mucho. Solo quería ser la hija perfecta, ya sabes, ser digna de mi pueblo y merecerme ser su futura jefa —añadió. Afā se aguantó la risa y ella le lanzó una mirada de incredulidad—. ¿Qué?

—Nadie es perfecto, Vaiana —dijo Afā, y se detuvo de repente frente a un manto de enredaderas, justo ante un peñasco—. ¿Crees que tu padre nació sabiendo ser jefe? Qué va. Su padre, tu abuelo, pensaba que tenía la cabeza en las nubes y siempre tenía que recordarle sus deberes. ¿Te dijo alguna vez adónde pretendíamos navegar?

Ella se sentó en una roca y bajó la vista a sus manos, cruzadas en el regazo.

—Ni siquiera me contó lo del accidente. Fue mi madre quien lo hizo después de que él y yo nos peleáramos. Me dijo que cogisteis

una canoa, que sobrepasasteis el arrecife y que tú... no regresaste. —Vaiana tragó saliva—. Eso es todo.

Él se recostó contra el árbol, observando el dique.

—Supongo que eso es lo que todos recordarían, el accidente. Pero Tui y yo... —Una sonrisa asomó a sus labios— ... mirábamos el océano todos los días y nos retábamos el uno al otro a ir más allá de la orilla y las zonas de pesca del pueblo. Incluso logramos rebasar el arrecife un par de veces. ¿Te suena?

A Vaiana se le empañaron los ojos al recordar a su padre y la ira que le había hecho sentir, pensando que era una persona de mente cerrada. Sin embargo, su madre tenía razón: de tal palo, tal astilla.

—¿Navegabais sin rumbo?

—¿Rumbo? —Afā sonrió—. Nadie en nuestro pueblo sabía hasta dónde llegaba el océano y no había a quien preguntar. Se decía que el bisabuelo de Tui había sido el último en ir más allá del arrecife. Cuando regresó, en sus ojos se reflejaba el tormento vivido y se pasó el resto de sus días advirtiendo a todo el mundo de que se quedara en Motunui. Pero a nosotros nos daba igual, estábamos ansiosos, creíamos que nos corría agua salada por las venas. Pensábamos que le enseñaríamos a nuestra gente a navegar por los mares de nuevo. Pero nos equivocamos. —Afā cerró los ojos, como si se dejara llevar por el dolor y los recuerdos—. Esa noche, tu padre demostró ser el mejor nadador y yo descubrí que no tenía agua salada en vez de sangre.

Parecía más joven con los hombros encorvados, y el rostro de Vaiana se ensombreció por la pena.

—Eso no es cierto. No sabías navegar, pero puedes aprender.

Afā esbozó una leve sonrisa.

—Tú eres la única que sabe navegar aquí, Vaiana. Supongo que tendrás que enseñarme.

—Tú busca una canoa y nos ponemos manos a la obra.

Se le iluminó la cara y abrió los ojos de par en par.

—Cuando tu madre te contó la historia del accidente, se equivocó en un detalle. —Afā echó la mano hacia atrás, apartando el manto de enredaderas y hojas de pandanus que cubría el peñasco que tenían detrás. Así, Vaiana vio una pequeña cala escondida entre las rocas—. No cogimos una canoa, la hicimos nosotros mismos.

Sonriendo, Vaiana se dirigió a la cala escondida. Un rayo de luz grisácea iluminaba la playa y la canoa amarrada en la arena. Aunque tenía la vela enrollada al mástil, se parecía mucho a la que había cogido de la cueva de sus ancestros.

Se apoyó en la canoa, maravillada por los elaborados grabados de aquella madera noble.

—¿Cómo es posible que siga aquí? —«¿Qué pasa con el accidente?». Vaiana sintió una punzada en el corazón por las palabras no dichas.

—Si este lugar, o reino, sea lo que sea, representa nuestra oscuridad, esta debe de ser la mía —respondió Afā, acariciando la canoa con indecisión—. La noche que cruzamos el arrecife, lo hicimos en nuestra canoa. La escondimos en la playa del pueblo junto a las demás embarcaciones, con la esperanza de que nadie notara que había una canoa más en la arena. Quizá si alguien hubiera... —Se le apagó la voz y respiró hondo, tratando de calmarse—. Bueno, ¿qué dices?, ¿está en condiciones de navegar?

Vaiana asintió con la cabeza, insegura de poder hablar. Ignoró el dolor que aún sentía en el pecho y subió a la canoa. Agarró el remo y los cabos, dejando que la cuerda descansara en sus palmas, sintiendo su roce en los callos que se le habían formado durante la travesía al atolón de Te Kā. Tanto el remo como los obenques tenían un peso y un tacto que le transmitían seguridad.

—¿Mi padre y tú le pusisteis nombre?

—Sí. —Afā bajó la vista a sus pies, avergonzado—. La llamamos Vaiana.

Capítulo veintinueve

Vaiana no tardó en enseñarle a Afā todo lo que sabía sobre navegación. Si la pared de piedra era una puerta, como ella pensaba, tendrían que llegar al otro lado del arrecife, tal vez incluso más lejos, y no quería que lo pillara desprevenido. «Otra vez no».

Por lo que le había contado su madre, sabía que Afā y su padre habían cruzado el arrecife y se habían adentrado en el océano, así que algo debían de haber aprendido sobre navegación para llegar tan lejos, pero empezó por los mismos conceptos básicos que Maui le había enseñado a ella.

La lección comenzó con los nudos y, después, Vaiana pasó a señalar cada parte de la canoa, nombrando cada pieza y cada cuerda. Maui lo había repasado con ella varias veces antes de llegar al atolón de Te Kā.

Recordar los nombres de los aparejos le resultó fácil, pero se sorprendió ante la extraña oleada de expectación que la invadió. Estaba ansiosa por volver al agua, a pesar del miedo que bullía en su interior.

«Puede que este plan ni siquiera funcione», se había dicho mientras trepaba por la canoa señalando cada pieza y cada cuerda.

—Drizas —había dicho tocando la tensa cuerda que amarraba la vela.

Aun así, ver cómo se le iluminaba la cara a Afā y la intensidad con que brillaban sus oscuros ojos había acallado esa vocecilla insidiosa, aliviando su miedo. Llevaba queriendo compartir sus conocimientos de navegación con su pueblo desde que Maui le había enseñado el primer nudo, y ahí estaba, haciendo justo eso.

Una vez que Afā fue capaz de repetir la mayoría de los nombres, le explicó los pasos que había que dar mientras él permanecía de pie en la canoa inclinada. El chico no dejaba de volverse para mirarla y manipulaba con nerviosismo la vela. Entonces, Vaiana por fin dio un paso atrás y dijo:

—Creo que estamos listos.

Afā la miró dubitativo, pero se limitó a asentir. A Vaiana le habría gustado disponer de más tiempo, pero no sabía cuánto llevaba en el reino de la oscuridad.

En Tai Matala, como lo llamaba Afā, el cielo era de un tono gris oscuro permanentemente, lo que hacía imposible llevar la cuenta del paso del tiempo. Además, ya fuera por su impaciencia o por una corazonada, Vaiana sabía que no podían permitirse esperar más.

Juntos, arrastraron la canoa hasta la arena y la dejaron bajo la imponente silueta del dique.

Afā vaciló.

—¿Debería... ir contigo?

Vaiana observó el muro, tratando de tragarse el nudo que se le había formado en la garganta al verlo, al ver la maldición que amenazaba las costas de Motunui.

—No... Voy a inspeccionar yo primero. —A pesar de sus palabras, la inquietud la acompañaba a cada paso mientras se acercaba a la base del muro, levantando arena al andar.

Las piedras malditas se alzaban sobre ella, oscureciendo sus rasgos de un modo inquietante.

«Qué raro que en un mundo gris en el que reina la oscuridad haya sombras aquí», pensó Vaiana. Entonces, vio un asidero tallado en la piedra, la señal más clara de la existencia de una puerta. Así pues, ese era el umbral del reino de la oscuridad, su camino de entrada a los demás reinos. Sin embargo, Vaiana fue incapaz de moverse.

Ahí estaba: el impulso de huir, de regresar corriendo a su aldea. Ya le había fallado una vez al océano y a su pueblo. Si se iba de ese reino y volvía a su cuerpo, la maldición estaría esperándola para acabar con ella. La vida se le estaba agotando, se le escapaba como arena de las manos. Si fracasaba, todo se acabaría.

Su espíritu sería devorado y no quedaría nada.

Vaiana apretó los puños.

—¿Vaiana? —Afā se le acercó con cuidado—. ¿Qué ocurre?

Vaiana empezó a negar con la cabeza, pero se detuvo. ¿Qué sentido tenía mentir?

—Tengo miedo —le dijo, odiando cómo le temblaban las rodillas—. ¿Y si salgo de aquí, pero no lo consigo? ¿Y si fracaso de nuevo? No creo que pueda soportarlo. —Levantó la vista al muro, observando aquella monstruosidad.

Afā le puso la mano en el hombro; irradiaba frío.

—¿Por qué ibas a fracasar?

Porque ya había cometido muchos errores estúpidos: intentar ir navegando más deprisa que Te Kā, romper el corazón de Te Fiti, convertir a Maui en piedra, dejar que Noe enviara su espíritu lejos y permitir que se llevara el corazón de la diosa.

—Todo ha ido a peor por mi culpa, por lo que hice.

—Vaiana...

Ella cerró los ojos.

—Es que no lo entiendo. ¿Por qué el océano me dio el corazón de Te Fiti? Yo era una niña, no tenía nada de especial.

Afā suspiró.

—No sé si este mundo es real o si, como dijo tu amigo lagarto, es un reflejo de nuestra oscuridad, pero llevo aquí más tiempo del que he estado vivo. Nunca pensé que pudiera escapar de aquí, y ahora tengo una oportunidad gracias a ti. Podrías haberme abandonado, dejando que siguiera despreciándome a mí mismo durante otras dos décadas mientras tú escapabas, pero no lo has hecho, porque es tu modo de ser. Tu bondad y tu curiosidad por el mundo son tus puntos fuertes, no son defectos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Y si el océano me eligió solo porque...? —Se crispó al recordar lo que le había soltado Noe—. ¿Y si fue porque no encontró a nadie más?

Él miró el pueblo que se extendía a su espalda.

—No sé si hay otras islas que hayan sobrevivido a la maldición de Te Kā, pero había mucha gente entre la que el océano podría haber elegido, tu gente, Vaiana. Y, sin embargo, te eligió a ti, y creo que fue por ser quien eres, no a pesar de ello.

Vaiana sintió un nudo en el pecho. Pensó en la primera vez que se había adentrado en las olas. El recuerdo era vago después de tantos años, pero aún recordaba la bonita concha que había encontrado y la tortuga en la arena a la que había decidido ayudar en lugar de quedarse con la concha. Solo entonces el océano reveló el brillante corazón.

—Tal vez tengas razón.

—Claro que la tengo. —Afā sonrió, y Vaiana vio a su padre: tenían la misma sonrisa de confianza, el mismo espíritu descarado—. No podemos dejar que nuestros errores nos definan, ¿verdad? —Vaiana sorbió por la nariz al oír las palabras de Afā que tan bien conocía—. Al mirarte, veo muchísima fuerza y orgullo, y sé que no eres una fracasada, así que no olvides quién eres.

Vaiana se secó las lágrimas y las arrojó a la arena y a la espuma seca que cubría la orilla.

—Gracias, Afā.

Vaiana salvó la distancia que los separaba del dique y se agarró al asidero que tenía delante. En su interior, surgió el mismo impulso de correr, pero lo ignoró.

«Soy Vaiana de Motunui. Subiré a mi barco, cruzaré el mar y devolveré el corazón de Te Fiti».

Su mantra la llenó con la fuerza de un canto, superando sus miedos, su culpa, su vergüenza, las facetas más oscuras de sí misma de las que deseaba desprenderse. Sin embargo, la voz de Kala retumbó en su mente: «Sin luz, nunca podrás ver lo que de verdad se esconde en la oscuridad».

Aunque a Vaiana no le gustaran esas facetas de sí misma, formaban parte de sus estrellas, de su historia, de su propia constelación que se estaba creando en el cielo. Como Te Fiti y Te Kā, intrincadamente vinculadas, manteniéndose en equilibrio. «¿No somos todos más de una cosa? —le había explicado el guardián cuando se había enterado de que las diosas eran dos caras de la misma piedra, la misma inmortal—. No puede haber una época sin la otra, al igual que no se puede conocer la luz sin conocer la oscuridad».

De todos modos, aunque esa oscuridad formase parte de ella, Vaiana no dejaba que definiera quién era ni que la cambiara. Había sido testigo de cómo podía mancillar a una persona esa oscuridad, alejándola de su luz y haciéndola olvidar quién era. «Como Noe con su dolor y Te Kā con su venganza».

Con los ojos cerrados, Vaiana agarró la puerta, respiró hondo y empujó la piedra. Sintió cómo se abría el dique. La roca negra se deslizó fácilmente sobre la arena, como si no pesara nada.

Una brisa familiar le acarició el rostro, llevándole salitre y bruma. Oyó el estruendo de las olas y el chapoteo del mar. Una ola bañó la arena, alcanzando sus pies descalzos al atravesar la puerta del mar.

Cuando Vaiana abrió los ojos, se quedó mirando el agua que mojaba su piel. Delante de ella, el océano era un abanico de colores muy alejado de la bahía gris de Motunui.

No había ninguna maldición que oscureciese sus olas, solo el gris del reino de la oscuridad. Pero las olas incoloras se mezclaban con unas aguas resplandecientes en la lejanía, perdiéndose donde la línea del horizonte se encontraba con el cielo.

Allí, las débiles ondas azules y verdes del océano la llamaban.

Vaiana inspiró. Curvó los dedos de los pies bajo la ola que retrocedía, hundiéndolos más en la arena húmeda de la playa como si fuera un bálsamo. ¿Era su imaginación o notaba cierto cariño en el suave roce de la brisa marina? «Aquí estás», parecía decir el océano.

A su lado, Afā fue entrando lentamente en el agua, que retrocedía. Señaló el color lejano del horizonte.

—¿Es eso...?

—¿La salida de aquí? —sonrió ella—. Creo que sí. ¿Estás listo?

—Más que nunca —respondió él con voz ronca. Aunque le devolvió la sonrisa, Vaiana vio cómo se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Por fin vas a aprender a navegar, Afā de Motunui —dijo Vaiana mientras se dirigían hacia la canoa. Pero, en ese momento, la tierra tembló y una grieta se abrió en la arena, levantándola por los aires.

Vaiana miró a su alrededor y a Afā con los ojos desorbitados.

—¿Qué está pasando?

—¡No lo sé! —gritó él mientras las dunas de la playa se resquebrajaban, abriéndose en dos—. Nunca había visto nada igual.

—¡Corre! ¡A la canoa!

Saltaron por encima de las grietas cada vez más anchas que cubrían la playa como una telaraña y se dirigieron a la parte trasera de la canoa.

—¡Empuja! —gritó Afā.

Vaiana no necesitó que se lo repitiera. Pegó el hombro al costado de la embarcación y, juntos, arrastraron la canoa por la playa. Pero, cuando se aproximaban al dique abierto, se levantó un torbellino de arena y conchas rotas a su espalda.

Afā se tiró al suelo cerca de la proa de la canoa, y Vaiana se pegó al casco de madera, protegiéndose la cabeza. Agarró un remo suelto mientras le llovía arena, que se le enredaba en su densa melena.

Al oír una risa que resonaba en la arena, Vaiana se volvió lentamente con el remo en alto a modo de lanza.

Aunque había polvo y arena flotando en el aire, formando una nube oscura, vio una enorme guarida detrás, hendida en la cima de la playa. Sintió un escalofrío.

Algo había salido de las profundidades de la oscuridad, pero ¿qué? Tuvo la respuesta cuando oyó el espeluznante repiqueteo de más de una docena de patas. El miedo le atenazaba el corazón.

Reconoció el sonido.

Una larga silueta de pura sombra se alzó ante ella, emergiendo de la nube de arena. Su cuerpo alargado terminaba en una boca descomunal abierta verticalmente con cientos de dientes.

Kanapi.

Capítulo treinta

—Ah, Vaiana de Motunui —dijo con tono cantarín el cazaespíritus, mientras la arena restante caía a montones alrededor de Vaiana y Afā—. Parece que te falta algo desde la última vez que nos vimos.

—¿Otro de tus amigos, Vaiana? —susurró Afā.

—Shh —respondió ella, pegando los hombros contra la canoa y tapándole la vista. Por suerte, el cazaespíritus tenía los ojos clavados en ella.

No sabía cómo la había encontrado, pero seguro que no ayudaba el hecho de que Noe hubiera arrojado su espíritu al reino que este tenía justo en su patio trasero. «Su antiguo patio trasero», se corrigió Vaiana, recordando que había destruido su guarida al llevarse las lágrimas. Probablemente, el monstruo no estaba muy contento por ello.

El ciempiés gigante se acercó lentamente, tarareando con entusiasmo. Cuando solo los separaban unos pocos metros, Vaiana se fijó en su postura tensa y sus dientes afilados, y tragó saliva.

Parecía un depredador preparándose para atacar, para comer.

Miró a Afā y al lugar donde habían saltado. La canoa aún estaba bastante lejos de la marea, pero...

—Pase lo que pase, métete en el agua —le susurró a Afā sin mirarlo. Noe había dicho que Kanapi no podía pasar de la orilla.

Esperaba que la chica fantasma no hubiera mentido sobre eso—. Tienes que pasar el arrecife.

El miedo se reflejó en los ojos de Afā.

—Sabes que no puedo hacerlo solo. ¿Qué pasa con...?

—Hola, Kanapi —dijo Vaiana tan alto como pudo, tratando de mantener la atención del cazaespíritus en ella, y se puso de pie bruscamente, dando un último empujón firme a la canoa hacia el mar con la espalda—. Si buscas a Noelani, la viajera de los sueños, lo siento, acaba de irse. Ya no somos..., eh..., compañeras. Tenías toda la razón sobre ella —añadió Vaiana, pues no estaba de más halagar al monstruo.

Kanapi se la quedó mirando, alzándose sobre ella incluso a pesar de estar sentado sobre su torso y cola doblada.

—Mmm, sí, pero no me refería a la falta de tu compañera, Vaianaaaaa —respondió él canturreando su nombre.

A Vaiana se le encogió el estómago. Sabía que no debía preocuparse por el fantasma después de lo que le había hecho, pero se vio embargada por una punzada de dolor y arrepentimiento.

—¿La has encontrado?

—No —respondió el monstruo con voz áspera, y Vaiana estuvo a punto de suspirar de alivio hasta que vio las antenas de Kanapi deslizándose por la arena hacia ella—. He percibido tu olor en mis terrenos de caza, así que he venido a investigar. Para ayudarte. —Levantó las tenazas alegremente.

—Claro —dijo Vaiana sin creerse una palabra. Había oído al monstruo recurrir a Noe y sabía lo que él entendía por ayudar.

—Pues gracias por preocuparte, pero estoy bien. Puedes irte.

Kanapi soltó una risita, que le provocó un escalofrío a Vaiana.

—Ay, no puedo hacerlo, te has convertido en un bocado muy apetecible.

«Gracias, Noe». Vaiana apretó los dientes. Por su culpa, se había convertido en la comida favorita de Kanapi: un espíritu perdido.

—Eh... ¿Sabes?, yo también te veo diferente —le dijo al monstruo ciempiés en voz alta con tono decidido, utilizando el remo como bastón para acortar la distancia entre ellos. La sorpresa se reflejó en la expresión de Kanapi al verla rodearlo, tratando de evitar así que viese a Afā y la canoa. Luego, apoyó la mejilla contra el mango de madera del remo, hundiéndolo aún más en la arena, y fingió analizar a Kanapi durante un buen rato—. Sí, estoy segura. Has cambiado, Kanapi.

—¿Qué quieres decir? —Kanapi entrecerró los ojos y Vaiana vio una chispa de curiosidad. Noe había dicho que le encantaba jugar con la comida y ella ya sabía lo mucho que le gustaba hablar—. Llevo mil años igual.

Vaiana se apoyó en el pie trasero mientras el cazaespíritus se inclinaba hasta quedar a su altura, dirigiéndole una mirada penetrante. Estaban tan cerca que veía las hileras de dientes que se extendían por su gigantesca boca, bajando por su garganta. Hizo un esfuerzo por obviar sus numerosos dientes y mirarlo a los ojos.

—Sí, no hay duda. Tienes algo en el ojo.

La confusión se reflejó en el rostro del monstruo cuando Vaiana gritó de repente y giró el remo, levantándolo como una pala.

Lanzó una lluvia de arena a la cara de Kanapi. El cazaespíritus se encogió levantando sus cortos brazos, pero no pudo repeler la nube de polvo y arena que le caía encima.

Se desplomó de espaldas en la playa, dejando un surco por su peso. Vaiana echó a correr hacia la canoa y, en su huida, le lanzó el remo al cazaespíritus. Este rebotó en su corpulento torso y cayó sin causarle daño. No es que fuera una lanza.

—¿Qué es ese bicho? —preguntó Afā al verla llegar. Mientras ella distraía a Kanapi, él había acortado a la mitad la distancia entre la canoa y el océano. Ya solo quedaban unos metros. «Unos cuantos metros más».

Vaiana echó todo su peso contra la embarcación, empujándola con fuerza.

—Kanapi. Es un cazaespíritus de Lalotai.

—Pero ¿por qué está aquí?

—Estoy bastante segura de que ha venido a comernos —le dijo a Afā—. ¡Empuja!

La canoa se abrió paso por la superficie del agua, que le llegaba por los tobillos a Vaiana, tirando de ella.

«Date prisa», casi se imaginó que le estaba diciendo el océano. La corriente parecía agarrarla de los tobillos y arrastrarla hacia las profundidades. Al echar un vistazo, vio que la marea había subido. El agua le llegaba por la cintura y se retiraba, impulsando la canoa.

Vaiana parpadeó, incapaz de comprender lo que estaba presenciando.

—¿Océano? —murmuró observando el mar. ¿Estaría ayudándola? Pero ¿por qué precisamente en esos momentos? Llevaba sin hacerlo desde que había destrozado el corazón de Te Fiti.

Se oyó un chapoteo detrás de ella y un chorro de agua le salpicó la espalda.

Kanapi.

Vaiana se agachó instintivamente justo cuando la cola del ciempiés golpeó la canoa, impactando justo donde ella estaba un momento antes. Se volvió hacia el cazaespíritus y esbozó una sonrisa desganada, medio esperando ver su aterradora cara llena de ira. Sin embargo, Kanapi la observaba a ella y a Afā con las tenazas levantadas y una inquietante mueca burlona. Aquello era peor.

—¡Anda, mira! Me alegro mucho de que por fin te hayas quitado la arena de los ojos —le dijo al monstruo, pensando a toda prisa en otro plan, pero solo tenía la canoa, la marea que le llegaba al pecho y a Afā, que no podía luchar. Y...

Vaiana tuvo que echar la cabeza hacia atrás, pues Kanapi parecía haber crecido. Se elevaba sobre Afā y ella en el agua a pesar de haber usado su cola para azotar la canoa. «Trato con espíritus, secretos y sombras».

Vaiana recordó cómo se retorcían las sombras alrededor de Kanapi en Lalotai, reaccionando a la presencia del monstruo. Noe le había contado que había sido una de las primeras criaturas en salir del reino de la oscuridad. Y, cuando este había adquirido su auténtica forma en el bosque, había crecido utilizando las sombras. ¿Y si Kanapi era más fuerte en el reino de la oscuridad, su primer hogar?

—Deberías sentirte orgullosa, Vaiana, no pensé que llegarías tan lejos después de rechazar mi trato. —Kanapi juntó sus garras, y Vaiana observó sus fauces. Siempre había tenido una boca enorme, pero en esos momentos su mandíbula parecía ser capaz de hacer volcar la canoa de un mordisco.

Cada vez había más agua a su alrededor. Afā y ella estaban flotando; ninguno de los dos hacía pie, lo que significaba que la marea estaba subiendo.

—¿Tu trato? —se apresuró a responder Vaiana con la mirada fija en los afilados dientes de Kanapi—. Noe dijo que era mentira.

—No lo era —respondió el cazaespíritus. En realidad, a Vaiana no le importaba si el monstruo era sincero o no, solo lo entretenía para ganar tiempo, y un Kanapi que hablaba era mejor que uno que mordía—. ¿Por qué iba yo a querer que la maldición de Te Kā se extendiera? Engulle los espíritus de aquellos a los que consume, sin

dejar nada para mí. Hasta yo sé que no puedo competir con una diosa.

—Entonces, deberías dejarnos marchar —replicó ella mientras se mecía con las olas, cada vez más fuertes—. Noe se llevó el corazón de Te Fiti. Puedo detenerla y...

—Mira, Vaiana —la interrumpió Afā, que temblaba a su lado con los ojos muy abiertos. Observaba el agua rompiendo a su alrededor. La cola y el torso alargados de Kanapi flotaban entre las olas como una serpiente marina, envolviéndolos a ambos.

Kanapi había crecido. Tenían la prueba alrededor de ellos, cortando el agua y amenazando con aplastarlos en cualquier momento.

—Oh, qué aguda —tarareó Kanapi alegremente. Vaiana no tenía ninguna duda de que disfrutaba con su miedo. El monstruo soltó una risita y le dijo—: Ya es demasiado tarde para eso, Vaiana. Está claro que devolverle el corazón a la diosa te viene grande. Por tu culpa, tu pueblo no tendrá vida, ni libertad ni futuro. —Sus dientes destellaron —. Al menos, de este modo tu espíritu no será un desperdicio.

«Tu espíritu no será un desperdicio». Las palabras del cazaespíritus la impactaron. ¿Qué sabía él sobre su misión de traer de vuelta a Te Fiti?

Vaiana apretó la mandíbula. No sabía a qué se refería, pero no pensaba perder el tiempo discutiendo. Viendo al monstruo en el reino de la oscuridad, se dio cuenta de que disfrutaba en su hábitat natural. Estaba claro que le encantaba humillarla, hurgar en sus heridas, en su vergüenza, sus miedos y sus dudas. Era una criatura de la oscuridad.

Y ella...

—Se te olvida una cosa, Kanapi —le dijo Vaiana, sintiendo las olas elevarla junto con Afā—. No fuiste tú quien me eligió.

El océano se alzó detrás de Vaiana, eclipsando a Kanapi. Una feroz corriente azotó las aguas, lo que hizo que el monstruo tomase conciencia de lo que ocurría. Las olas se abrieron, creando un abismo entre ellos, la canoa y el ciempiés. Este extendió las garras hacia Vaiana, pero solo consiguió rozarle la cara antes de que el mar se lo tragara en su remolino.

Afā subió a la embarcación y, luego, le dio la mano a Vaiana para ayudarla. Iban directos hacia el arrecife, rebotando sobre el agua.

—Suelta la driza —gritó Vaiana, alcanzando la vela y los cabos.

—¿El qué? —gritó Afā, agarrado al mástil, y Vaiana señaló la vela, recordándoselo. Él siguió sus instrucciones y ella giró la muñeca, abriendo la vela de golpe—. ¿Adónde vamos?

Vaiana no respondió, pues el océano había intervenido, aunque tenía la sensación de que Kanapi aún no había terminado.

Se veían unas extremidades sombrías arañando la superficie del agua, atravesando las olas. En Lalotai su forma era la de un monstruoso ciempiés, largo y retorcido, por lo que quizá en ese reino una inmersión en las profundidades del océano habría bastado para ahogarlo, pero en esos momentos el cazaespíritus se retorcía en el agua y su largo cuerpo era más grande que el de una ballena.

Aun así, Vaiana no sentía miedo. En Lalotai, había estado en tierra firme sin una canoa ni el océano como apoyo. En esos momentos, se dio cuenta de que en su mundo había quedado privada de su ayuda por culpa de la maldición, pero en el reino de la oscuridad no había ninguna maldición que contaminara las aguas del océano.

Y ese no era el reino de los monstruos.

Era su isla. Y lo más importante: era su arrecife.

Giró la canoa, dirigiéndola hacia las profundidades del océano.

—¿Lo conseguiremos? —Afā se encogió a su lado.

Vaiana se disponía a responder cuando notó que el agua se agitaba. El abismo que el océano había abierto entre Kanapi y ellos se había convertido en una pequeña brecha que el cazaespíritus saltó, estrellándose contra las olas bajo su canoa y salpicándolos.

—Deja que venga —susurró al océano valiéndose de los cabos para inclinar la canoa hacia un lado. Luego, le advirtió a Afā—: Agárrate.

Se adentraron con fuerza en el mar. La canoa se irguió, apuntando al cielo con la proa, mientras se deslizaba sobre las olas. Cuanto más avanzaban, más agitado estaba el mar y más altas se volvían las olas.

Tras ellos, estaba sumergido Kanapi, que se movía sinuosamente, haciendo oscilar la canoa. Afā tensó la vela, aumentando la velocidad. Vaiana lo miró a los ojos y él asintió con la cabeza.

El chico había entendido el plan. Sabía lo peligroso que era el arrecife.

Vaiana se concentró en las olas mientras Kanapi gritaba enfurecido al tiempo que golpeaba la embarcación con su enorme cuerpo. El agua se cerraba sobre ellos, rebosando por los costados de la canoa, y las olas cada vez eran más violentas, empujándolos hacia un enorme talud.

El tiempo pareció enlentecerse mientras Vaiana y Afā se dirigían a la cresta de agua, cada vez más alta. Solo alcanzaba a distinguir por encima de ella que la marea se había retirado, dejando al descubierto el arrecife.

Había unos tablones destrozados incrustados en el coral junto a los restos de otras canoas y velas. Sin embargo, no tenían pensado unirse a aquellos pecios.

Vaiana echó todo su peso sobre la popa de la canoa y tiró de los cabos, dejando correr la cuerda por sus callos. La canoa se echó

hacia atrás cuando Afā cazó la driza y movió la vela en la dirección opuesta, cambiando así el rumbo.

Ellos giraron, pero Kanapi no.

El cazaespíritus siguió elevándose sobre la cresta de la ola, cada vez más profunda, pero no pudo atraparlos, ya que navegaba sobre un precipicio. Al ser incapaz de cambiar de dirección, la corriente lo arrastró de manera implacable.

Entonces, la ola rompió, lanzando el enorme cuerpo de Kanapi hacia los corales y pecios que sobresalían del mar. Cuando el monstruo golpeó el arrecife se desvaneció en el aire y su sombra fue ahuyentada por la luz del día.

—*Tai matala* —dijo Afā mirando fijamente la figura cada vez más pequeña de Kanapi, que poco a poco desaparecía, perdiéndose en las rocas. Lentamente, la turbulenta corriente del mar se fue calmando, mientras Vaiana y Afā navegaban hacia el horizonte.

El océano formaba un vertiginoso remolino a su lado, salpicando a Vaiana mientras Afā daba saltos de alegría.

—¡Lo hemos conseguido!

—¿Cómo te sientes?

—Me siento... —Afā se tocó suavemente el pecho con la palma de la mano y soltó un suspiro de felicidad—. Eufórico.

Vaiana recordó la primera vez que había coronado las gigantescas olas del arrecife y le devolvió la sonrisa a Afā. Se había sentido invencible, capaz de cualquier cosa.

—No puedo creer que nuestros ancestros navegaran por el gran océano valiéndose solo de las estrellas, el viento y las corrientes. —Afā negó con la cabeza y se le iluminaron los ojos mientras reía—. Y en canoas como esta. Me alegro de haber vuelto a sentir esto. Por fin...

Afā se interrumpió. Vaiana se giró y lo vio con los ojos llenos de lágrimas. Contemplaba el horizonte, cada vez más cerca, un mundo de colores intensos y tonos brillantes. Detrás de ellos, el mundo grisáceo del reino de la oscuridad comenzaba a desvanecerse. Cruzó la mirada con ella.

—Gracias por ayudarme a ver, Vaiana.

—¿A ver qué?

—Que el océano siempre ha estado aquí. —Afā esbozó una leve sonrisa—. Gracias a ti, al fin he regresado a casa.

Capítulo treinta y uno

Al otro lado del océano, les aguardaba el crepúsculo, que se extendía ante los dos navegantes hasta la lejana línea del horizonte.

—¿Y ahora qué? —dijo Vaiana.

Afā no respondió. La canoa se mecía sobre las olas, alejándose cada vez más del reino de la oscuridad de Motunui.

Poco a poco, Vaiana vio cómo la isla se difuminaba a sus espaldas, hasta desaparecer en el horizonte opuesto como si nunca hubiera existido.

—No lo sé —respondió Afā por fin.

—No hay brisa —dijo ella, percibiendo el aire—. ¿Dónde estamos ahora? ¿Seguimos en...? —Se calló al ver que el cielo se volvía pálido, oscureciéndose en el silencio de la noche. Era un mundo colorido en comparación con el reino grisáceo del que habían escapado.

Vaiana incluso vio unas estrellas iridiscentes titilando sobre ellos en el cielo despejado. Aunque...

Aquello no eran estrellas.

Las luces flotaban desde el cielo hacia el océano. El mar las reflejaba como el colgante de Noe, convirtiéndolas en un mar de constelaciones.

A Vaiana comenzó a latirle con fuerza el corazón al ver aquello. Las luces eran infinitas y las vio danzar sobre el océano hasta que

aquella línea lejana se lo impidió.

—Creo que es un umbral para los espíritus —dijo Afā, señalando una luz próxima que se deslizó hacia ellos como una estrella fugaz y, luego, desapareció entre las olas.

Vaiana se asomó por el costado de la canoa para seguir la luz del espíritu bajo el agua, pero se apartó de un salto al verse a sí misma en el océano en lugar de su sombra.

Ahogó un grito. Tenía los ojos cerrados, estaba dormida. Pero Vaiana vio que la maldición se le había extendido por el hombro y ya le llegaba al cuello. Se le acababa el tiempo.

Afā se acercó para mirar. Junto al cuerpo dormido de Vaiana, vio un destello de luz donde debería haber estado su reflejo, su espíritu.

El chico miró fijamente su propia luz con una expresión de desconcierto que fue dando paso al asombro.

—Entonces, ¿es este el reino de los espíritus? —preguntó ella.

—No lo sé —reconoció Afā, con el rostro iluminado por su propia luz—. Nunca había visto este lugar.

—Si salto —dijo Vaiana, titubeante, apoyada en el borde de la canoa—, creo que volveré a mi cuerpo.

Aun habiendo visto su cuerpo, Vaiana sentía que algo tiraba de ella, una especie de cuerda que la empujaba hacia las olas, de vuelta a sus huesos.

Afā le sonrió.

—Entonces, ¿por qué dudas? Deberías hacerlo.

Vaiana tragó saliva.

—No estoy segura. Supongo que es miedo.

—¿Qué tienes tú que temer, Vaiana de Motunui?

—Mira, se ve la maldición, me llega casi por los ojos y... —Vaiana se interrumpió. Sabía que no podía dejar que el miedo y la

vergüenza determinaran su vida, pero eso no significaba que se hubiera vuelto valiente de golpe.

Afā se quedó en silencio y, cuando Vaiana se volvió hacia él, tenía una expresión melancólica.

—¿Prefieres quedarte aquí? Podrías hacerlo, ya lo sabes. Así, la maldición de Te Kā no podrá engullir tu espíritu.

—Pero mi pueblo me necesita —dijo Vaiana, recordando el turbio futuro de Motunui que había visto en el reino de la oscuridad, una versión tenebrosa de su isla, un mundo deformado que revelaba todos sus miedos y vergüenza. De todos modos, aunque no hubiese sido una visión, no podía arriesgarse a que pasara—. No puedo quedarme. No quiero volver a fallarles.

—No lo harás.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Me he pasado años atrapado en ese reino de oscuridad, décadas, Vaiana. No pensaba que fuese a salir de allí. Ni siquiera he sabido lo que era en realidad Tai Matala hasta que tú me has mostrado el camino.

—Solo te he ayudado un poco.

Afā se pasó la mano por el pelo.

—No, tú me has mostrado el camino y por eso sé que salvarás a nuestro pueblo. Eres una navegante hecha y derecha.

«Una navegante hecha y derecha». Vaiana respiró hondo para calmarse y que las palabras no la abrumaran. Enderezó los hombros y dejó que la determinación de Afā le diese fuerza a su espíritu.

—Gracias.

—Solo estoy celoso de no poder ver cómo los guías. —Afā señaló con la cabeza la inmensa extensión de agua—. Pero primero tienes un océano que salvar, elegida.

Vaiana esbozó una media sonrisa.

—¿Y tú qué?

—Estaré bien. Me has ayudado más de lo que imaginas. —Vaiana miró por encima de su hombro para contemplar la vasta extensión del mar y todas sus luces. Afā no tardaría en unirse a ellos, aunque tal vez no tuviera por qué hacerlo.

—¿Por qué no vienes conmigo? Quizá podamos usar el corazón de Te Fiti para traerte de vuelta... —Pero vio a Afā negando con la cabeza y se entristeció ante la inminente despedida—. ¿Por qué no? Me vendría bien la ayuda de otro navegante.

Afā se rio.

—Aún no sé si soy un navegante. —Sonrió, contemplando el resplandeciente mar que los rodeaba. Aquellas partículas de luz sobrenaturales flotaban en el aire como estrellas terrestres—. Pero creo que estoy empezando a encontrar mi camino.

Vaiana asintió con los ojos vidriosos.

—¿Adónde te diriges ahora? ¿Lo sabes?

—Pues el océano es muy grande —dijo él—. Creo que seguiré la corriente a ver hasta dónde llego.

Vaiana tragó saliva, sintiendo las lágrimas resbalar por las mejillas.

—No podría haberlo hecho sin ti.

—Shh —la calló Afā secándole las lágrimas con la palma de la mano, mezclándolas con el salitre que le cubría la piel—. Habrías encontrado tu camino, Vaiana. Me ayudaste a recordar que nos corre agua salada por las venas. Nunca nos perderemos en las olas del océano, este siempre nos unirá. —Vaiana lloró desconsoladamente mientras Afā comenzaba a brillar y supo que estaba contemplando su espíritu, que se marcharía al reino de los espíritus para reunirse con sus ancestros—. Eres la culminación de todas las esperanzas y sueños de nuestro pueblo —dijo Afā pegando la frente a la suya,

aunque no hubo intercambio de aliento entre ellos, pues aquello no era un hola, sino un adiós.

—Veo a nuestros ancestros en ti, Vaiana, y están orgullosos. Has cambiado el futuro de nuestra isla y nuestros ancestros saben que enseñarás a las generaciones futuras a encontrar su camino. Recuerda que estás manteniendo vivas nuestras tradiciones. Ellos jamás te considerarían una fracasada.

Vaiana se secó los ojos.

—Gracias por tu ayuda, Afā de Motunui.

Afā se puso de pie en la canoa y cogió los cabos de la vela. Alargó una mano hacia el horizonte, midiendo la distancia con los dedos, y miró por última vez a Vaiana con los ojos brillantes como escamas de plata.

—Cuidaré de tu vela en el mar, Vaiana. Dile a tu padre que... —Afā exhaló y su espíritu se separó de su cuerpo. Liberado de sus ataduras, se dejó elevar por el viento como una vela suelta—. Dile a Tui que... él se lo pierde.

—Lo haré —prometió Vaiana, asomándose por el borde de la canoa.

Su mirada se encontró con la de Afā por última vez. Entonces, Vaiana se lanzó al agua, llevando su espíritu de vuelta a su cuerpo.

Capítulo treinta y dos

Vaiana se despertó sobresaltada.

Abrió los ojos de golpe mientras su pecho se hinchaba, expandiéndose dolorosamente al llenarse de aire. Le vino a la cabeza todo lo que había sucedido antes de que arrojasen su espíritu al reino de la oscuridad. Vio a Kala marcharse para ayudar a Noe y a la chica pálida aparecer de entre las sombras después de que el guardián desapareciera y...

Miró hacia el techo pedregoso. Estaba tumbada de espaldas en una cueva. Se llevó los dedos al cuello en busca del collar de su abuela, pero ya no estaba; tenía la clavícula desnuda. Noe se lo había quitado y se había marchado, lo que significaba que se encontraba en...

«Lalotai», pensó, tratando de ubicarse. Pero el mundo estaba oscuro y daba vueltas y se vio rodeada de colores tenues y formas que la mareaban. Era un reino apagado en comparación con el brillante umbral del que procedía, con aquel mar infinito plagado de estrellas.

Se incorporó sobre los codos y, al hacerlo, su brazo maldito raspó el suelo tallado de la cueva. Había piedras sueltas y se estremeció al oír el chirrido. ¿Por qué todo era tan ruidoso?

—Despacio —le indicó una voz grave, y notó una zarpa acariciándole la espalda.

—¿Kala? —preguntó sorprendida. Intentó localizar al guardián en la oscuridad, pero veía borroso. Tras limpiarse la arena de los ojos y la cara, comenzó a toser. ¿Por qué la boca le sabía como si hubiera dado un buen mordisco a la tierra?

—Sí, Vaiana —respondió el guardián, a su lado, llamándola por su nombre. Exhibía su forma reptiliana, la auténtica—. Estoy aquí.

—¿Te quedaste conmigo en lugar de ir tras el corazón?

—Sabía que solo era cuestión de tiempo que volvieras en ti. Confiaste en tu instinto —señaló, asintiendo con aprobación—. Bien.

—Pero ¿qué pasa con Noe?, ¿dónde está? Tenemos que detenerla —dijo Vaiana tomando impulso para levantarse, pero dio un traspiés. No sabía qué esperaba regresando a Lalotai, aunque notaba raras sus extremidades y sentía una gran pesadez en todo el cuerpo, por lo que estuvo a punto de perder el equilibrio por completo—. ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Ve poco a poco. Llevas dos días fuera de tu cuerpo —le advirtió Kala sacudiendo la cabeza—. Tu espíritu nunca antes se había separado de él. Tienes que volver a acostumbrarte a su forma.

«¿Dos días? —Vaiana apretó los dientes—. No vamos a conseguirlo».

—Tranquila, Vaiana. En efecto, tu antigua compañera está en camino, pero aún no ha llegado a Te Fiti. —Ante la confusión de Vaiana, Kala añadió—: Ahora tiene el corazón, así que ya no puede ir por el mismo camino que los espíritus para cruzar los reinos, pues llamaría demasiado la atención llevando lo que lleva consigo. —Kala esbozó una sonrisa—. Así pues, el fantasma ha tenido que volver sobre sus pasos por el camino que siguió contigo para regresar al mundo de la superficie, lo que nos ha dado algo de tiempo.

El guardián ayudó a Vaiana a ponerse en pie, y ella se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes.

—¿Cuánto tiempo?

—El suficiente para que recuperes el aliento. ¿Qué has visto en el reino de la oscuridad?

Vaiana le contó sus vivencias y que Kanapi la había seguido.

Recordó su isla desvaneciéndose hasta convertirse en una franja gris, la hambruna azotando a su pueblo y que los enfermos superaban a los sanos. Recordó la tensión de la mandíbula de su padre, su rostro demacrado y el pesar de sus ojos. Pero también recordó a Afā y su luz, lo que le partió el corazón.

Al final de su relato, Vaiana respiró hondo y sintió que se le aclaraban las ideas.

—Tienes suerte de haber escapado —dijo Kala mirándola fijamente muy de cerca—. Cuando los espíritus van a parar a ese reino, suelen ser incapaces de afrontar lo que este les revela sobre sí mismos. No pueden aceptar su propia oscuridad. Algunos prefieren desaparecer, olvidando todo lo relacionado con su vida anterior, incluido lo bueno. Así, la mayoría de los de tu especie perecen, dejando que sus espíritus se desvanezcan en el éter del reino.

—¿Qué les ocurre a esos espíritus?

—No lo sé. No es un destino del que se pueda regresar.

Vaiana reprimió un escalofrío. Ese había estado a punto de ser el destino de Afā, y también el suyo.

Se apoyó en la pared de la cueva para ponerse de pie, respirando despacio. Sus ojos por fin se habían adaptado y ya veía que estaban cerca de la guarida de Kanapi, el lugar donde Noe había separado su espíritu de su cuerpo.

En el suelo, había fragmentos de basalto agrietado y un cordón roto: la piedra vidente de Noe. El colgante se le había partido al caerse y Noe se había marchado sin la piedra. «Es un recordatorio —

le había dicho la otra chica—, para que nunca olvide el papel que cumplo en mi pueblo».

Vaiana suspiró y recogió los pedazos del colgante. Adiós al recordatorio. Aun así, se guardó los restos de la piedra vidente en la falda.

Sabía que Kala tenía razón, que necesitaba recuperarse, pero, al igual que Noe, seguía teniendo una responsabilidad para con su pueblo —y con la diosa Te Fiti— y su maldición era un severo recordatorio del tiempo que le quedaba para cumplir con ese deber.

—Vámonos.

Kala levantó la vista.

—¿Estás segura de que estás preparada?

No lo estaba. Aunque Vaiana ya no sentía las extremidades tan pesadas, notaba la maldición latiendo en su brazo, amenazando con propagarse. Ya le llegaba al cuello. Era poco probable que sobreviviera la próxima vez que se extendiera.

—Estoy preparada, pero ¿cómo vamos a alcanzar a Noe? Nos lleva al menos un día de ventaja.

Kala se rio.

—No hace falta que la alcancemos. —Vaiana miró con incredulidad al guardián, que abrió sus fauces reptilianas, dejando al descubierto su sonrisa de dientes afilados—. Sabemos adónde se dirige el fantasma, Vaiana. Ya la detendremos cuando la encontremos en las costas de Te Fiti.

—¿Cómo? —Vaiana no señaló la cueva en la que se hallaban, a gran profundidad, aunque no fue necesario.

—Estos mortales... —resopló Kala con tono áspero, y soltó una risa ancestral—. Olvidáis que Maui no es el único cambiaformas de estas aguas.

Capítulo treinta y tres

El atolón de Te Kā era una línea negra en el horizonte del océano que separaba el cielo y el mar. Vaiana contemplaba la isla a la que se acercaban con una mezcla de miedo y expectación, casi deseando que el viaje de regreso hubiera durado más.

El guardián cambiaformas la había sacado de Lalotai. En cuanto ella había dicho que estaba lista para partir, Kala se había transformado: su cuerpo se retorció hasta convertirse en un ave fragata. Proyectaba una alta sombra sobre ella con su gran envergadura y, sin mediar palabra, permitió que Vaiana se apoyase en sus plumas y montara en su lomo. El guardián se elevó en el aire con su poderoso batir de alas, provocando un torbellino debajo de ellos. Luego, se lanzó en picado por el respiradero de lava del valle. El viento silbaba en los oídos de Vaiana mientras se abrían paso por la sinuosa fisura. Al final, emergieron en la penumbra de la profunda garganta de Lalotai. Allí, Vaiana vio la tenue luz de los hongos difuminándose vertiginosamente cuando el guardián volvió a batir las alas, impulsándose fuera del hoyo al que Noe y ella habían tardado horas en descender.

«No mires abajo», pensó Vaiana mientras todo Lalotai se desplegaba bajo ellos, convirtiéndose en meros puntos de referencia difusos y montañas lejanas. No tenía ni idea de hacia dónde se dirigía el guardián hasta que vio las afiladas estalactitas que los

apuntaban. Contuvo un grito cuando este se lanzó hacia el techo. Se le revolvió el estómago cuando el viento le azotó la cara, haciéndola lagrimear.

—Toma aire —le advirtió el guardián, y Vaiana sintió la vibración de su voz contra ella y el movimiento de sus músculos al transformarse de nuevo en pleno vuelo. Sus plumas se alisaron hasta convertirse en la carne de un tiburón justo a la vez que se zambullían en el agua negra.

Aunque Vaiana no veía nada dentro del océano, Kala atravesó las profundidades marinas y salió a la superficie con gran estruendo. Cuando la luz del sol bañó al fin su piel, Vaiana se sintió de mejor humor..., pero su ánimo enseguida decayó.

En cualquier dirección que mirase, Vaiana veía unas olas densas y oscuras como la tinta, seña de la maldición de Te Kā; una espuma negra flotaba sobre las pestilentes olas y el hedor a azufre y algas muertas se imponía al salitre, lo que le revolvió el estómago. Cuando habían salido a la superficie, el cielo era rosa y comenzaba a sumirse en un crepúsculo rojo. En esos momentos, ya era de madrugada y las nubes se habían vuelto de un gris aterciopelado, tiñéndose de negro donde la noche se encontraba con la isla de Te Kā. Vaiana no tenía ni idea de cuánto tiempo había durado el viaje, pero sabía exactamente cuánto tiempo le quedaba.

Sobre Kala y ella, la luna se estaba llenando, ganando plenitud con cada segundo que pasaba. Se le encogió el corazón al ver su silueta cada vez más brillante. A juzgar por cómo crecía su contorno, la próxima luna llena sería esa misma noche.

Eso quería decir que sería devorada por la maldición de Te Kā antes del amanecer.

Vaiana dirigió la vista hacia la mancha de su piel, que ahora cubría su hombro. Los tentáculos de ceniza sobrepasaban su garganta y

rodeaban la mandíbula. ¿Cómo iban a derrotar a Noe y recuperar el corazón de Te Fiti antes de que la maldición se apoderara de ella?

Exhaló profundamente. Parecía que no iban a tardar en descubrirlo.

Sobre el tiburón que era Kala, Vaiana se dirigió hacia el atolón, con el pulso acelerado mientras las olas los depositaban en una familiar playa negra.

Kala se transformó de nuevo, despojándose del cuerpo de tiburón que había adoptado, y se dirigió hacia los acantilados del atolón luciendo su verdadero rostro y forma reptilianos.

—Mantente alerta —advirtió.

Vaiana asintió, aunque no veía ni rastro de la chica fantasmal. Al fin y al cabo, solo había una canoa amarrada en la playa de Te Kā.

El viento levantó la oscura arena, azotando la canoa de Vaiana y su vela, pero esta no se atrevió a mirar a la figura petrificada que estaba justo donde la había dejado, junto a su anzuelo: Maui.

Vaiana no podía quitarse de encima la sensación de que el semidiós tenía los ojos clavados en su espalda mientras escudriñaba la costa en busca del fantasma. Se abrió camino bordeando el atolón y subió por las colinas renegridas hacia la caldera, con la esperanza de tomar distancia de Maui. Echó la cabeza atrás.

O bien Noe ya había registrado la isla y se había marchado hacía tiempo, o bien habían conseguido llegar antes que el fantasma. Aunque...

Kala siseó detrás de ella y, al darse la vuelta, Vaiana atisbó movimiento cerca de la caldera extinta.

En la cima de la colina que conducía a la caldera, por encima de ellos, vieron a Noe asomarse al precipicio con el collar de Tala puesto en vez de su piedra vidente.

Vaiana la miró a la cara, esperando que la chica se enfureciese, pero Noe tenía los ojos muy abiertos y le devolvió la mirada con la boca abierta y una expresión desconocida.

—¿Vaiana? ¿Qué haces aquí? —preguntó, y la expresión indescifrable de la chica se desvaneció, dando paso a la incredulidad y a su ira habitual—. ¿Por qué has vuelto?

Vaiana se echó hacia atrás por lo que Noe pudiera hacerle a su espíritu. Y, sin embargo...

Los ojos de Noe brillaban con inquietud y miedo, pero ¿por qué la chica fantasma iba a temerla a ella?

—He venido a detenerte, Noe —dijo Vaiana, respirando hondo para tranquilizarse. Se acercó a duras penas hasta quedar a poca distancia del fantasma—. No puedes quedarte el corazón de Te Fiti.

Noe torció el gesto.

—No lo entiendes, ¿verdad? Por fin voy a salvar mi isla, Vaiana. No te interpongas.

—Sé lo dolida que estás, Noe, pero no puedes usar el corazón de Te Fiti. Devolver el corazón de Te Fiti es algo que he de hacer yo, es mi responsabilidad, no la tuya. Venga, tú sabes quién eres —le suplicó.

Noe apartó la vista.

—No me digas lo que tengo que hacer. Yo era la seguidora más fiel de Te Fiti y cumplía todos los ritos de mi isla, les rezaba a todos los dioses. Mira a nuestro alrededor. ¿Dónde están? ¿Por qué los dioses no nos han ayudado? —Noe negó con la cabeza—. Sabían dónde estaba el corazón y sabían quién era Te Fiti sin él. ¿Por qué no nos salvaron cuando los necesitábamos? ¿Por qué no nos ayudaron?

Aquella pregunta hizo que Vaiana sintiese un nudo en la garganta. El dolor de Noe era palpable y su tristeza la conmovió.

—Déjalo estar, Vaiana —le pidió Kala, poniéndose en guardia junto a ella—. Estás perdiendo el tiempo. El fantasma no va a entrar nunca en razón, quiere recuperar su isla cueste lo que cueste. Recuerda lo que te hizo.

Sin embargo, eso era precisamente lo que Vaiana estaba recordando y el motivo por el que dudaba sobre si atacar a la otra chica. Las sospechas de que Noe no le tenía miedo eran cada vez mayores. La chica fantasma había seguido el progreso de su maldición desde que la había visto por primera vez porque estaba asustada por ella.

«Te voy a enviar a un lugar seguro», le había dicho con gesto tierno mientras sostenía su espíritu entre las manos. Mandarla al reino de la oscuridad había sido cruel, pero podría haber hecho algo peor.

A pesar de lo lejos que pensaba Kala que había llegado Noe, esta había intentado salvar a Vaiana a su modo: «Cuando la maldición consuma tu cuerpo, no podrá encontrar tu espíritu».

Ya había tenido antes la sensación de que estaba conectando con la otra chica. Quizá esa vez la escuchara.

—No sé por qué los demás dioses no nos ayudaron —dijo Vaiana acercándose lentamente—. Pero no puedes salvar a tu pueblo sacrificando a todos los demás, Noe. Sabes que no puedes. No repitas el error de Maui y pretendas quedarte el corazón de Te Fiti.

—No lo hago. Con el poder de la vida y la creación, yo también puedo convertirme en semidiosa, Vaiana, y salvarlos a todos. —Tragó saliva y bajó la mirada. Vaiana sabía que su determinación flaqueaba, pues veía la duda en sus ojos.

—Eso no lo sabes. —Le tendió la mano a Noe, temiendo que se alejara—. Por favor, devuélveme el corazón.

Noe miró a Vaiana, al guardián que se mantenía a una distancia prudente y, luego, a las costas carbonizadas del atolón. Cuando volvió a mirar a Vaiana, su gesto era severo y obstinado.

—No —susurró—. No puedo dejar que me detengas, Vaiana. No estando tan cerca.

En lugar de aceptar la mano de Vaiana, Noe se puso a cantar al tiempo que hacía ademanes en el aire. Vaiana se apartó de la chica, cuyos ojos emitieron un destello plateado. Pero no hubo nada que invitara a su espíritu a liberarse de sus ataduras.

Preocupada, Vaiana se volvió hacia Kala, pero el guardián ni siquiera la miraba. Tenía la vista clavada en la costa, a su espalda, donde algo se movía bajo el agua.

Un tentáculo rojo centelleante atravesó el agua, salpicando el atolón. El *fe'e*, espíritu del inframundo, emergió del mar y golpeó con otro tentáculo la tierra de Te Kā. Kala y Vaiana se apartaron de un salto, esquivando el tentáculo por poco. «¿Cómo?». La mente de Vaiana se aceleró y el pánico se apoderó de ella.

—Ha invocado a un espíritu para que luche por ella —gruñó Kala, y al instante le brotaron unas alas en la espalda—. Encuentra la lágrima antes de que lo haga el fantasma, o curará el corazón y desatará el poder de una diosa. Yo me encargo del *fe'e*.

Vaiana asintió, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo. Si Noe no atendía a razones, ¿podría detenerla? ¿Qué podía hacer ella contra un fantasma? Aun así, se puso en pie apoyándose en su brazo maldito. Mientras oía a Kala luchando contra el *fe'e* a sus espaldas, se armó de valor y echó a correr colina arriba. Sabía una cosa: no podía dejar que Noe se quedara con el corazón ni con la última lágrima. Bajo sus pies, estaba el lugar donde Maui y ella se habían atrevido a enfrentarse a Te Kā y donde el semidiós había acabado convertido en piedra, y allí seguía su estatua. Si fracasaba

al enfrentarse a Noe, acabaría igual que Maui en la orilla. Tragó saliva. Si sucedía tal cosa...

Sería lo último que haría.

Capítulo treinta y cuatro

Vaiana y Noe se encontraron cara a cara bajo un cielo plomizo. Vaiana estaba situada sobre la tierra de la caldera con su brazo de roca volcánica extendido a modo de escudo.

Noe estaba envuelta por la oscuridad, que difuminaba su contorno como el carbón de una hoguera, haciendo que su espíritu se confundiera con las sombras del cielo, como si estuviera ligada a ellas, aunque se mantenía erguida y firme.

—¿Y ahora qué, Vaiana? —preguntó Noe, acercándose a ella y llenando el aire entre ambas como humo. Sus oscuros ojos ardían como basalto en llamas. Vaiana se preguntó cómo había podido pasársele por la cabeza que estaba viva—. Otra vez solas tú y yo. Esperaba que te quedaras en el reino de la oscuridad. Habría hecho todo esto mucho más fácil.

Vaiana no dejó que se notara el miedo que sentía. No flaqueó ante la otra chica.

—Aún puedes rendirte y devolver el corazón...

—¿Rendirme? ¿Por qué? —le espetó Noe con una risa desganada —. Dentro de poco, tendré todo lo que necesito para volver a la vida y devolvérsela a mi pueblo. Y tú solo eres una niña, Vaiana, ¿qué puedes hacerme tú a mí?

Noe levantó las manos y Vaiana arremetió contra ella.

Noe había preguntado.

Vaiana echó atrás su pesado brazo de piedra y la golpeó con fuerza en la mandíbula.

Noe cayó desplomada sobre la arena. Levantó la vista, con la sorpresa reflejada en sus ojos.

—Ya no eres la única que tiene un pie en la muerte, Noe —dijo Vaiana, y se lanzó de nuevo hacia ella con el puño en ristre.

—Sigo siendo una guerrera. —La lanza de Noe impactó en Vaiana y se le clavó en su brazo maldito—. No me das miedo.

Vaiana apretó los dientes e hizo fuerza con el brazo, haciendo retroceder a Noe un paso.

—No quiero asustarte, Noe. Ni siquiera quiero luchar contra ti. Dame el corazón y acabemos con...

—¿Es que no has aprendido nada? —le soltó Noe—. ¡Deja de vacilar! —Empujó a Vaiana hacia atrás con la lanza y, luego, utilizó el mango de madera del arma para derribarla. A Vaiana se le escapó todo el aliento de golpe. Estaba tendida bocarriba en la arena, resollando. Aun así, levantó su brazo volcánico frente a su pecho instintivamente para protegerse del golpe de Noe.

Solo que no hubo ninguno.

La otra chica huía corriendo hacia la caldera, donde se hallaba la última lágrima de Te Fiti.

—¡No! —Vaiana se puso en pie como pudo y echó a correr detrás de Noe, que se movía como una sombra huyendo del sol. Le dolían los tobillos por el golpe que le había dado y sabía que iba a salirle un moretón, pero ignoró el dolor. Extendió su mano de piedra, tratando de alcanzar la trenza fantasmal de Noe...

Y sintió una oleada de dolor abrasador recorriéndole el brazo y el hombro.

Soltó un alarido y cayó de rodillas en la cima de la caldera. Más adelante, Noe se detuvo y le lanzó una mirada salvaje. La confusión

y el miedo brillaban en sus ojos. Pasó la vista de Vaiana a la maldición, que se extendía hasta el lecho de la cuenca detrás de ella.

Incluso desde donde estaba, Vaiana veía el destello entre las cenizas: una estrella verde escondida entre las oscuras nubes de ceniza. Pero la maldición se estaba extendiendo por su cuerpo.

«No, Te Fiti, todavía no».

Vaiana se estremeció cuando vio que la maldición le subía por el hombro y le envolvía el cuello, rozando su mandíbula y sus pómulos con sus afilados dientes. Se arrastró hacia los pies de Noe, extendiendo la mano temblorosamente. El collar de su abuela brillaba en el cuello de Noe. «Espera, Te Fiti, tu corazón está aquí».

Noe frunció el ceño, observando el torpe avance de Vaiana por la arena con la mirada baja. Vaiana creyó ver lágrimas en sus ojos.

—Basta, Vaiana —gritó Noe, metiendo la mano en las cenizas a sus pies. Tenía la lágrima en la mano y su palma quedaba envuelta en su resplandor.

El dolor de la maldición comenzó a aliviarse, pero Vaiana temía que pronto se apoderara de su espíritu. Se arrodilló junto a Noe y extendió la mano hacia el puño con que la chica sostenía la lágrima.

—¿Ves lo que hace? No merece tanta entrega —dijo Noe con lágrimas rodando por sus mejillas—. Déjame curar el corazón y haré desaparecer la maldición de tu cuerpo. —Levantó las manos por encima de su cabeza y la de Vaiana. Tenía el corazón de Te Fiti en una de sus palmas y la lágrima brillaba en la otra. La superficie casi sanada del corazón resplandecía con prismas iridiscentes junto a la luz de la lágrima.

Parte del poder de la lágrima también alcanzaba a Noe, dándole a sus mejillas un brillo saludable y llenándola de vida.

Y, en su cuello, Vaiana vio su cicatriz en forma de lágrima, donde la diosa había plasmado su esencia para salvarle la vida cuando era un bebé. Esta palpitaba, extendiéndose por su cuerpo fantasmal como una ola en respuesta a la lágrima de Te Fiti que tenía al lado.

—Nos han marcado a ambas, Vaiana —dijo Noe con tono desolado —. Elegidas y marcadas, benditas y malditas. Son palabras diferentes, pero significan lo mismo, solo que no tenemos que seguir a Te Fiti, podemos ser mejores que ella.

—No, Noe —protestó Vaiana, usando las pocas fuerzas que le quedaban para buscar el trozo de la piedra vidente de la chica. Cuando dio con él, lo sostuvo ante Noe junto con el cordón roto. Si lograba convencerla de que se detuviera, todo saldría bien, pero esta mostraba la misma resolución que siempre—. Quieres usar su corazón para convertirte en semidiosa porque temes que ella no te salve a ti ni a tu pueblo, pero usar el corazón en tu propio beneficio no salvará a todo el mundo. La única forma de salvar todo el océano es sanar el corazón de la diosa y devolverlo. Por favor, Noe.

—No va a hacerlo. —Endureció el gesto y a Vaiana se le cayó el alma a los pies. Entonces, Noe la miró con los ojos brillantes por las lágrimas—. Lo siento, Vaiana. Hago esto por nuestro pueblo y por ti. Porque Te Fiti no va a salvarte, pero yo sí.

Noe juntó las manos, uniendo el corazón de Te Fiti con la lágrima de la diosa. La lágrima se vertió en el corazón de piedra, llevándose con su luz las últimas marcas de quemaduras. Una ráfaga de viento rodeó a Vaiana y Noe, haciendo girar las cenizas alrededor de las dos chicas.

«Esto es nuevo».

Vaiana bajó la cabeza contra su codo para protegerse el rostro de la arena y las cenizas que levantaba el viento. Con los ojos

entrecerrados, observó el corazón que Noe sostenía en alto. La piedra verde aún emanaba luz, pero se estaba desvaneciendo.

—No, no —gimió Noe, acunando el corazón contra ella. Lloraba y acariciaba la piedrecita con las manos.

Algo iba mal.

El corazón de Te Fiti estaba sanado, pero no brillaba con el poder de la diosa.

Capítulo treinta y cinco

Del corazón de la diosa no emanó calor alguno.

—No, no, no —repitió Noe, hundiéndose aún más en el suelo con el corazón de Te Fiti entre las manos—. ¿Por qué no funciona? ¿Por qué no se ha curado?

La pregunta hizo que Vaiana sintiese un nudo en la garganta y un sabor amargo le llenase la boca. Habían recogido todas las lágrimas de la diosa y en el corazón ya no había ni rastro de las quemaduras, pero el poder de la diosa no había regresado.

Era solo una piedra verde.

—Otra decepción —dijo Noe—. ¿Ya estás contenta?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Ahora ninguna de las dos puede devolver el corazón.

—¿Qué? —Vaiana no comprendía lo que estaba oyendo—. Has permitido que tu dolor te convenza de que tu sufrimiento es mayor que el de cualquier otra persona. Has olvidado cómo te educaron, Noe. Te enseñaron a liderar a tu pueblo, pero te has dejado llevar por tu pena.

—¿Yo? —Noe resopló—. Fui yo quien te guio por Lalotai.

Vaiana estalló.

—Y me dejaste allí tirada para poder quedarte con el corazón de Te Fiti. Estabas dispuesta a sentenciarlos a todos porque temías que

Te Fiti te abandonara de nuevo... —Se estremeció al sentir un dolor tan agudo atravesándole el cuello que la hizo doblarse.

—¿Vaiana? —Noe le acarició la espalda, y un frío intenso la invadió, aliviando el abrasador calor como si fuese un bálsamo—. Respira.

Vaiana contuvo el pánico mientras la maldición se propagaba lentamente por el resto de su mandíbula, acercándose poco a poco a su boca. Las hebras de roca volcánica trataban de alcanzar sus labios como una mano. El aire era visible entrando y saliendo por su garganta mientras la maldición se detenía lentamente.

No podía agachar la cabeza sin rozar la roca volcánica que la envolvía. Se pasó una mano por la mejilla. La roca cubría su mandíbula y le llegaba hasta las orejas. Pronto ocultaría todo su rostro, consumiendo sus ojos y su espíritu.

Sin el corazón de la diosa, moriría.

—Salvar el mundo no tenía que ser así —susurró mirando alrededor. Recordó la noche en que ella y Maui no habían logrado derrotar a Te Kā y la misma impotencia se apoderó de ella, retorciéndole las entrañas.

Comenzaron a brotar lágrimas de sus ojos. A su lado, Noe también lloraba.

—Vaiana, tenemos que hacer algo, se te acaba el tiempo. —Vaiana la miró con incredulidad y Noe se mordió el labio—. Lo que he dicho iba en serio: pretendía usar el corazón para salvarte.

—Yo no quería eso. Yo quería que salváramos a Te Fiti. —Vaiana pegó las rodillas al pecho—. Quería salvar a Maui, a mi isla, a tu pueblo y a los monstruos de Veidau..., quería salvar al océano entero.

—Yo quería salvar a mi pueblo más que nada. —A Noe se le desencajó la cara—. Y ahora te voy a perder a ti también, la única

amiga que he tenido en siglos. Lo siento mucho, Vaiana. —Noe sollozaba, haciendo temblar a Vaiana—. Nunca volveré a ver a mi pueblo.

—Eso no lo sabes.

Noe le mostró el corazón sin vida de Te Fiti.

—¿Que no lo sé? —Negó con la cabeza—. No puedo hacer que vuelvan. Los he perdido para siempre por la maldición de Te Kā y es culpa mía.

—No puedes culparte.

—Pero es así. Si no hubieran usado la lágrima de nuestra isla para salvarme cuando era niña, habrían estado protegidos de la maldición.

Vaiana le cogió la mano a Noe y su espíritu la envolvió, soplando como un viento frío, lo que le recordó a su abuela.

—Ellos eligieron salvarte y no creo que se hayan arrepentido nunca.

—Pero ¿qué pasa con todas las cosas que he hecho?

Vaiana pensó en los mortales afectados por la maldición en la oscura guarida del ciempiés, a quienes había llevado allí una chica perdida, un fantasma enfadado, con la intención de recuperar su isla a cualquier precio, y miró a Noe a los ojos al tiempo que dejaba sobre su gélida palma el colgante de piedra roto.

—Una vez me dijiste que nuestros errores no son irreversibles, Noe. Siempre puedes volver a ser quien estabas destinada a ser.

Aunque en sus ojos brillaba la duda, Noe asintió, agarrando el collar roto.

—Me alegro de haberte conocido, Vaiana. Si alguna vez vuelvo a ver a mi gente, al menos ahora podré mirarlos a la cara, a pesar de todo lo que he hecho.

—Entonces, tendrás que darle las gracias a mi abuela —dijo Vaiana, dándole un golpecito al fantasma con el hombro—. Fue ella quien me dijo cómo encontrarte.

Noe sonrió.

—¿Cómo se llama?

—Tala. —Al mencionar el nombre de su abuela, a Vaiana se le encogió el corazón. ¿La visitaría, su abuela, en la caldera, antes de que la maldición la consumiera por completo?

Lo único en lo que podía pensar era en su abuela de pie en el acantilado esbozando una sonrisa triste.

«Encontrarás a una chica que necesita tu ayuda tanto como tú la suya».

«¿Y ella sanará el corazón?».

«Ah, no. Ella sola no. Con ella, descubrirás lo que lleva una diosa en el corazón y juntas devolveréis el corazón de Te Fiti».

«Un momento». Vaiana se incorporó mientras la maldición se extendía por la parte alta de su piel, amenazando con alcanzar todo su rostro. Vio a Kala asomado a la caldera, doblegando al espíritu de *fe'e*. Recordó su visión de Te Fiti cultivando un jardín en las profundidades de Lalotai para Kala y su pueblo y a Noe diciéndole que la diosa solía visitarlos, llenando los estanques de peces y los jardines de fruta madura y buenas cosechas. Pensó en Te Fiti y en todo lo que había aprendido sobre la diosa, en que ella y Te Kā eran dos caras de la misma piedra.

La isla madre y el ser ardiente.

Posó los ojos en el corazón que Noe sostenía en las manos, en su superficie inmaculada.

«¿Qué lleva una diosa en el corazón?».

A su pueblo.

Vaiana contempló la inmensidad del mar, la lejana línea del horizonte. No había visto todo el océano, pero...

Se le había acabado el tiempo. Apretó su puño maldito y observó la dura piedra abombarse.

—Tenías razón, Noe —dijo Vaiana, y la chica pálida la miró desde el suelo, todavía con el corazón pegado a ella, como si hubiera brotado de su propio pecho—. Elegida, marcada..., da lo mismo. —Exhaló temblorosamente—. Ya me ha reclamado una diosa, Te Kā, y creo que es hora de que tenga lo que es suyo.

Le vinieron a la cabeza las siniestras palabras de Kanapi: «Sé el precio que tendrás que pagar por sanar el corazón de la diosa, un precio mucho más alto que estas lágrimas».

Ya lo entendía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Noe con prudencia—. Que pensáramos que esta lágrima era la última no significa que tuviéramos razón. Podemos salvarte. Todavía puedo salvarte. Puedo liberar tu espíritu antes de que la diosa te reclame.

A Vaiana se le desgarró el pecho al ver cómo se desataba el sufrimiento de Noe.

—No, Noe. Antes de conocerte, me dijeron que para que nos fuese bien tendríamos que descubrir qué llevaba una diosa en su corazón. Pensábamos que era su poder: sus lágrimas. Pero ahora sé de qué se trata gracias a ti, a tu isla, a Kala y a los monstruos de Veidau. Te Fiti se preocupaba por su pueblo más que nada. Por eso, su corazón aún no está curado del todo. Le falta algo.

Noe apretó el corazón de la diosa.

—¿Qué estás diciendo, Vaiana?

—La isla madre nos ofrece todo lo que tiene y nosotras hemos de hacer lo mismo para traerla de vuelta. —Vaiana tenía un nudo en la garganta que le dificultó pronunciar las siguientes palabras—. Para

sanar por completo su corazón, necesito que liberes mi espíritu y se lo ofrezcas a Te Fiti. Entonces, el corazón se curará, y tienes que devolvérselo a la diosa, Noe. Tienes que volver a confiar en ella.

Vaiana cerró los ojos. Elegida, marcada: dos palabras que significaban lo mismo, bendición y maldición. El océano la había llevado por ese camino y había sido su fracaso lo que la había hecho acabar allí.

«Es mi responsabilidad», pensó Vaiana, apretando los puños al tiempo que abría los ojos.

—Prométeme que le devolverás el corazón. Es la única manera. —Al mirar a los ojos a Noe, vio la angustia reflejada en ellos.

Le habría gustado aliviar su dolor, pero no quedaba tiempo. Estaba lista para traer de vuelta a Te Fiti y más que dispuesta a ofrecerle su espíritu a la diosa que la había reclamado. Sabía que era lo bastante digna para sanarla. «Me eligieron».

—Y, si no te importa, tengo que pedirte otro favor.

A Noe le temblaban los labios, pero asintió, aunque sin mirar a Vaiana. Tenía la vista fija en el corazón que sostenía trémulamente entre las manos.

—Busca mi isla. —Vaiana sonrió, con los ojos empañados por las lágrimas—. Dile a mi madre y a mi padre lo lejos que hemos llegado juntas. Dile a mi padre... —Pensó en Afā y en el padre afligido que había visto en el reino de la oscuridad y tomó aire con fuerza—. Dile a mi padre que crucé el arrecife, que navegué por el vasto océano. Dile... que hay un océano enorme que se está perdiendo, por favor.

Noe por fin levantó los ojos hacia ella. Tenía las pestañas ribeteadas de plata. Le entregó el corazón de Te Fiti con una mirada desafiante.

—No, Vaiana, no puedo hacerlo. Ni siquiera por ti.

Vaiana abrió la boca para protestar, pero los ojos de la chica fantasma comenzaron a brillar.

—¿Qué estás haciendo, Noe?

La viajera de sueños no respondió. Comenzó a mover las manos lentamente en el aire, entrelazándolas y llevándoselas de la cabeza al estómago. El tono macilento de su piel dio paso a un azul luminoso, tan brillante como el espíritu de Tala.

—No eres la única marcada por la diosa. Ella me salvó la vida hace mucho tiempo. —La cicatriz de la lágrima de la diosa brillaba en el cuello espectral de Noe, tan resplandeciente como una perla.

—Yo destruí el corazón. —Vaiana negó con la cabeza—. Debería ser yo quien lo sane.

Noe esbozó una sonrisa triste con sus labios plateados. Su mirada parecía traspasar a Vaiana, viendo un reino que ella no podía ver.

—Yo era la seguidora más fiel de Te Fiti. —Su espíritu se desvaneció, dispersándose como la luz solar al atravesar el agua—. Y no me gustaría nada que otra persona a la que quiero... se convirtiera en cenizas.

El espíritu de Noe se elevó con el viento, navegando hacia el corazón que sostenía Vaiana.

—¡No! —exclamó Vaiana, para nada dispuesta a permitir aquello. Intentó alcanzar el espíritu de la otra chica, pero ella no era una viajera de sueños, así que no podía hacerla regresar. El espíritu de Noe la atravesó, envolviéndola como una brisa marina. Se le cerraron los ojos y se vio a sí misma desde un ángulo diferente, lo bastante cerca como para ver sus pestañas oscuras ribeteadas por las hadas de luz de luna que habían visto juntas en Lalotai. Incluso olía los plátanos en sus dedos pegajosos—. «Formamos un buen equipo». —Vaiana se vio invadida por sus propias palabras y se le

aceleró el corazón. Abrió los ojos de golpe—. Para. Se supone que tengo que ser yo quien...

Pero el espíritu de Noe se había esfumado. Su rostro se había disipado con el viento, desapareciendo como humo en la caldera.

Lo único que quedaba era la voz del fantasma, que flotaba en los oídos de Vaiana cantando como una canción melancólica, silbando como el viento sobre las olas del océano.

—Adiós, Vaiana de Motunui.

Vaiana estaba sobrepasada por el dolor. Le resbalaban más lágrimas por las mejillas.

—Adiós, Noelani, viajera de sueños.

Cuando las lágrimas le cayeron sobre las manos, Vaiana sintió un pálpito en la palma, un latido lento y vacilante. Miró a través de sus lágrimas. Otro latido resonó en su mano cerrada y le llegó hasta la muñeca, reverberando por su brazo maldito.

El corazón de Te Fiti latía en sus manos. Abrió los dedos, revelando el resplandor del corazón.

—Ha funcionado —dijo Vaiana, secándose los ojos con la muñeca mientras el corazón de la diosa la envolvía con su calor—. Ha funcionado, Noe.

Habían sanado el corazón de Te Fiti.

Sentía el poder de la diosa emanando de ella, perfilando su silueta en el cielo nocturno, que ya estaba dando paso a la mañana.

—¡Vaiana! —la llamó Kala, encogido en el borde más alejado de la caldera—. Tienes que...

Vaiana no podía oírlo. Levantó el corazón palpitante en el aire, agitándolo hacia él.

—¡Lo hemos conseguido!

Apenas hubo pronunciado esas palabras, la caldera comenzó a agrietarse bajo sus pies, retumbándole hasta los huesos. Las cenizas

y las brasas se elevaron en el aire, ocultando el amanecer. En ese instante, Vaiana se dio cuenta de lo que Kala había intentado decirle.

«Muévete».

Vaiana se alejó del centro de la caldera mientras las rocas se partían, dejando ver fisuras rojas. La tierra se abrió y comenzó a expulsar piedra y lava. Vaiana se apresuró a salir de allí, apretando el corazón restaurado contra su pecho. Echó un vistazo al lecho de la caldera y sintió un calor familiar abrasando su piel desnuda.

Del centro de la cuenca, donde ella y Noe habían estado momentos antes, brotaba de la tierra lava negra, bañando la caldera con escoria y calor rojo.

A Vaiana el corazón le latía con fuerza contra las costillas. Una figura emergió en la caldera, con su larga melena oscura flotando tras ella, ondulando en el aire como humo, y sus ojos ardiendo con un fuego ancestral.

Vaiana apretó con fuerza el corazón de Te Fiti. Respiró hondo para calmarse y observó cómo se levantaba la ardiente figura de las cenizas de su fuego extinguido. La diosa posó los ojos en ella, abrasándola con la mirada. Noe y ella habían sanado el corazón de la diosa...

Y también habían traído de vuelta a Te Kā.

Capítulo treinta y seis

Vaiana esquivaba la lava que brotaba de la tierra mientras corría a trompicones por el borde de la caldera hasta llegar a su punto más alto. El calor del volcán le quemaba la piel, pero ignoró el sudor que la empapaba.

Era hora de devolver el corazón de Te Fiti.

Un rayo desgarró el aire cuando Te Kā se elevó desde su caldera, formando una columna de fuego, cenizas y humo que se alzaba hacia el cielo. Clavó su ardiente mirada en Vaiana, haciéndola estremecer.

La lava se acumulaba alrededor de Te Kā, arremolinándose a modo de falda, y había rayos rasgando el aire alrededor del volcán. Sin embargo, Vaiana no sentía miedo, a pesar de que no tenía ninguna canoa que gobernar ni ningún lugar al que huir de la diosa, cada vez más cerca.

Una nube de humo alcanzó a Vaiana, llenando el aire de azufre y nubes densas, pero ella no se escondió.

Jadeando, Vaiana levantó el corazón de Te Fiti por encima de su cabeza. La piedra verde palpitaba en su puño, su único consuelo en medio de todo aquel humo que le impedía ver nada. El corazón de la diosa latía al compás del suyo, ahuyentando las sombras con una cascada de verde iridiscente.

—Ahora lo veo —susurró, sabiendo que su voz llegaría lejos y que la diosa la oiría. Al fin y al cabo, había visto a través de sus ojos—. Tú me mostraste el camino.

Una sombra tapó a Vaiana. Te Kā se alzaba sobre ella, manteniéndola clavada en el sitio con su mirada inmortal. Casi esperaba un rugido que partiera la tierra cuando la diosa se acercase a ella; pensó que el suelo se haría añicos con su ira. Sin embargo, solo hubo una ráfaga de viento y, luego, un silencio cuando Te Kā se inclinó frente a ella, lo bastante como para abrasar el espíritu de Vaiana en todos los reinos.

Los ojos brillantes de la diosa resplandecían como el fuego frente a ella, consumiéndola con su amplia mirada. En medio de sus llamas, vio las lágrimas y los recuerdos que Noe y ella habían encontrado y habían usado para sanar el corazón: la esperanza, el desamor, el amor. Su pueblo.

Y, en ese rostro ardiente, Vaiana también vio a Noe consumida por la ira y el dolor, y comenzó a temblarle la barbilla.

—A bordo de mi barco, he cruzado el mar para devolver tu corazón... —Vaiana resistió el impulso de alejarse de la diosa ardiente que se le echaba encima, pero, cuando esta iba a alcanzarla con su mano llameante, a ella y al corazón, se detuvo. Se quedó quieta, con cautela, con temor—. Te Fiti.

Al oír su otro nombre, la diosa se estremeció. Vaiana levantó su mano maldita hacia la inmortal, encorvada ante ella, acariciando con la roca volcánica que la envolvía la frente ardiente de la diosa, pero no sintió dolor alguno, solo calor. Sonrió al comprenderlo: el calor de Te Kā no podía quemar lo que ella ya había reclamado. Aun así, sus llamas se enfriaron, convirtiéndose en roca templada.

—Esto te pertenece —dijo Vaiana pegando la frente a la oscura frente de piedra de Te Kā. Luego, se inclinó hacia el pecho de la

diosa y extendió la mano hacia la espiral que esta llevaba tallada en el esternón. Temblorosamente, colocó el corazón, devolviendo la piedra verde a su sitio.

El corazón vibró y comenzó a palpitar en el pecho de la diosa de nuevo.

Vaiana dio un paso atrás mientras el poder del corazón recorría el cuerpo de la diosa. La piedra ardiente que formaba la piel de Te Kā se agrietó y se derrumbó en trozos de escoria negra, dejando al descubierto musgo. Poco a poco, el olor acre del volcán fue desvaneciéndose, sustituido por un aroma verde que purificaba el aire.

La hierba y el musgo comenzaron a extenderse por el rostro de la diosa, formando ondulaciones verdes sobre su piel como si de una ola se tratase. Tenía los ojos cerrados —hasta entonces hoyos de piedra con su fuego extinguido—, grandes y enmarcados por unas largas pestañas. Entonces, la isla madre los abrió y Vaiana se quedó sin aliento.

Resplandecían como gemas, iluminando a Vaiana como mil de sus lágrimas, y ardían, aunque de un modo distinto al fuego abrasador de Te Kā. Era Te Fiti.

«Las dos caras de la misma piedra».

De repente, la diosa montañosa se irguió por completo y se le tejió una corona de flores frescas sobre la cabeza, dejando caer pétalos, musgo y enredaderas por su rostro y cuerpo, y su cabello se convirtió en una maraña de enredaderas, vegetación exuberante y flores. El musgo rodeó el atolón entero, acabando con la roca volcánica, el azufre y las cenizas que habían cubierto su costa durante un milenio.

Vaiana observó con asombro al océano que bañaba la arena de la isla y la costa renacida. Con cada oleada y cambio de marea, el agua

se iba limpiando de la maldición, vaciando las olas de la maldición del ardiente.

Al sentir una presión en su hombro pétreo, Vaiana se volvió. Kala, el guardián, la había encontrado y la sujetaba con una garra. Juntos, se quedaron entre la hierba meciéndose, presenciando cómo el poder de la diosa fluía hacia el mar, hasta que las aguas volvieron a ser verdes y azules.

Entonces, Te Fiti regresó a su trono, la caldera apagada, y se sentó en él, elevando todo el atolón con su majestuosa presencia.

Vaiana se quedó inmóvil al sentir de nuevo sobre ella la mirada inmortal de la diosa. Cuando vio a Kala hacer una profunda reverencia a su lado, su trance se rompió e imitó al guardián, postrándose sobre la hierba fresca.

—Bienvenida de nuevo, Te Fiti —dijo Kala, dirigiendo sus ojos dorados hacia la diosa.

Te Fiti sonrió al ver al guardián y un collar rojo de *lehua* y *maile* apareció en el cuello de Kala. Llegaba casi al suelo.

—Yo también me alegro de verte —dijo el guardián con una sonrisa tocando delicadamente el collar. Lo contempló con sus ojos dorados llenos de recuerdos y, después, desvió la mirada a Vaiana—. Esta es Vaiana de Motunui, la mortal que te ha devuelto el corazón.

Te Fiti se volvió hacia ella y posó la mirada en su brazo maldito. A diferencia de Te Kā, la isla madre olía a musgo fresco empapado por el agua del río, y su mirada no la abrasaba, aunque vio algo antiguo agitándose en las facetas de los ojos de gema de la diosa.

—Sé quién eres, Vaiana.

Vaiana temblaba bajo la mirada de la diosa mientras la voz de Te Fiti resonaba en su mente, ligera como la brisa.

—Ahora lo ves —le dijo la diosa, y Vaiana sintió calor en la piel. La mano de la diosa flotaba en el aire y notó su poder recorriéndole el

brazo y hombro malditos, borrando las venas negras y la roca que recubrían su palma, muñeca, cuello y mandíbula. En su lugar, por donde pasaba la mano de la diosa, brotaban flores y musgo, haciéndole cosquillas en la piel a Vaiana con sus pétalos y hojas aterciopeladas.

—Gracias —susurró Vaiana, maravillada por las flores que cubrían su brazo como si fueran las propias joyas de la diosa. Entonces, la envolvió una brisa que levantó los pétalos de flores que la adornaban. Así, vio una forma bajo las hermosas enredaderas de *fueselelā* blancas y las flores de tiaré que tenía entretejidas en su brazo y su muñeca, y notó un extraño peso en su palma.

Abrió la mano y la piedra vidente de Noe relució bajo el sol. El colgante de basalto ya no estaba roto, sino que volvía a ser negro y estaba de una pieza. Se le empañaron los ojos.

La isla madre había arreglado la piedra vidente de Noe y se la había dado a ella.

—Es una roca —le susurró a la diosa, sosteniendo la piedra junto a su pecho.

Te Fiti la observó con ojos tristes.

Kala la sorprendió diciendo:

—La isla madre quiere que sepas que no puede darte una constelación como la que tiene el semidiós Maui, pero sí devolverte la piedra vidente de Noelani, que ha restaurado con su propia lava. Espera que este colgante te sirva como recordatorio del papel que cumples y de todo lo que has hecho por ella y por el océano entero para que tú, Vaiana de Motunui, nunca olvides quién eres.

—Gracias —susurró Vaiana, apretando el colgante de basalto contra su pecho.

Te Fiti asintió con la cabeza mirándolos y, después, se recostó en su trono y se tendió de lado, fundiéndose con la montaña de su isla

y pasando a ser parte de la tierra.

Observando asentarse la forma de la diosa, Vaiana sabía que debía sentirse feliz. Sin embargo, incluso al mirar el colgante de basalto, tuvo una sensación agridulce.

«Ojalá Noe hubiera estado aquí para ver esto», pensó justo cuando una ola fría le mojó el hombro juguetonamente.

Detrás de Kala y ella, el océano se había convertido en una fuente y los alcanzó en el borde de la antigua caldera, transportando hasta allí a un espíritu familiar con su alegre oleaje.

—¡Abuela! —gritó Vaiana al ver el rostro sonriente de Tala.

—Mírate, mi querida Vaiana —dijo Tala, levantándose para encontrarse con ella en lo alto de la verde isla—. Mira lo que has logrado. —Luego, Tala hizo una profunda reverencia ante Kala y Te Fiti dormida.

—¿Qué haces aquí?

—¿Creías que me iba a perder el regreso de mi nieta a la isla madre? —preguntó Tala riendo.

Vaiana le devolvió la sonrisa a su abuela, aunque, al verla fruncir el ceño, supo que le había delatado el dolor que sentía.

—Has traído de vuelta a Te Fiti. ¿Por qué estás triste? —Tala abrazó a Vaiana, y el contacto con el frío espíritu de su abuela fue como un bálsamo para su corazón.

—¿Qué le ha pasado a Noe? ¿Ha... muerto, abuela?

—Lo siento, Vaiana. Devolvió la esencia de la diosa al ofrecerle su espíritu al corazón de Te Fiti. —Tala acarició la mejilla de Vaiana—. Ya no podrá recorrer los mundos como espíritu ni como viajera de sueños.

—Pero ¿qué significa eso? ¿Dónde está su espíritu ahora? —Vaiana miró hacia las montañas de la isla, donde dormía la diosa, e imaginó

el corazón de Te Fiti. ¿Formaba Noe parte de Te Fiti?—. ¿Adónde ha ido?

Su abuela sonrió con dulzura y cerró los ojos mientras la abrazaba. Poco a poco, se le iluminó la cara.

—Ay, mi dulce Vaiana. La diosa solo necesitaba una muestra de fe por parte de Noe y su pueblo. Tu amiga está muy bien. —Abrió los ojos, que destilaban una felicidad sorprendente—. Ahora está con sus ancestros en el mundo de los espíritus. Es feliz y por fin puede descansar. Gracias a ti y a la joven Noelani, su pueblo se ha salvado de la maldición y se ha reunificado tras más de mil años. Gracias a ti, Noelani puede mirarlos a la cara sin vergüenza, pues le recordaste quién era ella más allá de su dolor.

Vaiana sollozó. Aunque se alegraba de que la viajera de sueños pudiera dormir en paz en el más allá, estaba triste porque nunca volvería a ver a su amiga.

—Ella me ha enseñado mucho, abuela.

Su abuela la soltó y dio un paso atrás para mirarla de arriba abajo. Su firme mirada brillaba con orgullo. Al ver que otra lágrima le resbalaba por la mejilla a Vaiana, le levantó la barbilla y le secó las lágrimas.

—Recuerda que os habéis enseñado mucho la una a la otra, Vaiana mía.

—Tenías razón: nos necesitábamos —susurró con la garganta atenazada. Estaba feliz, o se decía a sí misma que lo estaba, que aquello era justo y que no pasaba nada por que Noe se hubiera ido —. Lo ha dado todo. —Ya oía la voz de Noe en su cabeza. «Solo tú convertirías en tragedia un final tan feliz, Vaiana».

—Es lo que ella quería y sabes que te estará esperando en el otro mundo cuando tu espíritu abandone este, lista para explorar contigo las aguas desconocidas. Estoy segura de que te recibirá junto con

los espíritus de todos los demás a los que salvaste de la maldición de la diosa.

Vaiana se sintió henchida, aunque se desinfló al instante. «Todos los demás a los que salvaste». Dirigió la vista a la playa, donde había amarrado su canoa...

—¿Todos sus espíritus están ahora en el más allá? —preguntó, sintiendo una punzada de culpa al pensar en el semidiós. Dudaba que Maui la hubiera ayudado de haber sabido cómo iba a terminar su periplo. Tala se limitó a soltar una risita.

—¿Por qué no te das la vuelta y miras?

Cuando Vaiana obedeció, vio a Maui contemplando la isla y a la diosa con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo es posible, abuela? La maldición devoró su espíritu.

—Maui es un semidiós, Vaiana, hace falta algo más que una maldición para acabar con su espíritu. Y no te lo he dicho yo, pero no creo que el reino de los espíritus estuviera preparado para que el héroe de todos se uniera a ellos todavía. —Su abuela le guiñó un ojo y soltó una sonora carcajada. A su lado, Kala siseó al tiempo que retrocedía bruscamente.

Vaiana miró a su abuela y a Maui, y luego al guardián, que se alejaba. Quería saludar al semidiós, pero no quería que Kala se fuera sin despedirse de él como era debido.

—Espera. ¿Adónde vas, Kala? ¿No te quedas?

Este entornó sus ojos dorados.

—No, Vaiana, los semidioses me resultan insufribles —refunfuñó el guardián—. No son mejores que los mortales..., bueno, que la mayoría de los mortales.

Vaiana sonrió.

—Gracias, Kala, por todo. ¿Adónde vas ahora?

—¿Adónde voy a ir? Voy a regresar con mi pueblo, Vaiana, igual que tú pronto regresarás con el tuyo —dijo el guardián, inclinando la cabeza hacia su abuela y ella—. Lo has hecho muy bien.

Vaiana aguardó, esperando que Kala añadiera «para ser mortal», pero se limitó a transformarse y su cuerpo se convirtió en una fina niebla que se llevó el viento.

Sintió un escalofrío al verlo desaparecer, pero la sensación se desvaneció cuando oyó a Maui gritar:

—¡Oye! ¡El pollo ha sobrevivido!

La sonrisa de Vaiana se ensanchó. Se dirigió a la colina con la intención de bajar por ella hasta el semidiós, pero entonces se dio cuenta de que Tala no la seguía. Su abuela miraba las montañas, a Te Fiti, cabizbaja.

—Abuela, ¿no vienes?

Tala negó con la cabeza.

—Voy a quedarme aquí un rato con Te Fiti y, después, volveré con nuestros ancestros. ¿Estarás bien?

Por un momento, la pena embargó a Vaiana. Se acercó a su abuela y la abrazó. Luego, se apartó y le estrechó las manos con fuerza, asintiendo con la cabeza, incluso cuando las lágrimas comenzaron de nuevo a brotar de sus ojos.

—Voy a echarte de menos.

—Allá dondequiera que vayas, yo siempre estaré contigo. El océano siempre nos mantendrá unidas. *Ia manuia le malaga*, Vaiana.

Vaiana puso rumbo al semidiós, que la esperaba abajo, alejándose de la diosa dormida y de su abuela. Lentamente, sintió que los dedos de Tala se desvanecían entre los suyos, hasta que ya solo cogió aire.

—Que tengas buen viaje, Vaiana.

Miró fijamente su otro puño, hasta hacía poco dominado por la maldición, la marca, observando cómo los rayos del sol se reflejaban en la piedra de basalto.

Pronto, volvería a casa y haría crecer su isla, liderando su pueblo con orgullo y fuerza. Miró hacia el mar, hacia Motunui.

Le mostraría el camino a su gente, tal como Noe y sus ancestros se lo habían mostrado a ella, y comenzaría por hacer que su pueblo cruzara el arrecife de su isla.

Lo que hay más allá. Un giro inesperado
Disney | Keala Kendall

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2026 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Clara González-Bruzos, 2026

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
infoinfantilyjuvenil@planeta.es

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 979-13-87901-73-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta